LIBRO dot.com

EL VALLE DE LOS CABALLOS SALVAJES
ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

El Panhandle era una amplia extensión de tierra purpúrea, sin cercar y azotada por los vientos. Bill Smith, el ganadero, erigió en ella una choza y miró hacia el porvenir con ojos llenos de esperanza. Cierto día, cuando se hallaba arando tan lejos de su casa que apenas podía verla-casa que había abandonado aquella mañana temerosamente a causa de un acontecimiento que esperaba que sucediera-, observó que su esposa Margaret se dirigía hacia él a lo largo del borde del campo roturado. La mujer llevaba aquel día la comida al marido, a pesar de las órdenes que éste le había dado en contra. Bill dejó caer las vendas del caballo sobre la manilla del arado y se acercó a su esposa, que se detuvo fatigada y se sentó junto al límite de la tierra removida, oscura y fértil, y de la línea de hierba amarillenta. Bill se proponía regañar a su mujer por haberle llevado la comida; pero resultó que le llevaba algo más: ¡un hijo!

El niño había nacida en la pradera abierta, sobre el terreno fragante y fresco, bajo el acerado sol y el viento frío que provenía del Llano Estacada. Llegaba al mundo protestando contra aquel modo primitivo de nacer. Bill refirió frecuentemente que el recién nacido hizo su aparición gritando de un modo enérgico que demostraba la fortaleza de sus pulmones, apropiados a lo robusto y excepcional de su tamaño. A pesar de las protestas de la madre, Bill insistió en llamar Panhandle a su hijo.

Los primeros recuerdos de Panhandle eran los de sus esfuerzos por trepar hasta lo alto del armario que había en la choza, y de su caída de cabeza, con lo que derramó cierta cantidad de sangre sobre su blanco vestido. Su inmediata aventura, más venturosa que la anterior, consistió en mascar tabaco encontrado en el bolsillo de su padre. Esto le hizo ponerse muy enfermo. Su madre pensó que se había envenenado, y, como Bill se encontraba ausente, corrió a pedir socorro a los vecinos más próximos. Cuando la mujer regresó, acompañada de una vecina, Panhandle había conseguido escupir todo el tabaco y se preparaba para nuevas conquistas.

En otra ocasión, Panhandle mostró una creciente tendencia a manifestar su propia capacidad para bastarse a sí mismo. y se escapó de su hogar. Debido a la corta longitud de sus piernas y a lo limitado de su aliento, no pudo llegar muy lejos. Su voluntad y la firmeza de sus propósitos eran terribles. ¿Atraía al chiquillo la llamada del oscuro desierto? Sus padres le habían visto con mucha frecuencia mirando atentamente la purpúrea lejanía. Pero Panhandle, cuando realizó la fuga, cayó dormido en el fondo de un pozo de riego que se hallaba cubierto de verdor. Lo echaron de menos al cabo de poco tiempo, y el padre y la madre y todos los obreros de la granja corrieron de un lado para otro buscándole afanosamente. Sin embargo, nadie lo encontró. En el apresuramiento de la búsqueda, alguno de los obreros abandonó el trabajo que estaba realizando en las presas de riego, y el agua, al correr, despertó al' muchacho rudamente y le apartó de sus sueños. Mojado y sucio, gritando cuanto sus pulmones le permitían, Panhandle se arrastró hasta su casa, con gran consuelo para su afligida madre.

-¡Maldito! -exclamó Bill ante varios de sus vecinos-. Este chiquillo va a ser exactamente lo mismo que yo jamás he podido estar un momento en casa.

Un año más tarde, Bill Smith vendió la granja y ¡se dirigió a una parte más occidental de Texas, donde adquirió las posesiones de un colono v dividió su tiempo entre éstas y el trabajo de construcción de un gran canal de riego.

Panhandle comenzó entonces a vivir en un rancho que era mucho más solitario que el primer hogar que había conocido, puesto que su padre estaba ausente la mayor parte del tiempo. A1 principio, el vecino más próximo fue el tío de Panhandle, que vivía en la pradera,

a dos millas de distancia. Su casa era solamente una oscura mancha en el horizonte, una mancha a la cual no era imposible llegar, según pensaba Panhandle; pero muy lejana.

Panhandle se habría arriesgado a recorrer la larga distancia si no hubiera sido por su madre, que se mostraba temerosa de aquella región tan nueva para ella. Panhandle no olvidaría jamás el modo tamo su madre se asustó al vera un vagabundo loco que llegó hasta su casa, y, en otra ocasión, ante varios campesinos mejicanos borrachos.

Indudablemente, Panhandle tenía un alma aventurera. Cierto día descubrió que una mofeta había cavado un hoyo bajo el pórtico frontero de la casa y que allí dio a luz a sus pequeñuelos. Panhandle no les tenía miedo, y ni los molestaba ni los asustaba. Al cabo de cierto tiempo jugaba con ellos como si fuera un compañero de la misma especie, y un día en que estaba divirtiéndose a su lado, su madre lo encontró. La mujer se sintió asustada, enfurecida y horrorizada al mismo tiempo, y suplicó a Panhandle que de en paz a las pequeñas y sucias mofetas. Panhandle solía prometer y olvidar inmediatamente. Su madre le castigaba continuamente, pero todo era inútil. Finalmente, la mujer se vio obligada a adoptar unas medidas severas.

Varios colonos se habían instalado cerca de la casa, y la señora Smith los visitó con la esperanza de poder encontrar algún vaquero o labrador que fuese a destruir los animalitos. Sucedió que no pudo hallar a nadie, sino a la señora Hardman y a su único hijo, que se llamaba Dick? tenía siete años y era demasiado alto para su edad y un atrevido y guapo muchacho de cabello rojo. La señora Smith llegó a un acuerdo con Dick y lo llevó a su casa consigo.

Panhandle se opuso terminantemente a que sus queridos animalitos fuesen asesinados o expulsados por aquel muchacho a quien no había visto nunca. No le agradaba su aspecto. Pero Dick apenas prestó atención al pequeño, excepto en una ocasión en que la señora Smith los dejó a solas y entonces derribó a Panhandle de un golpe. Por una vez Panhandle no gritó. Se puso en pie, con los ojos llenos de furor, pálido, los puños aprestados, v no articuló palabra. Algo nació en aquel instante en el fondo de su alma dulce.

Dick hizo un agujero en la pared de rocas que sustentaba el pórtico, y con una escoba encendida a modo de antorcha se arrastró por el orificio para expulsar a las mofetas.

Repentinamente, Panhandle experimentó alegría y temor al oír un grito lanzado por Dick. El muchacho salió del agujero presurosamente, de espaldas. Llevaba consigo un olor que estuvo a punto de asfixiar a Panhandle; tan extraño, tan crudo, tan terrible era. Dick tenía los ojos cerrados. En aquellos momentos estaba ciego, y saltaba de un lado para otro como una gallina a la que hubieran cortado la cabeza, mientras gritaba desesperadamente.

Lo que había sucedido era cosa desconocida de Panhandle; pero le agradaba.

-¡Cobarde, cobarde! - gritó descaradamente al mismo tiempo que se alejaba de Dick.

Más tarde, Panhandle vio que salía humo del agujero situado bajo el pórtico. La mofeta madre y sus pequeñuelos salieron atropelladamente y corrieron entre los yerbajos. Panhandle oyó el crujido de las llamas. Dick había dejado caer la antorcha bajo el pórtico. Gritando a pleno pulmón, Panhandle corrió en busca de su madre. Pero era demasiado tarde. No había hombres en las cercanías, y nada pudo hacerse. Panhandle permaneció llorando, junto a su madre, observando cómo su pequeño hogar era destruido completamente por el incendio. La culpa del accidente, en opinión de Panhandle, la tenía Dick. Panhandle miró de un lado para otro para buscarle; pero Dick había desaparecido. Panhandle no olvidaría jamás a aquel muchacho.

La madre y el hijo se encaminaron a casa de su tío, donde pasaron la noche. Muy pronto comenzó a construirse un nuevo hogar en el mismo punto que había ocupado el anterior. Era más una choza que una casa, porque los materiales de construcción escaseaban y la proximidad del invierno exigía una rápida construcción. El invierno llegó pronto, y Panhandle y su madre estaban solos. Hacía frío en la choza, y ambos se acurrucaban junto al fuego. Tenían mucho que comer, mas se encontraban muy incómodos en aquella choza de una sola habitación. Bill Smith iba a su casa muy raramente. Aquel otoño, el valle se llenó de

colonos "*nideros*" los llamaban, y estos recién llegados pasaban frecuentemente ante la choza, procedentes de la ciudad, borrachos y pendencieros.

Panhandle permanecía mucho tiempo despierto en su cama. Durante aquellas horas de soledad, el zumbido del viento de la pradera, el lamento de los lobos y el ladrido de los coyotes se convirtieron en una parte de su existencia. Entonces comprendió por qué su madre cerraba la puerta con cerrojo, colocaba algún trasto detrás de ella, ponía el hacha junto a su cama y el revólver bajo la almohada. Aun en aquellos instantes" suspiré) porque llegara el momento de ser lo suficientemente fuerte y robusto para protegerla.

El solitario invierno, con sus innumerables horas de soledad' para la señora Smith y el chiquillo, ejerció una in-calculable influencia sobre el carácter de éste. La madre le enseñó mucho, muchos modos y muchas cosas, muchas palabras y sentimientos que se convirtieron en una parte integrante de su vida.

Al fin terminó aquel largo invierno. Cuando llegó la primavera, las embestidas del viento, que ya no era frío, adquirieron una violencia terrible. Panhandle permaneció despierto muchas noches, agitándose al' lado de su madre, temiendo que el albergue fuera derribado por el viento sobre sus cabezas. Muchos días el sol se oscurecía y no se podía cocinar ni efectuar trabajo alguno mientras la tormenta de polvo recorría su camino enojadamente.

A medida que avanzaba la primavera y los tornados perdían intensidad, un nuevo y fascinador juego entró en la vida de Panhandle. Este juego consistía en sentarse tras la pequeña ventanita y observar cómo los vaqueros pasaban ante él. ¡Cómo los admiró! Iban camino de los lugares en que se habían de realizar los rodeos primaverales de que su padre le había hablado. El chiquillo solía abrir los ojos desmesuradamente para verlos, para contar los caracoleantes caballos de largas crines, los esbeltos jinetes con sus gran des sombreros, sus pañuelos brillantes, sus revólveres v chaparreras, sus botas y sus espuelas. ¡Y qué lazos! ¡Cómo fascinaban al muchacho! ¡Cuerdas que zumbaban y caían sobre un novillo fugitivo! Era un juego al que decidió dedicarse cuando fuese mayor. Y su madre, al descubrir su interés, le hizo una pequeña «reata» v le enseñó a arrojarla, a hacer con ella círculos y nudos; le dijo también que las personas que poseían caballo arrojaban lazos y criaban reses.

Panhandle esperaba siempre el paso de los vaqueros. Y cuando pasaban, solía correr hacia el otro lado de la choza, donde había un agujero cubierto por un pingajo, a través del cual miraba hasta quedar cegado por el polvo. Aquéllos fueron unos días completos para el muchacho, días que provocaron en él asombro y temor, ansiedad y respeto y extraños anhelos.

Más tarde su padre llevó un día a casa un potrillo negro con tres pies blancos y una mancha blanca en la cara. Panhandle se entusiasmó. ¡Para él! Podría haber estallado de alegría, pero no acertó a pronunciar ni una sola palabra. Resultó que su madre no le permitió montar el potrillo sino en los casos en que ella misma lo conducía de las riendas. Esto despertó en el muchacho un dolor tan grande como la alegría que le provocaba la posesión del animal. ¡Tener un caballito hermoso, v no poder montarlo...! Unos firmes propósitos se formaron en su imaginación, brillaron y se convirtieron en una obstinada y firme determinación.

Cierto día se apoderó, de Curly, lo condujo hasta detrás del granero, donde nadie podía verle, y, montándolo, se alejó en dirección al manantial. Panhandle se halló solo consigo mismo. Era libre. Se encontraba sobre el lomo de un caballo. ¡Hecho sorprendente y maravilloso!

Curly pareció comprender el espíritu de su jinete; después de beber en la fuente, rompió a correr al trote. Panhandle se mantuvo sobre él como pudo, y volvió el caballito en dirección a la casa. Curly trotó más velozmente. Panhandle sintió que el viento le agitaba el cabello. Subía y bajaba. Gritando, de alegría, hundió las manos en la abundante crin y se sujetó a ella. Al llegar a lo alto de la pendiente, su alegría disminuyó con el temor. Curly continuó su trote cuesta abajo en dirección a la casa. i Más y más y más aprisa! Panhandle saltaba a cada momento a mayor altura, caía sobre el cuello del caballo v volvía a caer sobre las ancas, hasta

que, repentinamente, se vio obligado a aflojar la presión de las manos v fue derribado. Cavó al suelo con un ruido sordo y quedó tan dolorido y aturdido que apenas pudo levantarse. Su madre se detuvo junto a él, con el rostro pálido, con los ojos llenos de reproches.

-¡Oh, mamá..., no estoy- herido! - exclamó el muchacho.

Bill Smith se acercaba en aquellos momentos y escuchó, frotándose la puntiaguda barbilla, mientras la madre exageraba elocuentemente la culpabilidad del chiquillo.

-Bien; déjale montar si quiere -contestó Bill Smith-. Es un muchacho valiente. Le puse un nombre apropiado. Va a ser un gran vaquero. ¡Panhandle Smith! Le llamaremos, para abreviar, Pan.

Pan oyó estas palabras, y su corazón palpitó alegremente. ¡Cuánto quiso a su padre en aquel momento! "Vaquero» significaba ser uno de los grandes caballistas de aquellos terrenos. Sería uno de ellos. Desde aquel día en adelante vivió sobre el lomo de Curly. Aprendió a cabalgar, a mantenerse sobre el animal con firmeza, a conservar el asiento sobre el lomo desnudo del caballito, a moverse con él al mismo tiempo que avanzaba. Un día, Pan se encaminaba hacia su casa, de regreso de la de su tío, y al llegar a una extensión del terreno muy llana, forzó al caballo a que corriese a la mayor velocidad que le fuese posible. El viento le azotaba, el movimiento le entusiasmaba y el hecho de dirigir al caballo provocó y fijó en él un extraño sentimiento: era un vaquero. De repente, Curly puso una de las patas sobre un hoyo del terreno. Y sucedió algo importante. Pan se sintió arrojado, disparado a través del aire. Cayó sobre la tierra, y su visión se borró; cuando volvió en sí descubrió que había golpeado la blanda tierra con el rostro v se había despellejado la nariz y la barbilla; pero no estaba gravemente contusionado. Aquélla era su primera caída en realidad importante. Curly le esperaba un poco separado de él y estaba cojo; Pan comprendió que no podía ocultar las pruebas de su osadía, y decidió decir la verdad.

Pan encontró a su padre en el granero.

-Oye, maldito establero - le preguntó su padre -; ¿se ha desbocado el caballo?

-No, papá - replicó Pan haciendo un esfuerzo -. Le he obligado a correr mucho.

-¡Ah, ya lo veo! - continuó su padre; y después de reconocer cuidadosamente al muchacho, comenzó a examinar el caballo.

Envalentonado por lo que su padre le había llamado, Pan fue directamente en busca de su madre. La mujer gritó al verle. Y los gritos de la mujer llegaron al corazón del padre.

-Pero, mamá, esto no es nada. Soy solamente un maldito establero...

Aún no tenía Papi seis años cuando concurrió al primer rodeo, lo que sucedió en los primeros días de aquel mismo verano. Su entusiasmo por aquel acontecimiento fue nublado por la vergüenza, puesto que tuvo que aparecer ante todos los vaqueros con un caballo sin ensillar, y porque temía que sucediera exactamente lo que sucedió.

-¡Eh, ahí viene el jinete sonso del Llano Loco! -dijo tino de los vaqueros al mismo tiempo que se aproximaba a Pan con el rojo rostro iluminado por una sonrisa.

-Muchacho, estás montando un caballo magnífico; pero has olvidado ensillarlo - observó otro en tanto que guiñaba los grises ojillos.

-Compañeros, éste es Panhandle Smith, el hijo del colono que vive junto al río. He oído decir que Pan monta estupendamente a pelo.

Aquellos alegres muchachos, alto., y esbeltos, aunque fornidos, que parecían respirar vida y el espíritu de la llanura, se reunieron en torno a Pan, con lo que demostraron que no ha habido jamás un vaquero a quien no le hayan agradado los jóvenes.

-Ove, niño, voy a cambiar mi silla por la tuya - elijo uno de los vaqueros que primeramente se había dirigido a él.

El corazón ele Pan latía violentamente. ¿Cómo podían sospechan lo muy atractivos, lo muy maravillosos que todos le parecían? ¡¡Si no hubiera estado montando a pelo a Curly...!! Y los vaqueros, se reían de él. Las lágrimas no estaban muy lejos de sus ajos.

-Oye, joven, me apuesto contigo lo que quieras a que ese caballo que tienes no puede correr con la rapidez suficiente para acatarrarse - dijo uno de los vaqueros.

-Yo apuesto a que sí - añadió un tercero.

-Pan, hazles esto-dijo el vaquero que parecía conocerle; y siguiendo coso la acción a las palabras, se colocó el pulgar sobre la nariz y movió el dedo -. Hazlo, Pan. Con eso, los obligarás a callarse.

Pan se encontró forzado a hacer lo que se le ordenaba; y al hacerlo provocó un coro de risas alegres.

Y de este modo, a aquella temprana edad, Panhandle Smith fue iniciado en la hilaridad, en las artimañas v en el espíritu que erais comunes a aquellos despreocupados jinetes.

Cuando comenzó el rodeo, Pan descubrió que no había sido olvidado.

-Ven conmigo, Pan - gritó uno de los vaqueros -. Ven a ayudarme... Oblígalos a volver grupas, muchacho. Pan cabalgó como el viento, radiante y emocionado, enajenado por la felicidad.

Algún otro jinete solía ordenarle:

-¡Acomételos, vaquero! ¡Oblígalos a retroceder!

Y Pan, sin saber apenas lo que hacía, veía con ojos llenos (le asombro que los añojos parecían ser conducidos v obligados por él a tomar una dirección. Siempre había algún vaquero junto a él, algún vaquero que corría con rapidez, que le dirigía gritos, que le convertía en una parte (le las personas gire realizaban el rodeo.

A la hora meridiana, tu hombre, irás viejo, sin duda el propietario del ganado, interrumpió la labor. Una voz áspera procedente de no se sabía dónde, gritó:

-¡A comer!

El ranchero, al ver a Pan, se acercó a él y le preguntó:

-Oye, forastero, ¿has traído tu comida contigo?

-No..., señor -tartamudeó Pan-. Mi mamá me dijo que volviera pronto.

-Bueno, quédate a comer conmigo-replicó el hombre con amabilidad -. Es posible que esos toros se demanden, y en ese caso tendremos nunca necesidad de tu ayuda.

Un momento más tarde Pan vio a aquel hombre de ojos negros y grandes en el círculo gire componían los hambrientos vaqueros; los vaqueros no volvieron a divertirse a costa (le Pan-, porque el chiquillo era ya uno de ellos. A Pan le resultó ciertamente difícil sentarse con las piernas cruzadas al modo de los vaqueros con un plato puesto sobre las rodillas; pero no tuvo dificultad alguna para devorar el jugoso bistec, las patatas hervidas y las galletas calientes que Tex, su anfitrión, le ponía en el plato.

Después de la comida, los vaqueros reanudaron el trabajo.

-Quédate junto al fuegos, muchacho - dijo Tex.

A continuación, Pan vio inca ternera que era arrastrada por el terreno. Un vaquero a caballo sostenía la cuerda.

-¡El hierro! - gritó.

Pan se inmovilizó temblando mientras uno de los que tiraban de la cuerda se apeaba para sujetar a la ternera, que iba mugiendo e intentando saltar. Tenía los ojos desorbitados y la boca llena de espuma. El vaquero la derribó y obligó a caer de espaldas, con las patas al aire. Uno de los marcadores, con el hierro enrojecida al fuego, se acercó. La ternera mugió. Se extendió por el aire el olor de la piel quemada, el humo del pelo chamuscado y una nubecita de humo blanco, todo lo cual repugnó a Pan. Después, uno de los vaqueros se aproximó a él.

-Me parece que aquélla es tu mamá, que viene a buscarte.

El vaquero levantó a Pan para sentarlo en su caballo v lo condujo hacia el terreno sin cercar, desde donde Pan pudo ver a su madre, que se aproximaba anhelante y ansiosa y con los grandes ojos dilatados.

-Le suplico que me perdone, señora-habló el vaquero mientras se quitaba el sombrero-. Ha sido culpa nuestra que su hijo se haya quedado durante tanto tiempo. Lamento mucho haberla llenado de impaciencia. No reprenda a su hijo. Es un muchacho muy simpático, y no hay duda de que, en lo futuro, so convertirá en un gran vaquero.

II

Así fue como Pan, a la temprana edad de cinco años, recibió el estímulo que necesitaba para encauzar su vida por el rígido sendero que seguían los vaqueros. Solía llamarse a sí mismo Tex. Y si su madre olvidaba utilizar este nombre tan seductor, se sentía ofendido. Adoptó el modo de andar, de hablar y de cabalgar de Tex. A todas las horas del día, lo mismo dentro que fuera de su casa, jugaba a realizar rodeos. Piedras, clavos, astillitas..., todo servía para desempeñar el papel de ganado. Tenía una imagen en madera que representaba a él y a su caballo. La mayoría del tiempo lo pasaba a lomos de Curly, en el encerradero o en el campo abierto, rodeando a una imaginaria ganadería. Durante la noche, sus sueños estaban llenos de vaqueros, de carros, de caballos y de novillos mugidores.

Cada vez que veía algún vaquero montado sobre un ágil caballo, en el cerebro de Pan se intensificaba esta impresión, y en su corazón se grababa más vívidamente la imagen de su porvenir. Era para aquello, para ser aquello para lo que había nacido.

Colonos y más colonos, que tomaban para sí terrenos de ciento sesenta acres cada uno, iban llegando continuamente en sus carros cubiertos a aquella tierra prometedora. Algunos de esos hombres, como el padre de Pan, se veían obligados a trabajar durante una parte de tiempo lejos, de la casa para ganar el dinero que tanto necesitaban. Jim Blake, el último de aquellos colonizadores, había escogido un terreno situado en una zona pantanosa y profunda que Pan cruzaba siempre cuando iba a visitar a su tío. Era un lugar hermoso, cubierto de hierba y algodoneros, por el que se deslizaba una delgada corriente de agua, un lugar solitario y escondido junto al cual habían pasado anteriormente otros colonizadores.

Pan encontró cierto día a Jim y cabalgó a su lado. Jim era joven, agradable, alegre; un granjero y aspirante a ranchero que carecía de los signos característicos de los ° vaqueros. Pan creía que esto era una gran desventaja, pero llegó a apreciar a Jim y le dio a conocer los progresos que había hecho en equitación.

Llegaron los días de otoño, grises y tristes, durante los cuales el frío viento azotaba la llanura y unas nubes amenazadoras se cernían sobre las cumbres de las montañas. Otro invierno se acercaba. A Pan le molestaba pensarlo. Nieve, hielos, vientos heladas le 2mpedirían montar a Curly. En estas circunstancias cabalgó continuamente, mucho más de lo que su madre le permitía.

Sus padres quisieron que fuera con ellos al caserío cierto sábado. Iban a llevar el carro para adquirir las provisiones invernales. El ansia de aventuras de Pan estuvo a punto de decidirle a realizar el viaje, pero prefirió quedarse junto a Curly. Su madre se opuso, pero el padre dijo que no había inconveniente en que permaneciese en la casa.

-Pan, puedes ir a casa de tío George para llevarle ciertas cosas. Pero ten cuidado de que no te sorprenda una tormenta.

De este modo llegó la ocasión en que Pan se encontró solo por primera vez en su vida, dueño de sí mismo y libre para obrar del modo que mejor 1e pareciese. Y no fue muy pronto a casa de tío George. Su tío era simpático, pero no concedía a Pan fa libertad que éste anhelaba. Así, entre unas y otras de las: importantes tareas que su papel de vaquero le imponía, las horas transcurrieron rápidas, y ya había pasado mucho tiempo cuando, al fin, decidió cruzar la pradera para dirigirse a la colonización de su tío.

Pan no necesitaba nunca un pretexto para galopar, pero en aquella ocasión dispuso de uno que lo justificaba. Las dos millas de recorrido no requerirían el empleo de mucho tiempo. Debería apresurarse a regresar, horque verdaderamente parecía que una tormenta comenzaba

a descender desde las negras cumbres. Pan comprendió que debía haber realizado aquella misión a una hora más temprana del día.

El frío viento le azotaba el rostro y le arrancaba lágrimas de los ojos. Curly trotó con su paso rápido y fácil sobre la frecuentada senda. La hierba amarillenta se doblaba, los cardos rodaban por el pardo terreno. ¡No había sol. Todo el Oeste estaba envuelto en unas nubes pardas. Muy pronto se encontró Pan corriendo a través de la zona en que vivía Blake. Los, algodoneros estaban casi desnudos. Solamente pequeñas cantidades de hojas permanecían adheridas a las ramas, y a cada momento una hoja volaba revoloteando hacia el suelo. Allí, en el terreno pantanoso, Pan percibió los aromas del otoño, aroma jugoso y olor a madera.

Una vez traspasada el terreno pantanoso, puso el potrillo al galope, y al cabo de muy poco tiempo _pudo llegar a casa de tío George. i No había nadie! El caballo y el carro tampoco estaban. Pan dejó a la puerta el paquete que llevaba y emprendió el regreso. Al pasar al trote ante el portillo de Blake, oyó una débil voz que le sobresaltó; detuvo a Curly, escuchó y miró. La choza de Blake se hallaba al fondo, oculta a su vista por los algodoneros. Sin embargo, el granero, con su cobertizo abierto a uno de los costados, estaba situado exactamente detrás del portillo. Las vacas habían sido llevadas allí para ordeñarlas. Una ternera hambrienta intentaba robar leche a su madre. Los polluelos comenzaban a cacarear. Pan no creyó que ninguno de estos animales pudiera haber proferido el sonido que oyó y que le había parecido una llamada. Estaba a punto de reemprender la marcha cuando, repentinamente, llegó hasta él un extraño grito que parecía provenir del granero o del cobertizo. El grito le excitó más que le asustó. Desmontó, empujó el ancho portillo de madera y entró.

Bajo el abierto cobertizo encontró a la señora Blake tumbada sobre un montón de heno que evidentemente acababa de bajar del desván. Al ver a Pan, su pálido y convulso rostro experimentó un cambio.

-¡Oh...! ¡Gracias a Dios! - exclamó la mujer. -¿Está usted herida? - preguntó Pan con presurosa compasión-. ¿Se ha caído usted del desván?

-No; pero tengo unos dolores terribles.

-¡Ah!... ¿Está usted enferma?

-Sí. Y estoy sola. ¿Quieres hacerme el favor... de ir en busca de tu madre?

-Papá y mamá han ido al poblado -contestó desconsoladamente Pan ---,. Y no hay nadie en casa de tío George. -Entonces, debes comportarte como un hombre valiente.

Bill Smith, al regresar apresuradamente a su casa en compañía de su esposa y de Jim Blake, sufrió un retraso originado por la tormenta. Era más de medianoche cuando llegaron a la casa. Encontraron a Curly con las bridas colgantes, inmóvil en la niebla, junto al granero. La señora Smith se alarmó. Bill y Jim, aun cuando se preocuparon, no se mostraron tan temerosos como ella.

Con unas linternas comenzaron a seguir las huellas que Curly había dejado sobre la nieve. La esposa de Bill no quiso quedarse atrás.

Pronto llegaron al domicilio de Blake, aunque las huellas del potrillo fueron difíciles de descubrir y de seguir. Encontraron a Pan completamente despierto, acurrucado detrás de la vaca, fiel a la confianza que en él se había depositado. ¡La señora Blake no se encontraba en mal estado, si se tienen en cuenta las circunstancias, ni tampoco lo estaba el recién nacido. Era una niña, a quien Jim puso en aquel momento el nombre de Luty, que era el de su esposa.

Los hombres transportaron ¡a la madre y a la nena a la casa, mientras la señora Smith los siguió junto al soñoliento Pan. Encendieron unas hogueras en la abierta chimenea y en la cocina, y dejaron que la señora Smith atendiera a la madre. Ambas mujeres oyeron que los hombres hablaban; pero Pan no oyó nada, porque se había acostado, envuelto en mantas, en un rincón.

-¡Demonio de criatura! -exclamó Bill -. Jamás he visto nadie que pueda competir con él.

-Es posible que Pan haya salvado dos vidas. ¡Dios le bendiga! - replicó Blake emocionadamente.

-¿Quién sabe? Es posible... ¡Qué cosas más extrañas suceden! Jim, ese hijo mío nació en un campo roturado. Y ahora, nace el tuyo... en un establo, sobre el heno.

-Sí, es extraño - murmuró Blake -. Pero debemos esperar que sucedan acontecimientos de esa naturaleza en gran Oeste.

-Bien: Pan y Luty no podrían haber tenido un nacimiento más apropiado. Debería servir para que las das criaturas se unieran para toda 1'a vida.

-¿Quieres decir que deben desarrollarse juntos y casarse uno con otro? ¡Seria estupendo! Queda hecho el trato, Bill.

Pan, dormido en el rincón de la otra habitación, y Luty, sollozando junto al pecho de su madre, fueron destinados el uno al otro por sus padres.

El invierno transcurrió del mismo modo que el anterior; solamente se diferenció de aquél en que Pan tuvo el consuelo de entregarse a su eterno juego de los rodeos.

¿Cuando será Luty lo suficientemente mayor para jugar conmigo? -preguntaba frecuentemente. La niñita no había desaparecido jamás de su imaginación, aun cuando no volvió a verla desde su arribada a este mundo. La niña parecía formar el tercer eslabón de la cadena de su vida: Curly, los vaqueros y Luty. No sabía de qué modo armonizaría con; los otros dios eslabones. Pero estos tres acontecimientos sobresalían en su memoria de entre las nieblas del pasado.

Al fin, la nieve se derritió, la pradera se cubrió de una alfombra de verdor, los árboles se llenaron de hojas y los pájaros volvieron a cantar nuevamente. Todo esto era hermoso, pero insignificante al lado de Curly. Pan estaba más fuerte y era más travieso que nunca.

El padre de Pan fue a la casa una o dos veces cada mes durante la .primavera, y siempre llegaba tarde y salía de ella a una hora temprana. ¡Cuánto suspiraba Pan por la venida de su padre!

Después llegó la cuarta época de la vida de Pan. Su padre le llevó una silla. Estaba muy lejos de ser nueva; era de construcción mejicana, se hallaba cubierta de cuero y tenía una enorme y dorada perilla. A Pan 1e entusiasmó casi tanto como le entusiasmaba Curly ; y cuando la silla no estaba sobre el lomo del caballo, adornaba la verja o una silla de la casa, siempre con Pan encima, que obraba como Tex, a quien imitaba.

El quinto, y seguramente el más grande de todos los acontecimientos que se sucedieron en el rápido desarrollo de la carrera de Pan, aun cuando él no lo supo entonces, ocurrió cuando su madre le llevó a que viese a su nena, Luty Blake. Parecía ser que ambas parejas de padres la llamaban festivamente la nena de Pan, lo que no le desagradaba, pero le hacía sentirse singularmente tímido. Esto sucedió desde mucho tiempo antes de que su madre pudiera llevarle a que conociese a su protegida.

La primera impresión que, recibió Pan de Luty fue al verla arrastrándose por el suelo para aproximarse a él. i Qué diferente era en realidad del recuerdo que él conservaba de un rebujo moviente envuelto en una toalla! Era muy robusta y guapa. Estaba ataviada con un vestidito blanco. Tenía los pies y las piernas gordezuelos. Sus manos tenían un rosado color y su rostro era como una rosa silvestre punteada por las dos violetas que eran los ojos; y su cabello era como oro hilado. Aun cuando todas estas cosas fuesen maravillosas, todas quedaban oscurecidas por su deliciosa sonrisa. La timidez de Pan se borró, y se sentó en el suelo para jugar con la chiquilla. Sacó del bolsillo pequeñas astillitas, guijarros y piedrecitas, con todo lo cual jugó a hacer rodeos. Luty se interesó halagadoramente por el juego de Pan, pero le impedía jugar con tranquilidad, puesto que le abrazaba y se agarraba de la manera más tenaz y sostenida a sus dedos.

Desde aquel día, los Smith visitaron todos los domingos del verano el hogar de los Blake, y se hicieron muy buenos amigos. Bill y Jim hablaban sobre el negocio de ganados. Las madres cosían y conversaban esperanzadamente acerca del porvenir. Pan no perdió ninguna de aquellas visitas domingueras, y llegó el tiempo en que realizó el desplazamiento

por su propia cuenta. Luty era la vaquera más agradable- de todo el mundo, y no oponía ningún obstáculo a que él fuese Tex. Hasta hizo todo lo que le fue posible por llamarle de este modo. Y se arrastraba detrás de él y le agasajaba con una indeclinable adoración. Las personas mayores los miraban una y otra vez y sonreían.

A medida que pasaban las semanas y los meses aumentaba el número de colonos, y las manchas que constituían las reses se extendían más y más por el terreno. Cuando llegó el invierno, algunos de los colonos, entre los que se hallaban Pan y su madre, se trasladaron a Littleton para enviar a los niños al colegio.

La primera maestra de Pan fue Emma Jones. Pan simpatizó con ella inmediatamente de verla, lo que sucedió la primera vez que fue a su casa para llevarle a la escuela. Pan no estaba acostumbrado a tratar con desconocidos. Los hombres que había en las calles, los muchachos mayores que él, todos le molestaban. Los vaqueros escaseaban en el pueblo, lo que constituyó una gran desilusión para Pan. Littleton perdió mucho en su concepto.

Resultó que Pan era zurdo. A la señorita Jones le parecía que era incorrecto que una persona escribiera con la mano izquierda, por lo que ató la de Pan fuertemente a la mesa y le obligó a trazar letras con la mano derecha. ¡Qué temporada más terrible y más antipática para Pan! La presencia de tantos niños y niñas le desconcertaba, aun cuando no era remiso para hacer amistades; pero quería a Curly y la pradera. Prefería hallarse junto a Luty. Y lo que más apreciaba de todo, lo que más anhelaba, era hallarse junto a los vaqueros.

Dick Hardman entró de nuevo en la vida de Pan, funestamente, inevitablemente, como si el porvenir hubiera preparado algo inescrutable v siniestro, como si los días de escuela, los días de juventud' y los días de virilidad hubieran sido proyectados enmarañadamente antes del nacimiento. Dick se encontraba, en un curso más avanzado e hizo que esta circunstancia fuese conocida de Pan. Se había convertida en un, muchacho más alto, más guapo, más atrevido, que tenía una mata de cabello rojo tan brillante como una llama. Llamaba a Pan. «el pequeño domador de mofetas» e incitaba a los demás muchachos a que lo ridiculizasen. De este modo, el oculto resentimiento que se escondía en las profundidades de Pan comenzó a adquirir bríos y se, convirtió de nuevo en: una llama que halló en sí misma el combustible necesario cara convertirse en odio. Pan dijo a su madre lo que Dick había indicado a los chicos que le llamasen. Y se sorprendió en verdad al ver que su madre se indignaba profundamente. En cierto modo, la exaltación de la madre fortaleció el resentimiento de Pan. El' chiquillo tenía su misma sangre, su mismo fuego, su mismo orgullo, aun cuando fuera solamente un niño.

Después, los interminables días de escuela terminaron por una temporada. El verano había llegado. Pan regresó a sus queridas llanuras, a los campos abiertos, a Curly, a Luty. Pero Luty había cambiado mucho, puesto que ya podía permanecer en pie ante él y llamarle Tex. El chiquillo reanudó sus antiguos juegos con ella, y cuando llegó la ocasión le concedió el honor de sentarla sobre Curly. Si la chiquilla no hubiera llenado anteriormente de cariño su corazón, aquella imagen suya cuando se encontraba sobre el caballo, riendo y sin temor, lo habría conseguido.

Otro tío suyo se había trasladado a la región para colonizar más tierras. Pan dispuso de un nuevo lugar donde ir, más, lejano, en un terreno bravío y que le agradaba mucho más. Cada vez que iba a casa de- su tío, veía vaqueros.

Cierto día, cuando Pan se encontraba en casa de este nuevo tío, sucedió una cosa terrible, la verdadera primera tragedia de Pan. Un vaquero había dejado abierta la puerta del granero. Curly entró en ella y se acercó al grano. Antes de que pudiera impedírselo, comió enormemente y bebió después de' un modo copioso. Este exceso lo mató.

Cuando Pan salió de su estado de estupefacción y al comprobar la magnitud de la pérdida que había sufrido, se llenó de aflicción. No podía ser consolado. Pasó horas y horas sentado sobre su silla de montar y llorando. Tardó mucho tiempo en volver a visitar a la pequeña Luty. Su padre no pudo comprarle un nuevo caballo, y tardó muchísimo tiempo antes de que pudiera conseguir otro.

Pasaron los días y las semanas, llegó el otoño, el invierno y con él nuevos días de escuela, tediosos, abrumadores; y de nuevo apareció la primavera. Los vaqueros abundaban en la floreciente región, pero Pan evitaba reunirse con ellos, avergonzado y disgustado, porque, careciendo de su querido Curly, no podía hacerles compañía. Su dolor por la muerte del caballito no cesaba nunca, aun cuando había llegado a un estado de madurez en que cualquier caballo debería haberle librado de su melancolía. Generalmente jugaba a solas, aunque lo hacía algunas veces en compañía de Luty. Esta era el único punto brillante para él en toda la verde pradera. La chiquilla había comenzado a desarrollarse rápidamente; su dorado y rizosa cabello parecía atraerle.

Aquel otoño los colonos erigieron una escuela propia, que se encontraba a tres millas escasas del hogar de Pan. -Pan, ¿puedes ir a pie? -le preguntó Bill Smith al mismo tiempo que le clavaba una mirada escrutadora.

-Sí, papá; pero... pero... -contestó Pan, incapaz de terminar de expresar el pensamiento tan querido de su corazón.

-¡Ah! Y antes de que pase mucho tiempo Luty tendrá edad suficiente para ir también -añadió su padre-. Supongo que podrás llevarla.

-Sí, papá. - Y para Pan constituyó una gran alegría el hacer esta promesa.

-Bien; eres un buen muchacho-declaró el padre-. Y no tendrás que ir a pie a la escuela. He adquirido dos caballos para ti.

-¡Dos! -exclamó Pan sin poder contener su alborozo-. ¡Oh, oh, oh!

Los dos caballos llegaron al cabo de poco tiempo al hogar de los Smith. Sus nombres eran Pelter y Pilldarlick. Pelter era pinto y arisco, lindo, aunque tenía una mirada aviesa. Pilldarlick no era bonito, pero sí pequeño, fuerte, airosa y de paso fácil. Pan pensó que acabaría por querer más a Pelter aunque Pilldarlick fuese, seguramente, -un nombre de vaquero y, por tanto, perfectamente satisfactorio. Sin embargo, resultó ¡que Pan no pudo cabalgar a Pelter, que era un caballo medio loco. Pilldarlick era mucho mejor de lo que parecía, y muy pronto llenó el vacío que existía en le corazón de Pan.

El primer día que el chiquillo montó a Pilldarlick para ir a la escuela fue un día que se escribió en letras rojas en la vida de Panhandle Smith, vaquero. Había muchos chicos y chicas que fueron a la escuela, de los cuales solamente una minoría disponía de caballos que montar. Pan fue la atracción de todas las miradas cuando llegó al patio montando a Pilldarlick.

Fue el día más feliz de la vida de Pan... Y lo fue hasta el momento en que Dick Hardman llegó sobre un fogoso caballo mesteño negro.

-¿De dónde has sacado ese jamelgo? - gritó Dick al ver a Pan -. Y tienes una silla que no es más que un poco de cuero sobre otro poco de estopa.

-¡Eres un embustero! -contestó a voces Pan mientras se apeaba, fieramente, de Pilldarlick.

El muchacho de cabeza roja bajó de su silla y se dirigió hacia Pan.

Comenzaron a pelearse. El instinto fue la guía de Pan, que mordió, arañó y dio patadas. Pero Dick, que era el mayor de los dos, comenzó a obtener la mejor parte de la ¡batalla, y al cabo de muy pocos momentos estaba golpeando rudamente a Pan y continuó haciéndolo hasta que la nueva maestra acudió en socorro de éste.

-¡Basta! - ordenó la maestra mientras separaba a los beligerantes- Solamente pelean los gatos y los perros. -Y... también... los vaqueros - dijo fatigosamente Pan.

-Pero no los vaqueros buenos. Solamente los malos - replicó la maestra mientras se alejaba en unión de Pan. -Te daré lo tuyo cuando te encuentre - gritó amenazadoramente Dick -. No eres más que un tonto presumido.

III

La señorita Amanda Hill, la maestra, tocó la campana para llamar a los colegiales, y la clase comenzó una vez más.

Dick Hardman se sentaba al otro extremo de la misma estancia que Pan, y desde detrás de la espalda de la maestra comenzó a hacer visajes dirigidos a Pan; y, lo que fue más importante, se puso el dedo pulgar ante la nariz y lo movió despectivamente. Pan comprendió lo que aquello quería decir, y, con la rapidez del relámpago, devolvió el cumplido.

Llego el descanso. Antes de que la mitad de los colegiales hubiera salido de la clase, Dick y Pan habían ya corrido hacia el granero, donde la maestra no podía verlos y donde se acometieron mutuamente como gatos enfurecidos. No necesitó Dick mucho tiempo para dar a Pan la verdadera primera paliza de su vida. El labio partido, la nariz ensangrentada, el ojo morado, la sucia cara, la rota blusa... fueron cosas que denunciaron a Pan, por 1o menos a los ojos de la maestra. La mujer le retuvo a su lado cuando la clase concluyó, y, en lugar de regañarle, le habló con dulzura y amabilidad. Pan salió de su estado de hurañía y comenzó a experimentar cariño por la maestra. Pero, de todos modos, no nudo prometer que no volvería a luchar.

-¡Suponga usted que Dick Hardman volviera a hacerme burla otra vez! -dijo quejosamente Pan. El muchacho no comprendía cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Quería agradar y obedecer a aquella amable mujercita, pero había algo en su interior que se oponía a ello-. ¿Qué dirá mi... papá... cuando sepa que me han vencido? - sollozó.

Ella consiguió finalmente obligar a Pan a 'hacer voluntariamente la promesa de no volver a reñir con Dick.

A pesar de la proximidad de Dick Hardman, aquel invierno que había de pasar en la escuela prometía ser feliz y productivo para Pan. Había en ella tres altos muchachos, ya vaqueros, que acudían a las clases de fa señorita Hill. Pan se inclinó inmediatamente hacia ellos, y, con gran satisfacción por su parte, los vaqueros aceptaron su amistad.

Más tarde, su antiguo amigo, el vaquero a quien conoció en el rodeo, llegó a las llanuras con una manada de ganado procedente de Texas. Las reses tenían como marca ON, que era nueva para Pan, el cual 'llevaba un registro de todas' las marcas' que había visto, y no cesaba de dibujarlas en algún papel. Moore y tres de sus vaqueros fueron a alojarse en la casa de Pan y encerraron en la cuadra sus caballos. La copa de Pan estaba llena. Los días volaban. La nieve v el frío no le importaban. Ni siquiera el estudio, ni siquiera el siempre malicioso Dick Hardman pudieron hacer que su espíritu decayese. Moore se proponía permanecer durante todo el invierno en aquella región y esperar la llegada de la primavera para dirigirse más hacia el Norte.

El apodo de vaquero que tenía Moore era Pug; y otro vaquero cuyo verdadero nombre no había oído Pan se llamaba Slats. Entre ambos enseriaron a Pan todas las' canciones del vaquero, desde el «Ti yi oop oop ya ya» hasta «Enterradme en la pradera solitaria». Todas las noches Pan los escuchaba cantar en su dormitorio junto al fuego, y muchas veces se hacía preciso reprenderle para que hiciera sus deberes escolares.

Otro de los vaqueros se llamaba Hookey. Según decían Pug y Slats, su nariz parecía la de un loro, y el' pobre vaquero tenía el aspecto de un coyote enloquecido. Hookey cogió antipatía a Pan y siempre buscaba la manera de enfurecerlo. Los vaqueros se iban siempre por la mañana, antes de que Pan se levantase, pero cuando el chiquillo regresaba de la escuela, generalmente solía encontrarlos en su casa.

Slats, que creía ser un tenorio, solía decir

-Bueno, ¿qué te ha dicho hoy tu maestra de escuela acerca de mí?

Y Hookey acostumbraba ridiculizar a Pilldarlick, lo que tenía más fuerza para afligir a Pan que cualquier otra cosa de este mundo. Cierto día Pan dio rienda suelta a su cólera y persiguió a Hookey arrojándole piedras hasta que le obligó a refugiarse en la bodega; y cada vez que Hookey asomaba la cabeza, Pan le arrojaba con certera puntería una piedra amenazadora. La madre de Pan acudió en ayuda del vaquero. Después de esto, Hookey compró una nueva silla para su caballo y regaló la vieja a Pan. Esto aplacó las hostilidades. El corazón de Pan sufrió un cambio. No importaba que Hookey le atosigase o atormentase. Nada de lo que hiciera podría ser suficiente para enojarle. Pan comenzó a ver a Hookey con un aspecto diferente.

El chiquillo era inexpresablemente feliz poseyendo un caballo y una silla; y solía cantar generalmente: «Mi trabajo consiste en ensillar caballos y tirar de las riendas».

Cierto día llegaron dos hombres desconocidos a la posesión de los Smith. Ambos tenían los rostros duros, ojos grises y escrutadores; ambos llevaban armas de fuego, y uno de ellos lucía una estrella brillante en el chaleco. Aquellos dos hombres se llevaron a Hookey consigo. Después que se fueron, los vaqueros dijeron a Pan que Hookey estaba reclamado por ladrón de caballos. Pan experimentó, una terrible pesadumbre, y tardó mucho tiempo en olvidar a su amigo Hookey.

Aquel invierno pasó con rapidez. Pan fue feliz durante su transcurso. El estudio no le pareció tan odioso como había supuesto, acaso porque poseía un caballo y una silla. Podía cabalgar de un lado para otro. Frecuentemente se detenía para ver a Luty, que ya era lo suficientemente despierta para desear ir a la escuela; y la maestra había conquistado el cariño del muchacho. Pan se abstuvo de pelear nuevamente con Dick Hardman, hasta cierto día en que, hallándose en el descanso, Dick le llamó el «niño mimado de la maestra». Esto irritó a Pan, tanto más porque la verdad de lo que decía su enemigo le avergonzaba. Por esta causa, en aquella ocasión, aun cuando apenas había vuelto a reñir con ningún muchacho, fue el primero en golpear. Descargó con sorprendente rapidez un golpe terrible en la nariz del corpulento Dick. Cuando Dick se puso en pie aullando y jurando, tenía el rostro desfigurado por la sangre y por la suciedad. A continuación comenzó una batalla que dejó chiquita a la que anteriormente sostuvieron en el granero. Pan se había desarrollado considerablemente. Era fuerte y ágil. Y cuando la sangre bravía de su madre se encendía en él, era tan fiero como un joven salvaje. Pero Dick volvió a vencerle nuevamente.

La señorita Hill, apenada y triste, envió a Pan a su casa con una nota. Sus padres se hallaban en ella cuando Pan llegó. Loas dos se asustaron al verle aparecer.

-¡Qué muchacho más ensangrentado, más sucio y más pingajoso l -exclamó horrorizada su madre.

-¿Sí? Pues ¡si vieras a Dick Hardman...! - replicó Pan.

El chiquillo creía que había destrozado para siempre su amistad con la señorita Amanda Hill. Pero muy pronto descubrió con gran sorpresa y alegría que no era así. Al día siguiente la maestra le retuvo a su lado después de la salida de la escuela, lloró junto a él, le besó y le habló larga y cariñosamente. Lo único que Pan nudo recordar fue

-Tu odio a Dick Hardman producirá un resultado terrible si no te decides a expulsarlo de tu corazón. -Maestra, ¿por qué no... habla usted de este mismo modo a Dick? - tartamudeó Pan, vencido, como siempre, por la terneza de la mujer.

-Porque Dick es un muchacho de una clase diferente a la tuya-contestó ella; pero jamás explicó lo que había querido significar.

Durante la época de Navidad, los padres de los chiquillos celebraron una fiesta en los locales de la escuela. Todos los que residían en la llanura, aun a varias millas de distancia, se reunieron allí. Por primera vez Pan se sintió satisfecho de la cantidad de vaqueros que vio. La señorita Amanda tenía unos atractivos a los cuales no podían resistirse los vaqueros. Aquella noche Pan recitó su primera composición, titulada: «El goloso Dick, enfermo por comer caramelos».

A Pan le parecía una cosa tonta, pero la dijo por agradar a la señorita Amanda y porque contenía una indirecta contra Dick Hardman. Con gran sorpresa por su parte; recibió unos aplausos clamorosos. Después de la cena comenzó el baile. Algunos de los vaqueros se emborracharon. Se produjeron peleas, dos de las cuales presenció Pan v le causaron gran emoción y temor. Era bastante más de la medianoche cuando se rindió al sopor que le acometía. Cuando despertó, al amanecer, el baile continuaba.

Pasó el invierno. Llegó la primavera, y en ella se celebraron tantos rodeos que Pan no pudo recordarlos todos. Después transcurrió el verano rápido y feliz.

Aquel otoño, un tercer tío de Pan se instaló en el valle. Era un hermano mayor del padre de Pan, a quien llamaba el viejo tío Ike. Era un solterón extraño, vivía solo y no se mostraba propicio a las amistades. A Pan se le advirtió que no se aproximase a él. El viejo tío Ike era duro y antipático; una novia infiel le había destrozado el corazón en sus días juveniles. El viejo tío Ike mató de un tiro al rival y corrió a la guerra. Después de haber servido durante todo el resto de la guerra civil, luchó contra los indios, y vivió una vida turbulenta en diferentes aspectos.

Pero la prohibición sirvió solamente para que Pan experimentase más el deseo de conocer al viejo tío Ike. Corrió presuroso a verlo y se encontró a un hombre de rostro triste y viejo, que estaba sentado a solas.

Pan dijo valientemente

-Tío, soy Pan Smith, el hijo de su hermano Bill, y he venido a visitarle porque estoy seguro de que voy a ser buen amigo de usted.

La acogida del viejo no estuvo exenta de amabilidad. Pan y su tío trabaron amistad rápidamente. Todos los domingos, Pan visitaba, a su tío Ike utilizando para ello cierta cantidad del tiempo que se suponía dedicaba a Luty. La niña lloraba y recriminaba a Pan por aquella deserción, pero Pan se limitaba a contestar con una risa. Siempre que quisiera podía estar junto a Luty. La muchacha se hacía más amable y hermosa a medida que crecía, circunstancias que llegaban al corazón a Pan; pero prefería oír las historias de guerra del viejo y los relatos de luchas contra los indios, mejor que hallarse en compañía de Luty.

Pasaron los meses y Pan creció y se fortaleció. Su constitución física prometía que habría de adquirir muy pronto la que corresponde, al verdadero jinete. Cuando llegó la primavera y Pan cumplió doce años, su Madre consintió en que trabajase a cambio de un sueldo en los rodeos.

Pan se unió a un gran equipo. Este equipo se componía de más de cincuenta vaqueros, dos carros, dos cocinas, vehículos de abastecimiento, y una cantidad grandísima de caballos. Pan pudo cabalgar dos caballos distintos cada día. Aquel trabajo colocó a Pan más cerca del paraíso de lo que jamás había estado. Si no hubiera sido por un inconveniente, habría resultado completamente perfecto; y este inconveniente era que Pan no tenía botas. ¡Un, vaquero y buen jinete sin botas de .montar!

En el calor de la acción, entre el remolino vertiginoso de las vacas y de las terneras mugidoras, cuando el seco polvo se elevaba para introducirse! en la nariz de Pan y formar una pasta espesa en su sudoroso rostro, cuando las cuerdas zumbaban, los vaqueros gritaban, el hierro de marcar chirriaba, todo lo que el muchacho sentía era lo que de bravío y silvestre había en ello, la delicia y el encanto del riesgo, la excitación, el movimiento v_ la vida constantes. Sin embargo, durante las horas de descanso, siempre se veía atormentado por su falta de equino de jinete.

-Oye, muchacho, ¿quién te ha hecho, esas botas altas de jinete? - le preguntó un vaquero.

-Cambio mis espuelas por las tuyas-añadió otro.

Y estas brumas se repetían una y otra vez. Los vaqueros no podían evitarlo. Era una cosa innata en ellos, propia del ambiente y del espíritu de la singular vida que vivían. De todos: modos, Pan los quería, y todos ellos eran cariñosos con él.

Sus mejores amigos en aquel equipo eran Si y Slick, ambos jinetes y pendencieros, cuyos verdaderos nombres no conoció Pan.

El rodeo fue prolífico en experiencias maravillosas. Una noche, cuando una tormenta amenazaba estallar, el capataz llamó al vaquero que no estaba de servicio

-Habladlas en voz baja, muchachos, porque están preparadas.

Quería decir que sería muy probable que las reses iniciasen una desbandada; y cuando comenzaron a brillar lo,'; relámpagos y la lluvia comenzó a caer, la vacada echó a correr con un estruendo horroroso. Pan se caló hasta los huesos y se perdió entre la lluvia. Cuando volvió al campamento, solamente se hallaban en él el cocinero v los carros. A la mañana siguiente los vaqueros llegaron aisladamente, cada uno de ellos conduciendo una parte de las reses desbandadas.

Cuando se desayunaban, una mañana, Pan oyó un grito. -¡Échale el' guante, vaquero!

-¡Oíd! ¡'Mirad ese proscrito que viene por allí!

Pan solamente tuvo tiempo de ver un caballo rojo terriblemente fatigado que entró en el' círculo de los vaqueros. Su jinete iba disparando continuamente, y se apeó entre todos ellos. ¡Y entonces se produjo una desbandada! Aquel diablo rojo interrumpió el desayuno y se perdió a todo correr. ¡Cómo se rieron los vaqueros del pobre caballista que había sido arrojado a tierra!

-Oye, ¿te has roto el cuello?-gritó uno de ellos-. Si no ha sido así, deberías habértelo partido, ¡maldito! Y Si, el domador de caballos, dijo

-Charlie, me parece una desconsideración que te dediques a lanzarnos contra el estómago a tu caballo favorito. '

Una de las cosas' más sorprendentes que sucedieron durante aquel invierno fue la fuga de la señorita Amanda Hill con un vaquero, A Pan no le agradaba mucho aquel individuo, pero el incidente le realzó a sus ojos y aumentó mucho la admiración que experimentaba por los vaqueros.

Pan no olvidó jamás el primer día de escuela de Luty, cuando la llevó sentada sobre el caballo detrás de él, «apretándole el gañote», como observó uno de los vaqueros. Pan no se dio cuenta por completo de aquel aspecto de su viaje, puesto que estaba acostumbrado a tener a Luty asida continuamente a él. La observación del vaquero le molestó. Cuando -llegó 'a las puertas' de la escuela bajó a la muchacha de una manera bastante brusca y fue al corralillo para encerrar su caballo. Luty era pequeña y Pan corpulento, hecho que se grabó en la conciencia de él con las risas de las muchachas y las bromas de los chicos. Pero nada de esto ocasionó cambio alguno en su actitud respecto a Luty, a quien continuó llevando a la escuela y después a su casa durante todo el invierno sobre su caballo. Al llegar el verano siguiente, Pan comenzó a trabajar para su tío Ike.

A medida que Pan crecía, el tiempo le parecía mucho más corto que cuando era pequeño. Tenía mucho que hacer. Y, de repente, descubrió que ya había cumplido los quince años. Su madre celebró una fiesta el día de su aniversario, fiesta que se grabó en su recuerdo por las atenciones que sus compañeros prodigaron a Luty, que era, sin punto de comparación, la más hermosa de las muchachas' del valle. Pan no sabía exactamente a qué atribuir su enojo a la extraña actitud de propietario que había asumido con relación a ella.

El tiempo había de enseñarle algo más acerca de aquel estado de ánimo en que se encontraba. Un nuevo incidente sucedió al día siguiente en la escuela, a la hora del mediodía. En aquellos' últimos días de noviembre reinaba todavía un veranillo indio, o veranillo de San Martín, y los alumnos comían bajo los árboles. Repentinamente, Luty llegó corriendo junto a Pan, quien, como siempre, se hallaba prodigando cuidados a su caballo. La muchacha llevaba despeinado el dorado cabello. Iba llorando. Sus grandes ojos violeta estaban llenos de lágrimas.

-Pan..., sal ahora mismo... y dale una zurra a Dick Hardman -exclamó apasionadamente.

-¡Luty! ... ¿Qué te ha hecho? -preguntó Pan.

-Siempre ¡me está molestando... cuando tú no estás delante... No te lo había dicho... porque sabía que te pegarías con él..., pero lo que me ha hecho ahora,... Me ha agarrado y me ha besado... ¡delante de todos los muchachos!

Pan miró fijamente el rostro de la jovencita, humedecido por las lágrimas, y observó que Luty era diferente a como había sido. Ya no era una niña. Por una razón extraña para su comprensión,, se enfureció, con ella y, empujándola a un lado, se acercó al grupo de muchachos, que los estaban mirando de reojo.

Dick Hardman, que ya era un chico rollizo y fuerte, retrocedió y se introdujo entre el grupo de espectadores. Pan hizo lo mismo violentamente, obligando a los chicos a retirarse, hasta que se encontró frente a frente con su adversario. Las oscuras pecas parecían sobresalir de un modo prominente en el cetrino rostro de Dick. Algo en el aspecto y en la expresión de Pan le intimidaron. Pero se irguió despectivamente.

-¡Eres un cerdo! -le gritó fieramente Pan, y le golpeó con todas sus fuerzas.

Al cabo de una hora ambos continuaban luchando todavía. Se habían ido zurrando desde la arboleda hasta el patio de la escuela, desde aquí hasta la carretera y desde la carretera nuevamente hasta el patio. Ensangrentados, desgarrados, negros, ambos plegaron, destrozaron y arañaron. La maestra, retorciéndose las manos, llamó a los otros chicos para que separasen a los beligerantes-. Ya lo habían intentado, pera inútilmente, puesto que lo único que consiguieron fue recibir golpes y puntapiés. Las muchachas, casi todas, gritaban y lloraban. ¡Mas no Luty! Con los ojos dilatados, con el rostro pálido, la niña contemplaba la 'lucha. Todos los espectadores, aun los más jóvenes, parecían reconocer que aquella pelea era diferente a todas las que hasta entonces habían visto. Finalmente, la maestra envió a varios muchachos a pedir ayuda a algunas de las cercanas granjas.

Dick solía esconder la cabeza y lanzarse contra Pan, con el intento de golpearle en el abdomen. Dos veces consiguió derribar por este medio a Pan, con lo que obtuvo una situación de ventaja. Pero el astuto Pan, que se anticipó a un tercer y último ataque de esta clase, levantó la rodilla con terrible, fuerza y golpeó con ella a Dick en el rostro.

Dick cayó al suelo a plomo, se retorció, dio vuelta sobre la espalda y gritó horrorosamente. Repentinamente, cesó de gritar, se levantó sobre una rodilla, escupió sangre y algo más, que repiqueteó al chocar contra el suelo... ¡Un diente! Tembloroso, llevóse una de las sucias manos a la ensangrentada boca. Uno de los dientes anteriores había desaparecido de la boca, y algunos otros se encontraban flojos. La vanidad, el rasgo más destacado del -carácter de Dick, sufrió con ello un golpe terrible. Se puso en pie, se tambaleó, recogió una piedra y miró a Pan de modo colérico.

Voy... a... matarte!

Y arrojó la piedra con intenciones siniestras, Pero Pan pudo rehuir el proyectil y saltó contra su contrincante. Dick corrió hacia la escuela y se agachó en su carrera para recoger piedras y lanzarlas contra su perseguidor. Los vociferantes muchachos se dispersaron, las chiquillas corrieron. Pan no estaba dispuesto a dejarse vencer en ninguna modalidad de la lucha. Devolvió las piedras, una por una, y acertó con la última a dar a Dick en la parte inferior de una pierna. Como una bestia herida, Dick rugió y, entrando en la escuela, cerró la puerta tras de sí violentamente. Pero Pan se lanzó tras él, agarró una piedra grande y la arrojó tan enérgicamente, que rompió la puerta y arrancó los goznes.

Pan entró y recibió en el rostro el impacto de la larga regla de, la maestra, arrojada por Dick. La recogió, la blandió, como un arma y se lanzó contra su enemigo. Dick corrió a lo largo de la pizarra y, cogiendo un borrador tras otro, los arrojó contra su perseguidor. La puntería fue muy mala. Su resistencia comenzaba a agotarse. Su valor había desaparecido. En cuanto a Pan, la larga lucha parecía haberle dotado de renovado furor y renovada fortaleza. Lo cierto era que un fuego devastador, orbe ardía en sus venas, se había encrespado hasta el rojo blanco, indomable e inextinguible.

De pronto, Dick se dirigió a la mesa de la maestra. Una idea, una inspiración se mostró en la rapidez de sus movimientos. Pan adivinó su propósito, y, saltando sobre las mesas de

los alumnos, intentó adelantarle. ¡Demasiado tarde! Cuando Pan saltaba desde el último pupitre al tablado, Dick se volvió... con el largo cortapapeles de la maestra en la mano, con los' prominentes ojos bañados por el odio más ciego.

Más' tarde, cuando los chicos que se hallaban en el exterior pudieron mirar a interior de la estancia, no vieron ni oyeron a los luchadores; pero, temiendo que se encontrasen ocultos bajo los bancos, dispuestos para una nueva descarga de proyectiles, ninguno de ellos se atrevió a entrar. La maestra se había apresurado a correr, carretera abajo, para salir al encuentro de los hombres a quienes algunos de los muchachos habían avisado.

Y tales hombres eran Jim Blake y Bill Smith, que regresaban de las llanuras a su hogar. Cuando entraron en la sala de la escuela, seguidos temerosamente de la maestra, junto a la que iba Luty, que fue el' único ahormo que tuvo el valor necesario para hacerlo, descubrieron que la pelea había terminado.

Dick yacía inconsciente, tumbado en el suelo, con la frente bañada en sangre. Pan se hallaba sentado, acurrucado más bien, en la plataforma, hosco v arisco, con el rostro, las manos y la camisa ensangrentadas.

-¡Aaah! Me parece que esta vez has peleado como un verdadero vaquero, ¿eh? -preguntó el padre de Pan a su hijo -. Levántate. Déjame que te mire... Jim, reconoce a ese otro muchacho que está en el suelo.

Mientras Pan intentaba doloridamente ponerse en pie, Blake se arrodilló junto a Dick.

-Bill, este gallo de pelea ha recibido una paliza de todos los diablos -dijo, Blake.

-¡Eres un vaquero rufián! -estalló indignado Smith mientras extendía uno de sus largos brazos en dirección a Pan-. Pero... ¿qué diablos?... Muchacho, ¡has recibido una puñalada

-Sí..., papá..., con el cortapapeles... de la maestra... -contestó débilmente Pan. Se puso en pie con dificultad' y se llevó la mano derecha al hombro izquierdo, donde, entre los dedos manchados de sangre, asomaba la rota hoja del, cortapapeles.

La indignación de Bill Smith se convirtió en alarma y angustia. Algo severo y triste ocupó su lugar. Exactamente en aquel' momento, Luty, se separó de la maestra y se colocó ante él.

-¡Oh! ... Por favor..., no lo castigue usted, señor Smith - exclamó conmovida -. Todo ha sido por culpa mía... Fui yo quien comprometió a Dick. Le hice burla. Me dijo cosas que no eran... agradables... Le di una bofetada... Y luego me agarró... y me besó... Fui a buscar a Pan..., se lo dije... ¡Oh! Eso hizo que Pan luchase con él...

Smith fijó la mirada en el rostro grave y pálido de la niña, cuyos distendidos ojos violeta estaban llenos de suplicante ansiedad. La indignación de Bill Smith comenzó a desvanecerse. Pareció repentinamente sorprendido al apreciar algo que jamás había visto antes de aquel momento.

-No, Luty; no lo castigaré - prometió lentamente -. Le aprecio más ahora, cuando sé que ha luchado en tu favor.

IV

No volvieron a encontrarse durante todo el verano. El invierno fue muy duro. Pan abandonó la escuela y permaneció en su casa, trabajando para su madre y jugando mergos que en cualquier temporada anterior.

-He oído decir a Dick que te matará cualquier día -le dijo con seriedad' un vaquero-. No eches en saco roto mis palabras, muchacho, es un mal hombre.

-¡Ah! -Ésta fue la respuesta que Pan dio al mismo tiempo que se alejaba. No le agradaba que le recordasen a Dick. Cuando oía mentarlo, una chispa eléctrica parecía reavivar el rescoldo que aún encerraba en el pecho y convertirlo en fuego.

Cuando llegó la primavera, Pan se unió ansiosamente a los vaqueros que realizaban los rodeos, con más interés que nunca, puesto que una parte del ganado y del equipo que realizaba las tareas era de la pertenencia de su padre. Los cuarenta caballistas esperaban en la extensión de las llanuras la llegada de los carros. Estaban entre ellos cinco vaqueros del equipo de Big Sandy, que pertenecían al mismo grupo que Pan. Estos vaqueros habían llegado de la región de Crow Roost. Old Dutch John, un personaje famoso en aquella zona, dirigía el carro de las provisiones. Se hizo inmediatamente buen amigo del padre de Pan, circunstancia que atrajo al muchacho hacia el viejo cocinero. Era un hombre que no podía hablar, sin salpicar sus palabras de innumerables juramentos, y, si necesitaba contestar con un sencillo « si» o con un no menos sencillo «no» a cualquier pregunta, no lo hacía sin acompañar estos monosílabos de una larga serie de palabrotas.

Al día siguiente el equipo se dirigió hacia el oeste de Dobe Creek, donde rodeó y recogió acaso un millar de reses. Pete Blaine y, otro vaquero enlazaron las terneras, y Pan ayudó a sujetarlas.

Al otro día los vaqueros rodearon Blue Lakes, donde el ganado abundaba. El viejo John gritó a los muchachos:

-¡Eh, vaqueros, basta por hoy! Habéis cercado demasiadas reses en un solo día.

Aquellos dos lagos estaban siempre secos, excepto durante la primavera; y en aquellos días se encontraban llenos de hierba verde, que alfombraba la llanura hasta donde la vista podía alcanzar. El lunes, las largas hileras de reses se movieron entre nubes de polvo en dirección al lugar designado para hacer el rodeo. Cuando las manadas se reunieron, la propia llanura pareció moverse. Al hallarse reunidas tantas y tantas reses, componían un mar blanco y rojo, del que brotaba un incesante mugido confuso. Parecía imposible separar las terneras y las vacas de las otras cabezas de ganado. Pero docenas de arriesgados vaqueros, corriendo en sus caballos de acá para allá, pudieron muy pronto comenzar a hacer la separación.

Fue un espectáculo que entusiasmó a Pan mucho más que los anteriores. Los carros se hallaban alineados junto al lago, con las enormes cubiertas de lona blanca brillante el sol; y en la altura, sobre una elevación del terrestre estaban el «*tunante*» o carro dormitorio, tan lleno de pastos enrollados, que parecía un almiar. Más allá de orilla del lago, cuatrocientos hermosos caballos de silla ataban, coceaban y se mordían mutuamente. Y al otro o sonaban el" estrépito que promovía la manada principal de la vacada, el ruido de los cascos de los' caballos de los vaqueros, el griterío de los hombres y el mugido de las reses.

Cuando todas las terneras y las vacas fueron separadas, un vaquero de cada uno de los equipos de los diferentes ganaderos d la región se reunió con los demás para reclamar la pertenencia de alguna de las reses y determinar la marca a que pertenecía. Después, la manada de vacas viejas, de toros y novillos, de añojos y terneros había de ser conducida nuevamente hacia la parte más despejada de la llanura.

Se encendieron hogueras. Y, puesto que no había leña en aquellos terrenos, se hicieron con huesos de búfalo. Fueron necesarios los esfuerzos de muchos vaqueros para reunir la cantidad' de huesos necesarios.

A la hora del crepúsculo, cuando concluye- el marcado de las reses, cada vaquero cogió un caballo para realizar la guardia.

Pan consiguió uno de ellos, llamado Old Paint.

-Oye, muchacho-le dijo uno de los' vaqueros de Crow Nest-, ¿no estás preparando un caballo demasiado bueno para el trabajo nocturno?

-¡Oh, creo que no! -respondió riendo Pan.

-¡Ven aquí, Blowy! -gritó el vaquero a otro-. Mira lo que he descubierto.

Un muchacho zancudo y de rostro rojo se separó de los demás v se acercó, entre un sonido de espuelas, para ver el caballo de Pan.

- ¡Que el diablo me lleve, Ben Bolt, si este caballo no es Old Calico! -exclamó con sorpresa y alegría -. ¿Dónde, lo has encontrado, chiquillo?

-Lo compró mi padre-respondió Pan.

-Escucha lo que voy a decirte: no ates nunca ese caballo a una estaca. Es el mejor caballo vaquero que jamás he conocido. El vaquero que lo crió y le enseñó todo lo que sabe fue compañero mío hace mucho tiempo. Y ya está muerto. Sería capaz de levantarse de su tumba, chiquillo, si supiera que su caballo estaba atado a una estaca.

-¿Sí? -contestó Pan-. La verdad es que no sé mucho acerca de este caballo. Lo llamamos Old Paint. Todavía no lo he montado. Papá se lo compró el invierno pasado a una señora que quería que arrastrase un carro. Pero el caballo se rebelaba. La señora dijo que le echó encima agua caliente y...

-¿Señora? ¡Diablos! - gritó el vaquero al mismo tiempo que enrojecía aún más-. No podía ser una señora si trataba a un caballo tan bueno de ese modo... Oye, oye, muchacho, yo te proporcionaré un buen caballo para el trabajo nocturno. Deja en libertad a Old Cal y, cuando necesites correr mucho o hayas de ir a toda prisa a cualquier parte, no dejes de montarlo. Lo mejor será que cuando lo hagan te ates bien los estribos y te afirmes bien en ellos, si tienes interés en conservar tu asiento, porque ese caballo es seguro que intentará librarse del vaquero que se le ponga encima.

-Perfectamente, dejaré a Old Calico en libertad - contestó Pan-. Y no olvidaré lo que has dicho de él. Blowy señaló uno de 'sus caballos.

-Muchacho, sube a ese otro caballo, y jamás irás al paso.

-Gracias; tengo muchos caballos-dijo Pan.

-¡Ah! ¿Muchos caballos? Yo también tengo muchos, compañero; pero he elegido éste para seguridad de mis amigos.

Pan ensilló el caballo indicado. Y muy pronto vio que era el mejor que hasta entonces había montado. Este suceso le granjeó la amistad, de Blowy, que era un charlatán incansable y al que toda el equipo apreciaba. Pan aprendió algo de cada uno de los vaqueros con quienes se reunió; y 1o que aprendió no siempre fue lo mejor y más conveniente.

Aquel rodeo constituyó la verdadera presentación de Pan a las llanuras. Cuando llegó la ocasión en que los diferentes componentes del equipo se separaron para llevarse su propio ganado, el patrón dijo a Pan:

-Ven a trabajar conmigo.

Pan enrojeció agradablemente sorprendido, dio gracias y dijo que debía trabajar para su padre. Después, él y el vaquero que le acompañaba, Joe Crawley, se despidieron de sus compañeros provisionales, y principalmente y con mayor pesar de Old Dutch, y emprendieron el camino con sus propias reses. Cruzaron el antiguo campo de batalla indio en que el coronel Shivington dio a sus soldados una orden que se hizo famosa

«-¡Matadlos a todos! ¡Las liendres crían piojos! Pan y Joe se dirigieron hacia Limestone Creek con su pequeña manada y sus caballos. Pan quiso montar Old Calico, pero el caballo se había alejado hasta perderse de vista.

-Las moscas se muestran activas, muchacho -dijo Joe, que era más viejo y tenía más experiencia que Pan-. Me parece que vamos a tener barro en abundancia durante el mes próximo.

Había un algo en el aire, acaso tormenta, que producía inquietud a los animales. Pan y Joe tuvieron que vigilar constantemente para dominar a su ganado, tanto de día como de noche. Los animales no podían caminar. Deteniéndose donde se hallaban, los clon vaqueros se vieron forzados a hacer guardia hasta el amanecer, y entonces intentaron conducir su ganado. Pero no consiguieron moverlo hasta después de transcurridas varias horas llenas de esfuerzos. Finalmente, las reses se encontraron refrescadas y comenzaron a caminar.

Los dos muchachos llegaron en las últimas horas de la tarde a Limestone, donde hallaron tres vacas hundidas en el barro hasta los ojos, de las que solamente eran visibles la parte alta de las cabezas y los cuernos. Necesitaron mucho tiempo y gran trabajo para librarlas de su situación; acamparon cerca del lugar aquella noche y, puesto que habían llegado a sus terrenos, dejaron las vacas y las terneras en libertad.

A la mañana siguiente, Pan y Joe cabalgaban hasta el próximo pantano, donde encontraron diecisiete reses encenagadas.

-¡Siempre lo mismo! -exclamó Joe -. ¡Qué afición tienen estas condenadas vacas a meterse en el barro! Tuvieron que forcejear hasta mediodía para salvarlas. En otro pantano hallaron otras veinticuatro reses en la misma situación.

-¿Cuántos pantanos más hay en Limestone? - preguntó Pan.

-Solamente otros cuatro, que son los peores - contestó con un gemido Joe -. Si las vacas se meten en esos pantanos, como han hecho allá arriba, tu papá tendrá que comprar muy pronto nuevas reses.

Había seis mil cabezas de ganado abrevando a lo largo del arroyo. Cuando el agua estaba baja, se metían en el barro por centenares.

-Esto presenta mal aspecto, Pan - observó el vaquero -. Creo que vamos a necesitar ayuda.

Regresaron al campamento, cenaron, tomaron caballos descansados y pasaron media noche sacando a las reses del barro.

Al amanecer, los dos muchachos se hallaban trabajando de nuevo. Algunas de las vacas que se empantanaron habían muerto; otras tenían el cuello retorcido, y fue necesario matarlas. En la parte más baja del arroyo las cosas presentaban un aspecto todavía más negro. El remanso más grande de todos los de aquellos terrenos parecía, visto desde lejos, como un pequeño lago lleno de patos.

-¡Estoy maldiciendo al mundo por secciones sucesivas! -gruñó Joe -. Bueno, muchacho, vete arroyo abajo, y haz la cuenta más aproximada que sea posible de las vacas que veas en estas condiciones. Yo iré mientras tanto á buscar hombres y carros. Trasladaremos el campamento aquí. Esto es lo peor que he visto en mi vida. Vamos a perder muchísimo ganado. Hay una cantidad terrible de barro grumoso en el fondo. Y ¡por Satanás!, vamos a tener que detenemos aquí Dios sabe cuánto tiempo.

Aquel otoña, Jim Blake vendí su hacienda y se trasladó con su familia a Nuevo Méjico. No había encontrado prosperidad en el valle, donde las cosas' iban de mal en peor. Pan no llegó a casa a tiempo de despedirse de Luty, lo que le dolió intensamente. No olvidaba a la chiquilla, que se había convertido en uno de los factores principales de su vida. Luty le dejó una nota de despedida, sencilla y leal, esperanzadora y, sin embargo, desconcertante. ¡No era tan infantil como las primitivas! El tiempo volaba, y Luty crecía y se desarrollaba.

Los Hardman se alejaron también del valle, a un lugar que ninguno de sus vecinos parecía conocer. Pero Pan tuvo seguridad de dos hechos: que Dick se había metido en un tiroteo, en el' que había herido al' hijo de un ranchero, y que, procedente de una fuente desconocida e inesperada, los Hardman habían obtenido una importante cantidad' de dinero, o la habían heredado.

Pan olvidó muy pronto a su enemigo de la infancia. Aquél fue el último invierno que pasó en su casa. Fue a la llanura de Limestone a la llegada del invierno, y, según decían los vaqueros, adquiría rápidamente las cualidades características de los mejores caballistas de la época.

Al regresar a su hogar, Pan encontró que su padre había realizado algunas operaciones ruinosas y que no marchaba muy bien desde el punto de vista económico. Muchos nuevos colonos codiciosos estaban instalados en las inmediaciones de su hacienda. Los cuatreros v ladrones de reses habían llegado, procedentes del Norte, realizando innumerables robos. Durante la ausencia de Pan, una nueva hermanita suya había nacido, lo que fue una noticia feliz para él'. Y cuando jugaba con la pequeñuela, solía acordarse de Luty. ¿Qué habría sido de ella? Al recordarla, pensaba que, más o menos tarde, habría de ir a buscarla.

Pan decidió que no podría permanecer ocioso durante el invierno. Podía haber tenido muchísimos quehaceres en su casa, donde habría trabajado sin recompensa monetaria, pero ni siquiera quiso tomarlo en consideración. Por esta razón tomó la resolución de unirse a otros vaqueros aventureros que proyectaban dirigirse al Sur, y regresar en la primavera con algunas de las grandes manadas que eran conducidas hacia el Norte.

Pero a Pan le entusiasmó la magnífica extensión del campo del Estado de la Estrella Solitaria v trabajó allí como caballista por espacio de dos años, en los que inevitablemente se inclinó hacia la vida turbulenta y libre de los vaqueros. En algunas ocasiones enviaba dinero a su madre, pero lo hacía con poca frecuencia, porque casi siempre tenía contraídas deudas. La mujer le escribía regularmente, y sus cartas constituían el único eslabón que le unía con los viejos recuerdos de su hogar. Pensaba algunas veces en Luty, en las cabalgadas solitarias, en las guardias nocturnas, y todo ello le parecía un sueño dulce y melancólico. Jamás tuvo noticias de ella.

Lucía nuevamente la primavera cuando Panhandle volvió a la tierra que llevaba su mismo nombre. Como si la suerte lo hubiera dispuesto de este modo, encontró un equipo de vaqueros que conducía unas manadas a Montana, labor que habría de durar hasta el siguiente otoño. Con gran desconsuelo por su parte, la historia de sus aventuras y de sus atrevimientos le había precedido. Los malos rumores viajan aprisa. Por ellos, Pan fue más respetado y querido de todos aquellos caballistas. Pero temía que 1-as murmuraciones hubieran llegado también, a oídos de su madre. Iría a su casa el próximo otoño para cerciorarse de que su madre estaba bien y para convencerla de que él no era «uno de esos vaqueros camorristas y malos».

A la llegada del otoño sufrió la decepción de verse privado de las ganancias de aquel largo verano; y se encontró sin trabajo y sin dinero. No quiso hacer el camino hasta su hogar pidiendo protección v comida en los ranchos que hallase a su paso, por lo que decidió colocarse en casa de un ranchero de Montana. De este modo comenzó a despreciar los amarillos desiertos de aquel estado meridional, las agudas ráfagas de aquel penetrante viento, el hielo y la nieve. La primavera lo encontró cabalgando hacia el Sur, hacia los terrenos que había abandonado. Pero las corrientes de la vida le arrastraban, con el rápido paso de los meses, tan velozmente como los caballos mesteños que montaban; y no llegó a su hogar. El Cimarrón, el Platte, el Arkansas lo vieron en sus llanuras y en sus valles, donde los cascos de sus caballos se marcaron en todos los caminos; y después de haberse alejado, lo recordaron como a ningún otro vaquero.

A la edad de veinte años, Panhandle Smith parecía mucho más viejo: llevaba marcada en la expresión y en el aspecto la huella de la vida dura, de las rudas compañías, de las condiciones adversas que el destino le reservó en su aspecto de vaquero americano. Había asimilado la mayoría de las virtudes de estos personajes, y casi todos sus vicios. Pero siempre se mantuvo alejado de las mujeres. Sus camaradas le hacían infinitas bromas motivadas por su temor a los seres del bello sexo, pero jamás le comprendieron. Pan nunca perdió el respeto hacia las mujeres, que su madre le había inculcado, ni su primer y único amor por Luty Blake.

Una noche de verano, Pan se hallaba haciendo guardia nocturna en sustitución de uno de sus compañeros, que se había enamorado, de la hija del ranchero para quien ambos trabajaban. Jim estaba verdaderamente chiflado por la muchacha, a la que asediaba un vaquero rival, perteneciente a otro equipo. Aquella noche tenía que ser la decisiva.

Pan no pudo por menos que reírse de su compañero. Era pintoresco, era patético el verlo tan pronto sumergido en las profundidades de la desesperanza como elevado al cielo, según soplasen los vientos del caprichoso talante de la señorita. Pan había cabalgado o trabajado en muchas ocasiones junto a algún otro vaquero afligido de la misma dolencia.

Aquella noche, sin embargo, Pan se vio acometido de una molesta melancolía. Acaso fuese la expresión de un anhelo, de algo que no sabía de qué modo definir.

La noche era extraña, bochornosa, opresiva y silenciosa, rota sólo por el incesante mugido de las vacas y por el sordo zumbido de los truenos que brotaban de entre las nubes negras y revueltas. Una luna amarillenta y espectral se asomaba por el horizonte. La llanura se extendía oscura, solitaria, silvestre. No se, movía el viento. Los lobos y los coyotes permanecían silenciosos. De pronto, a Pan le pareció que el mundo estaba completamente desierto. Fue un sentimiento inexplicable. La llanura, la soledad, la manada de reses a su custodia, los camaradas dormidos, los caballos en torno a sus estacas..., todas estas cosas, siempre tan elocuentes para él, perdieron de súbito su importancia. Al fin comprendió que experimentaba la nostalgia de su hogar. Y cuando el tiempo de su guardia concluyó, Pan estaba determinado a abandonar aquel empleo y dirigirse a su casa.

Librodot

V

Camino de su hogar, Panhandle Smith cruzó la llanura de Limestone, que era el campo en que se desarrollaron sus primeras actividades como vaquero. No había cambiado mucho, aun cuando el ganado no abundase en ella tanto como anteriormente. Tan conocidos como años antes le eran los pantanos en que él y su compañero - ¿cuál era el nombre de aquel vaquero?-pasaron tantos días y tantas noches entregados a un trabajo penoso.

Pan acampó en el vado rocoso en que un arroyo se unía al Limestone. Se hallaba a treinta millas de Littleton, más allá de Las Ánimas, y su caballo estaba cansado. Preparó su parca cena, desenrolló el lecho y, como en centenares de otras noches, se tumbó bajo el cielo abierto. No nudo dormir durante mucho tiempo. Cuanto más se acercaba a su hogar, tanto más extraños y profundos eran sus pensamientos.

Al cabalgar al día siguiente no dejó de mirar atentamente por todas partes en busca ¿le ganado que llevase la marca perteneciente a su padre? Pero no pudo verla. Al fin, cuando se hallaba próxima la hora del' crepúsculo, después de pasar junto a millares de reses, llegó a la sorprendente conclusión de que su padre no tenía ya reses en aquellos terrenos. ¡Demasiados colonos y demasiadas verjas! Llegó a Littleton cuando la oscuridad se adueñaba del cielo. Littleton se había convertido en un poblado de cierta importancia. Pan se instaló en una habitación del nuevo hotel y después de la cena salió con el propósito de buscar a alguien a quien conociera. Era sábado y la ciudad estaba llena de caballistas y de rancheros. Pan esperaba encontrar algún antiguo conocido en cualquier momento; pero, con gran sorpresa, no halló a ninguno. Finalmente, entró en la tienda de Campbell, que estaba instalada desde hacía mucho tiempo en aquella región. John Campbell, de fuerte constitución, con su barba larga y rostro rojizo, parecía exactamente lo mismo que era cuando Pan iba a su casa a comprarle unos centavos de caramelos. Sin embargo, había pasado mucho tiempo y Campbell no le reconoció.

-Buenos días, forastero: dígame en qué puedo servirle -contestó al saludo de Pan; y midió al alto jinete con ojos curiosos.

-Oiga, John, usted tenía costumbre de regalarme algún caramelo cada vez que venía a la ciudad - dijo riendo Pan.

-Sí, he hecho lo mismo con todos los Tom, Dick y Harry de esta región - replicó el viejo mientras se sobaba la barba- Pero no me acuerdo de usted.

-Soy Panhandle Smith - anunció Pan dándose un poquito de importancia. Acaso, si no era reconocido personalmente, podría tener la suerte de que también su reputación fuera desconocida de aquel hombre.

-¡'Claro que eres Pan, por todos los diablos! -exclamó Campbell cordialmente; y hubo una inconfundible alegría en el apretón de manos que le dio-. Pero nadie podría reconocerte. Oye, has crecido mucho. Hemos oído hablar muchísimo de ti... Aunque nada durante los últimos años... Vaquero, has debido de vivir bastante intensamente la vida de los vaqueros, si lo que se dice es cierto.

-No debe usted creer todo lo que oiga decir, señor Campbell - replicó sonriendo Pan -. Me agradaría tener noticias de mis padres.

-¿No lo has oído? - preguntó Campbell dubitativamente.

-¿Qué? - dijo rápidamente Pan al ver que la expresión de su colocutor adquiría un tinte de gravedad -. Hace dos años o algo más que recibí una carta de mi madre.

-Deberías haber venido hace mucho tiempo - dijo Campbell -. Tu padre perdió el ganado. Tenía negocios en común con Hardman, de los cuales es posible que no hayas oído hablar. Por estos alrededores hay muchos rancheros que juran que Hardman no procedía

siempre lealmente. Bien; tu padre vendió sois posesiones y se marchó. Creo que esto sucedió hace un año.

-¿Adónde fueron?

-Tu papá no me lo dijo; pero después he oído decir que siguió las huellas de Hardman fue al occidente de Nuevo Méjico. Marco es el nombre del lugar. Es una nueva colonización. Hay minas de oro y de plata. Se dirigen allí nuevos ganaderos con sus equipos. Y últimamente he oído decir que se crían en aquella zona muchos caballos salvajes.

-¡Ah! - exclamó Pan con profunda tristeza y no menos sorpresa al oír estas noticias.

-Es un lugar abierto, sin fronteras - declaró Campbell -. Algunos vaqueros que han venido por aquí han hablado de Marco. Dijeron que la vida era fácil en esa nueva colonización.

-¿Por qué se marchó papá? - preguntó Pan, intrigado.

-No podría decirlo con seguridad, pero sé que estaba indignado con Hardman; y lo pintoresco del caso es que no lo estuvo hasta cierto tiempo, después de que éste se marchó. Es posible que entonces averiguara alguna cosa que antes no conociera. Y tú puedes averiguar lo que haya sucedido si te dedicas a preguntar a los rancheros que han sido explotados por Hardman.

-¡Ah! -murmuró pensativamente Pan-. No pienso molestarme en hacer averiguaciones. Mi padre me lo dirá... ¿Qué ha sido de Jim Blake?

-Jim, cierto tiempo antes, aun cuando creo que varios años después de que te marchases de tu casa, fue capataz del equipo de Hardman. Y fue el primero en irse a Marco. Supongo que Hardman le envió para que explorase el terreno.

-¿Llevó Jim a su familia consigo? - preguntó Pan. -No; pero la familia fue a unirse con él poco tiempo después. En realidad, ahora que 1o recuerdo, varios colonos de estos alrededores han ido también allá. Creo que aquella región del Oeste está floreciendo mucho, Pan; en ésta nuestra hay demasiada gente.

-Marco... ¿Cómo se va allí?

-Por la carretera vieja de, California.

Pan se refugió en la soledad de su habitación y, envuelto en la oscuridad, insomne, experimentó los acerbos dolores del remordimiento. Sin apenas darse cuenta del paso de los años, siempre con el propósito de volver a su casa para ayudar a sus padres y a su hermanita, para aproximarse nuevamente a casa, nunca olvidada Luty, había sido apresado por la vida turbulenta de la llanura, que le había retenido durante demasiado tiempo. Los pretextos no tenían valor. ¿Qué habría sucedido si no le hubiera sido posible ahorrar algún dinero, si hubiese caído en el número de aquellos a quienes su antigua maestra de escuela había llamado «vaqueros malos»? El orgullo, la negligencia, el amor a las llanuras y a las tierras nuevas, a las nuevas aventuras, le habían impedido cumplir debidamente con sus padres. Aquella hora fue verdaderamente negra y vergonzosa para Panhandle Smith. En lugar de ahogar su dolor en la bebida, como habría sido natural que hiciera un vaquero, permitió que este dolor imperara en él. Merecía las angustias de los reproches que a sí mismo se hacía, de las inútiles preguntas, de los redivivos recuerdos que despertaban en él anhelos mucho más fuertes que los que le habían puesto de nuevo en el camino que conducía a su hogar.

Al día siguiente Pan vendió su equipo, con excepción de las escasas pertenencias que más apreciaba, y tomó una diligencia que se dirigía al Oeste. Una vez en camino consiguió desechar su meditativa y tormentosa actitud' y gradualmente despertó a la evidencia de que estaba dirigiéndose a una nueva región, hacia una nueva aventura, la más grande de su vida, en la cual debería ofrecer compensaciones a su madre y a Luty. De una manera natural, Pan incluía a Luty en el' pequeño círculo de las personas a quienes amaba. Luty, a quien había abandonado en busca de espacios más abiertos, para montar caballos y conducir reses, por el polvo, la tormenta y el rodeo, por las largas cabalgadas diurnas y por las guardias nocturnas, por la mesa de juego: la botella, la pistola..., por todo aquello que hacía que la vida fuera tan encantadora para el vaquero americano...

El viajar en diligencia no era una cosa nueva para Pan, aun cuando anteriormente no hubiera hecho nunca un viaje más largo de un día. El conductor del coche, Jim Wells, era viejo en aquella región. Había sido correo a caballo, minero, trajinero y carretero, y en aquellos momentos, con el pelo ya gris y con los huesos molidos, le agradaba encaramarse al asiento de conductor del coche, masticar tabaco y hablar. Sus agudos ojillos averiguaron prontamente la clase de hombre que era Pan.

-Coge tus bultos y sube, muchacho - dijo -. Oye, ¿Cómo diablos te llamas?:

-Soy Panhandle Smith - replicó Pan con desenvoltura -. Vengo de Sycamore Bend.

-¿Dónde demonios he oído yo ese nombre? Tengo muy buena -memoria para los nombres y las caras. Me parece que ese nombre tuyo lo oí en Cheyenne el pasado verano... Ahora lo recuerdo. Un vaquero llamado Panhandle recorrió las calles montado sobre un caballo rojo que era mejor que todos los que allí había. ¿Es, posible que aquel vaquero fueras tú?

-Supongo que es posible -contestó sonriendo Pan-, pero si sabe usted algo más acerca de mí, le suplico que haga el favor de guardárselo debajo del sombrero, viejo.

-¡Ja, ja! -rió Wells al mismo tiempo que sedaba unos sonoros manotazos en la rodilla-. ¡Por todos los diablos! Lo haré si puedo. En el coche va una anciana señora que tiene mucho miedo a los ladrones; y también va una joven. La he visto mirando detenidamente tus espuelas, tu estatura y ese revólver que llevas, que parece estar esperando que lo desenfunden. Y también va un jugador, si es que puedo preciarme de conocerlos. Me parece que me voy a divertir mucho en este viaje.

Después de la parada siguiente, donde los viajeros comieron, Pan volvió al coche y encontró a la señorita sentada en el asiento del conductor. La joven tenía unos ojos grises y serios y unas mejillas pálidas.

-Me he permitido ocupar su asiento-dijo con timidez-. Pero creo que hay bastante sitio para usted. -Gracias. Iré en el interior del coche.

-Pero si no se sienta usted aquí... podría sentarse cualquier otro... y yo..., él... - tartamudeó en tanto que se ruborizaba un poco.

- ¡Oh, en ese caso me agradará sentarme a su lado! -la interrumpió Pan mientras subía al coche para hacer lo que había indicado. Pan se había dado cuenta del aspecto de un individuo de ojos de águila, vestido llamativamente, que se hallaba a punto de subir a la diligencia-. ¿Viaja usted sola?

-No. Mi papá viene conmigo; pero nunca se entera de nada. He venido muy molesta hasta ahora - contestó. Llegó el conductor, quien miró detenidamente a la pareja que se hallaba sentada, sonrió e hizo una mueca que desconcertó a la joven señorita.

-Bien; me parece que el conducir la diligencia me va a resultar esta vez más agradable que nunca-dijo mientras trepaba hasta su asiento y desataba las riendas de la manivela del freno-. Señorita, supongo que no le agrada viajar en el interior. Bien; podrá usted hacer un viaje muy bueno yendo sentada entre mí y mi joven amigo, Panhandle Smith.

-Creo que así será-contestó la señorita sonriendo agradablemente-. Me llamo Emily Newman. Viajo con mi padre para visitar a unos parientes que tenemos en California.

Pan descubrió muy pronto que era necesario hablar un poco para contener la locuacidad del viejo conductor del coche, que parloteaba con exceso. Este hombre había contado a la señorita Newman la carrera de Pan con el caballo rojo e iniciado la relación de otra historia referente al joven que no era muy, halagüeña ;para Pan, pero que el viejo la refería con el' propósito de despertar en la imaginación de la señorita unos sueños románticos. Pan consiguió que Wells callase; pero, demasiado, tarde. La señorita Newman volvióse hacia Pan y le dedicó una mirada llena de entusiasmo.

-¡Oh, claro, ya había visto que es usted vaquero! - dijo sonriendo nuevamente-. ¡Qué espuelas más grandes lleva! Me he preguntado cómo, podría usted andar con ellas.

-¿Estas espuelas? No son nada. Duermo con ellas puestas s - contestó Pan.

-¿Sí? No. No habla usted en serio... ¿Qué hay de cierto en eso, de su carrera +por las calles de Cheyenne arrastrando yardas y más yardas de calicó rojo detrás de su caballo?

-Fue una' locura. Me parece que antes de hacerlo había estado mirando algo tan rojo como el mismo calicó. -¡Oh! ¿Se refiere usted al alcohol?... ¿Estaba usted... bajo su influencia?

-Un poco-contestó riendo Pan; y sin embargo no le agradaba el giro que tomaba la conversación.

-No habría podido suponer que usted... - añadió ella; y no concluyó de decir lo que se había propuesto. Pero en su tono, en su mirada y en la intimidad con que le habló parecía haber un sutil halago para Pan. No parecía sino que estaba destinado a recibir impresiones similares cada vez que se aproximaba a alguna joven. Esto había sucedido muy pocas veces, porque sus encuentros con mujeres eran escasos y muy distanciados unos de otros. No nudo menos de sentirse complacido y un poca desconcertado. Creyó que en aquellas impresiones se albergaba algún peligro para él. Sin que pudiera comprender por qué, siempre había evitado el tener amistades con mujeres jóvenes.

-Por regla general, señorita Newman, los vaqueros no valemos mucho-contestó Pan, ahogando su discurso en buen humor-. ¡Pero, de todos modos, solemos ser unos embusteros! tan terribles como la mayoría de los viejos conductores de diligencias.

-¡Ja, ja! -rió Jim Wells al mismo tiempo que restallaba el látigo y que 1'a diligencia traqueteaba sobre los baches de la carretera -. Es un muchacho, muy modesto, señorita, un vaquero extraordinario.

Y de este modo se lanzaron palabras y risas de uno a otro mientras' la larga carretera blanca se extendía ante ellos y desaparecía bajo las ruedas del vehículo. La muchacha estaba claramente interesada, fascinada. El' viejo Jim, según la: costumbre de los hombres del Oeste, se sentía dispuesto a hacer una conquista para Pan. Y Pan, que intentaba con todo empeño presentarse como un vaquero vulgar e indigno, solamente consiguió producir la impresión contraria.

La señorita continuó el viaje por espacio de varios días en el asiento del conductor, entre Pan y Wells, e hizo que las horas, volasen.

Cuando la diligencia llegó a Las Vegas, se alejó con su padre y se volvió entre la multitud ara agitar la mano en el aire en señal de despedida. Sus- ojos parecían expresar ávidamente lo que deseaban que hubiera sucedido. Estos ojos atormentaron a Pan por espacio de varios días, mientras la diligencia rodaba por las llanuras y por las montañas. A Pan le resultaba agradable recordar aquel incidente. Para él fue solamente un encuentro casual' con una muchacha guapa; pero hasta cierto punto comenzó a apreciar lo que había perdido. La actitud de los vaqueros hacia las mujeres era una actitud a la que él no estaba acostumbrado personalmente. Lo que había perdido no era el bailar y el «flirtear», que tanto agradaban a los vaqueros, sino algo que no podía acertar a comprender por entero v que pertenecía a la misma clase que la influencia nunca decreciente que su madre ejercía sobre él y que tenía una ignota asociación con la pequeña Luty Blake. ¿Pequeña? Con seguridad, ya no sería pequeña, sino una muchacha mayor, una mujercita como aquella Emily Newman, hermosa, acaso, con todos los encantos innumerables y los atractivos que las mujeres tienen para los hombres. Pan advirtió que crecía su ansiedad por ver a Luty, y este sentimiento aumentó a medida que continuaba el viaje a través del desierto; y con el mismo sentimiento caminaba hacia una perplejidad que le resultaba igualmente incomprensible. Nuevo Méjico, era una extraña y nueva tierra para él. Pan contempló el desierto con ojos que la emoción dilataba. Conocía las llanuras que hay desde Montana hasta Texas; pero aquélla era una región completamente diferente, con sus anchos valles cercados de moles de rocas amarillas y rojas, sus extensiones ambarinas, y, muy lejos, en todas las direcciones del horizonte, la oscura púrpura y el blancor de las elevadas cumbres.

Los ranchos de los mormones estaban diseminados a lo largo de algunos valles grises. El ganado escaseaba, y solamente algunas manadas moteaban las interminables extensiones

Librodot

de salvia verde y de hierba amarillenta. A medida que viajaba más hacia el Oeste, no obstante, el número de caballos salvajes aumentó hasta convertirse en millares.

Los caballos habían significado para Pan mucho más que cualquier otra cosa. En sus vagabundeos a lo alto y al fondo de las estribaciones occidentales de la tierra cuajada de praderas y situada al este de las Rocosas, encontró frecuentemente caballos salvajes y disfrutó persiguiéndolos. Todos los vaqueros son en ocasiones cazadores de caballos salvajes. Si Pan hubiera recorrido por más tiempo aquellas desiertas llanuras, se habría convertido inevitablemente en un cazador permanente y en un amante de ellos. De todos modos, Pan no comprendía por qué no podría ganarse mucho más dinero con la caza de esto- que con la cría de vacas. La idea le seducía.

Nuevo Méjico, al fin. Parecía una continuación y una amplificación de todo el color, la selvatiquez y la inmensidad que Había dejado tras de sí. Dunas arenosas v depósitos de lava blanca; lechos de lagos secos y volcanes extintos en forma de cono, con las bocas accidentadas v abiertas; terrenos bajos y colinas pobladas de amarillos cedros; valles de púrpura, verdes florestas en las estribaciones de las montañas..., toda esta inmensa variedad de la Naturaleza era nueva para el vaquero de las llanuras. El agua escaseaba, aun cuando a largos intervalos del viaje cruzó algún arroyo. El colono, ese precursor solitario y esperanzado, escaseaba tanto como los arroyos.

Una noche, cuando la oscuridad comenzó a reinar, la diligencia arribó a Marco. Pan era uno de los cinco pasajeros que conducía. El crepúsculo se había producido varias millas antes de que el coche llegara a su destino. En aquel' momento pensó Pan que la región era extremadamente bravía y hermosa. La oscuridad borró pronto las extrañas afirmaciones de rocas coloreadas, la infinita extensión del valle, las cumbres blancas y frías que se erguían a lo lejos.

¡Marco! ¡Qué desacostumbrado fue el palpitar del corazón de Pan! El' largo viaje, de tres semanas de duración, había terminado. La diligencia llegó a la calle principal de la población, que era una calle como Pan jamás hubiera imaginado que pudiera existir. Era cruda, áspera, estaba inundada de luces, las fachadas de los edificios eran de madera, y una multitud abigarrada de hombres discurría por ella. Tampoco podía echarse de menos a las mujeres en los grupos que iban de un lado para otro. Era la noche de un sábado. Siempre parecía ser que Pan llegaba a las poblaciones que visitaba la noche de los sábados. El ruido y el polvo inundaban el aire. Pan descargó su equipaje y subió las escaleras de madera del hotel que el conductor de la diligencia le indicó.

Si Pan no hubiera estado fuertemente impresionado, por espacio de varias semanas, por el pensamiento de ver pronto a sus padres, a su hermanita y a Luty, de todos modos se habría excitado al iniciar aquella aventura al otro lado de las Rocosas.

Contrariamente a su costumbre de arrojar el dinero a manos llenas, como la mayoría de los vaqueros, ejerció una rígida economía durante aquel viaje. Ciertamente que era la primera vez que hacía una cosa de esta naturaleza. Disponía de cuatrocientos a quinientos dólares, que eran el importe de los sueldos que había ahorrado y de los ingresos por la venta del caballo y del equipo. No podía suponer cuáles serían los apuros en que podría hallar a su padre ni de qué modo podría tener necesidad de su dinero. Por esta causa Pan tomó un alojamiento barato y se dirigió a un restaurante propiedad de un chino.

Escogió -una mesa a la cual estaba sentado un joven cuyo rostro, cuyas manos, y cuyas ropas hablaban elocuentemente de una vida dura bajo el cielo abierto, en contacto con las cosas elementales. Pan podía comprender su significado con la misma rapidez con que apreciaba las cualidades de un caballo. É1 mismo pertenecía a la comunidad de los hombres que poseían estas cualidades.

-¿Me permite usted sentarme aquí? - preguntó indicando la silla vacía.

-Siéntese, forastero. -Ésta fue la respuesta que llegó acompañada de la apreciativa mirada de unos ojos serenos.

-Tengo mucha hambre. ¿Qué tal es la comida de aquí?

-Ese Chink es un cocinero de primera clase, y muy limpio... ¿Ha llegado usted ahora a fa ciudad?

-Sí -respondió Pan; y después de encargar al joven camarero lo que deseaba, se, volvió hacia su compañero y continuó-: Y es un, viaje condenadamente largo. Vengo de Texas.

-¿Sí? Bien; yo procedo del oeste de Kansas, al otro lado de la frontera de Texas.

-¿Vino usted hace mucho tiempo?

-Hace unos seis meses.

-Perdóneme la curiosidad: ¿a qué se dedica usted? No conozco a nadie en este pueblo y me gustaría adquirir noticias.

-He estado trabajando en una mina de oro que yo mismo denuncié.

-¡Ah! -exclamó Pan con despierto interés -. Es una cosa que me parece muy interesante jamás he visto nada de oro, como no hayan sido algunas monedas, lo que ha sucedido muy pocas veces.

La sinceridad de Pan y aquel aire que tenía de sencillez v de indiferencia, en combinación con su aspecto, producían siempre la impresión más favorable en los hombres con quienes hablaba.

Su compañero rió desde el otro lado de la mesa, como si le hubiera sucedido lo mismo que a Pan.

-Me parece que no es preciso que me diga que usted es vaquero. Antes de verle, le oí venir... Me llamo Brown.

-Me alegro mucho de conocerle - contestó Pan; y luego, con evidente vacilación, añadió:

-Yo me llamo Smith.

-¿Panhandle Smith? - preguntó el otro con rapidez.

-Sí, el mismo - dijo Pan riendo.

-¡Venga esa mano! -Ésta fue la única réplica de Brown, a la que acompañó el ademán que hizo para tender a su compañero unta mano fuerte.

-Soy tan feliz como desgraciado -declaró Pan cordialmente-. El mundo es muy pequeño... Ahora dígame, Brown, ¿ha oído usted algo acerca de mi padre Bill Smith?

-No. Lo siento mucho. Pero no he oído nada. He estado viviendo muy retirado y sin rnezclarme con la gente, porque creo que he encontrado un buen filón de oro. Y esto me ha hecho ser muy cauto.

-¡Ah! Apostaría a que ésa es una ciudad muy acogedora. Agradezco la confianza que ha puesto usted en mí.

-Si he de decirle la verdad, me alegro mucho de haber encontrado alguien que provenga de una tierra próxima a la mía. ¡Cuánto me agradaría, señor, que me hubiera usted traído noticias de mi esposa y de mi bebé!

-¿Casado y con un bebé?... Eso es hermoso. ¿Es niño o niña?

-Es una niña. No la he visto, porque nació después de mi salida de casa. Mi esposa no estaba muy bien la última vez que me escribió. Quiere venir aquí, pero no podrá hacerlo hasta dentro de cierto tiempo.

-Me gustaría haber podido traerle noticias. Debe de ser muy doloroso para usted el estar separado de su familia. No estoy casado, pero sé lo que significa una mujercita... Oiga, Brown, ¿ha encontrado por aquí a un hombre llamado Jim Blake?

-No.

-¿O a otro llamado Hardman, Jard Hardman?

-¡Hardman! Ahora ha acertado usted, Panhandle. Yo diría que sí - replicó Brown al' mismo tiempo que en sus ojos tranquilos brillaba un relámpago que Pan había aprendido a conocer que era peligroso. El ritmo de su pulso se aceleró. Fue como si hubiera encontrado repentinamente una pista que hubiese estado buscando durante mucho tiempo. Hardman era' la única palabra que había provocado algún ardimiento en aquel joven minero.

-¿Qué hace Hardman? - preguntó con tranquilidad Pan.

-Todo. Y dicho sea entre nosotros, está haciéndolo a todo el mundo. Jard Hardman se mete en todo. En minería, en ranchería, y, según he oído, en ese asunto de la caza de caballos salvajes, que es lo que ha provocado el último florecimiento de Marco. Pero Hardman tiene grandes intereses concentrados aquí mismo, en la ciudad. Se rumorea que es el que respalda «*La Mina de Oro*», la taberna y el garito de juego más importante de la ciudad.

-¡Maldición! - exclamó pensativamente Pan -. Las cosas toman un giro muy pintoresco. ¿Podría usted acompañarme dentro de unos momentos a ese establecimiento? ¿Suele Hardman encontrarse en Marco?

-Algunas veces. Viaja a Frisco, Salt Lake y San Luis, donde vende caballos y ganados. Tiene un rancho muy grande en el valle,- y allí suele permanecer durante ciertas temporadas... Su hijo dirige su equipo.

-¿Su hijo? - preguntó Pan acaloradamente al recordar tiempos pasados.

-Sí, su hijo-declaró Brown en tanto que miraba escrutadoramente, a Pan-. Supongo que usted debe conocer a Dick Hardman.

-Lo conocí... hace mucho tiempo - contestó Pan meditativamente. ¡Qué lejano, qué perdido en el tiempo le parecía el recuerdo! ¡Qué vívidamente, sin embargo, se presentaba todo a su memoria!

-El viejo Hardman gana el dinero y Dick lo malgasta -continuó Brown con voz llena de desprecio-. Dick se divierte; dicen que es un jugador empedernido. Bebe de una manera terrible. No suelo andar mucho por los lugares de diversión de este pueblo, créame, pero veo a Dick con frecuencia. He oído decir que ha traído aquí a una muchacha de Frisco.

-¡Ah! Bien; no necesito saber más acerca de mi compañero de escuela. Muchas gracias. Dígame, Brown, ¿qué clase de ciudad es ésta, Marco, y de qué modo se vive en ella?

-Marco es -una población antigua y moderna, al mismo, tiempo -replicó el otro-. Es todo lo que puede decirse de ella. El hallazgo de filones de oro y plata en las montañas ha producido un florecimiento desde el año pasado. Ésa es la razón de que yo haya venido. La ciudad es dos veces más grande que la primera vez que la vi y tiene doble número de habitantes. Hay muchísima gente, gente baja, escoria, podríamos decir, de esa que se suele desplazar a las ciudades mineras, jugadores, fulleros, oportunistas, proseritos, aventureros, vagabundos, y, naturalmente, mujeres de las que siempre van donde esos personajes. Hay muchos equipos de vaqueros que se han instalado aquí. Y Últimamente, el comercio de caballos salvajes: y la caza de los mismos ha establecido en Marco sus cuarteles. Las operaciones mercantiles v el transporte de los caballos han atraído a muchos hombres. No pasa ni un solo día sin que venga algún joven, como ha hecho usted, del otro lado de las Rocosas. Hay hombres importantes en esa actividad que se hallan investigando en las montañas, en busca de minas. Y en el caso de que se descubra algún filón importante, Marco se convertirá en una ciudad muy grande, en vez de ser un pueblo muerto.

-¿Qué leyes hay aquí? - preguntó Pan, pensativo.

-Ninguna apreciable, especialmente en el caso de que se necesite apoyarse en alguna - afirmó Brown con tristeza-. Matthews es la máxima autoridad. Por lo que he podido apreciar, fue él mismo quien se eligió para el cargo. Es uña y carne de Hardman. Es el magistrado supremo, el sheriff y todo el tribunal, incluso el jurado. Pero existen algunos hombres ecuánimes y dignos que, más pronto o más tarde, terminarán por organizar la sociedad y arreglar todas estas cuestiones. Ahora no pueden hacerlo porque están terriblemente ocupados: antes que nada, han de trabajar y labrar su propia prosperidad.

-Sí, comprendo. Supongo que con todo eso ha intentado usted sugerirme que Matthews no es un hombre completamente honrado ni recto en lo que se refiere a la defensa de los intereses de los ciudadanos. Por ejemplo, -con relación a Hardman. He encontrado unas circunstancias parecidas por lo menos en media docena de ciudades.

-Me ha comprendido perfectamente - contestó Brown sobriamente -. Pero le agradeceré que me haga el favor de considerar lo que le he dicho como expresión de una opinión particular. No puedo demostrarlo. En esta ciudad no ha triunfado todavía la corrupción

política. Pero es seguro que acabará por triunfar y que imperará el reinado de la ilegalidad y de la trampa.

-Bien; he tenido una gran suerte al encontrarle a usted -comentó, Pan con satisfacción-. En otra ocasión le diré por qué me considero afortunado. Estoy completamente seguro de que me quedaré aquí... Ahora, vamos a ver la ciudad, y especialmente «La Mina de Oro ». Pan no llevaba recorrida aún 1'a longitud de media manzana de la calle Mayor cuando comprobó que en la localidad reinaba un ambiente que le era extrañamente .familiar. Sí, había visitado en más de una ocasión algunas poblaciones abiertas y de espíritu bravío; pero aquellas ciudades tenían el espíritu bravío y primitivo que les era propio, el ambiente natural en las poblaciones :situadas ¡noto a las inmensas llanuras, y en ellas se veía por doquier al omnipotente vaquero. Los viejos habitantes le habían referido historias de Dodge y Abilene cuando ambas vivían sus días de esplendor. Pan jugó en los garitos de Juárez, al otro lado de la frontera de Texas, donde la ley no existía. Algunas de las ciudades ganaderas de Montara estaban muy lejos de hallarse atrasadas, según solían decir loas vaqueros. Pera en aquella población apreció Pan un algo diferente, un elemento desconocido, que era la carrera del oro, la persecución y la fiebre del oro. La excitación que esto producía se apoderó de él con tanta tuerza, que tuvo que realizar un violento esfuerzo para desterrarla de sí.

La ciudad' debía de tener una longitud de alrededor de media milla, se extendía a ambos lados de la calle Mayor, y desde las grandes edificaciones de piedra v de madera que llenaban las calles principales descendía en calidad paulatinamente hasta convertirse en un conjunto de chozas miserables y de tiendas que constituían los suburbios. Pan calculó que debía de haberse cruzado, durante su paseo, calle arriba por una acera, calle abajo por la otra, con más de tres mil personas. Aun cuando solamente la mitad de tales personas constituyesen la población, efectiva de la ciudad, era suficiente para que ésta pudiera ser considerada como de cierta importancia. No había faroles en las calles. Y las muchas luces amarillentas que salían por las puertas, los escaparates de las' tiendas y los abiertos balcones, caían sobre una multitud que se movía incansablemente de un lado para otro, tanto por las aceras como por el centro del arroyo.

El guía de Pan lo condujo a «La Mina de Oro».

Pan vio una gran estancia llena de figuras movientes, de hebras delgadas de humo azul que flotaban en las oscilantes luces amarillas. Un gran mostrador cruzaba en toda su longitud' el local, e innumerables bebedores se alineaban y agrupaban ante él. El chocar de los vasos, el tintineo del oro, el incesante murmullo de las roncas voces, todo esto ahogaba casi por completo el débil! sonar de la música que surgió de otra estancia que se comunicaba con aquélla.

Los mil y un salones de bailes y tabernas que Pan había conocido en su largo vagabundeo no podían compararse con aquél desde ningún punto de vista que se los examinase. Aquél era mucho más importante, más grande que los demás, y en él no existían las coacciones que la ley y el orden imponen. Montones de oro y de billetes de a cien dólares atestaban las mesas en que se jugaba a la ruleta, al faro o al póquer. Hombres de rostros pálidos y oscuras vestimentas se sentaban- y movían temblorosamente las manos ante las mesas de juego. Hombres maduros, con el rostro cubierto de barba y jóvenes de rostros pálidos se inclinaban absortos sobre las cartas. Mejicanos, de miradas esquivas y solapadas, con sus altos sombreros picudos y sus ropajes de colorines haraganeaban observando, esperando... lo que Pan no pudo comprender. Mineros borrachos y en mangas de camisa cruzaban vacilantemente la puerta en dirección al mostrador o la calle. Un fuerte olor a *whisky* se mezclaba al del tabaco. Mujeres jóvenes, con el' cuello y los brazos descubiertos, con los rostros, pintados, podían verse por todas partes; algunas, solas; otras, asediadas por los' hambres.

Las mesas de juego atrajeron la atención de Pan. Como todos los vaqueros, había experimentado la atracción que ejercen sobre los espíritus aventureros los juegos de azar. Observó primero el giro de la ruleta; luego el desarrollo de la partida de faro. En un rincón de

la estancia, casi en un nicho podría decirse, Pan descubrió una mesa en torno a la cual se encontraban seis hombres absortos en el desarrollo de una partida de póquer. Sobre la mesa había millares de dólares en oro v en billetes. Una muchacha linda y deslumbrante, de ojos atrevidos y sonrisa lánguida, se apoyaba en el hombro de uno de los jugadores.

El compañero de Pan le dio un codazo en un costado.

-¿Qué? ¿Dónde? -murmuró Pan contestando rápidamente a la sugestión. Y su mirada recorrió rápidamente todos los lugares.

Brown estaba mirando con ojos relampagueantes al jugador sobre cuyo hombro se - apoyaba la muchacha de los blancos brazos.

Entonces Pan vio; un rostro que le era extrañamente conocido: un rostro hermoso, de piel entre roja y blanca, de boca grande y sensual, de ojos' atrevidos y de frente ancha y baja. El joven jugador era Dick Hardman.

Pan lo conoció. El reconocimiento no significaba nada, y, sin embargo, hizo que Pan se sobresaltase. Experimentó una' aguda punzada, y un calor desacostumbrado encendió su sangre. El joven rió al descubrir que la antigua infantilidad no había aún desaparecido de su ser. ¡Después de ocho años de vida dura v accidentada en las llanuras...! Pero aquel repentino resurgir de los viejos sentimientos sirvió a Pan para juzgar la naturaleza del cambio que el transcurso del tiempo había operado en él. Sería interesante ver el modo como Dick Hardman se comportaba al verlo ante sí.

Mas fue la muchacha quien atrajo principalmente la atención de Pan y quien respondió a la fuerza de su mirada. Se retiró del brazo del sillón de Hardman, se movió lentamente al avanzar y dio vuelta en torno a la mesa para aproximarse a él. Y en aquel' momento, Dick Hardman levantó la mirada, que tenía clavada en los naipes, v la observó.

Librodot

VI

-¡Hola, vaquero! ¿Cómo no te he visto antes? -preguntó la mujer en tanto que inspeccionaba a Pan con su brillante mirada desde la cabeza hasta las espuelas.

-Buenas noches, señorita - respondió Pan al mismo tiempo que se quitaba el sombrero y sonreía -. Acabo de llegar a esta ciudad.

La muchacha dudó, como si se sintiera desconcertada al recibir una deferencia a la que no estaba habituada. Luego cogió entre las suyas la marro de Pan y le separó un poco de Brown, a quien dedicó una pequeña inclinación de cabeza a modo dé saludo. Y miró nuevamente a Pan de pies y cabeza.

-¿Te has quitado ese enorme sombrero porque sabes que eres bien parecido? - preguntó festivamente.

-No creo que haya sido por esa causa-contestó Pan.

-Entonces, ¿por qué?

-Es una cosa que tengo costumbre de hacer cuando me encuentro ante una mujer guapa.

-Muchas gracias. ¿Es necesario que la mujer sea guapa?

-No. Lo hago ante cualquier mujer, señorita.

-Eres forastero en Marco. Anda con cuidado para evitar que cualquiera pueda atravesarte de un balazo el sombrero cuando te lo quites.

Mientras ella le dirigía una sonrisa de la que se había borrado aquella expresión de ave de presa, de rapiña, que en los primeros momentos caracterizó a la muchacha, Pan pudo ver que Dick Hardman los estaba mirando con fijeza desde el otro lado de la mesa. Antes de que Pan hubiera podido dar a la mujer una respuesta, uno de los jugadores, un hombre sin afeitar y de gesto agrio, habló a Hardman.

-Oye, ¿estás jugando con nosotros, o estás vigilando el comportamiento de tu dama con ese vaquero del sombrero ancho y las botas altas?

Pan quiso aprovechar la ocasión que se le presentaba, aun cuando jamás habría podido pasar en silencio una observación de la naturaleza de aquélla. Soltó la mano derecha, que la joven conservaba entre las suyas, v, dirigiéndose a la mesa, arrastró tras de sí a la muchacha y se inclinó para dirigir una mirada al' enojado jugador.

-Perdóneme, señor - comenzó diciendo con la enunciación lenta y fría que es propia de loas vaqueros -. ¿Se refería usted a mí?

Su tono y su actitud atrajeron la atención de todos los individuos que rodeaban la mesa, especialmente la de Hardman y la del interpelado. Éste abandonó las cartas y midió con la mirada a Pan, .sin dejar de ver el revólver que llevaba colgante sobre la cadera.

-¿Qué pasaría si efectivamente me hubiese referido a usted? - preguntó con curiosidad el jugador.

-Que, si así hubiera sido, me vería precisado a interrumpir su partida de juego - contestó Pan con el mismo tono que si presentase una disculpa-. Compréndalo, señor, me duele mucho que alguien se burle de mis ropas.

-Perfectamente, vaquero; no he querido ofender –le replicó el otro; y, al oírle, todos, con excepción de Hardman, rieron a carcajadas-. Pero, de todos modos, interrumpirá usted' nuestra partida si no se aleja de aquí con Louise.

Estas palabras, sarcásticamente frías y dirigidas principalmente a Hardman, no sirvieron para aliviar la tirantez de la situación en cuanto a Pan se refería. Y esto era precisamente lo que deseaba Pan une sucediera. Dick miró fija e insolentemente a Pan. Parecía hallarse más intrigado que ninguno de los otros hombres. Evidentemente, realizaba un esfuerzo por recordar a Pan, cosa que no pudo conseguir. Pan no esperaba ser reconocido, aun esperando, permaneció descubierto durante un momento bajo la luz y devolviendo las

miradas que le lanzaba su enemigo. En realidad, la firmeza de sus miradas desconcertó a Dick, quien se volvió en dirección a la regocijada muchacha. Al cabo de un momento, escupió el cigarrillo que tenía entre los labios' y dijo con voz ronca

-¡Vete, de aquí, gata! ¡Y no vuelvas a venir a ronronear a mi lado!

La muchacha se rió insolentemente ante su cara.

-Olvidas que sé arañar...

Y después de pronunciar estas palabras, tiró de Pan para alejarlo de la mesa e hizo a Brown una seña para que se aproximase a ellos. Se detuvo ante la abierta puerta del salón de baile, y comentó:

-Siempre estoy provocando peleas. ¿Cuál puede ser tu nombre, -vaquero?

-¡Hum! Podría perfectamente ser Tinkerdam; pero no lo es -contestó Pan con indiferencia.

-¿Verdad que eres muy gracioso? - preguntó ella, que se sentía dispuesta a darse por ofendida v a discutir. Pero rectificó, después' de haberlo pensado, y se volvió hacia Brown -. Me parece que te conozco...

-Es seguro que me conoces, señorita Louise - respondió Brown tranquilamente -. Soy minero. Ya estaba aquí cuando viniste a esta ciudad; y vengo frecuentemente a este salón para divertirme.

-¿Cómo te llamas? -preguntó ella.

-Charley Brown; y es cierto.

-Gracias, Charley. Ahora, dime, ¿quién es este compañero tuyo tan grandote y tan guapo? Ese hombre se ha quitada el sombrero para saludarme. Habla de una manera agradable y en voz baja y suave. Y me ha dirigido unas sonrisas completamente diferentes a las que me dirigen los demás hombres. Por otra parte, ha obligado a achantarse al mozo más jaquetón de toda la ciudad... ¿Quién es?

-Muy bien. Voy a hacer las presentaciones -dijo Brown-. Te presento a Panhandle Smith, de Texas.

-¡Ah! - exclamó ella mientras ponía ambas manos sobre las solapas de Pan -. Ya había supuesto que tendrías un nombre sonoro y bonito... ¿Quieres bailar conmigo?

-Sí. Pero temo mucho que habré de pisarte con excesiva frecuencia...

Entraron en otro local, charro v lleno de colorines, en el cual una muchedumbre de parejas giraba, oscilaba, pateaba y retozaba. Pan bailó con Louise v, a pesar de los empellones de los mineros, que iban calzados de altas botas, acertó, a hacerlo de un modo que creyó que le honraba. No había sido un vaquera aficionado a bajíes.

-Has dada una lección a todos esos destripaterrones -dijo ella cuando el baile hubo concluido -. Eres un muchacho muy modesto, Panhandle. Me tienes intrigada. No estoy acostumbrada a tratar con hombres como tú... aquí. Vamos a beber algo. Quiero tomar un vaso de whisky.

Estas palabras suscitaron unos pensamientos en Pan; y mientras a muchacha le precedía en dirección a Brown v luego hacia una mesa desocupada, comenzó a comprender el significado de aquellas mujeres de brazos desnudos, rostros pálidos, ojos profundos y labios pintados.

Ella bebió wisky sola, que era un líquido que abrasaba la garganta de Pan como si fuera de ¡fuego. Brown también frunció el ceño al tomarlo.

-Panhandle, ¿vas a quedarte aquí, en Marco? - preguntó Louise inclinándose sobre sus desnudos y torneados brazos.

-Sí, si encuentro a mi familia -contestó él sencillamente -. Mi familia ha perdido todo lo que tenía...: el rancho, el ganado, los caballos..., y se trasladó aquí o lo he sabido hasta que regresé a mi casa. La noticia me ha entristecido y me ha obligado a avergonzarme. Pero cuando salí de mi casa los negocios de mi padre marchaban bastante bien.

-¿Tienes también madre y hermana?

-Sí. Mi hermana Alicia debe de ser ahora una mujercita. -murmuró soñadoramente Pan.

Librodot

-¿Vas a intentar ayudarlos?

-Creo que sí -contestó, Pan con emoción. -Entonces... no debes invitarme a beber... ni correr tras de mí... como me proponía obligarte a hacer.

Pan no pudo hallar una respuesta a tan franca y sincera manifestación. Y al mirar a Louise, consciente del cambio que en ella se había operado, alguien le golpeó en la, parte posterior del cuello y cayó sobre él.

-¡Dios mío! ... ¡Si es Panhandle Smith! -articuló una voz ronca.

Pan se puso en pie del mejor modo que le fue posible v se separó del otro hombre. La voz había preparado a Pan para el encuentro con algún antiguo conocido, y cuando vio aquel rostro delgado y rojo y aquellos ojos azules, los reconoció inmediatamente.

-¡Demonios! ¡Blinky Moran! ¡Diablo de hombre!... Borracho..., lo mismo que la última vez que te vi.

-Oye, Pan..., no estoy borracho... -contestó el otro-. Es posible que lo estuviera..., pero al ver... a mi antiguo... compañero... la borrachera se me ha... pasado. ¡Dios mío! Es como... si me arrojasen a la cara... acalorada... un chorro de agua...

-Blinky, me alegro mucho de encontrarte, borracho o no. ¿Qué haces aquí? -preguntó cordialmente Pan. Moran se irguió, lo que no habría podido efectuar si no hubiera estado apoyado en Pan, v se hizo evidente que aquel encuentro le había alegrado y despertado en el antiguas recuerdos.

-Pan, te presento a este compañero mío - dijo al mismo tiempo que señalaba a un hombre fornido que estaba vestido con una especie de mono y calzaba botas altas-, Guns Hans, vaquero de Montana.

Pan estrechó la mano del sonriente vaquero,

-Compañero, estás apretando la garra de Panhandle Smith - anunció Moran con solemne emoción -. Fuste es el amigo de quien tantas veces os he hablado con entusiasmo. Era compañero mío, mi hermano, durmió junto a mí... Recorrimos juntos el Cimarrón y el Arkansas, y fuimos el único par de vaqueros honrados del equipo de Long Bar C que fue expulsado de Wyoming... No ha habido un hombre como él entre todos los que hayan montado un caballo o manejando un lazo. Y, tan seguro como que he de morirme, amigos, yo me habría convertido en cuatrero si no hubiera sido por Panhandle Smith... Más de una vez sacó el revólver para defenderme y...

-Oye, Blinky, no quieras que te estrangule para obligarte a callar - 1e interrumpió riendo Pan -. Os presento a mis amigos: la señorita Louise y... Charley Brown.

Pan no dejó de percibir el efecto que la muchacha de ojos brillantes y labios rojos producía a los vaqueros, especialmente a Moran, quien, según recordó, había sucumbido siempre con facilidad a los encantos femeninos.

-Blinky, has bebido demasiado para que puedas bailar con una dama -observó, Louise.

-Bien, señorita, es cierto; pero ahora estoy tan sereno como nuestro amigo Panhandle - replicó ardientemente Moran.

La, joven movió negativamente la rizada cabecita, sonrió, se levantó de la mesa, se acercó a Pan y se apoyó en él, tanto con ansiedad como con nerviosidad.

-Panhandle Smith, te dejo con tus amigos -dilo-. Pero no vuelvas a entrar aquí..., porque si lo hicieses... olvidaré el sacrificio que quiero hacer por la pequeña Alicia. ¡Adiós!

Louise se inclinó y besó a Pan en los labios; después de haberlo hecho corrió sin volver la vista atrás.

Blinky se dejó caer sobre una silla, dominado por una suerte de desacostumbrada emoción, y miró cómicamente a Pan.

-Oye, compañero, antes eras -un muchacho muy tímido para las mujeres - exclamó quejosamente.

-Y por las pruebas no puede dudarse de que continúo siéndolo, - replicó Pan., medio regocijado y medio enojado por la inesperada acción de la joven.

Charley Brown se unió a la alegría provocada por la situación en que se encontraba Pan.

-Me parece que he de ser yo quien pague las bebidas -dijo -. Y éstas serán las últimas.

-¡Pan, esa muchacha es Louise Melliss! -dijo Moran.

-¿Sí? ¿Y quién diablo es Louise Melliss?

-Oye, vaquero; deja de hacer el tonto.

-Lo digo con sinceridad: no he visto a esta mujer ni he oído hablar de ella hasta hace unos pocos minutos. Pregúntaselo a Brown.

-Es cierto-afirmó Brown-. Es la belleza de este infierno. ¿No lo sabías, Smith?

-No -contestó Pan secamente. Comenzó a temer haberse comportado de una manera demasiado torpe -. He estado muchas veces en algunos garitos donde las bebidas y las riñas abundaban escandalosamente; pero es la primera vez que entro en uno en que haya un montón de mujeres medio desnudas.

-Tú eres del oeste de las Rocosas - afirmó Brown severamente -. Y muy pronto descubrirás que hay muchos modos de hacer las cosas... Louise Melliss proviene de Frisco, según dicen. Ha habido varias camorras muy serias por su culpa. Pero dicen que es tan sincera y tan buena como cualquier mujer honrada.

-¡Ah!... No hay duda de que soy un novato en estas lides -contestó Pan. Su lamentación se refería al acto de la audaz muchacha, cuyo comportamiento no había comprendido todavía.

-¡Por amor de Dios, compañeros! - comenzó diciendo Moran al recobrarse del estado en que se había hallado-. No has venido aquí para que un diablillo como esa mujer se apodere de ti. Seguramente, lo que ha hecho ha sido para dar un buen chasco al' joven Hardman. ¡Déjale que lo haga!

-¡Oh! Entonces, ¿no te importa mucho lo que pueda suceder al joven Hardman? -preguntó con interés Pan; presentía que iba a recibir algunas noticias que le importaban.

-Lo que me gustaría es poder andar a tiros con él; y- en cierta ocasión estuve muy cerca de conseguirlo -declaró Moran.

-¿Por qué causa?

-Hardman y un amigo suyo me arrebataron la posesión del único terreno en que he podido encontrar un poco de oro-continuó diciendo el vaquero con una vehemencia que demostraba su vuelta a la normalidad -. Cuando fui una mañana a mi terreno, encontré allí a Hardman y un minero llamado Purcell. Ambos me expulsaron y juraron que el terreno era suyo, Purcell dijo que él había descubierto el filón y trabajado en aquel lugar antes que yo, y que se lo vendió a Jard Hardman. Es decir, al papá de Hardman. Fui a ver a Mathews y armé un escándalo de todos los diablos; pero no pude demostrar nada... y ¡por todos los demonios, Pan!, ese terreno se ha convertido en una reina y produce muy buenas utilidades.

-Mala suerte, Blinky. Siempre has tenido la suerte más negra de este mundo... Oiga, Brown, ¿suceden esas cosas muy frecuentemente por aquí?

-Son tan corrientes como el polvo que se levanta los primeros días del' descubrimiento de un filón-contestó Brown -. Sin embargo, no he oído hablar de robos de propiedades auríferas hasta hace poco tiempo. Son una cosa parecida a los robos de ganado. Ya sabes que la mayoría de los ganaderos suelen recoger de vez en cuando algunas reses sin marcar que saben que no son suyas. Pero, aun así y todo, se las llevan. El robo de filones de oro es una cosa parecida. Si un hombre abandona su terreno durante un día o una semana, lo más probable es que a su regreso encuentre que algún otro se haya apoderado de él. Yo nunca abandono el mío durante el día, y tengo testigos de que lo trabajo constantemente.

-Blinky, he venido en busca de mi padre -dijo Pan-. ¿Le has visto alguna vez?

-Ni 1"e he visto ni he oído hablar de él. Si le hubiera visto, le habría preguntado por ti.

-¿Cómo podré averiguar rápidamente si mi padre está aquí, y dónde?

-Es -tan fácil como comerse un pastel. Vete a la oficina de la diligencia, que es donde reciben el correo. Matty Smith está encargado del despacho casi desde que este pueblo era solamente un niño en pañales.

Librodot

-Bien. Es lo primero que pienso hacer mañana por la mañana... Ahora, patas torcidas, vaquero de tres al cuarto, dime para qué quieres esas cosas que tienes en las botas.

-¡Hum! ¿Qué cosas? -preguntó Moran.

-¡Hambre! Esas cosas largas y brillantes que tintinean cuando andas.

-¡Ja, ja...! Oye, Pan, podría preguntarte lo mismo. ¿Por qué y para qué llevan esas espuelas en las botas cuando viajas?

-He intentado viajar sin ellas, pero -no he conseguido convencerme de que avanzaba.

-¡Bien! ¡Por todos los diablos! Yo también necesito las mías. Pregúntaselo a Gus. Hemos estado cazando caballos salvajes. Aquí los llaman escobones. Nos ha ido bastante bien. Hardman y Wiggate pagan a veinte dólares cada caballo. Aquí mismo, en Marco. Podríamos conseguir más si pudiéramos llevarlos a San Luis, pero es una tarea muy difícil. Hay mucha distancia hasta el ferrocarril, y el camino que hemos de recorrer es muy penoso. Además, dos' de nosotros tendríamos que ir en el tren con los caballos. No podemos trabajar de ese modo, por ahora. Pero más adelante, cuando reunamos un millar de cabezas, lo intentaremos.

-¡Un millar de cabezas! Blinky, ¿no has vuelto a marearte? Me estás hablando de una cosa que vale quince mil dólares.

-¡Claro que sí! Y te digo, Pan, que es una cosa perfectamente realizable. Pero el atrapar caballos salvajes en cantidades importantes, es algo que no se ha realizado todavía. Hardman tiene un equipo de caballistas. Pero esos hombres no son capaces ni de sacudirse el polvo que les cae encima. Nosotros somos mucho más rápidos que ellos. ¿Qué sucedería si te unieras a nosotros? Tú has cazado anteriormente caballos salvajes.

-No en cantidades tan grandes, Blinky. El resultado depende de la disposición del terreno.

-Exactamente. Y es muy mala por estos alrededores. ¿Quieres unirte a nosotros? Y ¿tienes dinero?

-A las dos preguntas contesto del mismo modo: sí. Pero lo primero que he de hacer es encontrar a mi padre antes de disponer de mi dinero. ¿Dónde os alojáis vosotros?

-Acampamos en las afueras de la población, y comemos; en casa de Chink cuando estamos aquí, lo que suele suceder cada muy pocos días. Disponernos de muchos sitios para ti y siempre te recibiremos alegremente; pero no tenemos colchoneta.

-Compraré un equipo por la mañana v me iré con vosotros. ¡Hola! Hay' disparos. Están luchando a tiros. Salgamos de aquí. Vamos donde haya más espacio y más aire.

Y salieron, al mismo tiempo que otras muchas personas, y se unieron a la moviente multitud que se agolpaba en la calle. La noche era deliciosamente fresca. Las estrellas brillaban con pureza en un cielo aterciopelado. El viento seco de las montañas y del desierto les azotaba el rostro. Pan se detuvo ante las escaleras del hotel.

-Blinky, voy a acostarme. Venid' a buscarme por la mañana. No puedo expresaros lo muchísimo que me alegro de haberos encontrado, amigos. Y a usted también, Brown. Me alegrará volver a verle con frecuencia.

Se estrecharon las manos y se separaron. Pan entró en el hotel y se sentó durante unos momentos en el desnudo y humoso vestíbulo, donde unos hombres de ojos' agudos v unas' mujeres le miraron atentamente, al observar su indumentaria de vaquero. Todos ellos estaban buscando una presa más importante. Pan experimentó una extraña excitación provocada por la' hora y por el lugar.

Cuando subió a su habitación, no tenía sueño. «Ha sido una suerte que haya encontrado a esos compañeros - monologó mientras se desnudaba-. ¡Ahora debo buscar a papá..., a mamá... y a Alice! Señor, espero y deseo que todo se desenvuelva favorablemente rara ellos. Pero tengo el presentimiento de que no es así... ¡Y a Luty! ¿Estará también aquí? ¿Me reconocerá cuando me vea? Apostaría un millón a que así sucederá. Es pintoresco lo ocurrido con Dick Hardman. No me ha reconocido, aunque me miró atentamente... Y esa muchacha, Louise, reía constantemente y no cesaba de hablar para ocultar la tristeza de su rostro... Y eso

Librodot

sucede porque es una mujer demasiado buena para Dick Hardman... Apostaría otro millón a que Dick y yo habremos de chocar nuevamente.»

Pan se levantó temprano y disfrutó el penetrante aire del desierto y la notable diferencia que había entre el Marco de la noche y el del amanecer. El ataque de duda enfermiza y de preocupaciones que le había acometido en las horas de oscuridad no prevaleció .baja la clara y rosada luz del día. La esperanza y la alegría renacieron en él.

Blinky y su compañero se presentaron al' cabo de muy poco tiempo v discutieron acaloradamente a causa de que ambos deseaban llevar el equipaje de Pan a su campamento. Pan prefirió decididamente aquel lugar al que acababa de abandonar. Los vaqueros -tenían instalada una tienda muy grande entre una espesa arboleda, una especie de cobertizo abierto que utilizaban como cocina y un ancho encerradero. Todo ello estaba situado en una suave pendiente, a más altura que la población, y 'se hacía más atractivo a causa de la presencia de un arroyuelo y de algunos cedros dispersos. Disponían de un cocinero mejicano, quien en todas partes se llamaba Lying Juan. Pan comprendió inmediatamente que iba a divertirse mucho a costa de Juan, « el Embustero».

Los muchachos hablaron tan aprisa y con tanto entusiasmo, que casi se olvidaron (le tomar el desayuno. Ambos estaban llenos de entusiasmo, circunstancia que Pan hubo forzosamente de atribuir a su llegada, y que le alegró. Moran, como muchos otros vaqueros, había siempre atribuido a Pan un espíritu y un arrojo que Pan creía que eran inmerecidos, v que, sin embargo, le emocionaban.

Bueno, viejo amigo, ahora debernos apresurarnos -dijo al fin Moran-. Tenemos alrededor de cincuenta escobones ahí abajo, en un desfiladero. Hemos de traerlos hoy mismo, y también algunos caballos de silla para ti.

-Yo compraré un caballo-le interrumpió Pan. -No harás nada parecido -declaró tozudamente Blinky-. Tenemos muchísimos caballos, y entre ellos es seguro que haya alguno lo suficientemente bueno aun para Panhandle Smith. Compra una silla. En el almacén de Black las venden. Tiene una, mejicana, muy barata y muy buena.

Gus llegó al' trote sobre un fogoso alazán y conduciendo otros dos caballos bien equipados y ensillados que iban mordiendo los frenos. La vista de estos animales llenó de alegría a Pan. Jamás podría ser feliz durante mucho tiempo estando alejado de los caballos. Moran saltó sobre uno de ellos y dijo vacilantemente

-Compañero, espero que tengas buena suerte y que consigas encontrar a' tu padre.

Pan los observó mientras se alejaban cuesta abajo en dirección a la carretera y, se perdían de vista al llegar al recodo. Era una región maravillosa la que tenía ante sí, compuesta de cedros, pinos y salvia, de montañas multicolores y de llanuras, de muros de rocas amarillas que se extendían hasta muy lejos, de purpúreas montañas a su alrededor. Si sus fieles ojos no fe engañaban, en la cumbre de la primera colina se hallaba pastando un grupo de caballos salvajes.

-Juan, ¿hay muchos caballos salvajes por aquí? - preguntó al cocinero mejicano. E inmediatamente vio la justicia del nombre con que se le designaba: Lying Juan, Juan «el Embustero». Pan había encontrado muchos grandes embusteros durante su estancia en las llanuras; pero s' Juan sabía mentir mejor que alguno de ellos, no había duda de que podría ser reputado como el verdadero campeón de la mentira.

Pan se afeitó, se puso una camisa de franela limpia y un pañuelo nuevo y, después' de haberse despojado de fa chaqueta, se encaminó a la población. Los negocios del día habían comenzado y la animación era muy grande. Ciertamente, Marco no se parecía en nada a las poblaciones ganaderas. Un desconocido le indicó la dirección del despacho de la diligencia y del correo, que era un edificio bajo y de madera situado en la calle principal. Tres hombres haraganeaban ante la casa, uno de ellos en las escaleras y los otros dos apoyados en la barra destinada a amarrar los caballos.

-¡Buenos días, amigos! -saludó con llaneza -. ¿Está por ahí el agente Smith?

-¡Buenos días, forastero! - replicó uno de ellos al mismo tiempo que inspeccionaba a Pan con la mirada-. Smith acaba de salir ahora mismo. Ha ido al Banco. Volverá muy pronto.

Otro de los hombres del grupo se enderezó Para dirigir una mirada dura v sostenida a Pan, con la que le midió desde las espuelas -hasta el sombrero; luego, con una nueva mirada, observó el revólver que el vaquero llevaba colgado del cinto. Era un hombre alto, vestido con unas ropas flojas y unos pantalones cuyo final se introducía entre las altas bota-s. Tenía un bigote grande y amarillento. Dio vuelta para mirar de frente a Pan, y ya fuese por accidente o por premeditado propósito, una de las solapas de su chaqueta se descorrió y descubrió un brillante escudo de plata que llevaba sobre el chaleco.

-¿Es usted nuevo en este pueblo? - preguntó.

-Sí. Acabo de llegar-contestó amistosamente Pan. -Veo que lleva usted' ferretería - continuó el otro al mismo tiempo que dirigía una significativa mirada 'al revólver de Pan.

Pan supuso que aquel' hombre sería Matthews, el sheriff de la ciudad que Charley Brown había mencionado. Pan no habría necesitado que Brown se lo hubiera dicho, puesto que había encontrado en su vida muchos sheriffs de aspecto tan inconfundible como aquél. Pan, que era generalmente el más alegre y el más cariñoso de todos' los vaqueros, respondió al curioso escrutinio del sheriff con una fría mirada.

-¡Ah! Pero ¿llevo revólver? - replicó Pan, fingiendo sorpresa, al mismo tiempo que bajaba la mirada hacia su cadera- ¡Claro que sí! Lo había olvidado, señor. Es una de mis costumbres.

- ¿Cuál es una de sus costumbres? - preguntó el otro. Pan disparó una mirada en dirección a los ojos grises y duros del sheriff. Sabía que tendría dificultades con aquel hombre; y cuanto más pronto comenzaran a romperse las hostilidades tanto mejor.

-Esto de llevar un revólver... cuando estoy en mala compañía-dijo Pan.

-Hablas con demasiada fanfarronería, vaquero, para hallarte al oeste de las Rocosas... Soy Matthews el sheriff de la ciudad.

-Lo sabía, y me alegro muchísimo de conocerle - contestó Pan con insolencia. No hizo ningún movimiento para aceptar fa mano que el sheriff medio le presentaba, y la firmeza de su mirada desconcertó a su colocutor.

En aquel momento llegó apresuradamente otro hombre que llevaba unos papeles en la mano.

-¿Es usted el agente, señor Smith? - preguntó Pan.

-Lo soy, joven.

-¿Podría hablarle un momento de asuntos interesantes?

-Entre. - Entró en la oficina seguido de Pan y cerró 1a puerta.

-Me llamo Smith -comenzó a decir Pan rápidamente -. Estoy buscando a mi padre... Bill Smith. ¿Le conoce usted? ¿Sabe usted si está en Marco?

-¡El vaquero hijo de Bill Smith! ¡Claro que sí! - exclamó el otro cordialmente, mientras presentaba a Pan una enorme manaza. Su sorpresa y su alegría eran visibles -. ¿Conocer a Bill? ¡Claro que sí! Somos vecinos y muy buenos amigos.

Pan se hallaba tan dominado por la alegría y por el repentino consuelo, que durante unos momentos no nudo hablar, y se limitó a oprimir entre la suya la mano del agente.

-Parece que te has emocionado, ¿eh? - preguntó con simpatía y cordialidad. Libró su mano de la presión de la de Pan y se la puso sobre un hombro-. He oído hablar de ti, vaquero. Bill siempre hablaba muchísimo, hasta hace poco tiempo. Suponga que está ofendido horque no 1e has escrito jamás.

-He sido un verdadero miserable - contestó agitadamente Pan -. Pero jamás me propuse serlo.... Las corrientes de la vida me han arrastrado... Siempre me proponía regresar pronto a mi casa, pero no lo hice. Y no he escrito a mis padres desde hace dos años.

-Bueno; deja esa cuestión por ahora - dijo con amabilidad el agente -. Los jóvenes son los jóvenes..., especialmente los vaqueros. Tú has sido uno de los alocados, si los informes

que han llegado a Bill son ciertos... Pero al fin has venido para compensarle de tu abandono y para ayudarle. ¡Solamente Dios :sabe cuánto te necesita, hijo

-Sí... quiero... compensarle - contestó Pan, mientras hacía un desesperado esfuerzo por ocultar su emoción-. Dígame...

-Me agradaría tener mejores noticias que comunicarte - continuó gravemente Smith, en tanto que movía la cabeza con aflicción-. Tu padre tiene mala suerte. Perdió el rancho que tenía en Texas, como supongo que sabrás, y siguió... al hombre que le había arruinado, con el fin de intentar obligarle a que le resarciese de su pérdida. Pero Bill siguió siendo maltratado por la suerte y por él. Luego, volvió a comenzar a trabajar de nuevo; y las cosas presentaron buen aspecto para él, hasta que perdió todo lo que poseía como consecuencia de una larga temporada de sequía. Ahora está trabajando en la Carter's Wagon Shop. Es un carpintero de primera fila, pero el sueldo que gana es muy Pequeño, de modo que jamás conseguirá prosperar. Ha hablado en varias ocasiones de dedicarse a la caza de caballos salvajes; mas vara hacerlo necesita un equipo, lo que no le es posible reunir. Voy a hacerte una sugerencia, hijo: si pudieras lograr que tu padre reuniera un equipo y tú te unieras a él para trabajar, podrías conseguir que se iniciase una era de prosperidad para Bill y para ti.

Pan tenía en la punta de fa lengua una réplica llena de entusiasmo; pero la entrada del curioso Matthews le obligó a silenciarla.

-Muchas gracias, señor Smith - dijo con vehemencia -. Dónde se encuentra la Carter's Wagon Shop? -Al otro extremo de la población. Sigue rectamente la calle Mayor. Has de dar con ella forzosamente.

Pan salió presuroso y a través de la puerta oyó la fuerte voz de Matthews.

-¡Carter's Wagon Shop! ... ¡Por fortuna; ya sé quién es ese muchacho! ¡Es el hijo de Bill, Panhandle Smith! Pan sonrió tristemente para sí mismo al alejarse y dejar de oír la voz del sheriff. El nombre y la fama que tan poco significaron para él cuando se hallaba en las llanuras y en las inmensas praderas, le había precedido y dado a conocer en aquel' lugar situado al oeste de las Rocosas. Caminó rápidamente sin dejar de pensar en su padre. Experimentaba deseos de correr. El remordimiento le afligía el corazón. ¡Abandono! Se había alejado, como tantos otros vaqueros, olvidando a su madre, su hogar, sus deberes. Sus padres habían sufrido las consecuencias. Ni una sola palabra de estos sufrimientos llegó jamás hasta él.

El camino le pareció muy largo, v la hilera de casas de piedra, de chozas de madera, interminable. Al fin, llegó a las afueras de Marco, y vio el edificio y la muestra que tan ansiosamente deseaba encontrar. Desde el taller llegaba el ruido resonante de los martillos. La serena apariencia que siempre conseguía tener cuando su excitación llegaba a cierto límite, 1e fue muy difícil de conseguir. Se detuvo un momento para mirar la campiña, verde y purpúrea, que 'se extendía hasta muy lejos, con las manchas de las grises rocas y las doradas colinas envueltas en la luz dorada del otoño. Su largo viaje tocaba a su fin. Un momento después la angustia y la ansiedad serían solamente cosas pertenecientes al pasado. Iba a ver a su padre en realidad, en carne y hueso.

Pan entró en el taller. Estaba abierto, como cualquier otro taller destinado a la construcción de carros, y en torno a él había maderas y obras comenzadas; tenía un largo banco cargado de herramientas v una fragua. Pan pudo ver a un hombre que descargaba martillazos sobre una rueda. Estaba vuelto de espaldas. Pero Pan lo reconoció. Conocía aquella, espalda, aquella cabeza de cabellera hirsuta, que comenzaba a tornarse gris. Hasta conocía perfectamente el modo de: moverse y de doblarse de aquel brazo. Pan se acercó lentamente. El momento era solemne, estaba cargado de emoción.

-¡Hola, padre! - dijo cuando cesó una serie de golpes de martillo.

Su padre se irguió. Primero dejó caer, el martillo; luego, la rueda. Pero no se volvió instantáneamente. Sin duda, se hallaba en una postura que no fe permitía hacerlo. A continuación se puso en pie de un salta y giró. Pan vio que su padre había cambiada

muchísimo; pero no pudo apreciar exactamente cuál era el cambio que había sufrido, porque su rostro se transformó repentinamente.

-¡Por amor de Dios...! ¡Si es... Pan! - exclamó ahogadamente.

-Lo soy, padre. ¿Te alegras de verme? -¿Alegrarme?... ¡Tu llegada va a salvar la vida a tu madre! -Y, con gran sorpresa por su parte, Pan se encontró oprimido, estrechado fuertemente entre los brazo, de su padre. Era una cosa que Bill Smith no había tenido jamás costumbre de hacer. Pan se emocionó al observarlo e intentó reprimir el creciente remordimiento que volvía a asaltarle. Su padre le soltó y le apartó de sí, como si se avergonzase de pronto de haberse dejado dominar por la emoción. Su rostro, cuya expresión había intentado ocultar en vano, se serenó-. Bien, Pan, vuelves ahora... cuando ya hace mucho tiempo que había renunciado a la esperanza de volver a verte.

-Sí, papá. Perdóname -comenzó diciendo Pan; un torrente de palabras brotó con rapidez de su garganta-. Siempre me proponía volver a nuestra casa. Pero siempre había algo que me lo impedía. Por otra parte, nunca tuve noticia de las dificultades en que os hallabais. No me escribiste... ¿Por qué no me lo dijiste?'... Pero dejemos esa cuestión. He recorrido las llanuras, me dejé arrastrar por la vida de los vaqueros... hasta que me sentí agobiado por la nostalgia de mi hogar. Ahora le he encontrado, y... Bien; quiero compensaros a ti y a mamá de mi ausencia.

-¡Ah! Esas palabras suenan como una música en mis oídos -replicó Smith; comenzaba a recuperar su frialdad y su lentitud de expresión. Miró a 'Pan de arriba abajo v dio vuelta en torno a él dos veces. Luego, súbitamente, estalló -: ¡Patas largas, aventurero...! ¡Si no es consolador para unos ojos doloridos el verte...! ¡Ah, ah! ... ¡Mira dónde lleva el revólver...!

Y con un movimiento lento y extraño se inclinó para sacar de la funda el revólver de Pan. Era un arma larga y pesada, de color azul y aspecto siniestro. La aguda mirada del padre se retiro de este objeto para dirigirse al rostro del hijo. Pan se preguntó qué sería lo -que su padre sabía, lo que su padre pensaba. El momento fue angustioso para el vaquero. Una sombra fría, olvidada desde hacía mucho tiempo, pareció cruzar por su imaginación.

-Pan, he sabido de ti continuamente por espacio de estos últimos años transcurridos - dijo el padre lentamente -; pero, de 'todos modos, lo habría sabido aun cuando no me hubiera tomado el trabajo de intentar averiguarlo... ¡Panhandle Smith! ... ¡Eres un condenado caballista, un hijo mío pendenciero y camorrista!... En cierta ocasión, el corazón se me destrozó al saber que te habías unido a una partida de vaqueros... Pero ahora..., ¡bien lo sabe Dios!..., se me ha llenado de alegría a tu regreso.

-Padre, no hagas caso de las murmuraciones del campo. Ya sabes que los vaqueros son amigos de exagerar v de fanfarronear... No me avergüenzo al presentarme ante ti y ante madre. Tengo la conciencia limpia, .papá.

-Pero... Hijo mío..., ¡has utilizado ese revólver! - murmuró roncamente Smith.

-Sí. Es cierto. Pero ha sido solamente contra coyotes de dos patas y contra yagurés... Y es posible que también contra algunos miserables. Lo olvidaba.

-¡Panhandle Smith! - exclamó el padre severamente, con 1o que se negaba a atentar y examinar la cuestión con la misma venial ligereza que el hijo-. En Marco se sabe... Eres conocido de todos... En toda esta parte del oeste de las Rocosas...

-¿Qué importa? - replicó con vehemencia Pan, repentinamente presa de aquella fría emoción que brotaba de las profundidades de su ser-. Yo diría que deberías alegrarte de que así sea. Creo que lo que hasta ahora he realizado constituye un buen adiestramiento para lo que ahora tengo que hacer aquí.

-¡No hables de ese modo! Pareces haber leído en mi pensamiento - replicó Smith secamente -. Tengo miedo. Casi lamento que hayas venido. Sí, en estos momentos me parece ser un hombre más entero que en el transcurso de los últimos años.

-Padre, ya me contarás en otra ocasión lo sucedido -replicó Pan para borrar la dificultad de la situación-. Ahora quiero saber de madre y de Alice.

Librodot

-Están muy bien, hijo mío, aun cuando tu madre continúa triste y -dolorida por tu ausencia. No ha logrado todavía vencer la inquietud... Y Alice es una chiquilla hermosa que va a la escuela y ayuda en las faenas de la casa... ¡Ah, Pan! Tienes un hermano que está a punto de cumplir dos años...

-¡Demonios! - gritó Pan dominado por la alegría -. ¿Dónde están? ¡Dímelo pronto!

-Vivimos en una granja a una milla de distancia de aquí, sobre poco más o menos. La he alquilado casi de balde... Es una verdadera ganga. Disponemos de ciento diez acres de terreno, la mayor parte del cual está cultivado. Agua buena, pastos, granero y- una casita linda... Se me ha reservado un derecho de preferencia para el caso de que desee adquirirla. Trabajo aquí por las mañanas y allí por las tardes. Verás...

-¡No hables más de estas cosas! Compraré la propiedad -le interrumpió Pan -. Pero ¿dónde está?

-Sigue esta carretera, en línea recta. La segunda granja -contestó el padre al misma tiempo que señalaba hacia el Oeste-. Me agradaría ir contigo; pero he prometido terminar cierto trabajo. Estaré en casa a mediodía... ¡Eh, espera! Tengo algo más que decirte... 'Te vas a asombrar... ¡Espera!

Pero Pan abandonó precipitadamente el taller y comenzó a recorrer la carretera con pasos de gigante. ¡Verse obligado a anclar, cuando si tuviera consigo su caballo podría recorrer aquella milla en dos minutos!... Su corazón latín presurosamente. ¡Su madre! ¡Afligida por él! Alice era ya casi una mujercita. ¡Y tener un hermano, un hermano varón! Aquello era demasiado bueno, demasiado generoso para él.

Y en aquellos momentos olvidó todo lo demás. Las sombras de los recuerdos llamaron a la puerta de su conciencia; pero Pan se negó a admitirlas. ¡Cuánto se había estremecido y emocionado su padre al verle! ¡Pobre, anciano papá! Y ¿cuál sería el significado de sus palabra; acerca de 'su nombradía, de su nombre, Panhandle Smith, y del modo como el viejo había cogido fascinado el revólver? ¿Le reconocería su madre en el mismo instante en que lo viese? ¡Oh, no podía dudarse! Pero Alice no lo reconocería. Cuando Pan abandonó su casa, Alice era muy pequeñita. Y él había cambiado mucho.

En tanto que sus pensamientos seguían una carrera desesperada, Pan no cesó de mirar delante de sí, lo que se hallaba cerca y lo que estaba lejos. La tierra de la hacienda demostraba hallarse cultivada de un modo bastante aceptable. Unas colinas herbosas brillaban bajo el sol de la mañana. En las alturas, unos reflejos dorados hablaban elocuentemente de la presencia de los álamos bañados por la escarcha. Las anchas fajas purpúreas que cruzaban las ventanas hablaban de selvas. El muro de rocas que Pan había visto desde el campamento de Moran se extendía ondulantemente hacia el" horizonte oriental. Era una región nueva, una región hermosa y agreste, accidentada y dura en las tierras altas, apta para pastos y cultivos en las bajas.

Pan pasó más allá de la primera alquería. Detrás de ella solamente pudo ver una ancha mancha verde, que supuso que sería la residencia que estaba buscando. Su rápido paso devoraba la distancia. El ganado y los caballos pastaban en un prado. La carretera se volvía hacia la derecha, en torno a una baja colina. La aguda mirada de Pan percibió una revuelta columnita de humo que se elevaba desde un grupo de árboles. Allí debía de estar la casa. Pastos, huerta, maizales, accidentados y sin cortar, un bosquecillo de árboles bajos, follaje, graneros, encerraderos... Todo esto fue observado por ó1 con entusiasmo. El lugar no poseía la aridez y la desnudez característica de los ranchos.

Finalmente, Pan llegó al portillo de las carros, donde se iniciaba una senda que conducía a la granja. La senda bordeaba un huerto en que había árboles de cierta altura y llenos de coloreado follaje. Cruzó el terreno, con el fin de llegar a la casa más pronto. La mayor parte del edificio estaba todavía medio oculta por los árboles. Olor a heno, olor a frutos, olor a grano, le llegaron hasta el olfato. Y, luego, la fragancia de: humo de la madera y de las hojas. El corazón se le hinchó en el pecho, jamás podría presentarse ante su madre con la fría indiferencia y la desenvoltura que eran habituales en él.

Librodot

Repentinamente, vio una mujer que se hallaba entre los árboles. Estaba muy cerca. Pan casi corrió. No, no podía ser su madre. Era una muchacha, una joven esbelta, alta, de rápidos movimientos. Su madre había sido más bien baja y robusta.

¿Podría aquella joven ser Alice? Esta suposición era absurda, puesto que Alice tenía solamente diez años, y aquélla era una mujer completamente desarrollada. Había en ella una gracia de movimientos que sedujo a Pan. Se apresuró a dar una vuelta en torno a un grupo de árboles para salirle al paso, y al hacerlo la perdió de vista durante un momento.

De súbito, salió de entre la sombra v se encontró cara a cara con ella, bajo la luz directa del sol. La joven lanzó un grito y dejó caer algo que llevaba en las manos.

-¡No se asuste, señorita! - dijo alegremente Pan -. No soy ningún vagabundo, aun cuando ha entrado en la posesión como un verdadero asaltante... Quiero ver a la señora Bill Smith. Soy...

Pero Pan no dijo nada más. La muchacha tenía razones para asustarse; pero ¿debían sus manos dirigirse tan rápidamente a su pecho y mantenerse inmóviles sobre él, como si hubiera sido herida? Evidentemente, Pan la había asustado; no cabía duda. Y el joven se hallaba a punto de tartamudear unas palabras de disculpa y darse a conocer, cuando la expresión del' rostro de la señorita le obligó a enmudecer. La piel dorada v saludable de la joven se cubrió de palidez. Sus labios temblaron y se entreabrieren. Y luego, sus ojos - cuyo color era violeta y en los que había un algo conocido -parecieron apuñalar a Pan. El cerebro del vaquero pareció negarse a funcionar; luego se vio acometido de un vértigo de remolinos, de recuerdos, y, finalmente, se iluminó con la presencia de unos súbitos, pensamientos.

-¡Pan! ¡Pan! - exclamó ella al mismo tiempo que se aproximaba a él con los ojos totalmente abiertos y encendidos en una luz que Pan no había visto jamás en los ojos de ninguna otra mujer-. ¡Pan! ¿No... me conoces?

-Sí... Pero no sé quién es usted - murmuró Pan, aturdido.

-¡Soy Luty!... ¡Oh, Pan..., al fin has vuelto! - añadió ella roncamente, con voz entrecortada.

Y pareció saltar hacia él, hacia los brazos que Pan había abierto rápidamente al reconocer su voz, su nombre, sus ojos. Fue un instante en que ambos perdieron la razón. Pan la oprimió contra su pecho, la besó con loco ímpetu al comprender repentinamente la intensidad' de su amor. ¡Luty! ¡Luto! ¡Luty! ¡La pequeña Luty Blake, su nena, fa novia de su infancia, su compañera de escuela. Y toda- la ansiedad de sus años de vida solitaria saltó en aquel instante hasta los labios de Pan.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió beso por beso. Después se estremeció repentinamente e inclinó la cabeza sobre el pecho de Pan.

Pan la mantuvo apretada contra sí en tanto que luchaba por dominarse. Y miró en dirección a los árboles y solamente nudo verlos de un modo borroso. ¡Qué llegada al hogar! Luty, convertida en una hermosa mujer, no le había olvidada jamás. Pan se sintió conmovido profundamente al apreciar la revelación que en aquel instante se le ofrecía. ¡Siempre amó a Luty! ¡Nunca había amado a ninguna otra mujer! ¡Jamás conoció un momento tan precioso como el que en aquel instante estaba viviendo!

¡Qué gloriosa jugarreta le había hecho la vida! Y oprimió aún más fuertemente el cuerpo de la mujercita y se inclinó para aspirar 1a fragancia de su cabello, que parecía de oro hilado y oscuro. Antiguamente había sido brillante, de color claro, del mismo color que tenía la hierba de las cumbres. Y lo besó inundado de una inefable exaltación y de gratitud'.

La joven se agitó, puso las manos sobre el pecho de Pan y se separó de él.

-Pan... Estaba fuera de mí... -murmuró -. Perdóname... ¡Oh, la alegría de verte...! ¡Ha sido demasiado fuerte...! Vete a ver a tu madre. Se...

-Sí, Luty, iré ahora mismo; pero, Luty, no te enojes por... por no haberte reconocido en el acto -.la interrumpió Pan con alegre y rápida ansiedad-. ¡Cuánto has crecido! ¡Cuánto has cambiado! ... Luty, ahora tu cabello es de oro. ¡Mi amiguita de cabello casi blanco ... ¡Oh, lo recuerdo bien !

Jamás te he olvidado. Pero estás tan cambiada, tan... tan... hermosa, Luty... He vuelto a ti. Siempre te he querido, Luty, juro que... Soy Panhandle Smith, un vaquera tan desenfrenado como la mayoría de los que ruedan por las praderas. Pero te he sido fiel, querida... ¡fiel!... Y he regresado vara quererte, para compensarte de mi ausencia, para protegerte..., para casarme contigo. ¡'Oh, querida! Sé que me has sido fiel..., que esperabas mi regreso.

La angustia y el éxtasis parecían haber empeñado una reñida lucha por apoderarse de Luty. Pan comprendió repentinamente que ésta era la causa de su emoción.

-¡Dios mío! - susurró ella al fin, mientras se alejaba un poco más de él-. ¿No sabes..., no has oído...?'

-Nada. Papá no me ha hablado de ti-contestó roncamente Pan mientras pugnaba por desechar un horrible temor-. ¿Qué ha sucedido?

-Ve a ver a tu madre. No la hagas esperar. Más tarde nos ¡veremos!

-Pero Luty...

-Vete. Concédeme un momento de descanso para... recobrarme de mi emoción.

-¿Estás... estás casada?

-No..., no..., pero...

-¿No me quieres?

Luty no contestó; su única respuesta consistió en un movimiento para cubrirse el rostro con las manos. Pero las ruanos no pudieron cubrir por completo el encendido color escarlata que fe; tiñó la piel.

-Luty, debes amarme... - comenzó diciendo, de un modo incoherente, Pan -. Tú misma lo has demostrado, lo has revelado... Esa revelación me ha cambiado..., me ha elevado. Te he querido durante toda mi vida, aun cuando nunca lo había comprendido... Tus besos..., tus besos me han hecho conocerme... ¡Dios mío! ¡Di que me quieres!

-¡Sí, Pan, te quiero! - replicó ella con tranquilidad mientras levantaba la mirada en dirección a los ojos del vaquero y su rostro recobraba el color.

-Entonces, todo lo demás no importa -exclamó Pan. Todo lo que, haya sucedido erróneamente..., todo podré enderezarlo. No lo olvides. Tengo que ofreceros muchas compensaciones... Perdóname por esto..., esto..., por lo que pueda' haberte dolido... Voy ahora a ver a mi madre; más tarde iré a buscarte. ¿Esperarás?

-Vivo aquí con tu familia - contestó Luty; y se alejó entre los árboles.

-¡Algo malo ha sucedido! -murmuró Pan para sí en tanto que la observaba. Pero el negro temor a no sabía qué no logró apoderarse por completo de su conciencia, anular la alegría de haber hallado a Luty, de haberla visto poner de manifiesto su amor por él. La duda quedó en su espíritu, mas su exaltado corazón la estranguló también. Pan estaba en su hogar. ¡Qué alegría y qué sorpresa el saber que era también el de Luty! La curiosidad y la impaciencia de Pan aumentaron. Se sosegó y camino debajo de los árboles mientras pensaba en la alegría que su presencia produciría a su madre y a Alice. Unos momentos después conocería a su hermanito.

Unas flores, de las que Pan sabía que eran las predilectas de su madre, bordeaban la senda que se extendía en torno a la casa. La casa estaba construida con troncos de árboles y había sido mejorada posteriormente con la adición de un anexo que se hallaba manchado por el tiempo, sin pintar y cubierto de parras. Un pórtico pequeñito y cómodo, de salientes aleros y una masa de enredaderas, daba frente al Sur. Una tosca mecedora de construcción casera, que se encontraba en el nórtico, v unos juguetes infantiles de madera atestiguaban la habilidad' de un carpintero que Pan recordaba bien. Pan oyó cantar a un chiquillo y luego una dulce voz de mujer.

Pan respiró profundamente y se quitó el sombrero. Había llegado el instante que tanto había soñado. Entró pisando enérgica y sonoramente en el pórtico, de modo que sus espuelas tintinearon musicalmente, y descargó unos golpes sobre la puerta.

-¿Quién es? - dijo la voz que anteriormente había oído Pan, cuyo corazón latió con violencia. Y en tono ronco y profundo contestó

-Un pobrecito vaquero muerto de hambre, señora.

-¡Voy a abrir! -exclamó la mujer. Sus Pasos sonaron con fuerza en la parte interior de la casa.

Pan sabía que sus palabras harían que la mujer abriese la puerta. Luego, la vio aproximarse. Los años, los dolores y los' disgustos fa habían envejecido; pero, de todos modos, Pan la habría reconocido instantáneamente entre un millar de mujeres.

-¡Madre! - exclamó Pan, conmovido. Y se acercó a ella con los brazos abiertos.

Ella pareció impresionarse. Los ojos, amables y cariñosos, cambiaron de expresión. La boca de la mujer se abrió completamente. Exhaló un suspiro y cayó desmayada en brazos del Pan.

Unos momentos más tarde, cuando la mujer se hubo recobrado de la emoción y del entusiasmo Producidos Por la llegada del hijo, ambos se hallaban sentados en la pequeña y limpia estancia.

-Bobby, ¿no conoces a tu hermano? - Pan estaba repitiendo estas palabras a su hermanito, un chiquillo de ojos grandes que 1e miraban con entusiasmo. Bobby estaba fascinado por aquel desconocido. y al final se decidió a acercarse hasta sus rodillas.

- Madre, supongo que nunca permitirás a Bobby que sea vaquero - añadió Pan con una sonrisa.

-Nunca -murmuró ella con fervor.

-Podría hacer cosas peores - prosiguió Pan pensativamente-. Pero haremos de él un ranchero de las llanuras que sea aficionado a los caballos-. ¿Qué te parece?

-Me gustaría, pero no en una región tan bravía como ésta-contestó su madre.

-Creo que haríamos bien en pensar en residir permanentemente en Arizona, donde tanto los inviernos como los veranos son agradables. He oído hablar mucho de Arizona. Es una tierra llena de grandes extensiones cubiertas de hierba y de salvia, de hermosos bosques y de desfiladeros. Tendremos que ir allí algún día.

-Entonces, Pan, ¿has' venido a casa para quedarte con nosotros? -preguntó la madre, emocionada.

-Sí, madre - afirmó él en tanto que apretaba la mano rugosa que se aproximaba a él como si intentara comprobar que aquel ser que tenía ante sí era de carne y hueso; después Bobby atrajo 1a atención de Pan -. ¡Oye, granujilla, deja eso! Es mi revólver... Es una mala señal, madre. A Bobby le interesa tanto mi revólver como a mí me interesaban los caballos... Bobby, es más fácil y más seguro jugar con los caballos -que con las armas... Madre, tenemos que hablar de más de un millón de cosas; pero dejaremos por el presente la mayoría de ellas. Dices que Alice está en la escuela. ¿Cuándo vendrá a casa?

-A última hora de la tarde, Pan -respondió 1a mujer dubitativamente- Luty vive ahora con nosotros.

-Sí, la vi ahí fuera replicó Pan, respirando profundamente -. Pero hablemos de papá antes que nada. No he tenido mucho tiempo vara hablar con él. ¡Tenía tantas ganas de verte! ¿Está bien de salud papá?

-Está bastante bien. En realidad, hace el trabajo de dos hombres. Las preocupaciones le torturan bastante.

-Hemos de hacer todo lo posible por animarle. He oído en Littleton hablar un moco de la mala suerte de papá. Ahora, dímelo todo.

-Hay muy poco que decir-contestó ella tristemente-. Tu padre realizó algunos tratos perjudiciales en Texas, el último y el más grande de todos los cuales fue con Jard Hardman. Llegó un año malo, un año seco, como dicen los mejicanos. La pérdida de las cosechas dejó a tu padre arruinado. Perdió la granja. Más tarde descubrimos que Hardman se había apoderado del ganado. Seguimos a los Hardman hasta aquí. Nuestros vecinos, los Blakes, vinieron antes que nosotros. Hardman no solamente no quiso saldar la cuenta que tenía con tu padre por el

trato que realizaron respecto al ganado, sino que además volvió a hacerle una mala 'Jugada cuando ya había conseguido comenzar a encarrilar nuevamente sus asuntos. A mi modo de ver, esto fue todavía peor que 'el asunto del ganado. Compramos unas tierras y una casita a un hombre llamado Sprague, cuya mujer quería regresar a su hogar de Missouri. Esta propiedad tenía agua, buen terreno, un poco de madera v un filón de oro, pare no era propiedad de nadie v que comenzó produciendo un rendimiento bastante aceptable. Entonces llegó Jard Hardman con denuncias, papeles, testigos y el apoyo de la ley, y alegó que había tomado posesión de la hacienda de manos del propietario original. Todo ello era una mentira, pero fue suficiente para obligarnos a abandonar aquellas tierras... Luego, tu padre intentó hacer diversas cosas' que resultaron improductivas. Y aquí estamos ahora... y tu padre tiene que trabajar en el taller de carros para poder pagar la renta.

-¡Ah, 'ah! - replicó Pan en tanto que hacía un esfuerzo para librarse de la opresión que experimentaba en e! pecho-. Hablemos de Luty. ¿Por qué causa está viviendo con vosotros?

-La pobre muchacha no tiene hogar-contestó la madre con disgusto- Llegó aquí con su padre y su tío. Su madre murió poco después' de su salida de casa. Jim Blake estaba relacionado por cuestiones de intereses con Hardman en Texas. Hablaba vanidosamente y bebía muchísimo. Un día, Blake v Hardman riñeron. Fue por la misma causa que originó la ruina de tu padre. Pero Jim vino a Nuevo Méjico con Hardman. Las cosas marchaban bien para ellos cuando nosotros llegamos. Después, los disgustos surgieron muy pronto... y todo por causa de Luty... E joven Dick Hardman, a quien seguramente recordarás, se enamoró perdidamente de Luty. Dick ha sido siempre un chico demasiado impetuoso. Aquí, en Marco, ha continuado siéndolo también. Bien, aun cuando sea malo, Jard Hardman quiere al muchacho y sería capaz de remover el cielo y la tierra por él. Luty despreció a Dick. Cuanto más la perseguía, tanto más le despreciaba. Y cuanto más le despreciaba, Dick se hacía tanto más impetuoso y bebía y jugaba más. Y ahora llega la parte más triste de todo esto. Jim Blake comenzó claramente a recorrer el mal camino, según dice tu padre, aun cuando Luty espera y cree que podrá salvarle. Yo también lo creo. Jim ha sido solamente un hombre débil. Jard Hardman lo ha arruinado. Finalmente, Dick consiguió atraerse el apoyo más decidido de su padre, y ambos forzaron a Jim a que intentase obligar a Luty a casarse con Dick. Luty se negó, abandonó el hogar de su padre y se fue a vivir con su tío Bill, que era un hombre honrado y bueno. Pero lo mataron en «La Mirra de Oro». Dicen que fue un accidente, pero tu padre se niega a aceptar esa suposición... ¡Oh, esos infernales garitos de juego! ... La vida no vale nada allí... Luty vino a vivir, con nosotros y dio lecciones en la escuela, pero tuvo que renunciar a hacerlo. Entre Dick Hardman y otro muchacho tan libertino como él hicieron que su vida fuera desgraciada. Por otra parte, jamás estaba segura. Nosotros la animamos a que abandonase su empleo. Y entonces..., entonces llegó lo peor.

La señora Smith se interrumpió, se enjugó los ojos v pareció hallarse temerosa de hacer nuevas revelaciones. Y levantó suplicante una mano ante Pan.

-¿Qué..., qué sucedió, madre? - preguntó Pan con temor.

-¿No ... no... te ha dicho algo Luty? - tartamudeó la madre.

-Sí. Me ha dicho lo más grande que puede decirse en este mundo, lo más hermoso: que me quiere-exclamó Pan con entusiasmo.

-¡Oh, qué cosa más terrible!

-No, madre, no es terrible, sino hermosa, maravillosa, gloriosa... Continúa.

-Entonces... entonces metieron en la cárcel a Jim Blake -comenzó diciendo la señora Smith.

-¿Por qué? - preguntó rápidamente Pan.

-Para mantenerle encerrado en ella en tanto que se resolvía una cuestión que había pendiente en Texas. Jim Blake era ladrón de caballos. Tu padre dice que desgraciadamente es una cosa de la que no puede dudarse. Ya sabes que allá, en el Este, existe una ley, por lo menos en ciertos distritos... Bueno; Jard Hardman mantiene a Jim encerrado en la cárcel.

Parece ser que Hardman decidiría que no se celebrase juicio, siempre que..., con tal de que... ¡Oh! ¿Cómo te lo diría yo?

-¡Dios mío! Comprendo - gritó Pan, al mismo tiempo que se levantaba con fiera indignación-. Intentan forzar a Luty a casarse con Dick vara salvar a su padre.

-Sí. Eso es... Pan, hijo mío... ¡Y ella ha consentido!

-¡Eso es lo que la obligó a comportarse de una manera tan extraña! ¡Pobre Luty! Dick Hardman era un yaguré de joven; ahora es un coyote mordido por un yaguré. ¡Oh, pero esto es un lío horrible

-Pan, ¿que podrás hacer? - preguntó implorante la madre.

-¿Luty no se ha casado todavía con él? ¡Dígamelo pronto! -exclamó Pan repentinamente.

-¡Oh, no! Solamente ha prometido hacerlo. No confía en esos hombres. Quiere que antes se le entreguen los papeles firmados en que se afirme la inocencia de su padre. Los hombres se rieron de ella al oírla. Pero Luty no es tonta, no. Cuando se sacrifique, no lo hará inútilmente.

Pan se dejó caer lentamente sobre una silla, v su actitud meditativa se hizo más intensa; luego clavó la mirada sobre la gran arma azul con que Bobby estaba jugando. El arma fascinó a Pan. La vista del revólver provocó en él aquella conocida sensación tan parecida al soplo de -un viento que recorriera todo su ser.

-Madre, ¿qué edad tiene Luty? - preguntó, haciendo un esfuerzo, por aparentar serenidad.

-Cerca de diecisiete años, pero representa más.

-Todavía no es mayor de edad. Sí, representa veinte años. Es una mujer, madre.

-¿Qué hizo y qué dijo Luty cuando te vio? - preguntó la madre con femenina curiosidad.

-¡Ah! Hizo y dijo lo suficiente - contestó radiante Pan -. No la reconocí. ¿Lo creerás, madre? -Dímelo, hijo mío - imploró 1a señora Smith.

-Madre, corrió rápidamente a mis brazos... Volvimos a encontrarnos, y el antiguo amor resucitó.

-¡Dios mío, qué situación más terrible para los dos, y principalmente para Luty...! Pan, ¿qué podrás hacer?

-No lo sé, madre. No miedo pensar. ¡Ha sido todo tan repentino, tan inesperado! Pero jamás permitiré que

se case con Dick Hardman. Anoche mismo vi una mujerzuela pintarrajeada que se apoyaba en él. Aun cuando fuera muy mala, aquella mujer sería demasiado buena para él... Dick no me preocupa, madre, ni sus propósitos de apoderarse de Luty. Lo que me preocupa es la manera de salvar a Jim Blake.

-¿Crees, Pan, que eso puede hacerse?

-Sé que sí, madre. Lo que sucede es que ahora no puedo pensar. Soy nuevo aquí. Y estoy turbado por mi interés por ti, por Luty, por papá... ¡Dios mío! ¡Si estuviera en el Cimarrón... 1o haría con facilidad!

-Hijo mío, no te preocupes demasiado por Luty, por tu padre o por mí -replicó fa madre con sorprendente calma-. Quiero decir que no permitas que tu interés por nosotros sea un obstáculo, para ti. Gracias a Dios, has regresado a tu hogar, junto a nosotros. Soy una mujer diferente a la que era antes de tu llegada. Estoy asustada, sí, por... por lo que he oído decir de ti. ¡Qué fama, qué nombre para un hijo mío!

-Eres muy buena, madre - dijo Pan riendo y abrazándola al mismo tiempo -. Tu bondad constituirá una ayuda para todos. ¡Si Luty fuera como tú...!

-Luty tiene un corazón de fuego. Lo que hace es solamente para salvar a su padre, Pan; y si lo consigues, el amor de esa mujer será para ti una bendición tan grande como jamás puedas haberla soñado. Sin embargo, será difícil que consigas que cambie de modo de pensar.

-No lo intentaré, madre.
-Entonces, vete a buscarla y cólmala de las mismas esperanzas que a mí me has dado.

Librodot

VII

Desde la espesura formada por un grupo de árboles, Pan había visto a Luty y la observó con el corazón lleno de amor, de ternura y de piedad. Pero no la conocía. Parecía increíble que pudiera confesarse a sí mismo que la amaba. El amor, el cariño que por ella sintiera infantilmente en los días de su niñez, ¿se habían convertido, como por arte de magia, en el amor a una mujer? ¿Cuáles eran, pues, aquella tormenta que agitaba su interior, aquel temblor exterior del cuerno, reflejo de la agitación interna?

Luty permanecía inmóvil como una estatua, mirando sin ver. Después, caminó de un lado para otro con las ruanos apretadas sobre el pecho. Aquél era un lugar recluido, donde entre dos ramas bajas de unos árboles se había construido un banco junto a la orilla del arroyo. Pan se acercó furtivamente a ella con el fin de poder verle el rostro con más claridad. ¿Era el amor que ella sentía por él la causa de aquella aniquiladora emoción?

Pan se detuvo en un punto cercano a uno de los finales de su caminata y se agachó. No pensó que estaba penetrando como un intruso en la intimidad de 1'a mujer. Ella era una desconocida a quien él quería porque era Luty Blake, que de niña se había trocado en mujer. Pan hizo un esfuerzo por buscarse a sí mismo, de modo que cuando volvió a hallarse ante ella no supo qué hacer ni qué decir.

Pan no había encontrado muchas mujeres en los años que recorrió las llanuras. Pero había visto las suficientes para apreciar la belleza cuando se mostraba ante él. Y Luty la poseía. Al separarse ella lentamente del lugar en que él se encontraba, su pequeña y dorada cabecita, la gruesa trenza del cabello, su hermoso cuerpo, que sin ser robusto resultaba fuerte y pleno, respondieron con su sola presencia a la interrogante sorpresa y a la admiración de Pan. Luty, se volvió para caminar hacia atrás. Cuando llegase junto a él, Pan se encontraría sometido a una terrible prueba. Luty se hallaba en peligro, y Pan no podría continuar oculto en donde se hallaba durante mucho tiempo. No obstante, quería observarla, encontrar en aquella agitación un combustible para su abrasadora pasión. Ella había estado llorando y tenía el rostro pálido. Ciertamente, parecía tener más de diecisiete años. La mujer se acercó un poco más. Entonces la mirada de Pan se dirigió hacia sus ojos y se detuvo sobre ellos. Desenmascarados, fieles reflejos de la lucha empeñada en el interior de su alma, aquellos ojos expresaron a Pan lo que tanto ansiaba conocer. ¡No, solamente su amor, sino, además, su lucha interior!

Esto fue suficiente para él. En pocos segundos sus sentimientos experimentaron un tremendo cambio que le sirvió para adquirir la certeza de que en su pecho se albergaba el' verdadero amor de un hombre por una sola mujer. Esta convicción parecía estar fortificada conscientemente por el hecho evidente de su frío e inquieto espíritu. Pan era lo que la vida de los vaqueros de aquella época había hecho de él. Probablemente, tan sólo un hombre de tal naturaleza podría hacer frente a las ilegales circunstancias en que Luty se hallaba mezclada. En el' momento que ella recomenzaba nuevamente su paseo y se acercaba una vez más al recluido lugar en que terminaba. Pan supo lo que la situación exigiría de é1 y el modo en que debería hacerle frente. Pero escucharía a Luty, a su madre, a su padre, con la esperanza de que podría librar a fa muchacha de tan difíciles circunstancias Sin embargo, creía que solamente unas medidas extremas y unas resoluciones definitivas podrían libertar tanto a ella como a su padre. Pan conocía a los hombres de la clase de Hardman y de Matthews.

Pan se enderezó y dio unos pasos para salir, sonriente y frío, al encuentro de Luty.

-¡Hola, Luty! - dijo con la sangre fría de los vaqueros, que ella debía conocer.

-¡Oh! -exclamó Luty, sobresaltada, al mismo tiempo que se retiraba. Pero muy pronto se recobró. No obstante, hubo un corto momento en que Pan vio la sinceridad de los sentimientos de la muchacha claramente expresados en su rostro.

-Estaba escondido ahí - explicó Pan señalando los árboles y los arbustos.

-¿Para qué?

-Quería verte sin que lo supieras.

¿Por qué? - preguntó ella gravemente.

-Que yo recuerde, la pequeña Luty Blake jamás ofreció señales de que llegaría a convertirse en... una mujer... tan hermosa como eres.

-Pan, no me adules..., no me atosigues ahora - dijo ella implorante.

-Me había limitado a exponer un hecho. Sentémonos en aquel banco y conozcámonos.

Dejó libre para ella el rincón del banco, de modo que

Luty, pudiera quedarse sentada de cara a él, y comenzó a hablar del mismo modo que lo habría hecho si entre ellos no existiera ninguna dificultad. Quería que Luty conociera su vida desde el tiempo en que le vio por última vez; y tenía dos razones para desearlo: primero, para salvar el hueco que quedaba en su larga amistad, y, en segundo lugar, para darle a conocer lo que la vida de las llanuras había hecho de él. Tardó dos horas en terminar su relato, seguramente las horas más dulces de toda su existencia, puesto que pudo apreciar el cálido e intenso interés de ella y ver cómo, olvidada de sí misma, vivió con él los días y las noches de, soledad en las vastas extensiones de tierras inhóspitas, resplandeció radiantemente al oír sus aventuras y tembló y empalideció ante los relatos de los sangrientos encuentros que formaban parte de la vida de él tanto como de la de otros muchos compañeros suyos.

-Ésta es mi historia', Luty - concluyó -. Habría venido a buscarte, habría regresado a mi casa hace mucho tiempo si hubiera sabido lo que he averiguado ahora. Pero siempre estuve sin medios económicos para venir, y, por otra parte, me retrasaba también aquella incesante charla que se extendía acerca de mí, de Panhandle Smith. Y así pasaron los años. Todo ha terminado ahora, y os he encontrado a ti y a mi familia, a todos bien, gracias a Dios. Nada más me ha importado nunca. Y tu difícil situación y la mala suerte de tu padre no me amedrentan... Ahora, cuéntame tu historia.

Pan se había, aproximado más a ella. Fue conveniente que el joven recordase los días de escuela y no omitiese ninguna de sus aventuras. Ella comenzó el relato a partir del momento en que le vio por última vez -recordaba bien el día, la fecha, las ropas que él vestía, el caballo que montaba - y contó la historia de aquellos años de soledad en que las pocas cartas de él constituyeron acontecimientos, y el efecto que produjo su interrupción. De este modo, con sencilla naturalidad continuó refiriendo la caída de su padre y como tal desgracia había matado a su madre. Cuando dio fin a su historia, Luty estaba llorando.

-Luty, no llores. Piensa solamente... que estamos juntos - exclamó él cuando la muchacha cesó de hablar.

-Eso es... lo que me hace llorar - replicó ella, afligida.

-Entonces, muy bien. Apóyate en mi hombro para llorar - dijo él, emocionado; y, a pesar de su resistencia, la aproximó a sí, la rodeó el cuerpo con los brazos y la obligó a apoyar la cabeza en su pecho. Y así la mantuvo, y pudo comprobar de qué modo la tensión y la tirantez del cuerpo de Luty cedían. Luty no lloró violentamente, sino de un modo atormentado que, sin embargo, parecía constituir un alivio para ella,

-Pan, esto es... es insensato-dijo ella, agitada-. Me refiero a esto de llorar en tus brazos, como si fueras pan refugio. Pero, ¡oh! , he necesitado tener a alguien cerca de mí, 1o he necesitado tanto...

-No comprendo por qué ha de ser insensato. Para mí es una cosa dulce y maravillosa... Luty, no discutamos. Es posible que tuviéramos que hallarnos en desacuerdo respecto a algunas cosas; pero no nos cuidemos de ellas... Estoy tan enormemente contento de verte, de conocerte, que creo que el insensato soy yo.

-Eres un niño, a pesar de tu tamaño. ¿Cómo, podríamos dejar de hablar de mis contratiempos?... ¡Oh, este terrible lío en que estoy metida!... ¿Cómo he podido apoyar la cabeza en tu hombro...? No fui yo. Tú me forzaste a hacerlo.

-Bien; si quieres negarme esa felicidad, puedes hacerlo -contestó Pan.

-¿Constituye una felicidad para ti, sabiendo que está mal que lo haga... y que es posible que nunca más vuelva a hacerlo?-murmuró ella.

-¡Un puro cielo! - dijo él -. -Lucy, no digas que está mal. Tú me perteneces. Mi madre me dijo en cierta ocasión que jamás habrías vivido si no hubiera sido por mí.

-Sí, mi madre me dijo lo mismo... ¡Oh, qué triste es todo esto!

-¡No es triste! Ha sido hermoso. Y te digo que es cierto que me perteneces.

-Mi alma te pertenece, sí -contestó ella soñadoramente. Y entonces, como si hubiera recordado su debilidad corporal, se apartó de él para sentarse nuevamente en el rincón del banco.

-Perfectamente, Luty. Haz lo que quieras ahora. Pero eso servirá, de todos modos, para que más tarde hayas de ofrecerme una compensación por ello-dijo Pan con su resignada y buena naturaleza.

-Pan, para ti parece no haber nada más que tu propia voluntad-replicó ella, meditativa-. Tengo que salvar a mi padre... y solamente hay una manera de conseguirlo.

-¡No me hables de ese modo! -afirmó Pan con energía-. Tenía esperanzas de que permitirías, antes que nada, que nos conociéramos más a fondo. Pero si no lo quieres, perfectamente... Estás por completo atemorizada por unas circunstancias que reconozco que son terribles para ti No es extraño. Eres solamente una chiquilla todavía. ¿Qué sabes de los hombres? Esos Hardman son unos malvados. Tuvieron que marcharse de Texas por eso precisamente. Matthews, juez o sheriff, o como quiera que él mismo se llame, es un malvado también. Conozco a los hombres de esa clase. He encontrado a centenares, a millares de ellos. Lentamente han ido forzando a tu padre a alejarse hacia el Oeste, hasta llegar al otra lado de las Rocosas. Y aquí pueden hacer lo que se les antoje. Pero eso no puede durar mucho tiempo. En realidad, Luty, estoy asombrado de que ningún minero, vaquero o pistolero haya puesto fin a tan asqueroso proceder hace mucho tiempo.

-Debes estar equivocado, Pan - declaró ella apresuradamente-. Hardman engañó a mi papá, es cierto; pero fue por culpa de mi papá, de su ceguera para los negocios. Hardman es una fuerza aquí, y también lo es Matthews. Hablas como... como un vaquero en exceso osado.

-Así es -replicó Pan mientras reía tristemente -. Y es necesario, justamente, ser un vaquero muy osado para desembrollar este terrible enredo... Luty, no te pongas pálida, no te aflijas. Te prometo que escucharé lo que me digáis tú y papá antes de obrar. Voy a ir a ver a tu padre. Y voy a visitar a Hardman para hablarle razonada y sensatamente, lo que también pienso hacer con los demás. Sé que no voy a conseguir nada importante, pero quiero hacerlo, de todos modos, para demostrarte que puedo proceder con cordura y con razón.

-Muchas gracias. ¡Me habías asustado tanto!... - murmuró ella - Pan, se decía algo terrible acerca de ti... antes...

-Escucha, Luty -comenzó él con mayor seriedad-. Estoy en Marco desde hace muy pocas horas, pero ya he podido apreciar que este lugar no es conveniente para que nos instalemos y vivamos en él. Es principalmente una región minera. He oído hablar mucho de Arizona. Voy a llevaros a todos allá. A papá y mamá les entusiasmará esta idea. Sacaré a tu padre de la cárcel...

-¿Estás soñando, Pan? -le interrumpió ella con disgusto-. Papá es no cuatrero, y lo ha reconocido. En Texas podría ser encarcelado para varios años. Todo lo que Hardman tendría que hacer para conseguirlo sería enviar a llamar a los policías para que se llevasen a papá. Y estoy obligada a casarme con Dick Hardman para salvarle de la cárcel.

-¡Pobre chiquilla! ... Ahora, Luty, permíteme que te diga una cosa muy pintoresca que te va a desconcertar. Y porque es una verdad tan grande como las del Evangelio, aseguro... Has llamado cuatrero a tu papá. ¿Qué es eso? Significa un vaquero que se ha apropiado de ganados, caballos o vacas que no le pertenecen. Ha recogido reses sin marcar y las ha marcado. Eso no tiene importancia. Luty, mi papá se apoderaba también de ganado. Y lo hacen absolutamente todos los vaqueros para quienes he trabajado.

-¡Pan! - exclamé ella con ojos dilatados por el asombro -. ¿Qué estas diciendo?

-Estoy intentando explicarte uno de los hechos extraños que se producen en estas grandes llanuras-contestó Pan-. He conocido a vaqueros que mataban a tiros a los que les robaban el ganado, vaqueros que habían marcado ganado que no era suyo. Esto era una práctica corriente. Nadie creía que constituyera una maldad. Todos lo hacían. Pero era una maldad' si se examinaba la cuestión en su aspecto más puro. Y aun cuando no pueda ser legalmente tan delictivo como el robo de ganado marcado, para mí es exactamente lo mismo de malo. Tu padre comenzó de ese modo, Hardman le sorprendió, y acaso le forzó a dedicarse a una práctica menos honrada.

-¿Intentas darme algunas esperanzas, Pan?

-Así es. Las cosas no son tan graves como supones. ¡Dios mío, si hubiera tardado un mes más en llegar...! Luty negó con un enérgico movimiento de cabeza.

-Ahora, todo es peor para mí que si no hubieras venido jamás.

-¿Por qué? -la interrumpió Pan.

-Porque el verte..., el estar a tu lado de este modo... antes de..., si he de casarme..., es horrible... Después, cuando ya fuese demasiado tarde y yo hubiera perdido ya algo, el amor propio o quizás algo más..., entonces, es posible que no te importase.

Esto no solamente hizo que Pan perdiera la paciencia, sino que, además, se enojase. La sangre se agolpó en su rostro. Pan se mordió la lengua y luchó por dominarse.

-¡Luty! ¿No te he dicho que no te casarás con Dick Hardman? - exclamó.

- ¡Oh, pero tendré que hacerlo! -replicó ella tozudamente en tanto que negaba con un triste y lento movimiento de cabeza.

-¡No!

-Debo salvar a papá. Tú podrías, es cierto, hacer que saliera de fa cárcel, del modo que fuera. Pero eso no serviría para salvarle.

-Serviría, tenlo por cierto - replicó con sequedad Pan-. En cualquier otro estado estaría perfectamente a salvo.

-Le seguirían dondequiera que fuese. No, eso no serviría. No tenemos tiempo... Dick me está presionando para que me case con él inmediatamente, o su padre encausará al mío. He prometido... y hoy, esta mañana, va a venir a verme Dick para que fijemos la flecha de la boda.

-¿Cómo? -exclamó Pan con pasión.

La palabra de Pan, disparada con tanta rapidez como una bala, hizo que la muchacha se pusiese en pie de un salto; pero repitió lo que había dicho anteriormente, casi palabra por palabra.

-¿'Cuál será tu respuesta? -preguntó Pan con acalorado desdén.

-Cuanto más pronto... tanto mejor - replicó ella tristemente-. No puedo soportar... esto... Tú..., ¡oh, todo sería preferible, todo sería más fácil' que tus esperanzas..., que tu... que tu modo de hacerme el amor!

-Luty Blake, ¿has descendido tanto como tu padre? -preguntó roncamente Pan-. ¿Qué clase de mujer eres? Si me quieres, es un crimen que te cases con él. Las mujeres hacen cosas de esa especie, lo sé... Se venden a sí mismas; pero matan sus almas. Aun cuando con ello pudieras salvar a tu padre de ser ahorcado, todavía seguiría siendo una acción baja. Supongamos que tu padre fuese condenado a algunos años de cárcel. ¿Qué sería eso comparado con el infierno a que por salvarle te verías condenada para todos los días de tu vida? Has perdido la cabeza. Has perdido el sentido de las proporciones... Sin duda sientes algún afecto por ese maldito cerdo de Dick Hardman.

-¡Afecto por él! - exclamó Luty, avergonzada y furiosa -. ¡Le odio!

-Entonces, si te casas con él, cometerás una maldad. ¡Para contigo misma! ¡Para conmigo! Para mí serías entonces aún mucho peor que aquella mujerzuela de «La Mina de Oro».

-¡Pan! - exclamó ella -. ¿Cómo puedes...? ¿Cómo te atreves?...

Librodot

-Los hechos duros requieren nombres duros. Tú me has obligado a decir esas cosas. Serías capaz de hacerme enloquecer, si te escuchase, si te creyese. ¡No vuelvas a atreverte a decirme que te casarás con Dick!

-Lo haré..., debo....

-¡Luty! -gritó él. Era inútil razonar con aquella muchacha. Había sido atrapada como un animalito salvaje, y no encontraba el modo de librarse del cepo. Pan adelantó impetuosamente una mano, fuerte y dura, agarró a la joven de un hombro y tiró de ella con tanta fuerza, que su rostro quedó debajo del de él. Luty palideció. Sus elocuentes ojos se dilataron con súbito temor, y comenzó a golpear a Pan enérgicamente.

-Dime que me quieres.

La sacudió violentamente, y luego tiró de ella hacia sí. -No quiero apoderarme de la mujer de ningún otro hombre-continuó Pan, enojado-. Pero si me quieres..., eso es una cosa diferente. Lo dijiste hace unos momentos ¿Era cierto? ¿Eres una embustera?

No..., no..., Pan... - murmuró ella, atribulada -. Es cierto.

-¿Qué es cierto?

-Que... te quiero - aclaró Luty; y la sangre comenzó a agolparse en su pálido rostro. Luty iba inclinándose lentamente hacia él. En sus ojos había una especie de enigmático hechizo.

-¿Cómo me quieres? - preguntó él incansablemente; los latidos de su corazón eran cada vez más vigorosos,

-Siempre te he querido... Desde que era niñita. -¿Como a un hermano?

-Sí.

-¡Pero ahora somos un hombre y una mujer! Ésta es mi única posibilidad de encontrar la felicidad. No, te quiero..., no querría quererte más que en el caso de que tú me quieras tanto como yo a ti. Sé sincera conmigo. Sé justa. ¿Me quieres ahora como yo te quiero?

-¡Dios mío! Sí... -contestó ella de modo casi inaudible, mientras clavaba en él una mirada llena de remordimiento, de amor y de angustia.

Pan no pudo resistirlo. La apretó contra sí, la obligó a rodearle el cuello con los brazos, y se inclinó para besarla con fa sed y el hambre de besos que le habían producido los largos años pasados sin amor en la solitaria llanura. Ella no se resistió mucho. Este ataque obligó a la joven a salir de su abatimiento, de su debilidad' y a responder ciegamente a aquel acto que desvanecía sus temores, sus dudas, y sus preocupaciones. Por el momento, cuando menos, Pan la había conquistado.

Pan fue sacado del éxtasis de aquel instante por el golpeteo de unas herraduras y el crujido de unos matorrales que se quebraban. No había podido todavía separarse de ella cuando un jinete con su caballo apareció ante los dos. Sin embargo, Pan reconoció al intruso y saltó para alejarse del banco con la instintiva rapidez defensiva que la vida le había enseñado a adoptar en muchas circunstancias.

Dick Hardman demostró hallarse bajo el influjo de la sorpresa más inesperada. Tenía los ojos desorbitados. La boca abierta. Ninguna otra emoción, parecía haber iluminado todavía su mente. Miró de Luty a Pan y de Pan a Luty. Una lenta y oscura coloración rojiza comenzó a cubrir sus mejillas. Lanzó una exclamación incoherente y su sorpresa se convirtió con rapidez en horror. Había sorprendido a su prometida en los brazos de otro hombre. Un sombrío furor se apoderó de él.

-Eres..., eres... - gritó estridentemente en tanto que hacía un movimiento para apearse.

-¡Quédate sobre el caballo! -le ordenó Pan.

-¿Quién demonios eres? -replicó Dick inclinándose hacia atrás en la silla.

-¡Buenos días, cerdo Hardman! -replicó Pan con fríe descaro-. Deberías haberme conocido.

-¡Pan Smith! -dijo el otro roncamente al mismo tiempo que su rostro se cubría ¡de lividez -. ¡Por todos los diablos! Me pareció conocerte anoche, pero no pude recordar quién eras.

-Bien, señor Dick Hardman, yo te conocí en el mismo instante que puse sobre ti la mirada, cuando estabas sentado, jugando... con aquella linda muchacha tan ligera de ropa sentada en el brazo de tu silla - replicó Pan con acento sarcástico y lento.

-Sí; y tú te llevaste a aquella... con mucha rapidez - gritó Hardman.

-Escoge mejor tus palabras. Está presente una señora -afirmó Pan amenazadoramente

-¡Oh, qué cinismo! ¡Maldito vaquero! -voceó Hardman, furioso-. No tardaste mucho tiempo en llevártela contigo, ¿verdad? Ahora, vete inmediatamente de aquí, o te..., o te..., o será peor para ti, Pan Smith... Luty Blake es como si ya estuviera casada conmigo.

-Te engañas, Dick-replicó con insolencia Pan-. He llegado aquí en el momento preciso para salvarla de ese dudoso honor,

-¿Romperías tu compromiso conmigo? -preguntó roncamente Hardman, al' mismo tiempo que temblaba en la silla.

-Ya lo ha roto.

-¡Luty, dime que es mentira! -rogó Hardman volviéndose hacia ella con dolorida tribulación. Si en él quedaba aun algo de bueno, en aquel momento lo puso de manifiesto.

Luty salió de entre la sombra del árbol hasta situarse bajo la luz directa del sol. Estaba pálida pero tranquila.

-Dick, es cierto -dijo con calma-. He roto mi compromiso. No puedo casarme contigo... Quiero a Pan. Siempre le he querido. Cometería un pecado si me casara contigo.

-¡Fuegos del infierno! -exclamó agriamente Hardman. Su rostro, contraído por el furor, producía espanto-. Eres tan mala como aquella mujerzuela que se fue con él. ¡Yo te arreglaré, Luty Blake! Y llevaré a tu padre, el ladrón de vacas, a la cárcel, donde pasará todo el resto de su vida.

Pan saltó hacia Hardman y le dio un golpe terrible que le obligó a caer de la silla y producir un ruido sordo al golpear el suelo con el cuerpo. El asustado caballo corrió por la senda en dirección al portillo.

-¡Maldito malhablado! - dijo Pan -. Levántate, y, si tienes revólver, ¡sácalo!

Hardman se puso en pie trabajosamente. Respiraba con dificultad. Sus ojos, llenos de odio, se dirigieron hacia Pan. Sin embargo, el instintivo furor había sufrido una disminución. Hardman había sido forzado a pensar en algo más que el fracaso de su imperiosa voluntad.

-No..., no... traigo... revólver - dijo jadeando -. Tú... lo has visto..., Pan Smith.

-Bien, entonces, después de esto, debes llevarlo siempre - replicó despectivamente Pan -, porque es muy probable que dispare contra ti tan pronto como vuelva a encontrarte.

-Haré... que te expulsen... de esta región - replicó con fatiga Dick.

-¡Bah! No malgastes el aliento. ¿Expulsarme de esta región? ¿A mí? Supongo que no has debido oír hablar de Panhandle Smith. Eres tan bruto que no eres capaz de comprender lo que significa. Bien; yo te lo explicaré. Tú, y el malvado de tu padre, y vuestro compañero el sheriff de perra gorda, tendréis que abandonar esta zona. ¿Lo entiendes? Ahora, ¡vete pronto!

Hardman dirigió a Pan una mirada de odio y dio vuelta para recorrer la calzada a pie. Una vez se volvió para que Luty pudiera ver su rostro convulso y amenazador. Luego, en busca de su caballo, se perdió de vista entre los árboles.

Pan permaneció inmóvil, mirándole hasta que le vio desaparecer. Había obrado de un modo fiel a sí mismo. Habría sido imposible hacer frente a la situación por ningún otro procedimiento. Y aquello significaba derramamiento de sangre. Pan lo sabía, lo aceptaba, y no hacía ningún intento por aplazar el fiera enojo que ardía en su interior. Luty, sus padres, todos sufrirían. Pero ¿no sufrirían más si Pan no hiciera frente a aquel conflicto, del modo que le dictaba su dura práctica? Casi no se atrevía a volverse para mirar a Luty. Solamente un momento antes él le había prometido ser indulgente. Por esto, su sorpresa fue grande cuando observó que Luty se volvía para mirarle con ojos preñados de admiración y de agradecimiento, para oprimirle en un abrazo, para apretarle contra él en tanto que su temor se disipaba lentamente y cedía el puesto al asombro y al amor.

-¡Panhandle Smith! -murmuró ella mientras levantaba la cabeza para mirarle directamente a los ojos -. He oído tu historia. Me ha emocionado... Pero no la he comprendido hasta el momento en que te vi encararte con Dick Hardman... ¡Oh! ¿Qué has hecho por mí?... ¡Oh, Pan, me has salvado de la perdición!

Librodot

VIII

Pan y Luty no se dieron cuenta del paso del tiempo hasta que fueron llamados para la comida. Cuando llegaron al pórtico, Luty quiso retirar su mano de la de Pan; pero no lo consiguió.

-Oye, oye -dijo Pan con mucha seriedad cediendo al impulso de un estímulo a cuya fuerza no podía resistirse-, ¿no sería aconsejable para nosotros dos... que nos casásemos inmediatamente?

Luty enrojeció con intensidad -¡Pan Smith! ¿Estás loco?

-Creo que lo estoy-contestó él con tristeza-. Pero tengo que pensar que he de salir muy pronto para cazar caballos salvajes, y tengo miedo a que pueda suceder algo... ¿Quieres que nos casemos esta tarde?

-¡Pan! ¡Eres... eres terrible! -exclamó Luty; y soltándose de la mano de él, con el rostro enrojecido, corrió a internarse en la casa.

É1 la siguió y descubrió que Luty había desaparecido. Su padre se sonreía, y su madre le miraba con ojos cargados de esperanza. Una jovencita esbelta y pecosa, de ojos dulces y graves y cabello rizado, se hallaba junto a la ventana. La joven se volvió y devoró a Pan con tímidas miradas. Y por aquellas miradas Pan supo quién era.

-¡Atice, hermanita! -exclamó avanzando rápidamente hacia ella-. ¡Cuánta alegría siento al verte!

No tardó mucho tiempo Pan en comprender que un sutil cambio se había operado en sus padres. Aquel cambio no era debido a la excitación producida por su presencia ni al asombro que le produjo encontrar a Luty, sino que representaba un cambio de estado de ánimo, que parecía como un consuelo, como la sensación que se experimenta al cesar de hacer un esfuerzo. Pan apreció en todo ello el nacimiento de una esperanza que se ponía en él y de la que aún no tenían conciencia los que la concebían.

-Hijo, ¿qué ha sucedido con Luty? -preguntó su padre.

-Nada que valga la pena de hablar -contestó Pan fingiendo indiferencia -. Me parece que está un poco sobresaltada porque he querido que se casara conmigo esta misma tarde.

-¡Dios mío! -exclamó su madre- Eres un verdadero vaquero. ¡Querer que Luty se case contigo, cuando está prometida con otro hombre!

-Ese compromiso, querida madre, está roto. No me lo recuerdes. Quiero tener una expresión de alegría, para que todos estéis contentos de que haya vuelto a mi hogar.

-¡Contentos! -dijo su madre riendo-. Mis plegarias han sido atendidas... Vamos a comer... ¿Recuerdas, Pan, cuando acostumbrabas decir: «Venid y atracaros antes de que lo tire por la ventana »?

Bobby se apeó de la rodilla de Pan y se dirigió en línea recta a la cocina, seguido de Atice.

-Pan, he encontrado a Dick Hardman en la carretera. Tenía una expresión de verdadero demonio, e iba azotando furiosamente a su caballo. Cuando le vi, me dije: «Seguramente ha encontrado a Pan.» ¿Es cierto?

-Creo que sí - contestó riendo Pan -. Y reconozco que la prueba ha sido un poco dolorosa para él. Vino por la calzada y me sorprendió; bueno, la verdad es, papá, que estaba besando a la señorita que él suponía que le pertenece.

-¡Demonio de vaquero! -exclamó su padre con admiración y alegría evidentes-. ¿Qué resultó?

-Ya os lo diré después de la cena. ¡He notado olor a compota de manzanas! ... Papá, nunca me he olvidado de las comidas que prepara mamá.

Entraron en la pequeña y blanqueada cocina, donde Pan tuvo que inclinarse para no pegar en el techo con la cabeza, y donde todos se sentaron a la mesa. Pan vio con alegría los preparativos. Su madre no había estado ociosa durante las horas que él permaneció junto a Luty en la huerta, ni olvidado los platos que tanto le gustaron siempre. Alice actuó de camarera, y Bobby se sentó en una silla alta y miró alegremente a Pan. En aquel momento entró Luty. Había cambiado su blusa gris por otra blanca con un ancho cuello y un poco escotada que descubría el dorado contorno de su torneada garganta. Se había peinado, con el cabello alto. Par, no pudo quitarle la vista de encima. En los ojos de ella pudo ver una luz jovial y en sus mejillas un rosado y hermoso color.

-Bien, tengo que comer-dijo Pan a modo de explicación y de disculpa por verse obligado a retirar la mirada de aquel hermoso cuadro.

De este modo, su llegada al hogar resultó ser un acontecimiento aún más feliz que el que en sus momentos más optimistas se había atrevido a esperar. Luty estuvo tranquila y comió muy poco. En algunas ocasiones, Pan la sorprendió dirigiéndose algunas miradas furtivas, y en todas estas ocasiones Luty se ruborizó. No podría volver a mirarle directamente a los ojos. Alice también le dirigió unas miradas furtivas y tímidas, llenas de admiración y de amor. Bobby estaba hambriento, pero no olvidó que Pan se encontraba sentado frente a él. La señora Smith observó a Pan con una expresión que habría sido muy dolorosa para el hijo si éste hubiera permitido que el remordimiento se adueñase de él en aquel instante. Y su padre estaba regocijado e intentó mostrarse natural, tratar a Pan con aquella indiferencia que era habitual en el Occidente; pero resultó imposible. Sin duda, en aquella casa no había reinado una felicidad tan grande desde hacía muchos años.

-Papá, salgamos al exterior y hablemos un poco-propuso Pan después de la comida.

Mientras caminaban en dirección a los cercados, el padre de Pan permaneció silencioso; sin embargo, se apreciaba claramente que estaba realizando un esfuerzo por reprimir la expresión de sus sentimientos.

-Muy bien; desembucha - exclamó al fin -; pero antes de todo, ¡por amor de Dios!, dime cómo te las has arreglado para hacerlo.

-¿Hacer? ¿Qué? - preguntó Pan mirando en torno suyo.

-¡Tu madre! ¡Está muy bien! Y no estaba bien - exclamó el hombre viejo respirando trabajosamente -. ¡Y esa chiquilla! ¿Has visto alguna vez unos ojos como los suyos?

-Declaro que jamás los he visto contestó Pan con alegre torpeza.

-Esta mañana dejé a Luty muy deprimida. Tenía los ojos como muertos. ¡Y ahora... Pan, doy gracias a Dios por haberlos cambiado! Pero, dime, ¿cómo lo has hecho?

-Papá, no conozco a las mujeres muy bien, pero supongo que viven a costa de su corazón. Puedes tener la seguridad de que su felicidad tiene muchísima importancia para mí. Me siento un poco mezquino, ingrato. Pero todo eso ha pasado ya. Ahora sería capaz de gritar y cacarear como Bobby... Pero, papá, tengo una gran misión en mis manos, y creo que debo hacerme digno de su cumplimiento. ¿Vas a oponerte a que la realice?

-¡No, diablos! - exclamó su padre, perdiendo la pipa al decirlo con vehemencia-. Hija mío, perdí mi ganado, mi rancho, y luego mi animación, mi valor. No pretendo disculparme. He caído muy bajo..., pero no soy demasiado viejo para recomenzar' de nuevo, llevándote como guía.

-Bien -replicó, Pan, emocionado en tanto que ponía una mano sobre el hombro de su padre. Ambos se detuvieron ante el abierto encerradero -. En ese caso vamos a hablar con perfecta claridad.

-Di lo que tengas que decirme, Pan. Tengo mucha curiosidad.

-Siendo así, y antes que nada..., no debemos quedarnos a vivir en esta región.

-Pan, no has podido decir nada que me regocije tanto como esas palabras- declaró el padre mientras descargaba un puñetazo sobre el portillo del encerradero-. Sé que ésta no es una región propia para los Smith. Pero seguí a Jard Hardman hasta aquí. Esperaba...

-No son necesarias las explicaciones -le interrumpió Pan-. Estamos examinando nuestro porvenir. No nos quedaremos aquí, sino que nos iremos a Arizona. Tengo un compañero que proviene de allí. Durante todo el día y la mitad de la noche, ese muchacho no ha cesado de hablarme con entusiasmo de Arizona. Y me ha convencido.

-¿No es una región desierta, Pan?

-Arizona es una región de todas las clases imaginables -contestó con vehemencia Pan -. Es un estado grandísimo, papá. Muy desierto y muy bravío todavía, pero no como estas zonas de minas, con sus tabernas como «La Mina de Oro». A Arizona van muchos colonizadores que se instalan en los valles en que hay agua y hierba. Hay también muchísimos pinares de árboles hermosos que tendrán un valor inmenso dentro de no mucho tiempo. Sé exactamente dónde debemos instalarnos. Pero no es preciso que gastemos ahora el tiempo hablando de esa cuestión. Si te parece bien, queda convenido: iremos a Arizona.

-Muy bien, Pan -dijo su padre frotándose las manos. Pan le había llenado de animación-. ¿Cuándo nos iremos?

-Es una cosa que hemos de decidir entre todos-contestó Pan pensativamente-. Tengo cierta cantidad de dinero, no mucho; pero lo suficiente para que podamos trasladarnos y comenzar a trabajar. Sin embargo, creo que sería preferible que nos quedáramos aquí por lo menos durante el próximo otoño y recoger cierta cantidad de los caballos salvajes que tanto abundan. Quinientos caballos, mil caballos, a doce dólares por cabeza... Papá, ¡podremos empezar con muchísimo dinero!

-Yo diría, hijo mío, que así es-comentó Smith con fogoso entusiasmo-. Pero ¿cómo podrás hacerlo? -Papá: si esos' escobones abundan tanto como he oído decir, es seguro que podré apoderarme de muchísimos. Anoche me encontré con dos vaqueros, Blinky Moran y Gus Hans, que se dedican a cazar caballos salvajes y quieren que me una a ellos. Ahora, en tu compañía y posiblemente de otra pareja de caballistas, podremos apoderarnos de una gran cantidad de caballos. Es necesario aprender la manera de cazarlos. Yo aprendí a hacerlo por medio de las enseñanzas de un mormón que se dedicaba a atrapar animales de esa clase. Si esos escobones son tan abundantes aquí... Bien, no quiero forzarte a esperar demasiado. Pero esperemos hasta que pueda enseñarte lo que a mi vez aprendí.

-Pan, hay más de diez mil caballos salvajes en el valle que está situado detrás de aquella montaña: el valle de las Fuentes Calientes.

-Entonces, ¡por Satanás!, es preciso que nos decidamos a correr el riesgo - declaró Pan todo animado.

-¿Qué riesgo?

-El riesgo de tener complicaciones con el equipo de Hardman. No es posible evitarlo. Tendré que atemorizarlos para evitar que planteen la lucha ahora mismo. Dick es un cerdo cobarde. Jard Hardman es un hombre malo desde cualquier punto de vista que se le examine. Pero no es temible cuando se trata de luchar en condiciones de igualdad. No es eso lo que he querido decir. Ni eso es todo, porque es traidor. Y su compinche, ese sheriff de a perra gorda, no es un hombre que se atreva a enfrentarse con otro hombre cara a cara. Juraría que es posible atemorizarle fácilmente. ¿Tiene fama como luchador a revólver?

-Si la tiene, jamás he oído hablar de ella. Pero fanfarronea mucho. Ha tenido que intervenir en varias camorras suscitadas por algunos mineros y mejicanos borrachos, y ha matado a una pareja de hombres desde nuestra llegada.

-¡Ah! Eso es exactamente lo que suponía - declaró Pan despectivamente-. Apostaría todo lo que tengo a que fue él mismo quien se nombró mariscal de la ciudad, que es el modo con que suelen designarse. Apostaría a que no tiene ningún documento legal de la región ni del Gobierno... Jard Hardman será un hueso más duro de roer. Hace poco, papá, en Littleton he sabido lo que hizo contigo. Y la historia de Luty ha acabado de confirmar la impresión que de él tengo. Son cosas difíciles de olvidar. Me agradaría saber cuál es tu opinión y tu posición respecto a este asunto.

-Hijo mío, no me atrevo a manifestártelo - contestó Smith con voz ronca, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza.

-Ni es preciso que lo hagas, papá. Nos quedaremos aquí hasta que podamos cazar y vender una tropilla de caballos -dijo Pan secamente-. ¿Puedes abandonar tu empleo en el taller de carros?

-Cuando quiera... y, ¡Dios mío, cuánto me alegraría hacerlo!

-Entonces, abandónalo pronto - dijo apremiante Pan-. Queda convenido... Papá, tengo que sacar a Jim Blake de la cárcel.

-Así ha de ser. Es posible -que la cuestión presente muchas dificultades, y es posible que no las presente. Todo depende de Jim. Y, dicho sea entre nosotros, Pan, no tengo mucha confianza en él.

-Eso no importa. Tengo que sacarle de la cárcel y enviarle fuera de este territorio, a la región de Arizona a la que nosotros vamos a ir. El lugar en que está encerrado ¿es verdaderamente una cárcel?

-Está hecho de adobe, piedras y barro -replicó el padre-. Un indio o un hombre decidido podría huir de ella cualquier noche que lo desease. Hay tres guardianes que se relevan cada ocho horas. Uno de ellos es un hombre bastante rudo que se llama Hill. Antes era un proscrito; los otros dos son unos vagos de esos que tanto abundan en la ciudad.

-¿No hay en la cárcel nadie más que Jim ahora?

-No lo se. Matthews encarceló a una mujer hace poco tiempo. Todos los días suele detener a alguien.

-¿Dónde está esa prisión que pertenece al señor Matthews?

-Has pasado junto a ella al venir aquí. Está junto a la carretera. Es un edificio plano y gris. Veamos: es la tercera casa que se encuentra viniendo desde el taller de carros; en el mismo lado de la carretera.

-Muy bien, papá -dijo Pan con alegre decisión -. Volvamos a casa y hablemos de Arizona a Luty y a mamá. Luego iremos al pueblo. Mañana vendrás conmigo al campamento de mis amigos. Está situado al otro lado del pueblo, en una llanura cubierta de cedros, en lo alto de aquella pendiente. Hemos de probar unos caballos y comprar sillas de montar.

IX

Mientras Pan recorría el camino que conducía a Marco, todo el mundo parecía haber cambiado para él. Durante unos pocos instantes se entregó a la antigua alegría que le producían las llanuras y las montañas que se extendían y se elevaban a su derecha y se desvanecían en la lejanía purpúrea. Había algo que realzaba su belleza. ¡Cuán suavemente gris era la ondulante extensión, cuán negras las pendientes cubiertas de árboles! La ciudad, ante él, parecía incrustada, como una mancha horrorosa, en la hermosura del paisaje. Pan dirigió la mirada sobre y más allá del pueblo, en dirección al Oeste, donde el sol moría entre resplandores amarillos y rojos que perfilaban las nubes con -una luz deliciosa. Hacia el Sur reposaba Arizona, la tierra de las mesetas multicolores v de los desfiladeros de muros accidentados, de corrientes de agua torrentosas, y de selvas abruptas, de valles cubiertos de salvia purpúrea y de llanuras herbosas, que se destacaban como mosaicos entre las desnudas montañas desiertas.

Pero la imaginación de Pan volvió a clavarse de nuevo sobre las cuestiones que debía resolver inmediatamente. Eran cosas de su agrado. En muchas ocasiones había llegado a extremos insuperables, amante de las diversiones y de la inquietud, en defensa de los intereses de algún vaquero que se veía envuelto en alguna situación complicada. Era el modo como solían proceder los hombres de su clase. Algunos de ellos eran fuertes y muchos otros eran débiles; pero en todos residía una constancia de propósitos que parecía constituir uno de sus deberes. Del mismo modo que despreciaban las cercas de alambre espinoso, despreciaban a los sheriffs sedientos de fama y las cárceles ilegales. Sin duda, Jard Hardman, que respaldaba y apoyaba «La Mina de Oro», se hallaba detrás de aquel asunto de la cárcel. Por lo menos, Matthews se embolsaba las mal obtenidas cantidades que obligaban a pagar a los violadores de las leyes y reglas que por sí mismo había establecido.

Pan experimentaba la sensación de que, por primera vez en su vida, se hallaba bajo el incentivo poderoso de un algo tremendo y atrayente, de aquel algo que despertaba el fogoso espíritu que era común a los osados vaqueros de las llanuras. Solamente había conocido y vivido los últimos días del reinado de los vaqueros. Dodge y Abilene, el viejo camino de Chisholm, los días de disparar v de beber incesantemente en los primeros tiempos de la colonización del Cimarrón, habían desaparecido ya. La vida dependió entonces solamente de la suerte de una carta, del guiño de un ojo, del restallar de un látigo. Pero Pan había cabalgado y dormido con hombres que conocieron aquellos días; comprendió por sus relatos cuál había sido el espíritu de la época, y para él había llegado un período posterior, no comparable desde ningún punto de vista a aquél, pero también duro; libre, bravío y sangriento. Pan sabía cómo debía jugar sus cartas contra hombres como aquéllos. Cuanto más audazmente se enfrentase con ellos, cuanto más amenazadoramente les saliera al paso, tanto mayor sería su ventaja. Si Matthews fuese otro Hickok, la situación habría sido completamente diferente. Si hubiera algún hombre verdaderamente luchador en las filas de Hardman, Pan lo reconocería de una sola mirada. Pan era una incógnita para ellos, la cualidad más irritante de los recién llegados a una localidad bravía, el hombre a quien precedía una fama.

Pan llegó hasta cerca del edificio que buscaba; estaba construido parcialmente de piedra y de adobes, torpe y rudamente formado; no tenía ventanas en la fachada que le daba frente; acercándose a la casa y dando vuelta al llegar a la esquina, vio una habitación pequeña y de suelo empedrado. En tal habitación sonaban voces. Pan atravesó de dos largas zancadas el liso umbral. Dos hombres estaban jugando con una baraja mugrienta, una botella de alcohol y unos vasitos puestos sobre la mesa colocada entre ambos. El hombre que se encontraba con la espalda vuelta hacia Pan no fe vio; pero el otro hombre se puso en pie de un salto y se retiró

Librodot

hacia la pared con una expresión extrañamente alterada. Era joven, moreno, rudo, y tenía la cicatriz de un disparo en la barbilla.

Pan no tardó en reconocer al hombre más tiempo del que empleó en penetrar en la estancia. Aquel hombre era Handy Mac New, a quien conoció en Montana, un vaquero que había seguido el mal camino. Era uno de los miembros de aquel amplío conjunto que comprendía a los que Pan había ayudado de un modo o de otro. Handy se había convertido en ladrón de ganado durante el año siguiente al que Pan le conoció, y se sospechaba que había cometido uno o varios asesinatos.

-¡Buenas tardes, amigos! -dijo Pan, sin ofrecer muestras de haber identificado a Mac New-. ¿Quién de vosotros dos es el guardián?

-Yo - contestó Mac New en tono ahogado. Y se puso lentamente en pie.

-Aquí tenéis un prisionero llamado Blake - continuó Pan -. Vivió antiguamente cerca de mi casa, jugué muchas veces con él a caballo y jinetes, y me solía llevar sobre la espalda. ¿Me permitirán hablar con él?

-No hay inconveniente, forastero - replicó Mae New con nervioso apresuramiento; y sacando de un bolsillo una llave la colocó en la cerradura de una puerta fuerte y blanqueada.

Pan se encontró al cabo de un momento en el interior de una amplia habitación que tenía una pequeñas ventanas enrejadas en la pared occidental. Sus conocimientos de las cárceles de la frontera eran muy limitados, pero las que había visto eran generalmente unas celdas desnudas, vacías, pequeñas. Sin embargo, aquella en que se hallaba parecía ser una prisión lujosa. Había alfombras y esteras indias en el suelo, una mesa atestada de libros y papeles, un lavabo y un lecho cómodo sobre el cual se recostaba un hombre que estaba fumando y leyendo.

-Vienen a verle, Blake - dijo el guardia; y salió y cerró la puerta tras de sí.

Blake se sentó. Y al hacerlo, moviendo los pies sin calzar, la aguda mirada de Pan vio que había una botella en el suelo.

Pan se acercó lentamente en tanto que sus rápidos pensamientos giraban en torno a una situación que le parecía extraña. Blake recibía en aquel lugar muchas más atenciones y más cuidados que cuantos podría esperarse. ¿Por qué?

-¡Hola, Blake! ¿Me recuerda usted? - preguntó Pan, deteniéndose junto a la mesa.

Él mismo no recordaba ni siquiera remotamente al padre de Luty a través de aquel hombre pesado y rubio que tenía ante sí.

-Me parece encontrar en usted un algo que me es familiar - contestó Blake mientras examinaba con atención a Pan-. Pero declaro que no consigo recordarle.

-Soy Pan Smith-dijo Pan concisamente.

-¡Ah! -exclamó Blake; y como si este nombre hubiera despertado en él un recuerdo medio borrado, se levantó despacio y extendió ante su visitante una mano temblorosa-. El hijo de Bill..., el muchacho que atendió a mi esposa... cuando nació Luty.

-Exactamente. El mismo que viste y calza. Y lamento mucho encontrarle en esta situación - declaró Pan-. Y he venido para sacarle de ella.

Blake retrocedió y se sentó tan lentamente como se había levantado. Su rostro cambió de expresión, como el do un hombre que hubiese sido súbitamente apuñalado. E inclinó la cabeza. En aquel momento, Pan vio lo suficiente para experimentar una gran alegría. Evidentemente, la bondad' que había en aquel hombre no había sido destrozada del todo por la maldad. Jim Blake podría todavía ser libertado, o por lo menos alejado de la vida del mal.

-Señor Blake, he ido a ver a Luty-continuó Pan; habló rápidamente ole la muchacha, de su desgracia, de la fe que todavía tenía en su padre-. He venido a sacarle a usted de aquí en beneficio de Luty. Vamos a ir todos a Arizona. Usted y papá podrán recomenzar su vida.

- ¡Dios mío! ¡Si pudiera hacerlo...! -gimió el hombre. Pan extendió rápidamente una mano y le zarandeó. -Escuche - le dijo con voz baja y vehemente-. ¿Cuánto tiempo se halla de guardia ese hombre, Mac New?

-¿Mac New? Ese hombre se llama Hurd. Está de guardia hasta medianoche.

-Sin duda me he equivocado - añadió Pan -. Vendré esta noche alrededor de las once. Tendré preparado para usted un caballo, una manta, comida, revólver y dinero. Inmovilizare a ese guardián, a Hurd... y, de un modo o de otro, le sacaré a usted de la cárcel. Tendrá que marcharse de estos alrededores. Tome la carretera del Sur. Allí hay otros campos mineros. Nadie le seguirá. Diríjase a Siccane, Arizona.

-Siccane, Arizona-repitió Blake como un hombre que estuviera entregado a un sueño de libertad.

-Sí, Siccane. No lo olvide. Quédese allí hasta que lleguemos nosotros.

Pan se irguió, hizo una profunda expulsión de aliento v se estremeció nerviosamente. Había llegado junto a Blake. Cualesquiera que fueran sus dudas respecto a aquel hombre, y habían sido muchísimas, Pan comprendió que aún podía animarle, despertarle del letargo de la sórdida indiferencia y del olvido. Le libertaría. Le habría libertado de su cárcel y de loas esbirros de Hardman de todos modos; pero el descubrimiento de que podía influir sobre él para mejorarle, llenó de alegría el corazón de Pan. ¡Cuánto significaría todo ello para Luty!

La puerta se abrió a espaldas de Pan.

-Forastero, tu tiempo ha terminado - dijo el carcelero.

Pan dirigió al sorprendido Blake una significativa mirada, y luego, sin decir una palabra más, salió de la estancia. El guardián cerró la puerta. Después, levantó la mirada hacia Pan con malicia y, sin embargo, no sin placer. Su compañero de juego había desaparecido.

-¡Panhandle Smith! - susurró el guardián medio extendiendo la mano y retirándola inmediatamente.

-¡Choca esa mano, Mac! -dijo Pan en voz baja -. El inundo es muy pequeño.

-¡Vaya si lo es! -replicó Mac New, apretando fuertemente la mano de Pan-. Aquí soy conocido por el nombre de Hurd.

-¡Ah!... Bien, Hurd; ya sabes que no soy hombre amigo de hablar. Pero, de todos modos, quiero recordarte que me debes un favor muy grande.

-No es preciso que me lo recuerdes -replicó el otro. -Siempre se encuentra recompensa a los favores que se hacen... Soy afortunado, viejo amigo.

-Lo sé, Panhandle Smith -dijo Hurd con ojos resplandecientes; y señaló con el pulgar la puerta de la celda de Blake.

-Perfectamente, vaquero - replicó Pan con una risa significativa-. Vendré por aquí esta noche alrededor de las once.

Pan redujo la rapidez de su paso al llegar a la zona industrial del pueblo, continuó caminando lentamente en la misma actitud que si estuviera buscando a alguien. Lo estaba. Se proponía tener ojos en el cogote desde aquel momento en adelante. Pero no encontró a nadie que le conociera ni vio a nadie que le mirase dos veces.

Entró en los almacenes de Blac para examinar la silla que Moran le había recomendado. Era una verdadera ganga, y Pan la adquirió tan pronto corno la vio. Aquella silla constituía una prueba de que ni en Marco ni en sus alrededores había muchos vaqueros. Puesto que se encontraba allí, Pan compró también una carabina Winchester y una funda para ella. Y de este modo cargado, se encaminó hacia el campamento.

Lying Juan tenía dispuesta la cena, v los muchachos conversaban ruidosamente en- el encerradero. Algunas de las palabras de su conversación ofrecían pruebas de que había surgido algún contratiempo relacionado con los caballos. Pan encontró un asiento cerca del fuego. La emoción le fatigaba y abrumaba mucho más que el esfuerzo físico. La oscuridad había nacido del crepúsculo cuando los muchachos llegaron oliendo a polvo y caballos y se aproximaron a las vasijas del agua con presteza y ansiedad de patos. Pan encendió la linterna y la puso sobre la mesa. Después, los muchachos se sentaron a horcajadas en el banco, como vaqueros sobre caballos. Tenían los rostros rojos y brillantes y el húmedo cabello aplastado contra la cabeza.

Librodot

-¡Oh, ahí está Pan Smith! -anunció Blinky, vociferando-. Gris, mírale detenidamente. Apostaría a que ha encontrado un caballa magnífico. Nada de este mundo podría hacer que tuviera esa expresión de felicidad.

-No. Lo que sucede es que he recobrado a mi novia -replicó Pan alegremente.

-¡Novia! ¡Dios mío, vaquero! -exclamó Blinky con consternación-. ¿No te habrás vuelto loco por aquella criatura de, «La Mina de Oro»?

-Toma tu cena, vaquero hambriento-replicó Pan-. Y tú también, Gus... Porque si comenzara a deciros ahora lo que tengo que manifestaros, os olvidaríais de comer.

De este modo advertidos, y sin dejar de dirigir miradas de curiosidad a Pan, los vaqueros siguieron su consejo y atacaron cordialmente la abundante comida que Juan puso ante ellos. El apetito que ambos mostraron daba fe de los trabajos que durante el día habían realizado. Pan no parecía hallarse hambriento, hecho que interesó profundamente a Juan.

-¡Ah, eso es, lo que les pasa a los hombres cuando están enamorados de una mujer! -observó el agudo Blinky-. Yo también lo he estado.

Después de la cena todos se sentaron ante la estufa y liaron unos cigarrillos. El frío viento de la noche, perfumado de alturas montañesas, hacía que el fuego fuese más agradable. Pan extendió las palmas de las manos ante el calor.

-Bueno, compañero, desembucha para no reventarle recomendó Blinky astutamente.

-¿,Qué olía habéis tenido hoy, muchachos? - replicó Pan, al mismo tiempo que reía.

-Un día bueno y malo -contestó Gus, en tanto que Blinky movía negativamente la cabeza-. Algunos ladrones de caballos se han llevado varios de los nuestros. Teníamos algunos muy hermosos que queríamos conservar.

-¿Cuáles son las noticias buenas?-preguntó Pan viendo que Hans dudaba.

-Pan, que el diablo se me lleve si no hemos visto un millón de escobones hoy-exclamó Blinky.

-No. No exageres, Blinky -dijo reprendiéndole Pan-. ¿Quieres decir que visteis un millar?

-Bien..., un millón... acaso sea exagerar un poco reconoció el vaquero-. Pero diciendo diez mil, no había exageración de ninguna clase. Hemos seguido a algunos de nuestros caballos hasta veinte millas, o acaso algo mis, de aquí, más lejos de donde hasta ahora habíamos llegado. Y hemos subido a un alto pico desde el que pudimos ver el valle más hermoso que jamás he contemplado. Es dos veces tan grande como el valle de Fuentes Calientes. Es completamente gris y verde y está tan lleno de caballos como están llenos de hojas los arbustos del desierto. A ese valle no ha ido nadie a cazar todavía. Es bastante difícil llegar hasta un punto desde el que pueda vérsele. Y hay muchísimos caballos muy cerca del pueblo. Eso tiene importancia.

-Blinky, ese cuento que me has referido, ¿está arrancado del libro de Juan «el Embustero»? - preguntó Pan incrédulamente-. Me parece demasiado bueno para que pueda ser cierto.

-Lo juraría sobre un montón de biblias, Pan -protestó Blinky-. Pregunta a Gus. Él también lo ha visto.

-Por una sola vez, Blinky no ha perdido la cabeza -confirmó Hans-. Jamás he visto tantos caballos salvajes. Y si pudiéramos encontrar el medio de apoderarnos de algunos, seríamos ricos.

-Muchachos, me habíais dicho que cazabais los caballos en los 'lugares donde iban en busca de agua - dijo Pan.

-Sí, les habíamos tendido una trampa-contestó Blinky -. Construimos un cercado en torno a una poza, con una puerta muy ancha que podía cerrarse fácilmente. Después, los acechamos en las noches de luna, en espera de que bajasen a beber. Y nuestro esfuerzo nos produjo un buen resultado.

-Es ingenioso; pero es' un procedimiento que solamente permite cazar pocos caballos salvajes.

-Es el procedimiento que todos utilizan. Lo emplea también el equipo de Hardman y otra pareja de equipos, además de nosotros. Yo pensé que era un procedimiento lento, pero no se me ocurrió otro medio más eficaz. ¿Conoces tú alguno?

-¿Yo? Yo diría que sí. Conozco más de, uno que podría sobrepujar al que vosotros habéis empleado. Allá abajo, en la pradera ancha y desnuda, no hay posibilidades de operar para un equipo reducido. Pero ésta es una región alta, llena de valles, desfiladeros y cedros. Compañeros, podremos realizar una caza muy importante antes de que los demás equipos pongan obstáculos a nuestro trabajo.

-¡Por Satanás! Con una sola caza buena tenemos bastante -declaró Blinky-. Luego, podremos abandonar esta región de minas y de oro en que te roban las latas vacías y las palas rotas.

-Con una sola operación que tenga éxito, me doy por satisfecho -afirmó Pan- Y luego me iré a Arizona. -¡Ah! ... Pan, ¿qué me dices de esa novia?

Pan refirió brevemente su historia y el modo como le parecía que se encontraba la situación en aquel momento. La respuesta de los vaqueros fue la que él esperaba; ja esperaba porque los conocía. Eran de corazón bondadoso, sencillo y cada uno de ellos reaccionaba de un modo diferente, pero con idéntico ardor. Gus Hans ofreció inmediatamente su ayuda a Pan, en tanto que Blinky se indignaba y lanzaba maldiciones.

-En ese caso, ¿estáis los dos a mi lado? -preguntó Pan sencillamente-. Pensadlo bien; no es justo que yo os pida vuestra ayuda a cambio de 'la mía para ayudaros a cazar caballos.

-¡Es justo, diablos! -replicó Blinky enérgicamente-.

No tienes derecho a ofender a unos vaqueros como nosotros.

-Os pido perdón-añadió Pan- Pero nunca hemos sido compañeros de fatigas hasta ahora y dudaba al arrastraros hacia una cuestión que es casi seguro que terminará en medio de una lluvia de disparos.

-Bien, ahora somos compañeros tuyos y estamos muy orgullosos de serlo, Panhandle Smith.

Silenciosamente y con seriedad, los tres hombres se estrecharon las manos para sellar el pacto. Durante toda su vida, Pan no- había encontrado unos compañeros tan adictos como aquéllos.

Ahora, hablemos de ese hombre, de Blake-dijo Blinky en tanto que encendía otro cigarrillo-. ¿Cómo te propones sacarlo de? la cárcel?

-Necesito un caballo, una manta, comida y un revólver. He de llevar todo eso a la puerta de la cárcel' a las once de la noche.

-¡Hum! ¿Te propones sorprender al guardián? - preguntó Blinky.

-Ésa era mi intención - contestó Pan -. Pero conozco a ese hombre, Hurd, que estará de guardia a tal hora. No me veré precisado a hacerle objeto de un asalto.

-¿Hurd'? Lo conozco. Es un hueso duro de roer; pero no creo que sea malla persona.

-Supongo que Hurd perderá su empleo - dijo Pan pensativamente-. Si así sucediera, deberíamos permitirle que se uniera a nosotros para ayudarnos en ese negocio de los caballos

-Me parece muy bien. Y estoy seguro de que le agradará trabajar con nosotros. Hurd no es un hombre apropiado para trabajar con Matthews.

-Blinky, ¿conoces a algún otro hombre a quien podamos contratar o a quien podamos unir a nuestro grupo? Hasta ahora somos cinco, contando a mi padre; pero es preciso que seamos seis por lo menos.

-¿Por qué tantos? Eso reducirá nuestras ganancias.

-No. Al contrario, las incrementará.

-Entonces, vamos en busca de nuestro amigo, el minero Charley Brown.

-Pero está trabajando en una mina de oro que ha denunciado.

-Por lo que sé, supongo que hasta este momento no ha conseguido otro producto de su trabajo que unos puñados de barro azul. Gus y yo hemos visto a Hardman, que pasó por aquí esta mañana en compañía de otros dos hombres.

Librodot

-¡Ah! ... ¿De modo que Hardman está aquí ahora?... Iremos en busca de Brown y veremos lo que dice. ¿Os parece bien que vayamos ahora al pueblo?

-Muy bien, pero permíteme que vaya antes en busca de un caballos para Blake - contestó Blinky -. Gus, busca mi silla vieja y una manta. Por ahí hay un saco de lona y- una botella para agua. Pregunta a Juan dónde está. Y encárgale que traiga la comida.

La noche del sábado era dedicada, lo mismo que las demás, a la diversión por parte de los habituales concurrentes a «La Mina de Oro». Pero en las primeras horas de la noche la fiesta no se hallaba todavía en la plenitud ele su apogeo. El baile había comenzado con la asistencia de muy pocos mineros, calzados de pesadas botas, y sus pintarrajeadas compañeras, y algunas de las mesas se hallaban rodeadas de jugadores.

Pan vagabundeó solo de un lado para otro. Había indicado a sus nuevos amigos que le siguieran disimuladamente, porque no quería dar a entender que tenía aliados. Estaba buscando a Charley Brown, pero no dejó de inspeccionar a todos los hombres que encontró ante sí. Habría sido difícil que' Hardman o Matthews pudieran ver a Pan antes que éste a ellos salvo en el caso de que estuvieran escondidos en algún sitio. Pan se detuvo en «La Mina de Oro», tras una de las mesas de juego, con la espalda vuelta hacia fa pared, de modo que tenía ante la vista todo el salón. Una partida importante se estaba desarrollando, partida que Pan observó con indiferencia. Blinky y Gus haraganeaban en las cercanías, aparentemente sin otro propósito que el que allí conducía a los habituales bebedores de la casa.

Gradualmente fueron llegando nuevos hombres, las mesas de juego se llenaron, y 'las muchachas de brazos desnudos se mezclaron con los concurrentes.

Pan descubrió a su amiga Louise antes de que ella pudiera darse cuenta de su presencia. La muchacha estaba más decentemente vestida que la vez anterior, circunstancia que, en opinión de Pan, acrecentaba sus atractivos. El joven la miró estudiadamente. Las mujeres representaban para Pan más que la mayoría de los hombres a quienes Había tenido ocasión de conocer o de observar; no olvidaba que pertenecían al mismo sexo que su madre. Por esta causa, era natural que compadeciese a aquella muchacha a quien se utilizaba como señuelo en un salón de baile y casa de juego. Era una mujercita linda, con un aspecto un poco bravío, disoluta, abandonada, y, sin embargo, no era débil. Unos terribles estragos se mostraban en su rostro y podían ser vistos por cualquiera cuyos ojos fueran capaces de descubrir lo que había debajo de la superficie. Pan advirtió en ella una inquietud extraña, que al principio supuso que sería el instinto de búsqueda que poseen las mujeres de su clase. Pero lo que sucedía era sencillamente que no podía permanecer sentada ni quieta. Sus ojos de halcón percibieron la presencia de todas las personas que allí se hallaban y, finalmente, descubrieron a Pan. Dio vuelta en torno a las mesas para acercarse a él, y, finalmente, le cogió de un brazo.

-¡Hola, guapo! -dijo al mismo tiempo que le dirigía una sonrisa.

Pan se quitó el sombrero y le dio las buenas noches.

-No hagas eso -dijo ella-. Es una cosa que me irrita.

-Pero, Louise, no puedo romper con una costumbre mía solamente por el gusto de satisfacerte - replicó sonriendo Pan.

-Lo que deberías hacer es salir de aquí. ¿No te advertí que no volvieras?

-Sí; pero creí que lo decías en broma. Además, tenía que venir.

-¿Por qué? No encajas en este' lugar. Tienes un aspecto demasiado honrado.

Pan bajó la mirada en dirección a ella al percibir en sus palabras y en su presencia algo que le inclinaba a apreciar algo más que amabilidad y simpatía.

-Louise, puedo devolverte el cumplido. No encajas aquí.

-¡Maldito! Terminaré por enamorarme de ti.

-Si lo hicieras, seguramente te arrastraría fuera de este infierno - replicó Pan secamente.

-Aléjate de estos jugadores - le pidió ella; y le condujo detrás del círculo de asientos, basta una mesa vacía-. No te voy a pedir que bebas ni que bailes; pero tengo curiosidad. He oído hablar de ti.

-¿Sí? ¿Quién te ha hablado de mí?

Librodot

-Oí lo que esta noche decía Dick Hardman, poco antes de la cena. Tiene una habitación inmediata a la mía en el hotel, cuando se encuentra en el puebla Estaba hablando a su padre de ti. Jamás he oído tantas maldiciones y tantos juramentos. Tengo el presentimiento de que intentarán acabar contigo.

-Gracias. Reconozco que es una gran amabilidad por tu parte el ponerme en guardia.

-He querido decir que intentarían hacerlo por la espalda... ¿Cuál es la causa de esa actitud de Dick?

-En nuestra época de chiquillos, en Texas, éramos rivales y enemigos naturales. Pero no había vuelto a verle por espacio de varios años, hasta que lo encontré anoche. Y él no me conoció.

-Ahora te conoce perfectamente bien. ¿Se ha encontrado contigo hoy?

-Me parece que sí - contestó Pan con una triste carcajada.

-Panhandle, esto se está poniendo al rojo blanca - dijo ella inclinándose sobre la mesa hacia él-. No quiero meterme en tus asuntos privados. Pero podría ser amiga tuya. ¡Dios sabe de lo que soy capaz cuando un hombre me agrada!

-Éste es el segundo cumplido que me diriges esta noche. ¿Qué te propones, Louise?

-Oye, vaquero, cuando dirijo un cumplido a algún ser de dos patas, puedes tener la seguridad de que es sincero.

-Perfectamente, no he querido ofenderte.

-¿Te molesta mi curiosidad?

-No.

-Estoy segura ele haber acertado al pensar que te hallabas en una situación complicada. ¿Estás buscando a alguien?

-Sí.

-Lo sabía -replicó ella castañeteando los dedos-. Buscas a Hardman y a su equipo... No oí todo lo que dijo Dick. Cuando hablaba en voz alta, se limitaba a maldecir continuamente; pero oí lo suficiente para relacionar a Panhandle Smith con una muchacha llamada Luty y con el equipo de Hardman.

Pan la miró fijamente. Louise estaba violando un terreno sagrado. Pero su expresión era sincera, e indudablemente la joven había tenido alguna relación con una situación que comenzaba a tomar un aspecto complicado. El mismo instinto que actuaba tan frecuentemente sobre Pan en sus tratos con los hombres al aire libre, comenzó a influir sutilmente sobre él. Sin tener en cuenta las circunstancias, sabía perfectamente cuándo debía aprovechar una ocasión.

-Louise, con esas palabras ¿has querido decirme que estás dispuesta a correr un riesgo en favor mío en favor de un desconocido? - preguntó Pan con rápida decisión -. Te devuelvo el cumplido.

La sonrisa que ella le dedicó fue en realidad una recompensa que dio a Pan una impresión del fondo de aquella mujer.

-¿Quién es esa joven, Luty? - preguntó ella.

-Es mi novia, casi desde que éramos niños - contestó emocionado Pan -. Me marchó de casa para correr por las llanuras y, como tantos y tantos vaqueros, no regresó. Cuando lo hice, Luty había desaparecido, mi familia había desaparecido. Descubrí que estaban aquí, v aquí vine. Y descubrí que Dick Hardman estaba tendiendo una celada para obligar a Luty a casarse con él.

-¡Maldito puerco! -exclamó ella. Luego, cuando su apasionamiento comenzó a calmarse un poco, preguntó-: ¿De qué modo se propone obligarla?

Pan explicó rápidamente la situación en lo que se refería a Jim Blake.

-¡Ah! No es difícil comprenderlo. Ésa es la razón de la intervención de Jard Hardman y Mattews... Panhandle, son una cuadrilla repugnante. Y el más repugnante de todos esos hombres es Dick Hardman.

Librodot

-¿Qué relaciones tienes tú con él, Louise? - preguntó gravemente Pan-. Perdóname si te digo que no puedo sospechar que estés enamorada de él.

-¿Enamorada de Dick Hardman? -murmuró ella acaloradamente-. ¡Dios mío! Ni siquiera querría mancharme las manos al ponerlas sobre él... más que si fuera absolutamente preciso... Me conoció en Frisco. Me trajo a este apestoso y condenado agujero. Me hizo promesas que jamás ha cumplido. No, no me prometió casarse conmigo; no hagas suposiciones equivocadas. Me ha engañado. ¡Y he tenido que hundirme para esto! ... ¿Borracha? Sí, seguramente estaba borracha... ¿No comprendes que necesito estar borracha para soportar esta vida? No estoy borracha ahora, porque tú has venido muy pronto... Sin duda, hay algo muy profundo detrás de este encuentro y de esta amistad que nos une, Panhandle Smith.

-Pido al cielo que sea en beneficio suyo... del mismo modo que sé que el haberte conocido redundará en el mío- contestó Pan fervientemente.

-Nos estamos alejando de nuestro tema - exclamó ella; y Pan creyó apreciar un rojo más intenso que el normal bajo el color artificial del rostro de la muchacha-. Desprecio a Dick Hardman. Es egoísta, presumido y miserable. Es un malvado.

-Su padre arruinó al mío - dijo Pan- Eso es lo que hizo que mi padre viniera aquí... para intentar recuperar algo de lo que Jard Hardman le había robado. Todo fue inútil. Lo único que consiguió fue recibir una vez más el mismo trato.

-Ese vaquero que estuvo anoche aquí contigo, Blinky Moran... Hardman se apoderó de su mina.

-Louise, ¿cómo lo sabes? - preguntó sorprendido Pan.

-No me descubras. Blinky me lo dijo. Es uno de mis amigos... Ha estado enamorado de mí, y ¡quiso casarse conmigo! ¡Pobre tonto! Tuve que negarme, que emborracharme un poco, para conseguir no enamorarme sinceramente de é1. Gastó en mí todo su dinero, y me vi obligada a hacer que me abandonase.

-¡Ese vaquero embustero y de patas torcidas...! Tiene más secretos qua el mar.

-No lo digas a nadie, Panhandle -rogó ella con seriedad'-. No querría herir sus sentimientos... Volvamos a los Hardman se han afirmado muy bien aquí. El padre posee la mitad de Marco. Está metido en todas partes. Pero yo tengo la impresión... de que realiza algunos tratos honrados solamente con el fin de cubrir los tratos deshonestos que hace. Con éstos es con los que gana mayores cantidades de dinero.

-¡Y, sin embargo, Jard Hardman no quiere devolver a mi padre lo que le arrebató! - exclamó Pan.

-Ahora, dime por qué has entrado en «La Mina de Oro». ¿Ha sido con el fin de buscar disgustos? Estás corriendo un peligro horroroso. No hay ninguna noche en que algún minero medio borracho no sea robado o acuchillado, o muerto a tiros.

-Louise, al tratar con los hombres de veras malos, la única defensa a que se puede recurrir es precisamente a la utilización de' los mismos procedimientos que ellos siguen. En cuanto a los fanfarrones como Matthews y los hombres del tino de Hardman, lo único que los acoquina es el valor, justamente horque ellos no lo tienen, no lo comprenden, v lo temen; el valor se impone a sus conciencias. Lo primero que hacen es comenzar a suponer lo que el hombre valiente se propone hacer, antes de tomar una resolución... Si yo me exhibiera en las calles y aquí, el equipo de los Hardman pondría muy pronto en práctica sus ruines procedimientos. Por esto, cuando parece que estoy buscando una lucha, lo que hago en realidad es rehuirla.

-Entonces, ¿es por eso por lo que te llaman Panhandle Smith? - preguntó la muchacha meditativamente-. Quiero decir, en el tono en que el viejo Hardman lo decía. A mí me llaman Ángel; pero eso no significa lo que su sonido parece dar a entender, ¿verdad?

-No puedo comprenderte, Louise -replicó Pan.

-Me alegro de que no puedas hacerlo... Mira, ahí están Blinky y su compañero Gus. ¿Qué buscarán aquí?

Librodot

-Están buscando a alguien con afán; pero no es a ti ni a mí a quien buscan, porque nos han visto hace bastante tiempo.

-Mira, Hardman Y Matthews salen de detrás del mostrador, donde tienen un despacho particular. ¿Ves la puerta?... Panhandle, permíteme que te diga que Hardman viene muy pocas veces por aquí.

Pan se puso lentamente en pie. Su perspicaz mirada sorprendió en seguida el negro sombrero de Matthews, luego el ancho tocino de su rostro, en el que se destacaba el colgante bigote. Pan no pudo ver que le acompañase nadie hasta el momento en que los dos hombres salieron de detrás del mostrador, ante el cual había una gran cantidad de bebedores. Entonces vio que el compañero de Matthews era un hombre robusto, barbudo y vestido como un ranchero próspero.

-Louise, ¿es ese hombre que va con Matthews el caballero de quien hemos hablado? - preguntó Pan.

-Ése es el rico sinvergüenza, canalla y bandido... -contestó la muchacha con ojos llenos de indignación -. No sabes hablar con propiedad, Panhandle.

-No estoy- tan familiarizado como tú con las palabrotas, Louise - replicó Pan mientras bajaba el rostro hacia ella para dirigirle una sonrisa. Luego, con un ágil movimiento se bajó el' cinturón que llevaba puesto un poco más cerca de las caderas. Esto podría haber constituido un movimiento accidental, o podría haber sido un acto instintivo; pero no era ninguna de estas cosas. Y la muchacha comprendió su significado, palideció bajo la espesa capa de pintura, y los ojos con que inspeccionó a Pan fueron exactamente iguales en expresión a los que los de cualquier otra mujer podrían haber tenido en aquel momento.

-Vaquero, ¿qué vas a hacer? - murmuró inclinándose, hacia él y agarrándole de un brazo.

-No 1o sé con exactitud. Nunca puede decirse lo que se va a hacer al cabo de' unos momentos. Pero tengo buenas intenciones.

-¡Alto! -dijo ella en voz baja detrás de él- ¡Demonio sonriente!

Pan se acercó al mostrador y a los dos hombres, que permanecían un poco apartados de los grupos de bebedores, y lo hizo de modo que la mirada de Matthews cayó sobre él. Entonces, Pan avanzó en línea recta, y vio que el sheriff se estremecía y hablaba atropelladamente a Hardman.

Pan se detuvo a seis pies de ambos hombres. No parecía sino que no hubiera reconocido a Jard Hardman, puesto que no hizo ningún ademán que lo indicase. Tenía ante sí a un hombre de alrededor de cincuenta años, de piel sonrosada, bien alimentado y habituado a las bebidas fuertes.

-Perdóneme -dijo Pan con la más grande serenidad y dirigiéndose al más bajo de los dos hombres. Aparentemente no había visto a Matthews -. ¿Es usted Jard Hardman?

-En el caso de que le importe algo, le diré que lo soy.

-Ésta fue la áspera respuesta. Una mirada dura y especulativa recorrió a Pan de pies a cabeza.

-¿Me reconoce usted? - preguntó Pan el mismo tono.

-No, señor, no le he visto en toda mi vida - replicó Hardman; su barbada mandíbula se movió de arriba abajo con la vehemencia de sus palabras. Y Jard Hardman se volvió.

Pan dio un paso hacia delante. Su largo brazo pareció dispararse, y su mano, cayendo con firmeza sobre el hombro de Hardman, obligó al hombre a volverse.

-Me llamo Smith - dijo Pan con voz fuerte v vibrante, que resonó en toda la habitación - : Panhandle Smith.

-No le conozco, señor -replicó Hardman, espantado y sorprendido. Comenzó a enrojecer y se volvió hacia Matthews como si se sorprendiese al ver que este individuo permitía que se le afrentase.

-Bien, pero conoce usted a mi padre..., por su mal -declaró Pan-. Y es de esto de 1o que tengo que hablar con usted.

Librodot

-Conmigo no tiene usted que hablar de nada -dijo coléricamente Hardman.

-Se engaña usted-continuó Pan lenta y serenamente- Soy el hijo de Bill Smith y me propongo ajustar con usted las cuentas de aquel negocio de ganado de Texas.

Estas intencionadas palabras, que fueron oídas por todas las personas que se hallaban próximas a ellos, ocasionaron poco menos que una cesación de todas las actividades que se desarrollaban en el local. Los camareros se inmovilizaron, los bebedores detuvieron los vasos en el aire, las voces se amortiguaron de repente. Pan tenía a sus espaldas un espacio abierto, circunstancia que él mismo había creado. Se encaré) con Matthews, luego con Hardman, y después recorrió con la mirada todo el establecimiento. Dejó los jugadores a cargo de Gus y Blinky, que estaban un poco apartados. Pan había provocado una discusión con el propietario de «La Mina de Oro» y con su aliado, el sheriff; todos los hombres del Oeste que había en el local comprendieron lo que esto significaba.

-¡Vaquero del demonio!-gritó inmediatamente Hardman-. ¡Sal, sal ele aquí, o haré que te encarcelen!

-¿Encarcelarme, a mí? ¿Por qué? Lo único que estoy haciendo es pidiéndole que se comporte con honradez.

Puedo demostrar que usted robó a mi padre su ganado. Y por esa causa no puede usted encarcelarme.

Hardman gritó fanfarronamente:

-¡Vete de aquí con tu insolente charla acerca de robos de ganado

-No quiero salir. No puede; expulsarme de aquí, ni aun cuando sea propietario del local.

-¡Te voy... te...! - dijo ahogadamente Hardman, y su cuerpo se estremeció de rabia y su rostro palideció bajo la poblada barba. Luego se volvió hacia Matthews-: ¡Expulsa a ese vaquero borracho de aquí

Estas palabras hicieron que la atención se concentrase en el sheriff. Pan leyó en los ojos de Matthews lo que ya había sospechado. Y al mismo tiempo, aflojada la violenta tensión-del esfuerzo físico v mental con que había esperado, se rió de Matthews en su propia cara.

-¡Bah!, Hardman, hace usted que le ayude un hombre inútil. Finalmente, ha conseguido encontrar a un hombre que no le sirve para nada. ¿No tiene usted la suficiente inteligencia para comprenderlo...? Usted engañó a mi padre y lo que quiero ahora es que ajustemos las cuentas.

Furiosa e imperioso, Hardman no comprendió el significado de la actitud de Pan, que era lo que había intimidado a Matthews, y se mostró arrogante, altivo. Estaba acostumbrado a ser una fuerza dondequiera que fuese. Entregándose a su furor y dejándose dominar por él, gritó a Pan

-De ¡nodo que Bill Smith me ha enviado este vaquero para insultarme, ¿eh? ¡Tal el padre, tal el hijo! Tienes sangre de ladrón. Te voy a...

Pan saltó como un tigre y descargó un golpe terrible en el rostro ele Hardman. Hardman, como algo lanzado por una catapulta, cavó entre la multitud que rodeaba el mostrador, y a pesar de la barrera que constituía y de las manos que le intentaron sujetar, golpeó el suelo con un estrépito terrible. Pero antes de que hubiera caído, Pan saltó hacia atrás y se colocó en la misma posición que anteriormente había tenido delante de Matthews.

-Ha mentido - gritó Pan -. Mi padre, Bill Smith, es un ganadero tan honrado como el más honrado que haya habido en este mundo... Señor sheriff, ¿comparte la calumniosa opinión que ese miserable ha arrojado sobre él?

-No lo sé, Smith - replicó Matthews, enojado -. No me gusta hablar de los hombres a quienes ¡¡o conozco..., y, como no estoy armado, no puedo discutir con un vaquero que lleva un revólver.

De este modo quedó en buena situación ante la mayoría de las personas presentes. Pero tenía revólver. Pan lo sabía con tanta certeza como si lo hubiera visto. Matthews no era un sheriff de los que presentan lucha en condiciones de justicia y de igualdad.

Librodot

-¡Ah, ah! -exclamó Pan burlonamente-. Muy bien; en ese caso, buscaré el modo de que me arreste usted la primera vez en que nos encontremos.

-Le arrestaré, Panhandle Smith; puede estar seguro de ello -declaró Matthews roncamente.

-¡Nada de arrestar ni de detener! -replicó Pan con sonoro desprecio-. Usted es un sheriff fanfarrón. Apostaría cualquier cosa a que usted mismo se eligió sheriff. Conozco bien a los hombres de su clase, Matthews. Y apostaría también algo más a que no durará usted mucho tiempo en Marco.

Estas palabras, como Pan se había propuesto anticipadamente, eran demasiado duras para que ¡n¡ hombre que no fuera un cobarde pudiera tragárselas. Pero Matthews era un cobarde. Y esto se hizo evidente a todos los espectadores, que murmuraron en voz baja e inclinaron las cabezas. De cualquier importancia que fuera el prestigio de que Matthews disfrutaba en aquella ruda comunidad minera, este prestigio había desaparecido en el mismo momento que el sheriff se encontró ante un vaquero enojado y provisto de un arma de fuego. Matthews, pálido y tembloroso, se volvió hacia el grupo de hombres que habían ayudada a Hardman a ponerse en pie. Entre todos ellos condujeron a Hardman hasta la huerta, y Matthews los siguió.

Pan retrocedió hacia la mesa junto a la erial se hallaba Louise con los ojos desorbitados y en u¡¡ estado de angustiosa tensión. Nuevamente se reanudó el zumbido de las voces, el chocar de los vasos, el tintineo ele las monedas. El incidente había concluido.

-Bueno, amiguita, había calculado bien cómo son esos hombres, ¿no es cierto? -preguntó Pan, al mismo tiempo que hacía un esfuerzo para que una sonrisa se dibujase en la severa frialdad ele su rostro.

-No sé... que... me sucede - dijo ella ahogadamente -. Veo peleas todas las noches. Y he visto sacar a da calle a... hombres muertos. Pero este incidente me ha acobardado.

-No había muchos motivos para excitarse. Yo no esperaba que se produjese una lucha.

-Lo que te propusiste fue demostrar ante la multitud cómo y quiénes son Matthews y Hardman. Y lo has conseguido. La multitud estaba de tu parte. También yo lo estoy, Panhandle Smith. - Y le presentó su diminuta mano-. Tengo que ir a bailar. ¡Buenas noches!

X

La salida de Pan de «La Mina de Oro» fue notable por la amplitud del espacio que sus ocupantes le concedieron.

Cuando se halló en el exterior, Pan rió un poco y se detuvo entre el resplandor amarillento de un farol para encender un cigarrillo. En las esquinas de la calle había diversos grupos de hombres. Pero el terreno situado ante la taberna estaba significativamente vacío.

-¡Si mi padre hubiera estado ahí dentro hace unos minutos...! -monologó Pan-. Lo que ha sucedido podría haberle animado un poco.

Comenzó a caminar por la calle y, al hacerlo, oyó detrás de sí el tintinear de unas espuelas. ¡Blinky y Gus le cubrían la retirada! Cuando hubieron llegado más allá del círculo de luz amarilla, ambos se unieron a él, uno a cada lado.

-Bueno, Pan, estaba completamente seguro de que todo habría de desenvolverse del mismo modo que ha sucedido -dijo Blinky, agarrándose al brazo de Pan.

-Oye, Pan, no te has mordido la lengua. Los has hecho tragarse un montón de cosas que no habrían querido oír - añadió Gus con acento severo-. Cuando las cosas tomaron un carácter violento, todo sucedió como si esos dos hombres no hubieran estado presentes.

-Pan, ¿recuerdas que te hablé acerca de un tal Purcell, que me robó la mina acompañado del joven Hardman? - preguntó Blinky -. Bien, Purcell estaba allí, colocado varias mesas detrás de donde tú te habías detenido. Le vi tan pronto como entramos en el local. Naturalmente, todos dejaron de jugar a las cartas cuando te encaraste con el viejo Hardman. Y yo me propuse acercarme a Purcell, que estaba empuñando su revólver al abrigo de 'las mesas cuando tú golpeaste a Hardman. Y le di una patada. Y cuando levantó la mirada, vio algo que le amedrentó; puedes estar seguro de ello... Bien, ese Purcell es uno de 'los hombres del equipo de Hardman, a quien tendré que matar... Gus me ayudará a hacerlo.

-Estoy dispuesto a hacerlo. Según se dice, ese Purcell ha sida un ladrón de tierras en Nevada. Alguien ha dicho que perteneció a la cuadrilla de Plummer, que fue eliminada en Beannock hace varios años. Ya no es un pollito.

-Dejad que me encargue yo de Purcell en la primera ocasión que se nos presente - replicó Pan- No creáis que supongo que puedo atemorizar a todos. No es posible. Habrá alguno que quiera someterme a prueba... aun cuando sólo sea para ver lo que soy capaz de hacer. Sabéis que esto es lo habitual.

-¡Sí, diablos! Y todo lo que tendrás que hacer, Pan, es ser el primero en acometer.

-Me parece que el día de mañana va a resultar muy interesante -comentó Gus.

-Louise me ha hecho una sugerencia -dijo Pan pensativamente -. Me ha parecido una mujer sincera... Blinky: supongo que la conocerás, ¿verdad?

-¿Yo...? ¡Ah! He hablado con ella un par de veces. La convidé a beber... No quiere mirarme más que cuando está borracha -- contestó confuso y sombrío Blinky.

-No has apreciado debidamente a Louise, vaquero -dijo Pan-. Ya te lo demostraré en alguna ocasión... Ahora, volvamos a las cuestiones más interesantes y proyectemos la liberación de Blake. Necesito llevar el caballo hasta la cárcel de modo que nadie pueda verlo.

-No será difícil conseguirlo -replicó Blinky -. Yo iré contigo. Podremos caminar por la pendiente hasta cierto punto, luego descender al pueblo y subir por el otro lado.

Regresaron al campamento y, después de haber reavivado la hoguera, se sentaron a su alrededor y hablaron de la caza de caballos salvajes.

Alrededor de las diez de la noche, Blinky fue al encerradero, ensilló un caballo y lo condujo hasta la parte durmiendo. Me gustaría que ella pudiera saberlo - murmuró Pan.

-¿Estaba borracho? -preguntó Blinky roncamente-. Ha obrado de una manera muy extraña en un hombre que se hallase en estado de sobriedad.

-No creo que estuviera borracho -replicó Pan-. Pero me ha desconcertado. ¡Encontrarlo dormido...! Y no ha dicho ni una sola palabra... Blinky, me ha parecido una cosa muy extraña. Supongo que Blake no quería abandonar el agradable calor de su cama.

-¡Ah! Bien, vamos aprisa en busca del calor de las nuestras -contestó secamente el vaquero.

Pan despertó durante la última parte de la noche. La lluvia tamborileaba sobre la tienda. El viento aullaba. Pan pensó en Blake, que no iba vestido adecuadamente para hacer frente al mal tiempo y no se hallaba en buenas condiciones para una larga cabalgata entre la tormenta. Y aún en aquellos momentos una vaga duda cruzó su adormilada imaginación.

La mañana alboreó luminosa y radiante después de la lluvia. El aire era agudo y fresco. Los cedros brillaban como si estuvieran cuajados de diamantes. Pan aspiró el suave aroma de las llanuras, y esto le produjo un irresistible anhelo de ensillar el caballo y lanzarse a correr por los terrenos descubiertos.

-Me parece que vamos a tener un día bastante movidito -dijo lentamente Blinky, tras haber tomado un copioso desayuno compuesto de tocino y tortas-. Pan, ¿qué es lo primero que hemos de hacer?

-Lo primero que has de hacer, tragón de patas tuertas, es traerme un caballo - contestó Pan con vehemencia. -Vamos al encerradero. Tenemos un ruano que es verdaderamente digno de que tú lo montes.

Había en el encerradero una docena de caballos, o acaso alguno más. Pan, mirándolos con ojos de hombre entendido en la materia, llegó a la conclusión de que los vaqueros no habían hablado de ellos con el grado de entusiasmo que en realidad merecían.

-¡Buenos caballos, Blinky! -dijo Pan con ojos llenos de animación-. ¿Ese ruano es el que supones que podré montar?

-Sí, ése es. ¿No es un verdadero caballo?

-A primera vista parece el mejor de todos. Blinky, ¿estás seguro de que no me das tu propio caballo? -¿Yo? Ese caballo no me importa un rábano -declaró Blinky mintiendo cínicamente-. En efecto, es el diablo más levantisco y fogoso que he montado en toda mi vida. Pero acaso consigas dominarle tú.

Y resultó que Pan podía dominar el caballo y que Blinky había cometido una gran injusticia con el animal. ¡Qué agradable era volver a encontrarse sobre una silla! Pan experimentaba el desea de ir inmediatamente en busca de Luty para hacerla testigo de su primera cabalgata al oeste de las Rocosas. En realidad, se hallaba poseído de un ardiente anhelo de volver a verla, sentimiento que le era precisa anular. En el caso de que todo marchase bien, podría ir a comer a casa de su madre. Entre tanto, debía ocuparse en resolver las cuestiones que tenía pendientes en Marco.

-Bueno, ¿qué hemos de hacer a continuación? -preguntó Blinky, que parecía hallarse bastante inquieto aquella mañana.

-Ahora voy a ir al pueblo - contestó Pan. -¡Ah! Quiero ir contigo,

-No. Iré solo. Necesito hacer que mi actitud de matasiete sea más fuerte todavía,` Blinky, o, en caso de que sea necesario, eliminar de este mundo a Matthews, aunque, sinceramente, creo que no lo encontraré.

-¿Ese perro cobarde? No se atreverá a encararse contigo, Pan. Pero pertenece a la cuadrilla de Hardman, y alguno de los otros hombres que la componen, acaso Pucell, podría hacerte un disparo a traición desde una ventana. Es una cosa que ya se ha hecho en otras ocasiones. ¡Déjame que vaya contigo!'

-Si esos hombres son tan malvados, el hecho de que estuvieras conmigo no serviría para evitarlo - replicó Pan después: de haber meditado sobre la cuestión -. Voy a decirte lo que pienso, Blinky. Marco es un pueblo bastante grande. Está lleno de hombres. Y los hombres del Oeste son iguales en todas partes. Matthews no es tonto. No puede arriesgarse a hacer que me asesinen emboscados a la luz del día.

Librodot

-No confío en él-dijo Blinky, sombrío-. Pero reconozco que hay muchas probabilidades de que no se decida a obrar del modo que te he dicho,

-Tú y Gus id preparando las corsas para comenzar la caza de caballos salvajes - continuó Pan vivamente -. Debemos salir mañana por la mañana. Id uno de vosotros dos para ver si Charley Brown se anima a ir con nosotros. Yo veré a mi padre a la hora de la comida. Necesitará caballos y equipo. Es posible que resulte que podamos disponer también de la ayuda de nuestro amigo el carcelero Hurd. ¿Habrá perdido su empleo?... ¡Ja, ja! Bueno, muchachos, ya la sabremos cuando volvamos a vernos.

Pan se dirigió al pueblo. Una tensión mental desagradable dominaba su conciencia. Su lenta y fría indiferencia era sólo exterior. Había hecho anteriormente lo mismo que se preparaba para hacer, pero le parecía que había sido hacía muchísimo tiempo. Su padre, Luty, su madre, todos ellos tenían una gran influencia sobre el platillo de la balanza de sus antiguas reacciones de vaquero y el severo deber que se había impuesto en aquellos momentos. Despreciaba sus propósitos y se avergonzaba de ellos, resultase la que resultase de ellos; y, sin embargo, se alegraba de poseer la fortaleza y el poder suficientes para hacer frente a la situación que tanto le desagradaba.

Cuando llegó frente a la oficina de la diligencia, todas estas reflexiones se habían borrado de su imaginación. Sus facultades de observación y de alerta contradecían el despreocupado modo con que se acercó a la calle principal del pueblo. En aquel momento Pan era únicamente una máquina de vigilar, de escuchar, de observar. El hecho de que encendiera y fumase un cigarrillo constituyó un acto mecánico; no tenía ganas de fumar.

Había dos hombres ante el despacho de la diligencia. Uno de ellos era Smith, el agente de correos. Pan se acercó a ellos y se, inclinó sobre el hierro que servía para amarrar los caballos. De este modo, e inclinándose hacia el lado derecho, podía ver y dominar la calle.

-Buenos días, vaquero - le saludó, no sin nerviosidad, Smith -. Veo que has venido temprano para que te detengan.

-Buenos días, Smith. ¿Podría usted darme algo de beber? -contestó. Pan.

-Lo siento mucho, pero no tengo ni una sola gota de bebida.

El otro hombre era ya bastante viejo, aun cuando evidentemente hacía una vida de actividad y de labor, puesto que sus botas y sus ropajes estaban manchados y raídos por el trabajo de minería.

-Oye, vaquero - le interpeló con sequedad -, podrías comprar una botella, si lo quieres, en «La Mina de Oro». Pan no contestó, e inmediatamente el viejo se alejó en tanto que Smith entraba en su despacho.

Pan continuó allí su observación, vigilando, esperando. Fue visto por docenas de transeúntes, pero ninguno de ellos se acercó al despacho de la diligencia. Más abajo, en la misma calle, unos transeúntes aislados se detuvieron y comenzaron a formar pequeños grupos. En una hora, las actividades de Marco aparentemente habían cesado.

Los ciudadanos, los mineros que habían iniciado el camino de sus ocupaciones, los conductores de carros, los mejicanos, los vaqueros que se encontraban en la calle, todos adoptaron de repente una actitud de curiosa atención y volvieron los rostros hacía Pan. También todos ellos esperaban y observaban.

El pórtico de «La Mina de Ora» se hallaba bajo la vista de Pan, en una esquina, apenas a un centenar de metros de distancia. Pan vio que Hardman y Matthews salían del hotel. Ninguno de ellos podría dejar de observar la quietud, la ausencia de actividad o los grupos de hombres que esperaban.

Esto constituyó la culminación del esfuerzo de Pan. Pan se alejó lentamente de la barra hasta llegar al centro de la calle y comenzar a recorrerla hacia abajo. Los grupos de observadores que se hallaban más próximos se dispersaron.

Podía verse a Hardman, gesticulando, golpeando el suelo con los pies enojosamente; y luego, entró en el hotel dejando a solas a Matthews. Otros hombres que se hallaban al fondo

desaparecieron. El sheriff permaneció durante un momento irresoluto, tembloroso, con el grasiento rostro contraído. Después, dio media vuelta y entró en el hotel.

Se había condenado a sí mismo. Se había negado a tomar parte en una lucha en igualdad de condiciones, de hombre a hombre, que constituye el código no escrito de los occidentales.

Pan experimentó un cálido consuela al observar aquella evasión. Su próximo acto fue otro de más fácil realización, aun cuando estuviera cargado de un peligro más grande.

Todos y cada uno de los hombres de Marco sabían ya que Pan había salido para enfrentarse con aquellos a quienes había denunciado. Todos conocían su intención. Todos le vieron salir en actitud desafiadora al centro de la calle. Y sus enemigos se habían comportado como unos amarillos, que es el modo como en el Oeste llaman a los cobardes. No habían mostrado sus garras, si es que las tenían. Pan podría haber terminado allí, y en aquel mismo momento, su empresa. Pues el seguirla, el acometer a los chacales en su propia guarida... Bueno, esto era más peligroso.

A medida que Pan avanzaba despacio por el centro de la calle, los pequeños grupos de espectadores se dispersaban o se perdían de vista al entrar en las tiendas o en las tabernas. Los que se hallaban más lejanos a él continuaban andando o se detenían de nuevo para mirarle. Y cuando llegaban cerca de «La Mina de Oro» entraban presurosos en ella. Pan dispuso de la calle principal del pueblo para sí solo. Durante unos cortos instantes no fue posible ver en ella ni a un solo hombre; todos comenzaron a reaparecer detrás de él, fuera de su alcance, y le siguieron lentamente.

Al llegar a la entrada de «La Mina de Oro», Pan arrojó el cigarrillo y comenzó a subir las escaleras. Estaba arriesgando su vida con arreglo al código de los occidentales. La gran estancia dedicada a taberna estaba completamente desierta, salvo por la presencia de dos camareros que se hallaban detrás del mostrador y de un mejicano, que barría el suelo con serrín. Pan había oído voces apagadas, arrastrar de pies, cerrar de puertas. Todos los músculos de su cuerpo se hallaban tensos, dispuestos a saltar con la rapidez del relámpago a la acción. Avanzando hasta el mostrador, Pan pidió una bebida.

-La casa convida esta mañana - contestó sonriendo el camarero más próximo. Las manos le temblaban un poco nerviosamente; pero en cuanto al resto, parecía hallarse tranquilo, y su oferta y su invitación parecían expresar la realidad de sus sentimientos.

Pan cogió la botella con la mana izquierda, se sirvió un poco de bebida, abandonó la botella y levantó el vaso. Había tomado la bebida que necesitaba. Su tensión se aflojó.

-Hay mucha tranquilidad esta mañana - dijo.

-Ahora, me parece que sí - replicó el camarero significativamente.

-¿Estamos en domingo? - preguntó Pan con indiferencia.

-No. Ayer fue domingo; de modo que hoy debe ser lunes.

-Me parece que podría marcharme - observó Pan; pero no se movió.

El camarero continuó limpiando vasos. Desde el exterior llegó un ruido de pisadas. Inmediatamente, Pan se acerco a la abierta puerta y se detuvo un momento para encender otro cigarrillo. Tenía la espalda vuelta hacia las puertas y el mostrador. Este acto parecía la cumbre de su descaro; era preconcebido y expresaba la exaltada inquietud del vaquero que ha aprendido en una dura escuela. Pero todo lo que sucedió fue roto por una voz alegre, alocada y dulce

-¡Vuelve otro día, vaquero, que hoy no hay nadie en casa!

Louise había estado observándole a través de un agujero oculto. Éste era el tributo que le prestaba, y el desprecio que dedicaba a sus enemigos. Estas palabras cerraban el incidente, decidió Pan. Los hombres se acercaban desde diferentes puntos de la calle, aunque todavía no se hallaban muy próximos. Una voz áspera gritó desde la lejanía

-¡Como ves, no hay sheriff, Panhandle!

Pan volvió a recorrer la calle, esta vez en sentido inverso al anterior, y encontró, como antes, libre el paso. Los hombres le llamaban alegres desde las puertas, desde las ventanas,

Librodot

desde detrás de los diversos lugares en que se habían ocultado. Pan no tuvo necesidad de que se le dijese que todos, ellos estaban a su lado. Marco había recibido precisamente el' trato que necesitaba. Pan pudo percibir con rapidez la actitud de aquellos vecinos que se habían interesado tanto por su conducta respecto a Hardman y Matthews. Aquella hora vio el principio del fin de aquellos factores dominantes en las esferas del mal de Marco. ¡Qué profunda satisfacción produjo esto a Pan Los malvados podrían triunfar durante cierto tiempo, pero su época había pasado ya. Matthews sería el blanco de todas las risas de la ciudad. Jamás podría volver a ser él que había sido. Después de lo sucedido, Matthews era considerado ya como uno más de los individuos que se habían proclamado a sí mismos oficiales de la ley. Cuando Pan regresó al campamento, su estado de ánimo armonizaba perfectamente con sus descuidados, libres y despreocupados movimientos. Sin embargo, había algo en su interior que le forzó a lanzar un grito. Blinky le vio acercarse y gritó también. El vaquero estuvo muy pronto a su lado y entregado a un delirio de alegría. Había sido muy dura para él la permanencia en el campamento. Y lanzó alegremente unas cuantas maldiciones.

-¿Cómo van esos trabajos? ¿Está todo preparado? - preguntó Pan cuando pudo intercalar unas palabras en el torrente de las que Blinky derramaba.

-¡Diablos! ¡Lo habíamos olvidado!

- ¿Qué te has creído... tú... tú...?

Blinky no pudo encontrar palabras adecuadas para la expresión de sus sentimientos. Gus estaba tranquilo, como de costumbre, pero también ofrecía signos como de haber sido librado de la opresión de una dura prueba.

-Bueno, vamos a hacer lo que falte - sugirió Pan -. Empezaremos el trabajo, y luego iré a ver a mi madre. En la hora siguiente, próxima a la del mediodía, después de haber efectuada algunos viajes hasta el almacén, el trío recibió algunas noticias que le produjeron mucha satisfacción. Jim Blake había acometido a su guardián y escapado de la cárcel. Sin duda había recibido alguna ayuda procedente del exterior. Según los rumores que circulaban, Matthews había acusado a Hurd, el guardián, de haber favorecido la fuga, y lo había despedido. Las opiniones en la ciudad no estaban divididas en proporciones iguales. Casi todo el mundo, según los informadores, se alegraba de que Blake hubiera podido huir. Se había averiguado que la cárcel no era una institución legal. Ya comenzaba a hablarse de la necesidad de que los residentes permanentes, en el pueblo se agrupasen en un apretado haz.

Todo esto fue muy bien recibido por. Pan. Apenas podía contener su impaciencia ni esperar hasta que llegase la hora del mediodía en que habría de ensillar el caballo para dirigirse a casa de su madre.

-¡Ah, vaquero, da un abrazo a esa muchacha de mi parte! -cantó Blinky mientras le miraba extasiado-. ¡No hay duda de que te ha metido los demonios en el cuerpo! ¡Y tampoco, puede dudarse de que este equipo nuestro está haciendo grandes progresos desde todos los puntos de vista!

En su camino hacia la granja, cuando había recorrido la mitad de las afueras del pueblo, Pan encontró a su padre, que llegaba corriendo carretera arriba. Al ver a Pan, estuvo a punto de desmayarse.

-¡Acabo... de oír... las noticias! -dijo ahogadamente al misma tiempo que Pan detenía al ruano.

-¿Qué noticias, papá? - preguntó Pan mirando tanto con emoción como con ansiedad el rostro macilento de su padre, que comenzaba a recobrar lentamente su antigua expresión.

-Bill Doran y sus muchachos... se detuvieron en el rancho... para decírmelo - contestó Smith mientras se enjugaba el sudoroso rostro-. Acaban de salir del pueblo... Bill te vio cuando recorrías la calle principal.

-Bueno, y ¿qué motivos hay para sobresaltarse por ello?

-Creo que he estado terriblemente atemorizado... Bill me dijo: «Bill, no debes mostrarte tan pusilánime. Me parece que no conoces por completo a tu hijo... » Yo creía que te conocía

perfectamente, hijo mío, pero cuando llegó el momento del peligro, el corazón se me achicó hasta quedar del tamaño del de una gallina. Tu venida al hogar ha sido como un don del cielo para tu madre y Luty. ¡Y mucho más para mí! ¡Y pensar que podrían haberte matado de un tiro en aquel momento...! Bien, esto era demasiado para que pudiera resistirla.

-Papá, los atemorizaba con bravatas; eso es todo. Los he vencido con rapidez y dureza, mucho antes de que ellos pudieran pensar lo que habrían de hacer. Las cosas han resultado bien, y creo que la mayor parte del puebla está a mi lado.

-Pan, ¿es cierto que acusaste a Jard Hardman de haberme robado... y que después le derribaste de un golpe?

-Sí, es cierto.

-¡Dios mío, cuánto me habría gustado verlo! - declaró vehementemente Smith -. Y además, hijo mío, has sacado a Jim Blake de la cárcel. Bill no me ha insinuado que tú tuvieras nada que ver con esa cuestión. Pero yo lo sabía. Ha sido un acto magnífico. ¡Si Jim cumpliera bien su papel!

-Lo dudas, papá?

-¡Claro que sí! Pero he de decirte una cosa, Pan; si pudiéramos estar junto a Jim constantemente, le ayudaríamos a animarse y regenerarse.

-Esperemos que haya llegado ahora muy lejos en su ruta hacia Siccane... ¿Lo sabe Luty? Espero que no la habréis hablado de mi encuentro con Hardman y Matthews...

-Yo no se lo he dicho, pero seguramente se lo ha dicho Bill-contestó su padre-. Supongo que yo habría gritado demasiado si se lo hubiera dicho. Tu madre y Luty tienen mucho más valor que yo. En realidad, lo cierto es que Bill no les concedió el tiempo suficiente para reprimirse y asustarse. Se marchó inmediatamente de darme 1'a noticia de la fuga de Blake. Oye, muchacho

-¡Si hubieras visto a Luty...

-La veré muy pronto -dijo ansiosamente Pan-. ¿Por qué me detienes ahora?

Pan llevó el caballo despacio mientras su padre caminaba a su lado al mismo paso.

-Hay otras noticias más, que se me olvidaban -continuó Smith-. Bill nos ha hablado de un tiroteo que ha habido en la quebrada de Cedar. Esos ladrones de terrenos mineros han arrebatado a un individuo llamado Brown su posesión. Han tenido que luchar para conseguirlo. Brown dijo que había herido a uno de ellos. Luego los demás le persiguieron hasta el rancho de Satlee. Seguramente querían matarle o atemorizarle con el fin de que se marchara para siempre.

Conozco a Brown - contestó Pan-. Y por lo que me ha dicho, creo que conozco a los ladrones de propiedades que le han arrebatado la suya.

-De todos modos, sería difícil demostrarlo. En los primeros días de un florecimiento minero suele haber muchos disgustos y muchas complicaciones. Los mineros son muchas veces gentes chifladas. Comienzan a cavar en un terreno e inmediatamente se trasladan a otro para hacer lo mismo. Después, si llega algún otro buscador de oro y encuentra oro en la última mina abierta por ellos, gritan y dicen que les han robado su terreno. En realidad, ninguno de ellos suele tener un terreno que sea verdaderamente suyo, ni ningún derecho sobre él, hasta el momento en que encuentran oro. Y esto es lo que crea las mayores complicaciones.

-Iré en busca de Brown y le persuadiré a que se una a nosotros para dedicarse a la caza de caballos salvajes. Es...

-¡Por todos los diablos! Olvidaba algo más - le, interrumpió Smith al mismo tiempo que fe daba un manotazo en la pierna-. Bill nos dijo que Wiggate ha roto con Jard Hardman. Wiggate fue el que comenzó esa cuestión de la compra y el envío de caballos salvajes al Este. Hardman se ha metido en ella posteriormente. Wiggate es un gran hombre, un personaje importante, y tiene muchísimo dinero. Siempre he oído hablar bien de él. Ahora, apostaría cualquier cosa a que el modo como has tratado a Hardman y lo has descubierto ha tenido mucho que ver con la decisión de Wiggate de separarse de él.

Librodot

-No me extrañaría - contestó Pan- Y es una gran suerte para nosotros. Los muchachos han descubierto un valle lleno de caballos salvajes al otro lado de la montaña, a unas veinte millas de aquí. Papá, creo que podré cazar varios millares de caballos salvajes.

-¡No es posible! - exclamó su padre con incredulidad.

-Si los muchachos no están locos, estoy seguro de que podré hacerlo-declaró firmemente Pan.

-Puedo dar fe por mí mismo de que, en efecto, habrá muchos - replicó Smith -. Pero no tengo ni la más ligera duda de que ya no queda ningún valle en el que no se hayan efectuado cazas de importancia. Sería posible conseguirlo, acaso, pero el transportar esos endemoniados caballos... ¡Ahí, está la dificultad! Pan, hasta con un solo millar de cabezas podría recomenzar mi vida en cualquier otro lugar.

-Puedes considerarlo como realizado. Antes de que comience a caer la nieve estaremos camino del sur de Siccane.

-¡Dios mío! Soy mucho más joven que hace varios días... ¿Antes de que comience a caer la nieve? Apenas falta un mes para eso... Pan ¿cómo haremos el viaje?

-En carros y a caballo. Podremos comprar carros y equipos casi de balde. En el almacén de Blake hay un corral lleno de esas cosas. Son de segunda mano, pero están en buen estado.

-Tu madre y Luty se alegrarán mucho. No les gusta esta región. Por mi parte, no me importa que haya viento, con tal de que no sea demasiado frío.

-¡Oye! ¿No es Luty aquella que está a la puerta? -preguntó Pan repentinamente mirando a lo lejos con atención.

-Supongo que debe de ser ella -contestó su padre-. Vete de prisa, muchacho. Yo iré detrás y con calma.

Pan puso el caballo al- trotecillo, luego al galope y por último a una rápida carrera. Al cabo de un corto recorrido, Pan pudo apreciar la calidad de su espléndido caballo. Era rápido, fuente, de pisada firme y fácil, y no ofrecía signos de poseer un espíritu turbulento. El caballo conquistó todas las simpatías de Pan. ¡Qué embustero era Blinky! Había mentido para restar importancia a su generosidad.

Luty hizo unos ademanes de saludo a Pan al verle acercarse velozmente por la carretera. Luego desapareció entre el verde follaje. Al llegar al portillo, Pan se apeó y entró. Esperaba verla; pero Luty había desaparecido. Llevando el caballo de las riendas, Pan se dirigió presuroso hacia la casa sin dejar de mirar por todas partes. Sin embargo, no pudo ver a la muchacha.

Bobby estaba ocupado con unos juguetitos de madera en el pórtico. Los gritos de alegría que Pan le dirigió hicieron que su madre saliese; pero no Luty.

Pan abandonó las bridas y subió al pórtico para abrazar a su madre, que le recibió haciendo un esfuerzo para no demostrar la intensidad de sus emociones. Sus manos fueron mucho más expresivas que sus palabras.

-i Oh, madre, aquí estoy completo! - dijo Pan riendo -. ¿Dónde está Luty? Se hallaba junto al portillo y me hizo señas.

-Luty ha cruzado la cosa con la rapidez del viento - replicó sonriendo su madre -. La verdad es, hijo mía, que ha estado del todo sobresaltada desde que supo que su padre había salido de la prisión. Sabía que tú le habías sacado. Se me quedó mirando con los ojos completamente abiertos, y me dijo. «Madre, se rió de mí... y de mis temores. Dijo que sería fácil libertar a papa... » De modo que lo sabe, Pan, y creo que no quería que la viéramos cuando te recibiese. La encontrarás en la huerta o junto al arroyo.

-Muy bien, madre, voy a buscarla - contestó Pan radiante de felicidad-. Vendremos pronto a comer. Tenemos muchísimo de que hablar. Papá te lo dirá.

Pan no buscó a Luty en la huerta. Saltando sobre el caballo, corrió a través de la senda enarenada que conducía al arroyo y al, sombroso árbol a cuyo pie había un banco. Pan sabía que Luty estaría allí. Corriendo bajo las ramas, continuó mirando a través de las extensiones

Librodot

de verdor en busca de un resplandor blanco o de una cabecita dorada. Repentinamente, sus esfuerzos fueron recompensados. Luty estaba en pie en el centro del soleado claro.

Pan se acercó a ella y se apeó. Luty tenía el rostro pálido y húmedo por efecto de las lágrimas. Pero sus ojos estaban secos y se hallaban llenos de una radiante e inexpresable alegría.

Luty se dejó caer en brazos de Pan.

La comida de aquel día pareció ser algo de lo que solamente Bobby y Pan tuvieran necesidad o en lo que solamente ellos hubieran pensado. La señora Smith y Luty, sabiendo que habrían de partir posiblemente al cabo de dos semanas, y seguramente dentro de las cuatro inmediatas, se entregaron tan profundamente a una discusión de los detalles prácticos de preparación de los alimentos necesarios para un largo viaje en carro, del cosido y del embalado, que no tuvieron ocasión de exteriorizar su alegría.

-Papá no tiene arreglo -dijo sonriendo burlonamente Pan-. Es peor que un chiquillo. Tendré que ocuparme en preparar su equipaje, si es que lo tiene. Lo que no tenga, habremos de comprarlo. Por esta causa, madre, reúne sus ropas, botas, lecho, revólver, espuelas, todo lo que tenga, y déjame escoger lo que valga la pena de ser llevado con nosotros.

Fue en realidad! un escaso y triste surtido de artículos el que se ofreció a Pan para que hiciera la selección.

-¡Ni silla, ni lona, ni charreteras, ni espuelas, ni revólver! - exclamó Pan rascándose la cabeza -. ¡Pobre papá l Ahora comienzo a comprender cuál era su situación. Finalmente, resultó que todo lo que su padre poseía constituyó un pequeño envoltorio que Pan pudo transportar fácilmente al pueblo sobre la silla de su caballo.

-Compraremos el equipo de papá - decidió Pan, resuelto -. Madre, aquí tienes un poco de dinero. Utilízalo para lo que sea necesario. Id haciendo los preparativos ti y Luty. Quiero que nos marchemos pronto de Marco, quizás el mismo día en que papá y yo volvamos con los caballos. Es posible que podamos venderlos aquí mismo, aun cuando cobremos menos dinero que vendiéndolos en otro sitio. Va a constituir un trabajo muy pesado el conducir un grupo numeroso de caballos salvajes a Marco. Pero, como quiera que sea, nos iremos muy pronto de aquí.

Y se despidió de manera cariñosa, pero no ansiosa, de Luty.

-No estaremos ausentes mucho tiempo. Y tú estarás muy ocupada. ¡No bajes al pueblo! ¡De ningún modo! Envía a Alice o a mi madre para que adquieran lo que sea necesario. Pero di ¡quédate -en casa!

-Muy bien, jefe; lo prometo - replicó picarescamente Luty.

Librodot

XI

Antes de que anocheciese aquel día, Pan había realizado la mayor parte de los preparativos; de manera que a la mañana siguiente no quedaría por hacer más que comer, cargar los caballos, ensillarlos y ponerse en marcha.

A la hora de la cena, Charley Brown y Mac New, alias Hurd, llegaron al campamento. Este último estaba un poquito mareado por efecto del abuso de la: botella. Charley se hallaba sobrio, sombrío; severo.

-¡Hola, muchachos! Servíos la cena. Luego hablaremos - dijo Pan.

El resultado de aquella visita fue que ambos hombres quedaron contratados para formar parte del equipo que habría de dedicarse a la caza de caballos salvajes. Unos desconocidos se habían apoderado de los terrenos mineros de Brown, que no podían ser recobrados sino por efecto de una pelea. Brown disponía de dos caballos y de un equipo completo; Mac Ñew solamente era propietario de las ropas que llevaba puestas.

-Me han despedido sin pagarme lo que me debían - dijo hoscamente.

-¿Quién te ha despedido, Mac? - preguntó Pan. -Hardman, ¡el tal y cual y esto y lo otro! - replicó Mae New.

-¡Es extraño! ¿Es, Hardman el propietario de la cárcel?

-¡Hum! ¡Hardman es propietario de todo este maldito pueblo!

-¡No! -le interrumpió Blinky-. No te engañes, compañero. Jard Hardman tiene una gran influencia en Marco, es cierto, pero no es menos cierto que alguien va a terminar con ella.

Brown hizo un relato interesante de su encuentro con Dick Hardman en «La Mina de Oro». El joven vástago del llamado dictador de Marco estaba lo suficientemente borracho para bravuconear y fantasear acerca de lo que pensaba hacer a Panhandle Smith. Algunas de sus grotescas amenazas, según las refirió Brown, ocasionaron un gran regocijo en el, campamento, con excepción de Blinky, que se enfureció por completo.

-Oye, vaquero, ¿te atreves a sostener todo lo que has dicho? -preguntó con animosidad.

Pan intentó terminar la cuestión por medio de una carcajada; pero Blinky se había enojado de un modo insuperable al oír mencionar el nombre de Dick Hardman. Iba a ir a «La Mina de Oro» para provocar una reyerta. Pan, viendo la extraña y obstinada actitud de Blinky, decidió seguir otra táctica. Retirándose con el airado vaquero a un lado, le preguntó amable y firmemente

-¿Es por causa de Louise?

-¿Qué es lo que preguntas que si es por causa de Louise? -preguntó en son de guerra.

-Por lo que quieres entablar una reyerta con Dick.

-¡No! -replicó Blinky, volviendo el rostro.

-No me engañes, Blinky - continuó Pan vehementemente, al mismo tiempo que agitaba al vaquero -. He adivinado la causa de tu disgusto, y soy tu amigo.

-Bien, Pan. Si eres amigo mío es una gran suerte y una alegría para mí -dijo Blinky, perdiendo una parte de su furor-. Pero ¿a qué disgusto te refieres?

Pan murmuró

-Estás enamorado de Louise.

-Y si lo estoy ¿qué? - silbó Blinky, avergonzado -. ¿Vas a acusarme por ello?

-No. Precisamente por eso te aprecio mucho más. Esto fue demasiado para Blinky, que miró a Pan como un perro que mirase a su amo. Pan jamás había visto unos ojos tan llenos de desolación.

-Blinky, esa muchacha es mala - continuó Pan-. Tiene en sí todo el fuego del infierno. Pero eso sucede por efecto de la bebida. No podría vivir del modo que vive si no .bebiera. Ella misma me lo ha dicho. Hay un algo grande, un algo magnífico en esa criatura. Yo lo he

Librodot

percibido, Blinky, y por eso la he apreciado. Le he dicho que su puesto no está en aquel salón de baile ni en otros sitios parecidos. Creo que podría ser una buena esposa. ¿Por qué no intentas hacer lo que sea? Yo te- ayudaré a conseguirlo. Louise te quiere. Ella misma me lo ha dicho.

-Pero Louise no quiere verme más que cuando está borracha -protestó apenado Blinky.

-Esa es la prueba de que lo que te he dicho es cierto. No quiere que malgastes tu tiempo y tu dinero en «La Mina de Oro». Cree que eres demasiado bueno para eso, cuando no está borracha... Ahora, háblame con sinceridad, Blinky: ¿la quieres aunque sea mala?

-¡Claro que sí, Dios mío! -exclamó desesperado el vaquero-. Este cariño acabará por costarme la vida. Cuanto más la veo, más la quiero. Me da tanta lástima... Dick Hardman la trajo de Frisco. ¡Ah! Debe de haber sido mala antes de esto, lo sé. Pera no era malvada. Solamente lo es desde que vino aquí. Dick no se ha cuidado jamás de ella, y ella le odia. Jura que le arrancará el corazón. Y yo tengo miedo a que lo haga. Por eso es por lo queme gustaría clavarle unos tiros en el pecho.

-Cásate con Louise. Llévatela. Vente con nosotros a Arizona -replicó persuasivamente Pan.

-¡Dios mío, compañero, eres demasiado rápido para mí! -murmuró roncamente Blinky al mismo tiempo que oprimía entre sus brazos a Pan -. ¿Nos permitirías ir con vosotros?

-Sí. ¿Por qué no? Luty y mi madre no saben nada acerca de Louise. Y aun cuando lo supieran, no despreciarían a una pobre muchacha que tú y yo sabemos que tiene buen corazón y que ha sido desgraciada. Preferiría no verme en la necesidad de decírselo, pero no me importaría hacerlo en el caso de que fuera necesario.

-Pero Louise no querrá casarse conmigo.

-Si no podemos convencerla a que se case contigo cuando esté serena..., ¡por todos los diablos!, la convenceremos estando borracha.... Queda convenido, Blinky. No hablemos más de esa cuestión por ahora. Vamos a lanzarnos a realizar la hazaña más grande de nuestra vida de jinetes. Venderemos los caballos. Cuando tengamos dinero, podremos pensar en instalar nuestros hogares lejos de esta región tan amarga... ¡Hogares, vaquero! ¿Sabes lo que eso significa? Tendremos ganado y caballos..., unos terrenos anchos, ricos, verdes..., donde nadie haya oído jamás hablar de. Panhandle Smith ni de Blinky Moran.

-¡Compañero...! ¡Ése es... el hogar... con que siempre he soñado! -murmuró Blinky acercándose más a Pan hasta apoyarse en él. Estaba llorando.

-Lo tendremos -contestó Pan, en -tanto que apretaba contra su pecho al pobre muchacho-. ¡Anímate, Blinky! Ya está acordado... Ahora, vete a dormir. Yo ayudaré a Gus a preparar los caballos.

Pan dejó al vaquero entre la oscuridad y regresó al campamento. Su conciencia le hacía algunas preguntas de modo apremiante; pero el joven encontró satisfacción, hasta alegría, al contestarlas. Blinky fue en los tiempos pasados uno de los vaqueros más alocados, y había ido siempre de mal en peor. En el caso de que un amor irresistible se apoderase de él, bastaría con fomentar aquel amor, con facilitar los medios de cumplirlo, para conseguir que Blinky se convirtiese en un hombre mejor. Pan no pudo ver nada más que esto en el fondo de la cuestión. Había conocido más de un vaquero inútil', perdido, vicioso, que había seguido repentinamente el camino de la honradez como consecuencia de haberse enamorado de una mujer que para los demás parecía no poseer encantos. Existía en aquella especie de lucha un incentivo que atraía la atención de Pan. En cuanto a la muchacha, Louise Melliss, y a sus reacciones ante las circunstancias, Pan solamente esperaba que le sería posible sembrar en su alma lo que podría llamarse una revolución. Por lo menos, el vaquero estaba completamente seguro de que Louise no volvería jamás a entregarse al género de vida que hasta entonces había seguido.

Pan fue muy tarde en busca de las mantas; y le parecía que apenas había terminado de cerrar los ojos cuando Juan lo llamó. La oscuridad era completa. Los, muchachos comenzaron a agitarse, los caballos golpeaban la tierra con los cascos, la hoguera crepitaba.

Librodot

Pan se puso rápidamente las botas. Se alegraba de volver a la vida de los campamentos, de los caballos, de las albas frías, de las duras duchas y las largas cabalgatas. Hasta el llego el aroma del tocino frito y del café humeante.

-¡Buenos días, compañera! - dijo Blinky, arrastrando las palabras-. Creí que estaba muerto. Coge un plato de comida... ¡Ah! Oye, compañero, de ahora en adelante puedes llamarme Somers, Frank Somers. Estoy orgulloso de mi nombre; pero me parece que él estaba avergonzado de mí.

-¡Ah! Perfectamente, Blinky Somers - replicó alegremente Pan -. Para mí, siempre serás Blinky y nada más que Blinky.

Comieron en pie ante la hoguera, entre la friolenta oscuridad que comenzaba a tornarse gris. Luego, las ágiles manos y los fuertes brazos se cuidaron de los fardos, los camastros, los caballos y las sillas. Cuando el alba rompía la negrura de la noche, los hombres se hallaban ya en camino, lejos, en la pendiente de los cedros.

Pan se volvió y :bajó la mirada para ver a Marco, un pueblo tosco, de, una sola calle, de aspecto multiforme, con sus blancas tiendas, sus casuchas de adobe, sus edificios de piedra, sus altas fachadas de madera, mudo y quieto bajo la media luz del amanecer. ¡Cuánta avaricia, qué vida más desatentada dormían allí!;

Más allá de la ciudad pudo ver la granja situada entre verdes terrenos, la casita gris en que su madre y Luty dormían, sin duda soñando con las esperanzas que él les había inculcado. Una duda, un temor inexplicable y vago se le presentó en tanto que miraba. ¿No tropezaría Luty con inconvenientes y obstáculos durante la ausencia de él? Verdaderamente, había mucho que temer. Pan no podía dar rienda suelta a sus esperanzas de felicidad hasta que hubiera conseguido poner a Luty en situación de seguridad, lejos de Marco.

Una vez que hubo perdido de vista a la ciudad, Pan concentró toda la atención en la misión que tenía ante sí, en el trabajo que le esperaba. Y, como siempre, el guiar un buen caballo, de marcha rápida y fogoso, en el campo abierto, 1e llenó de alegría y de contento.

Blinky, conduciendo un caballo de carga, iba delante de todos. Lo seguía Pan, y los otros cuatro hombres marchaban en hilera detrás de, él, con unos caballos entre ellos. Aquella elevación constituía el terreno alto que se extendía entre el valle de Marco y el valle de Hot Springs. El camino, que era muy polvoriento, iniciaba a continuación un descenso. El sol, elevándose en el cielo, mataba el frío de la madrugada, y cuando los cazadores hubieron llegado al terreno liso, nuevamente hacía calor. El polvo, espeso y seco, se pegaba a la garganta de los hombres y de las caballerías. Desde la altura, Pan vio un lugar cubierto de verde hierba, abajo, en el valle, a unas quince millas de distancia. Una gran cantidad de demonios polvorientos se movía rápidamente en aquel lugar.

-¿Qué es aquello, Blinky? - preguntó Pan. -Aquello es Hot Springs. Y el polvo proviene de los caballos salvajes que corren en busca del agua. Continuaron caminando a través del valle, que parecía tener una anchura de cinco o seis millas y que terminaba en una nueva pendiente. Los caballos de carga se rezagaron y hubieron de ser aguijoneados. Los jinetes subieron más y más, hasta llegar al terreno poblado de cedros. Pan vio de nuevo Hot Springs y el remolino de polvo que provocaban los caballos salvajes. Se sorprendió al observar la gran cantidad que había.

-Blinky, debe de haber muchísimos caballos allí.

-Sí. Unos tres mil en esta época del año. Después habrá muchos más, cuando los hombres que cazan en las regiones altas obliguen a huir a los que allí están. Y el equipo de Hardman ha estado cazándolos por espacio de dos meses.

¿Están marcados muchos caballos?

-Muy pocos - contestó Blinky -. No habrá más de cinco o seis por cada mil. Los mejicanos los llaman arenajos. Hasta hace poco tiempo no valía la pena cazar esta clase de caballos. La mayoría de ellos son de los que llamamos escobones, a causa de la forma de sus colas. Pero entre ellos suele verse algún grupa de caballos mesteños, de- esos tan airosos y tan rápidos.

-Comprendo perfectamente - declaró Pan -. Tus palabras son como una música para mí. Resultaría muy duro el tener que vender caballos de esa clase.

-Me parece, compañero, que no intentaremos venderlos -replicó Blinky-. ¿No tendrán utilidad para nosotros, cuando estemos allá, en Arizona, unos cuantos caballos de ese tipo?

-Yo diría que si -contestó Pan.

Llegaron a lo alto de la elevación, que podría haber sido llamada falda de montaña si en aquellas inmediaciones hubiera habido alguna montaña. Otro valle, estrecho y accidentado, no tan bajo como el anterior, se extendía entre aquella cuesta y la inmediata, un promontorio de tierras y rocas, cubiertas de cedros, que anunciaba una marcha difícil a su través. Más allá se elevaba el terreno montañoso, negro y purpúreo, y a mayor altura se destacaban las blancas cumbres que se clavaban en el azul del cielo. El paisaje sedujo a Pan. La región era accidentada, bravía, silvestre, y solamente el verla desde lejos inundaba el alma de gozo.

En aquel estrecho valle había también algunos caballos salvajes, pero no muchos, puesto que la cantidad de hierba y de agua era escasa. Estos caballos iban y venían todos al trote, pera solían detenerse en el acto al' ver a los cazadores. Muy pronto, algún caballo corría por espacio de un centenar de pasos, se detenía, relinchaba y, volviendo grupas, comenzaba a conducir a su banda, que se perdía entre una nube de polvo. Algunas de tales' bandas solían correr durante mucho tiempo; otras se detenían a corta distancia y volvían la cabeza para mirar hacia atrás.

El agua que habían ido a beber no era muy buena, según dijo a Pan su paladar. A su caballo no le agradó. Aquélla fue la primera vez que Pan encontró ante sí aguas alcalinas. Brotaba casi hirviendo, a una temperatura demasiado elevada para que pudiera ser bebida; pero al llegar a una corta distancia del manantial ya era fría.

El manantial estaba rodeado de árboles bajos y verdes, aun cuando las hojas de muchos de ellos va se habían tornado amarillas. Mientras los cazadores se aprovisionaban de agua, Pan pudo ver otro grupo de caballos salvajes que llegó corriendo a la parte inferior del arroyo y se detuvo para beber. Pan contó hasta diez caballos, la mayor parte de ellos negros y bayos. El conductor de la manada tenía crines largas y encrespadas; a Pan no le habría disgustado poseerlo. Los otros no tenían mal aspecto; eran de tamaño corriente y debían de pesar alrededor de mil libras, pero carecían -de casta. Después de haber bebido hasta saciarse patearon en el barro y se introdujeron en el agua. Pan lanzó un grito agudo y potente; los caballos desaparecieron con la rapidez de los antílopes.

-¡Se han marchado a toda velocidad! - dijo Blinky -. ¡Ah! Has notado su olor, ¿eh? - añadió dirigiéndose a su propio caballo, al que dio unos golpes con el sombrero-. Te gustaría correr salvajemente con ellos, ¿verdad? Bien, no dejaré de vigilarte, por si acaso... y, además, te trabaré las patas.

Todos los caballos de silla, y aun algunos de los de carga, se alteraron nerviosamente al percibir el olor de los caballos salvajes. El anhelo de la libertad vivía todavía en el fondo de sus corazones. Por esto era por lo que un caballo domado, por muy manso que fuese, solio convertirse en el más salvaje de todos cuando se veía libre de nuevo.

Pan había acertado en sus suposiciones respecto a la disposición del terreno de la próxima elevación. El trepar por ella resultó muy penoso.

--Cuando hayamos cazado los caballos, los llevaremos por la parte baja del valle y daremos vuelta por la carretera -explicó Blinky -. Tardaremos más tiempo, pero lo haremos con más seguridad. En realidad, no nos sería posible dominar a esos escobones si los condujésemos por aquí.

La parte alta de la pendiente estaba cubierta de pinos y cedros que se extendían espesamente. Pan vio el relámpago azul de los ciervos que corrían entre el gris y el verde de la tierra. Debía de haber muchos animales de esta especie en aquellas zonas, según observó con alegría, ya que le agradaba mucho más la carne de ciervo que la de vaca.

La elevación tenía una ancha meseta. Hasta que Pan no llegó a la parte más alta y se acercó al lugar en que se iniciaba el descenso por el otro lado, no le fue posible apreciar la clase de terreno que le esperaba.

-Bueno, ahí tienes mi valle de los caballos salvajes -dijo Blinky, que marchaba junto a Pan-. Y, ¡por todos los diablos!, no puede dársele un nombre más apropiado: El Valle de los Caballos Salvajes. ¿Eh, compañero?

Pan asintió por media de un movimiento de cabeza. En realidad, había enmudecido al observar la belleza y la grandiosidad del paisaje que nacía a sus pies y que se extendía delante y detrás de él. Un valle que tenía algunas de las características de un desfiladero bostezaba bajo él; y era tan ancho y tan profundo, que semejaba un lago; tan largo, que no podía verse sino su extremo norte, que se iniciaba al pie de una accidentada montaña, verde y negra, o dorada y blanca, según la altura a que se la mirase.

La cima en que Pan se encontraba era la última de las pendientes, puesto que la elevación que reposaba directamente ante él constituía una cadena de montañas, poblada de árboles y de barrancos, y en apariencia infranqueable para los caballos. Unas grises cumbres se erguían sobre el verdor, riscos amarillos que semejaban fortalezas.

Pero fue el fondo azul del valle lo que más poderosamente atrajo la atención de Pan. Parecía por completo liso; mas para una vista experimentada, se hacía evidente que este aspecto era engañoso. ¡Hierba y salvia! ¿Qué eran aquellas innumerables motas de color de roca, aquellas manchas, aquellas matas que cubrían por completo el terreno? Pan no necesitó preguntarlo. ¡Eran caballos salvajes!

-¡Ah, Blinky ¡Es penoso tener que marcharse de aquí! - dijo cariacontecido, como si su amigo fuera el autor de aquel sorprendente e inesperado espectáculo.

-¡Es cierto, Pan! -afirmó Blinky-. Pero no podemos quedarnos aquí sólo para mirar y admirar. Tenemos que conducir a nuestro equipo, y aún hemos de caminar mucho para llegar hasta donde esté el agua.

-¿Has elegida algún lugar donde nos encontremos lejos..., donde no podamos ser vistos? - preguntó rápidamente Pan.

-Compañero, no soy tan aficionado como tú a los caballos salvajes; pero tengo lo que podríamos llamar «instinto» de los caballos -replicó Blinky, en tanto que dirigía el suyo hacia el sendero amarillo.

Pan desmontó para continuar el camino a pie, hábito que había adoptado siempre que debía recorrer algún camino demasiado empinado, cuando su caballo necesitaba que se le librase de la carga y las piernas de él se hallaban dispuestas. a realizar ejercicio. En ocasiones, pudo ver fugazmente el valle a través de los espacios que se abrían entre los árboles, pero las más veces no le era posible ver la parte inferior. Entonces miraba a la altura, a las montañas. Aquellas montañas no eran como las Rocosas, que tan bien conocía, las grandes elevaciones que taladraban el cielo con sus, picachos coronados de nieve, sino que semejaban más a las de los desiertos, eran más accidentadas, tenían más color. Gradualmente, a medida que descendían por el camino escogido, la lejanía se perdió de vista tras él.

Cerca de la hora del crepúsculo, cuando el viaje hubo concluido, Pan elogió a Blinky por la acertada elección del hermoso paraje a que le condujo. Era un sitio aislado y singularmente adaptado a sus necesidades. La pendiente que habían recorrido se extendía hasta mucha distancia en la profundidad del valle. Un brazo, largo y bajo, de la inclinación llegaba hasta más allá de media milla de donde ellos se hallaban y se interrumpía bruscamente, dejando una pequeña grieta en el valle. El lugar era ideal, no sólo para establecer en él un campamento escondido, con abundancia de agua, hierba y madera, sino, además, para una caza de caballos salvajes como la que Pan proyectaba realizar. Lo que más asombró a Pan fue que, evidentemente, Blinky no había comprendido las grandes ventajas que ofrecía la conformación del terreno para atrapar y sujetar los caballos salvajes.

-¿Qué anchura tiene aquella hendidura? - preguntó Pan. .

-Supongo que debe tener la longitud de dos lazos - contestó Blinky.

-Desmontad, muchachos, y dejad los caballos sueltos. Este «encerradero» ha sido creado para nosotros-dijo Pan con entusiasmo.

Todos se entregaron al trabajo, cada cual con una definida tarea, y muy pronto concluyeron la instalación del campamento. Cuando llegó la hora de la cena, los hombres integraban un grupo alegre, optimista, esperanzado y hambriento. El optimismo de Pan dominaba a todos...

Pan tenía fe en su buena suerte, y los demás tenían fe en él.

La semioscuridad se adueñó de aquella garganta del enorme valle. Los coyotes ladraron en la lejanía. Desde las alturas descendió el lamento triste y, sin embargo, hermoso de un lobo. El rosado resplandor que siguió al crepúsculo se mantuvo en el cielo durante cierto tiempo. El lugar estaba encallejonado por una cerrada vegetación. Un delgado arroyuelo rápido murmuraba débilmente sobre las rocas. Y antes de que la oscuridad hubiera terminado de envolver aquel pliegue del terreno, la pendiente y el horizonte, la luna apareció para derrotar a la noche y blanquear las altas cumbres con su plateada luz.

Coma respuesta a su pregunta, Blinky dijo a Pan que, en realidad, nunca había descendido por aquel camino hasta aquel día. De todos modos, era un camino abierto por los caballos en su paso hacia diferentes zonas. Blinky había visto el, panorama desde la altura, y aquel maravilloso y recogido fugar era desconocido de él, como de Pan, hasta aquel momento.

-¡Suerte, buena suerte! - exclamó Pan cuando lo supo-. Blinky, si tu caballo saltase desde el borde de un abismo estoy seguro de que cuando salieses de él llevarías en brazos a la reina Victoria.

Juan «el Embustero» intervino algunas veces en la conversación; y en muchas ocasiones, tanto a causa de su defectuoso oído como de su hábito de mentir, provocó grandes carcajadas.

-Sí, sí, he estado en este mismo sitio lo menos dos o tres veces -comenzó diciendo Juan, que pronunciaba cada palabra con más animación que la anterior-. Y he estado dos- o tres veces en el palacio de la reina Victoria. Sí, es cierto, he vendido muchos caballos a la reina Victoria. Puedo deciros que la reina Victoria es una de las mujercitas más amables que he visto en toda mi vida. Dio un gran baile en mi honor, y jamás he visto en toda mi vida una cena tan abundante y tan animada como aquélla. Yo mismo bailé con ella, y me dijo de repente: «Oye, Juanito, no he bailado en toda mi vida tan bien como contigo.» Sí, sí, es cierto, me lo dijo a mi misma cara, delante de mis ojos.

Pan fue el único de los oyentes a quien le fue posible hablar después de oír tales palabras. Y preguntó: -Juan, ¿no jugaste al monte o al póquer con la reina? -¡Claro que sí! La reina jugaba al póquer como no he visto jugar a nadie en toda mi vida, y me ganó trescientos dólares.

Pan sucumbió también al tumulto de las risas. Las risas halagaban la vanidad de Juan. Era un verdadero niño en cuanto a mentalidad, aun cuando hablaba el inglés mejor que la mayoría de los trabajadores mejicanos. Blinky era el único que se aventuraba en ocasiones a poner su ingenio en lucha con el de Juan.

Juan, esa que has dicho me recuerda una cosa -comenzó a decir Blinky con solemnidad-. Sí, me la recuerda... Una vez estuve a punto de casarme con la reina Victoria; pero a ella no acabó de gustarle la granja que yo tenía en Missouri. Creo que tiene miedo a los coyotes y a los Injuns. Ahora ya no quiero casarme con una mujer como ella. Por eso la reina Victoria y yo no somos ya amigos.

Sin embargo, la mayor parte de la conversación se refirió, casi de modo constante, al asunto que a todos interesaba más en aquellos momentos: la caza de caballos salvajes. Pan tuvo que intentar contestar a muchas preguntas que se le formularon. La mayoría de ellas se referían a cuestiones y detalles que sus amigos no acertaban a comprender, y que él mismo no había conseguido aclarar para sí. Finalmente, terminó por perder la paciencia.

-¡Oíd, chacales orejudos! - estalló -. Os he dicho que todo depende de la disposición del terreno. Me refiero al éxito de nuestra empresa, a la cantidad de caballos que podamos cazar. Si detrás de este saliente encontramos un campo abierto y despejado, muy grande..., bien; tanto mejor para nosotros. Hemos de inspeccionarlo y calcular la cantidad de caballos que podremos encerrar en el valle. Hemos de averiguar dónde pastan y beben los caballos. Si decidimos utilizar este lugar como «encerradero», deberemos cerrar las salidas que hay al otro lado del repecho. Será preciso que construyamos una cerca de árboles que llegue hasta tanta distancia como nos sea posible arrastrarlos. Cuanto más larga sea, tanto mejor. Habrá de ser una cerca suficientemente fuerte y alta para que los caballos no puedan derribarla o saltarla. Y eso significa trabajo, amigos, ¡trabajo! Cuando hayamos cerrado el valle, iremos en busca de los caballos y los obligaremos a meterse en la trampa.

En realidad, no podía dudarse de lo que las indicaciones de Pan suponían.

Blinky, que era el: único que no había expresado su aprobación del proyecto, dirigió a Pan una mirada de admiración.

-Me parece que tengo barro en la cabeza, en lugar de sesos-dijo disgustado-. Es tan sencillo como freír un huevo, y jamás había pensado que pudieran cazarse caballos salvajes de ese modo.

-Eso ha sucedido porque jamás has pensada en cazarlos en grandes cantidades, Blinky - replicó Pan-. El perseguir a los caballos a la luz de la luna, el echarles el lazo, el disparar unos tiros para amedrentarlos, no es un procedimiento para una caza muy numerosa. No nos convendría emplear esos procedimientos. Necesitamos recoger, por lo menos, un millar de cabezas: de una sola vez.

-¡Ja, ja l No fomentes mis esperanzas diciéndome esas cosas, Pan -le imploró Blinky, al mismo tiempo que levantaba las manos.

-Hijo mío, yo también pido piedad -dijo el padre de Pan-. No puedo creer que sea verdad tanta belleza. Ya fuese por accidente o por propósito meditado, Juan «el Embustero» decidió aprovechar aquella ocasión para hacer nuevas afirmaciones.

-Mi padre era un gran señor en Méjico. Tenía en nuestro rancho tres mil vaqueros. He ayudado a echar el lazo y cazar a más caballos salvajes que he visto en toda mi vida. Vendí el rancho de mi padre por tres mil pesos.

-¡Paso, Juan! -declaró Pan-. Me has ganado por la mano. Vamos a desenrollar las mantas, muchachos. El día ha sido muy duro y fatigoso para nosotros.

XII

El padre de Pan era buen madrugador; a la mañana siguiente despertó a todos sus compañeros antes de que el lucero del alba, claro y brillante, se hubiera hundido en el aterciopelado cielo azul.

Antes del desayuno, mientras los demás recogían los caballos o madera o agua, trepó hasta la altura de la pendiente para llegar a la escarpa situada entre el campamento y el valle. Cuando regresó, se hallaba tan excitado, a consecuencia de la gran cantidad de caballos que decía haber visto, que Pan temió que hubiera caído víctima de la misma dolencia que aquejaba a Juan «el Embustero».

-Espero que papá no se haya vuelto loco -dijo Pan-. Y en ese caso no hay duda de que nuestra suerte es muy grande. Trabajemos con todo nuestro afán. Quiero subir también a esa escarpa para verlo con mis propios ojos. Luego bajaremos al valle, estudiaremos el terreno y buscaremos, el mejor lugar para tender nuestra celada.

Blinky acompañó a Pan hasta el risco, al cual subieron por un punto situado frente al campamento. Probablemente tenía una altura de cuatrocientos o quinientos pies, y proporcionaba una magnífica perspectiva del valle. Pan apenas podía dar crédito a sus ojos. Vio caballos salvajes, tantos caballos salvajes, que durante cierto tiempo no pudo observar otro detalles muy importantes. Contó hasta treinta grupos en una sola zona del valle, que no sería mayor de quince millas de largo por siete de ancho. Aquellos grupos aislados no se mezclaban con los demás, y parecía advertirse que cada uno de ellos tenía un conductor.

Blinky lanzó algunas maldiciones ocasionadas por su entusiasmo, sin duda pensando en el dinero que tantos y tantos caballos representaba.

-¡Hum! ¡Tal! ¡Cual! ¡Hum! ¿Quién podría adivinar que esos rabos de escoba han de terminar convertidos en minas de oro? -terminó diciendo.

Mas para Pan lo que veía significaba mucho más que una fortuna. En verdad, no tenía espíritu mercenario. Los caballos habían constituido la gran pasión de toda su vida. El ganado era solamente un conjunto de cuernos, de patas, de pezuñas, para él. A los caballos los quería. Naturalmente, los caballos salvajes le seducían, le atraían más que los que daban fe de la habilidad del hombre para domarlos.

Había vaqueros de una infinita variedad de tipos y características, pero todos podrían ser catalogados en dos grandes grupos los que eran brutales para los caballos y los que los trataban con amor. Los caballos salvajes, los broncos, tenían que ser domados para que pudieran ser montados. Muchos de tales caballos odiaban la silla, el bocado, al jinete, y no podían tolerar nada de esto sino cuando habían sido domados. Estos caballos tenían que ser castigados para obligarlos a someterse. Por otra parte, había vaqueros, grandes jinetes, que solamente apreciaban a los caballos que mordían, saltaban, coceaban. Esto constituía una especie de vanidad vaqueril. Panhandle Smith no la tenía. Había domado caballos salvajes y cabalgado caballos levantiscos, pero a causa de la bondad de sus sentimientos no pudo llegar a ser tan buen jinete como habría podido si no hubiera tenido tales sentimientos. En casi todos los equipos en que Pan había trabajado encontró siempre algún vaquero, y a veces más de uno, que le derrotaron como jinete.

Como consecuencia de aquel amor por los caballos, el panorama que tenía ante los ojos hizo que su corazón se ensanchase lleno de gozo. Pan miró y remiró. Desde muy cerca hasta muy lejos, las oscuras figuras de los caballos moteaban el valle verdoso gris. En la lejanía, el valle se confundía con el azul del cielo. Muy cerca, los colores eran fácilmente apreciables. Había caballos negros y bayos, blancos y castaños, pintos que parecían cebras. El grupo más próximo a Pan se, hallaba a una distancia no mayor de una milla en línea recta. Un gran

caballo negro brillante era el jefe de la manada. Este caballo parecía obrar de una manera extraña, puesto que corría hacia delante, se detenía, elevaba la cabeza y la larga crin...

-¡El jefe! -dijo Pan, señalándole-. ¡Qué caballo más hermoso! Blinky, me parece que nos ha visto... ¡Y luego se habla de los hombres que tienen buena vista!

-¡Demonio de caballo! -exclamó lentamente Blinky mientras golpeaba un cigarrillo contra la palma de la mano-. Me parece que tienes razón.

-Blinky, ése es un semental..., un caballo maravilloso. Debe ser manso y rápido-afirmó Pan.

-Creo que es cierto que puede tenerse seguridad de que es veloz.

-¿Eres de verdad aficionado a los caballos? - preguntó Pan.

-¿Yo? ¡No, diablos l Me han coceado en el vientre..., me han mordido en la oreja..., me han tirado al barro... o al polvo con demasiada frecuencia...

-Pero ¿reconocerás que hay algunos caballos hermosos entre esos que tenemos delante? - preguntó Pan con vehemencia.

-No quiero atormentarte más, Pan. Es cierto que se ven muchos caballos muy buenos entre todos ésos. Pero deben de ser los más difíciles de cazar.

La última observación de Blinky atrajo la atención de Pan hacia lo más importante de todo para ellos: la disposición del terreno. Aun cuando hubiera en el valle más de un millón de los mejores caballos del mundo, de nada serviría que los hubiera en el caso de que no pudieran ser cazados. Por esta razón, la mirada de Pan recorrió el vallé, siguió diferentes direcciones, se lanzó hacia arriba y hacia abajo, fue desde los puntos más próximos a los más lejanos.

-Mira, Blinky, aquella brecha que cruza el valle. ¿La ves? Está mucho más próxima del otro extremo. Es una hendidura, una grieta del terreno, no hay duda. Puede constituir una ayuda maravillosa para nosotros, del mismo modo que es posible que mate todas nuestras esperanzas.

-No puedo decirte mucho viéndola desde aquí. Por esa hendidura corre el agua, cuando la hay. Ahora está completamente seca.

-Vamos a ir ahora mismo para verlo. Pero estoy casi seguro de que tiene una gran profundidad, de que es imposible escalar sus costados. ¡Imposible! Y, ¡por Satanás!, si lo es, ya podemos considerarnos unos vaqueros ricos.

-¡Ja, ja, ja! Es gracioso el modo que tienes de prodigar las palabras.

-Vamos a avanzar a lo largo de este borde; llegaremos hasta el punto a que llegó papá. ¿No fue pintoresca su exaltación?

-Está lleno de alegría. Creo que se ha animado y llenado de esperanzas desde tu llegada.

Ramas y cactos, montones de rocas agudas, espesuras de matojos y de robles, racimos de cedros enanos, todo se mezclaba a lo largo del camino; la marcha de los dos amigos fue lenta y tediosa. Al fin, Pan y Blinky llegaron al extremo de la elevación. En aquel punto se hallaban aún a mayor altura que en el lugar en que se detuvieron anteriormente.

Pan, que llegó hasta un punto favorable de observación antes que Blinky, lanzó un grita estentóreo. Su compañero se apresuró a unirse a él.

-¿Qué diablos te sucede? -dijo ahogadamente-. ¿Has visto serpientes de cascabel... o caballos?

-¡Mira! -exclamó Pan extendiendo de modo impresionante la mano.

La amarilla pendiente situada frente a ellas, muy cerca del sitio en que nacía el risco, se extendía hasta el extremo opuesto del valle. Ciertamente, esta pendiente formaba 1'a frontera sur del valle, y solamente se hallaba rota por el estrecho pasa en que se hallaban los dos vaqueros y por otra abertura más ancha situada en el extremo más lejano. Desde aquel punto se apreciaba que la grieta que había atraída la atención de Pan era casi un desfiladero en lo que se refería a dimensiones. Corría a la larga de la parte más baja del valle, y de forma brusca viraba para correr paralelamente a la cuesta.

-Blinky, supongamos que hiciéramos una cerca de árboles desde la calina hasta la quebrada. Crea que debe haber una distancia de dos millas, o acaso algo más. Luego tendríamos que cerrar algunas boquetes que haya en este lado del valle. ¿Qué sucedería entonces? -preguntó Pan en tanto que miraba ansiosamente a su acompañante.

Blinky escupió el resto del cigarrillo, lo que era un signo de desacostumbrada emoción en él.

-¡Maldita domador de caballos salvajes! - exclamó abriendo mucho los ojos y sonriendo casi burlonamente -. Ahora comienzo a comprender lo que quieres sugerirme. De verdad: desde anoche, cuando nos la dijiste, no había comprendida hasta este momento la acertado de tu indicación. Perdóname. Hasta un ciega podría ver que tienes razón, si se encontrase aquí... Unas grandes cercas, unos encerraderos grandes aquí mismo, debajo de nosotros..., una cerca larga desde aquí hasta la hendidura..., cerrar todos los huecas de salida del valle... Y, luego, acosar a los caballos... Vaquero, tan seguro como que he nacido, comienzo a ver en este minuto mi hermoso rancho de Arizona.

-Reconozco que yo también comienzo a ver algunas cosas-replicó Pan con reprimida excitación-. Dije una

vez que me parecía demasiado bueno para que pudiera ser cierto... Papá no estaba loco. No es extraño que comenzase a fantasear y perdiese los estribos... Blinky, ¿hay algún error en mis cálculos?

-¿Acerca de qué?

Acerca del' mercado para caballas salvajes.

-No. Con absoluta seguridad. Es nuevo -declaró Blinky con vehemencia-. Es un mercado que comenzó a ser explotado el pasado verano. Wiggate ganó dinero. O así la dijo. Eso es la que hizo que Hardman se metiese con sus hombres en este negocio. Es posible que el verano próximo mueran las posibilidades de ganar dinero con esta ocupación, pero no hay duda de que en estos momentos existen muchísimas. Podremos vender todos los caballos que podamos cazar, aquí misma, sin necesidad de llevarlos a otra población. Solamente hay un día de distancia desde Marca, menos que por el camino que hemos seguido. Podremos vender nuestros caballos en Marca, o enviarlos a otros puntas por ferrocarril. Yo diría que podríamos obtener diez dólares por cabeza aquí mismo, y salir a toda prisa camina de Arizona.

-Así lo creo-contestó Pan-. Necesitaremos diez días, durante los, cuales hemos de trabajar terriblemente para cortar los árboles y construir esa cerca que queremos hacer. Y todavía más tiempo si hemos de cegar algunas salidas en este lado del valle. Luego, toda lo que hemos de hacer es recorrer el valle con nuestros caballos. Con un día tendremos suficiente. Jamás he oído hablar de una caza por medio de trampa tan fácil coma ésta. Puedes tener la seguridad de que solamente podremos realizar la operación una vez, porque los caballos salvajes que no resulten apresados volarán hasta mucha distancia de este valle. Pero el tener que conducirlos hasta muy lejos, o aunque no sea más que hasta Marco... Eso constituiría un trabajo que preferiría no tener que realizar. Nos sería preciso emplear un mes, o quizá más tiempo, aun cuando sólo condujésemos una potrada poco numerosa.

-Hardman y Wiggate tienen un equipa compuesto de muchos hombres, cincuenta, según he oído decir. Los dos se han dedicado al comercia de caballos. Supongo que Wiggate compraría un millar de cabezas, que haría un esfuerza por adquirir todas las que se le ofreciesen. Procede de San Luis, y lo que sabe acerca de caballas salvajes es muy poco. He hablado en alguna ocasión con él. -Blinky, vieja amigo, ya podemos decir que tenemos vendidos esos escobones. Ahora, limitémonos a buscar el modo de atraparlos - replicó Pan alegremente -. Y escogeremos algunos de los mejores para nosotros.

-¡Y una pareja de ellos para nuestras amiguitas, compañero! -añadió Blinky haciendo grandes, gestos y aspavientos.

Más allá de la empinada pendiente, entre los matojos y los arbustos, los dos amigos se escondieron como unos chiquillos que cazasen pájaros con reclamo. Pan encontró la abertura que había entre el risco y la pendiente aún más adaptada a sus propósitos que cuanto le

Librodot

pareció en los primeros momentos. La disposición del terreno era milagrosamente ventajosa para acosar a los caballos y hacerlos caer en la trampa que se les tendía.

-¡Oh, todo es demasiado fácil! - exclamó Pan con incredulidad -. Va a resultar excesivamente cómodo. Esto me hace temer...

-Que suceda algo imprevisto, ¿verdad? - preguntó astutamente Blinky -. He pensado lo mismo que tú.

-Pero, ¿qué podría suceder?

-Pues... para exponer las cosas del modo que Gus y yo suponemos que podrían suceder, te diré lo siguiente -contestó Blinky con profunda seriedad-: Cortaremos todos los árboles que sean precisos, los transportaremos y los colocaremos. Cerraremos todas las aberturas que pueda haber. Trabajaremos hasta quedar rendidos de cansancio. Y entonces llevaremos los caballos salvajes con una rapidez tan grande como jamás han sido llevados caballos de ninguna clase.

-Bien, y luego, ¿qué?

-Los llevaremos adonde nos estará esperando el equipo de Hardman.

-¡Dios mío! Una cosa de ese género es imposible que suceda.

-De todos modos, podría suceder-replicó Blinky -. Y en ese caso, lo único que podríamos hacer sería luchar.

-¿Luchar? - repitió enojado Pan. Solamente el pensamiento de que pudiera producirse un hecho de aquella naturaleza hacía que la sangre le hirviese en las venas, que los ojos se le oscureciesen tras un velo rojo.

-Eso es lo que Ve dicho, compañero -replicó su amigo con frialdad -. Y seria una lucha terrible para nosotros, puesto que la mayor cantidad de armas y los mejores tiradores se encontrarían al lado de Hardman. Sólo tenemos tres rifles, además de los revólveres, y no muchas municiones. Recogí todo lo que teníamos y envié a Gus en busca de más. Pero Black no nos envió las municiones que le pedí, y a mí se me olvidó ir a recogerlas.

-Podemos: enviar a alguno de nuestros compañeros a Marco -dijo meditativo Pan-. Me has dado un disgusto. Jamás había pensado en esa posibilidad. Ahora veo que es una cosa que podría suceder; las probabilidades de que suceda existen en proporción de una a favor contra mil.

-Es una cosa difícil de calcular. Pero hay una probabilidad. Y los dos parecemos estar atemorizados, obsesionados por alga extraño... Todo lo que podemos hacer, Pan, es confiar en la buena suerte.

Durante el camino de regreso al campamento, Pan meditó profundamente sobre 1'a cuestión; al fin llegó a la conclusión de que eran muy remotas las probabilidades de que se operase un ataque de la naturaleza del que Blinky había expuesto y que las reacciones que tanto él como su compañero habían experimentado obedecían principalmente a la exaltación de sus imaginaciones. Los días del robo de ganados, del' robo de caballos en gran escala habían pasado ya. Las hábiles maquinaciones y las intrigas de Hardman en Marco eran de la clase de las que son corrientes entre los hombres de mala, fe que no quieren comprometer su seguridad. No había en él ningún rasgo de grandeza o de audacia, ninguno de los signos distintivos de los grandes cuatreras de la frontera. Matthews era un personaje a quien había todavía menos razones para temer. Dick Hardman era solamente un joven licencioso y calavera, un depravado a quien apenas podía tomarse en cuenta. Purcell, quizás, o algún otro hombre de su ralea, habría de ser objeto de un ataque a pistola más pronto o más tarde; pero, siendo un encuentro personal el que con él habría de celebrarse, no ocasionaba la menor inquietud a Pan. De este modo fueron aplacadas las dudas y anulados los recelos que la suposición de Blinky había provocado.

-Veamos - dijo cuando hubieron llegado al campamento-. ¿Cuántos caballos tenemos en total?

-Treinta y uno, contando los caballos de carga y ese caballejo tuyo-contestó Blinky.

-Creo que tendremos que utilizar todos. El arrastrar troncos de árboles fatiga mucho a los caballos.

-Hay algunos de ellos que no es posible montarlos; o, por lo menos, yo no pueda hacerlo.

-Coge unas cuerdas y unas cebaderas y vamos entre todos a traerlos al campamento - ordenó Pan.

Al cabo de cierto tiempo, todos los caballos fueron recogidos y llevados al campamento, donde con unas cuerdas se había improvisado un encerradero provisional.

-Bueno, compañeros; aquí hay un caballo que ninguno de vosotros ha montado todavía - dijo Blinky - y que es un buen caballo.

Se refería a un animal ancho que había atraída la atención del padre de Pan.

-No me gusta su aspecto, papá - le advirtió Pan-. Oye, Blinky, ¿qué te parece este otro caballo?

-Es la mar de difícil subirse a él, desde luego; pero creo que nunca ha habido un caballo metido dentro de tanta cantidad de cuero mejor que ése.

Par. lo agarró y lo condujo fuera del encerradero. Tan pronto como Pan lo obligó a pasar sobre la cuerda que servía de cierre, el caballo hizo un intento por ponerse en libertad y arrastró a Pan al final de una cuerda de treinta pies. Se produjo un animado forcejeo, que, finalmente, fue ganado por Pan.

-¡Eh, maldito cabezota! -gritó Pan-. Yo mismo me encargaré de montarte.

Su padre se apoderó de un caballo pardo, de cabeza erguida, que no valía gran cosa y que se condujo con sumisión hasta que hubo sido montado. Después... enarcó el lomo, saltó rígidamente y comenzó a recular. Era evidente que Smith había sido un gran jinete en sus buenos tiempos. No se cayó.

-¡Agárrate, papá! -gritó Pan con alegría.

-¡Hágalo correr, vaquero! -le dijo Blinky. Afortunadamente para Smith, el caballo no era uno de esos que poseen un fogoso espíritu demoníaco y no quieren soportar a nadie sobre su lomo. Se estiró al cabo de unos momentos, se irguió y se calmó.

-¡Quería tirarme a tierra! -dijo Smith.

Charley Brown escogió un caballo de un color gris azulado de hermoso aspecto, cuya presencia, sin duda alguna, había seducido al minero; pero resultó una a falsificación», puesto que Charley al cabo de unos momentos «mordió el polvo», según lo expuso Blinky. Por esta causa, Charley decidió volver a montar el mismo animal en que había salido de Marco. Hurd demostró que entendía tanto de caballos como del arte de montarlos. Blinky, evidentemente, estaba atormentado por el anhelo que tantos desastres ha ocasionado a los vaqueros: deseaba montar otro caballo. Por este motivo escogió uno de cabeza ancha y bayo que no parecía sino que no podía comenzar a moverse.

-Blinky, ¿has pensado en dormir un poco? - le preguntó Pan.

-¡Hum! Blinky podrá regresar a pie. He montado alguna vez ese animal de carga. Es una fiera para la comida.

-Cus, si me propusiera hacer el camino a pie, dejaría la silla en el campamento - dijo Blinky con su habitual calma.

-Blinky, yo te dejaré que montes a la grupa de mi caballo - añadió Pan.

En realidad, Pan no había tenido mucha suerte en sus esfuerzos por someter el caballo que había elegido. En todas las ocasiones en que se agachaba para sujetarle la cincha, el animal coceaba y echaba la silla a volar.

-¡Oye, Blinky, ven aquí! -dijo Pan, impaciente-. Sujeta a este simpático caballo. ¿Cómo lo llamas?

-Dunny -contestó Blinky -. Y es un caballo muy bueno aquí y en todas partes... Yo lo sujetaré.

Blinky agarró al caballo de las orejas y se las apretó; pero no sirvió de nada, de modo que Pan decidió atarle las patas delanteras. Blinky mantuvo agarrado al animal en tanto que

Librodot

Pan le ponía encima la silla; mas cuando intentó apretarle la cincha, Dunny se enderezó con un relincho salvaje y cayó hacia atrás. Habría caído directamente sobre la silla si Blinky no lo hubiera despojado de ella por medio de un manotazo. Afortunadamente para Pan, el caballo rodó primero en dirección a su flanco derecho.

-Pan, ¡deja a ese diablo en libertad: y busca otro caballo que no sea tan levantisco l -le aconsejó su padre. -No te preocupes, papá. Estoy seguro de que conseguiré montar este pajarraco.

-Compañero, Dunny se mostrará más manso después de que le hayas atado la silla y te hayas montado sobre él -afirmó Blinky al mismo tiempo que sonreía, como habitualmente, de una manera un poco burlona-. Es, no hay duda de ello, un demonio muy apropiado para la persecución de esos escobones.

Pan digo:

-Blinky, voy a dominarla en un momento... Bájale la cabeza. Písale la nariz. -Y tirando del estribo derecho, que se hallaba bajo el caballa, apretó la cincha un par de agujeros más, y luego se montó sobre él-. Déjale levantarse, Blinky.

-Perfectamente, compañero. Pero dinos antes dónde deseas que te enterremos,- contestó Blinky soltando la cuerda y saltando hacia atrás.

Dunny se puso en pie con una explosión de enojo, de furor. Pero la hizo astutamente: primero se levantó de los cuartos traseros y quedó con las patas delanteras dobladas, la cabeza entre ellas y tan rígido como un escarbafuegos. Hizo que todos los hombres y los caballos que le rodeaban se retirasen presurosos, saltó sobre la hoguera y las mantas y después, con uno de los saltos más grandes que pudieran imaginarse, corrió en dirección al terreno despejado.

-¡Bien, bien y bien! - gritó Blinky con entusiasma -. ¡Eso es montar a caballo, vaquero del demonio! ¡Bien puedes decir que eres el primero que ha podido mantenerse sobre él durante tanto tiempo!

-¡Si me tirase..., Blinky..., te daría... una buena paliza l -gritó Pan.

-¡Nada de palizas! -replicó Blinky -. Entonces necesitarás un buen doctor.

Pero Pan permaneció sobre aquel caballo, que resultó ser uno de las más fogosos. y violentos que jamás había cabalgado. Otros caballos menos fuertes le habían tirado al suelo. A1 cabo de cierto tiempo, el animal se detuvo y Pan lo obligó a volver al campamento.

-¡Bravo, vaquero! - exclamó Blinky con legítima admiración -. ¿Cómo te las has arreglado para hacerle compañía durante tanto tiempo?

-¡Ríete, idiota! - respondió ahogada y alegremente Pan-. Ahora, amigos, ya podemos ir a inspeccionar el valle. Papá vendrá conmigo. Blinky, tú y Gus dad vuelta al llegar a aquel recodo y manteneos al pie de la pendiente hasta que lleguéis al valle. No dejéis de buscar lugares por donde las caballos salvajes puedan trepar para escaparse. Charley, tú y Mac New cruzad al otro lado del valle, si podéis. Reconoced bien el terreno. Y tened los ajos' bien abiertos para que podamos hacer un cálculo de la cantidad de caballos que hay aquí.

Atravesaron la entrada del valle, donde se separaron por parejas. Pan, junto a su padre, se dirigió hacia el Sur. Encontró que las distancias eran mayores de lo que había supuesto desde el risco, y descubrió muchos obstáculos que antes no había visto. Pero, cuando hubo avanzado bastante, halló un borde baja de rocas, que en algunos lugares se convertía casi en un muro y que seguía en zigzag y se alejaba de la pendiente hasta una gran distancia. Tenía acá y allá grietas que podrían ser tapadas fácilmente con ramajes. Aquel muro serviría perfectamente para formar una parte de la cerca, y desde su final hasta la quebrada, el terrena era relativamente llano. A media milla de la elevación brotaban apretadamente los cedros de moda que el material necesario para la construcción de la cerca era fácilmente transportable.

La hondonada resultó ser una garganta de paredes verticales de unos cincuenta pies de profundidad, o acaso más, cuya suelo estaba cubierto de arena. Se retorcía un poco en dirección al Norte, y hasta donde la vista alcanzaba no difería mucho en proporciones de las del punto en que había de nacer la cerca.

-Papá, es probable que haya algunas quebradas laterales o algunos cortes, donde los caballos podrían caerse -dijo Pan-. Cerraremos, el terreno desde aquí mismo, can el fin de detener a los caballos al llegar a este punto. Verdaderamente, este enorme boquete constituiría un cepo muy buena.

Desde aquel lugar continuaron cabalgando junto a la hondonada y llegaron hasta el centro del valle. Unas bandadas de caballos salvajes corrían atropelladamente a lo lejos. Unas nubes de moviente polvo, más allá de las ondulantes tierras, revelaron a las expedicionarios que había también otros grupos de caballos en movimiento. Eran muy salvajes aquellos caballos, lo que no resultaba extraña, puesta que jamás habían sido perseguidos. Finalmente, Pan llegó a la conclusión de que muchas de las caballadas que allí estaban habían llegado al valle procedentes de otros lugares próximos a Marco. Algunas de ellas se detenían al borde de las cuestas, con las cabezas erectas, las crines agitadas por el viento, silvestres y sucios, observando a los jinetes que se movían junto a la quebrada.

Pan no encontró huellas de agua, pero no había esperado hallarla en aquella profundidad. Una subida en aquella dirección explicaba que allí hubiera mayor cantidad de caballos que en otros lugares. La salvia brotaba raquítica y escasa en las proximidades, pero prestaba al terreno un hermoso color.

Pan se había engañado en sus cálculos respecto a las dimensiones del valle. Los expedicionarios avanzaron diez millas hacia el Oeste antes de llegar a terreno más accidentado, poblado de rocas y cubierto de decreciente vegetación. La parte occidental se elevaba desafiadora y cubierta de matas; evidentemente, era un mezcla de riscos, tongas, árboles y matorrales. La mancha verde que se veía a su pie indicaba que allí¡ se hallaba agua. Pan dejó a su padre para que hiciese observaciones desde una elevación, en tanto que él avanzaba cinco, millas más. La pendiente del valle le daba una forma cóncava, y llegó un momento en que Pan pudo ver, al volver la cabeza, toda la extensión. Ante él se alineaban manchas de verdor, ampliamente extendidas, que demostraban que también había otros lugares por donde corría el agua. Unas largas hileras de caballos se movían de un lado para otro, a tanta distancia, que apenas eran visibles. Más allá de estos puntos no podía verse ningún otro caballo. La quebrada se desenvolvía, como una cinta negra, hasta perderse de vista. Las vastas líneas del valle se extendían majestuosamente desde el risco cubierto de arbolado. Era un agujero austero y gris de la tierra.

Pan volvió a, unirse a su padre.

-El valle es muy grande, y nos encontramos ante una tarea muy difícil y complicada -observó.

-Mientras tú estabas allá lejos, una caballada de doscientos animales, acaso más, pasó corriendo por ahí abajo. Venía de aquel' lado - dijo Smith con rostro inundado de alegría -. Podrán ser escobones o ramas de cactos, como los llaman tus amigos los vaqueros; pero he de decirte, hijo mío, que son unos animales magníficos. El conductor de ese grupo tenía una marea en un flanco. Era blanco, y pude verla con facilidad. Me agradaría que fuera mío ese caballo.

Papá, estoy seguro de que cogeremos algunos buenos caballos que nos llevaremos a Arizona. ¡Si pudiéramos disponer de más tiempo...

-Creo que resultaría productivo que nos quedáramos aquí durante todo el invierno.

-Es cierto. Pero, papa..., quiero... quiero llevar a Luty lejos de Marco -contestó vacilante Pan-. Cuando me pongo a pensar, me lleno de preocupaciones. Luty es todavía una criatura, y no sería difícil que la asustasen o se apoderasen de ella.

-Tienes razón, hijo-replicó sombríamente Smith -. Esos Hardman intentarán cualquier procedimiento para conseguir lo que se proponen.

-Nos atendremos al proyecto original, que es realizar una caza y una venta tan grandes como sea posible... Y luego, salir a toda prisa de Nuevo Méjico.

Cuando llegaron a la embocadura del valle, el día había concluido. En el Occidente ardían los últimos resplandores del sol poniente.

El padre de Pan demostró no estar acostumbrado a las largas cabalgadas, e hizo diversas observaciones que provocaron el regocijo del joven.

-Voy a convertirte en vaquero y domador de caballos -dijo Pan.

Cuando Juan tuvo la cena dispuesta, Blinky y Cus llegaron al campamento.

-Tengo más hambre que un lobo -dijo Blinky.

-Bien, ¿cuál es vuestro informe? - preguntó sonriendo Pan.

-Hemos visto más de cinco mil caballos -replicó Blinky-, y ¡que el diablo me lleve si no creo firmemente que hemos de atraparlos a todos!

-Habéis encontrado que este lado del valle constituye un cierre perfecto para la trampa que queremos preparar, ¿no es cierto?

-Hay algunos lugares por donde los caballos podrían trepar con facilidad, pero ni siquiera intentarán hacerlo -contestó Blinky-. El valle se extiende en pendiente hacia ese cierre; mas cuando persigamos a los caballos, los obligaremos a correr por su centro, entre la elevación del terreno y la quebrada. Correrán hasta pasar mucho más allá de los lugares por donde pudieran huir. Créeme, me mareo cuando pienso en lo que tenemos tan a la mano. Hay veces en que me parece que este valle es ni más ni menos que un corral hecho a medida de nuestros deseos.

-En medio de todo, no te falta inteligencia, Blinky -comentó Pan burlonamente -. ¿Habéis visto a Brown y a Mac New?

-No los hemos vuelto a ver desde que nos separamos de ellos esta mañana -afirmó Blinky -. Y esto me recuerda, compañero, que tengo algo que decirte. Ese amigo, Hurd... o Mac New, como tú lo llamas..., tiene un bolsillo lleno de monedas de oro.

-¿Cómo la has sabido? - preguntó bruscamente Pan. -Gus dio esta mañana un puntapié a su chaquetilla, ahí, donde Mac New tenía su camastro, y salió de uno de sus bolsillos un montón de monedas de oro. La cosa sucedió por accidente. Gus buscaba no sé qué... Se quedó muy sorprendido, y dice que Mac New se aturdió de un modo terrible. ¿Qué supones de todo esto?

-No sé qué pensar, Blinky. No hay ninguna razón para que ese muchacho no pueda tener dinero. Y, sin embargo, me parece una cosa extraña. ¿Cuánto oro tendrá?

-Doscientos o trescientos dólares -contestó Blinky-. A mí también me ha parecido extraño. Luego recordé que nos había dicho que ha hecho guardia en la cárcel durante un par de meses. Y Gus recordó que desde mucho tiempo antes de comenzar a trabajar Mac New había sido un vaquero sin trabajo. Nosotros mismos tuvimos que darle de comer en alguna ocasión en que estaba desfallecido. Ahora, compañero, creo que es posible que tenga derecho a poseer ese dinero legalmente, del mismo modo que es posible que no lo tenga. ¿Tienes seguridad en él?

-Blinky, con tu pregunta me haces ver que no es útil siempre responder a los sentimientos de amistad. Mac fue un proscrito en Montana - contestó preocupado Pan-. Un proscrito... o acaso algo peor. De todos modos, yo lo salvé un día de ser ahorcado. Esto sucedió en el río Powder, cuando yo trabajaba en el equipo X Y Z, de Hurley. Todos los hombres que lo componían eran duros. Y la culpabilidad de Mac New no estaba muy clara para mí. Como quiera que fuese, lo saqué de un lío muy complicado, a condición de que abandonase aquella región.

-¡Ah! Comprendo. Pero podría apostarse a ojos cerrados a que es ahora uno de los componentes de la cuadrilla de Hardman, lo mismo que Purcell.

-Lo era. Pero lo han despedido.

-Eso es lo que él dice.

-Blinky, ¿me aconsejas que no confíe en Mac New? -preguntó dubitativamente Pan.

-No me gusta dar consejos a nadie. Si quieres que te dé mi opinión, te diré que ahora, cuando sé lo que hiciste por él, no creo que Mac New te haga traición. Cuando las cosas llegan al corazón, no hay mucha diferencia entre los proscritos y los hombres honrados de las llanuras, si lo que se hace tiene tanta importancia como lo que me has referido.

-Bien, quiero confiar en él a causa de ese sentimiento que no puedo explicar... -contestó Pan.

Sin embargo, no quiso olvidar el posible significado de lo que acababa de averiguar. Y este pensamiento no se apartó de su imaginación. Hacía bastante tiempo que había llegado la noche cuando Mac New y Brown se presentaron en el campamento. Pan y los demás hombres se hallaban cenando.

-Hemos tenido que llegar hasta el fondo del valle para pasar al otro lado de esa hondonada - dijo Brown-. El terreno es muy accidentado. No hemos visto muchos caballos hasta que dimos, vuelta al otro lado para volver.

-Muy bien. Nada podrá ser más agradable para mí que do que me has dicho - declaró Pan-. ¿Qué tienes que decirme por tu parte, Mac?

-¿Acerca de esta cuestión de la caza de caballos salvajes? -preguntó Mac New.

-Sí, en lo referente a nuestras posibilidades para cazarlos, claro es. Tú has cazado caballos salvajes.

-Será tan malo, casi, como el robar caballos -replicó lacónicamente el proscrito-. Trabajo fácil y dinero fácil'...

-¡Oye! ¿Crees que será un trabajo fácil el arrastrar durante todo el día, bajo el sol, desde aquellas alturas, los troncos de árboles? Apenas conozco un trabajo más difícil y agotador.

A la mañana siguiente comenzaron a trabajar con el mayor afán del mundo. Toda la pendiente y la montaña se llenaron del ruido de las hachas. El padre de Pan era un hombre muy hábil para derribar árboles, y dio ocupación a dos jinetes para transportar los troncos que cortaba. El trabajo progresó rápidamente, pero la cerca no pareció crecer en proporción al trabajo realizado.

Cuando Pan arrastraba, entre una nube de polvo, troncos hacia la pendiente del valle, vio un caballo padre que se hallaba detenido junto a un cercano borde del terreno, a una media milla de distancia. ¡Qué silvestre era! ¡Con cuánta curiosidad le miraba!

-¡Más te valdría ponerte en fuga, comedor de salvia! -gritó Pan.

Dos veces más demostró aquel caballo poseer inteligencia y curiosidad. Pan no pudo ver cerca de él huellas de que hubiera ninguna caballada. Otros caballos salvajes fueron vistos en diversos lugares, pero ninguno de ellos a tan corta distancia como aquel animal gris de manchas negras. Blinky tenía seguridad de que aquel caballo no había sido salvaje siempre. Evidentemente, conocía bien los procedimientos y los modos de obrar de su archienemigo el hombre.

Gracias al esfuerzo de tres cortadores y de tres jinetes que arrastraron los troncos, la cerca adquirió una longitud de un cuarto de milla. Los trabajadores descansaron sólo una hora para comer.

-No es tanto como esperaba -declaró Pan al final de la jornada-. Pero la parte que hemos levantado es alta y gruesa. Sería necesario un caballo grande, como aquel gris que vimos, para trasponerla.

-Yo creo que lo que hemos hecho está muy bien - replicó Blinky mientras se enjugaba él- sudoroso rostro -. Además de cortar y de transportar la madera, Gus ha tenido todavía tiempo para matar un venado.

Fue una reunión de hombres sucios, cansados, cubiertos de polvo lo que cayó sobre Juan «el Embustero», a la hora de la cena. Después de haber tomado su comida, los hombres se reunieron en tomo a la hoguera para fumar y hablar. Aquella noche, Mac New se unió al grupo, y aun cuando nada tuvo que decir, escuchó más atentamente y pareció armonizar más perfectamente con sus compañeros. Pan se dio cuenta del modo con que le observaba el antiguo proscrito. La conversación, como es natural, giró en torno a cuestiones del trabajo, y especialmente acerca de la gran caza que esperaban realizar. Si hubieran podido comenzar en aquel mismo instante la persecución de los caballos salvajes, todo terminaría antes de que su ansiedad y sus esperanzas aumentasen y adquiriesen una terrible intensidad. Pero la tremenda tarea de preparar la cerca y cuanto era necesario incrementaba las esperanzas y el encanto y la

Librodot

impaciencia por llegar a aquel día en que todos habrían de correr como el viento tras los fugitivos caballos salvajes.

Al día siguiente no continuaron la construcción de la cerca, sino que se dedicaron a cerrar lo que se proponían que fuera una especie de corral. Pan hizo queda entrada a este cercado tuviese el aspecto de un pasaje entre los árboles. El material necesario fue cortado del risco y lanzado por la pendiente, por la que descendió hasta el valle. Al llegar la hora de la puesta del sol, el' encerradero estaba casi completamente concluido. Era lo suficientemente grande para contener un millar de caballos. Una tercera parte de su cierre estaba constituida por la estribación del risco.

Se necesitaron dos días más para la construcción de un nuevo encerradero, que era mayor que el anterior y que, aun cuando se abría desde el primero, no corría a lo largo de la estribación. Puesto que este nuevo corral estaba destinado a enlazar a los caballos, así como para encerrarlos, la cerca fue construida de una masa casi impenetrable de cedros de espeso ramaje y reforzada, en los lugares en que se estimó necesario, por soportes de roble. Pan puso especial interés en construir una barrera que no tuviese puntas salientes y agudas ni ramas que pudiesen producir heridas a los caballos.

-¡Por todos los diablos! No creo que hayas sido durante toda tu vida un ordeñavacas - declaró Blinky impertinentemente cuando le fue encargado un trabajo adicional en una zona de 1a barrera.

-Blinky, ahora se trata de caballos, no de vacas - contestó Pan.

-Pero, ¡hombre de Dios!, una vaca es tan sensible a las lesiones como un caballo - protestó Blinky.

Espero que dentro de un momento terminarás por afirmar que adoras a las vacas -dijo riendo Pan-. No. Es preciso que realicemos bien nuestra labor. Entonces será probable que no sufra heridas ninguno de esos caballos de pura raza que vamos a llevarnos a Arizona. -Oye, apuesto lo que te parezca conveniente a que no vas a permitirnos que vendamos ni uno solo de esos condenados escobones - añadió Blinky.

-Acuéstate, Blinky -lo recomendó Pan con fingida compasión-. Estás agotado. No sabes lo que dices. Lo que vamos a hacer no es como perseguir caballos a la luz de la luna.

Durante los días sucesivos, Pan hizo que el trabajo progresase desde el alba hasta el anochecer. Una semana más tarde, la cerca estaba concluida. Era un obstáculo que pocos caballos podrían saltar. Pan pensó que le agradaría ver qué caballo seria capaz de hacerlo.

Siguiendo la terminación de, la cerca, construyeron una barrera a través de la hondonada. Y después, para tener mayor seguridad, Pan repartió su equipo en tres parejas, cada una de las cuales llevaba instrucciones precisas para cerrar todas las salidas que pudiera haber a lo largo de la barrera de la hondonada y en los lados de la estribación.

Durante 1'a última parte de su trabajo, las bandas de caballos salvajes se alejaron más en dirección al Oeste. Pero ninguna de ellas abandonó el valle, según observó Pan. Los caballos parecían mostrarse cautos y curiosos. Luego se perdieron de vista al trasponer los accidentes del gran óvalo del valle.

La noche en que concluyeron la tarea, después de dos semanas de ininterrumpido trabajo entre el calor y el polvo, fue una noche de explosiva satisfacción para todos los que la realizaron.

-Compañeros, nuestro amigo, Panhandle, es un hombre en quien podemos tener completa confianza y al que todos debemos ayudar y secundar -declaró Blinky -; pero os ruego que me perdonéis si os digo que no quisiera pertenecer a ningún equipo del que él fuera capataz.

-Blinky, muy pronto serás vaquero, capataz, dueño..., serás todo un equipo completo en tu rancho de Arizona. -Estoy seguro de ello. Y querría beber una copita para brindar por eso..., en el caso de que alguno de vosotros tenga un poco de bebida.

Podría haber algunas otras en el campamento; pero la botella de Mac New fue la única que salió a luz. La botella pasó de mana en mano.

-Ahora, escuchadme, compañeros - dijo Pan cuando todos se hubieron instalado cómodamente junto al fuego-: Todo ha concluido, excepto el gritar... y el cabalgar. Escucha tú también, Juan, puesto que tendrás que montar a caballo y acompañarnos. Tan pronto como asome la luz del día tomaremos los caballos frescos que hemos reservado para este fin y cruzaremos el valle. La distancia es bastante larga, pero deseo que vayamos detrás de esas caballadas salvajes. Preparad las pistolas y todas las municiones de que podáis disponer. Estableceremos puestos en los lugares más convenientes, lugares que dependen del sitio en que se encuentren los caballos. Supongo que lo haremos a unas diez millas en dirección al Oeste. Veréis, cuando lleguemos allá, que el cuello del valle se estrecha hasta el punto de tener muy poca anchura en su final. Es posible que no sea más ancho de unas dos millas, y el terreno es bastante llano. Nos repartiremos a lo ancho de este cuello, a iguales distancias unos de otros, y comenzaremos a perseguir a los caballos. Si comenzamos bien y no permitimos que ninguno de ellos cruce nuestra línea, muy pronto conseguiremos obligarlos a ponerse en marcha y las diferentes caballadas marcharán delante de nosotros. Corred como diablos, gritad y disparad para forzar a correr en dirección contraria a los caballos que intenten huir pasando entre nosotros. Tan pronto como hayamos lograda que un centenar de ellos comiencen a correr, los que se encuentren delante se espantarán y huirán despavoridos y se lanzarán a correr antes de habernos visto. Naturalmente, puesto que el valle se ensancha, habremos de separarnos unos de otros. Pero si conseguimos que los caballos se dispersen delante de nosotros, no tendremos que preocuparnos por hallarnos tan separados. Cuando la carrera haya comenzado, se convertirá al cabo de poco tiempo en una verdadera desbandada. Es seguro que algunos caballos lograrán burlar nuestros esfuerzos, de uno o de otro modo, pero, de cualquier manera, conseguiremos que por lo menos la mitad de los que hay en el valle se dirijan hacia nuestra cerca. Ésta los obligará a volverse en dirección a los encerraderos. Los encerraremos en ellos... y ¡para eso hace falta correr y sudar mucho, compañeros!

Blinky fue quien contestó más ruidosamente a la larga arenga de Pan. Pan creyó que comprendía las razones de la extraña alegría de su amigo. En medio de todo, ¿qué le importaban a Blinky los caballos o el dinero? Había sido vaquero sin hogar, un vagabundo, un hombre inquieto y amigo de la bebida, que tenía pocos amigos; y éstos, solamente lo habían sido durante el tiempo que duraba algún trabajo. El éxito de su aventura, si el éxito la acompañaba, significaba que Blinky podría realizar el acto más trascendental de toda su vida. Tomaría a la muchacha, Louise, la alejaría del ambiente que la rodeaba, le daría un nombre honrado y un amor grande, y con ella se elevaría o con ella caería. Pan tenía fe en la naturaleza humana. Sus actos de fe habían dado siempre frutos.

Los cazadores prolongaron la reunión hasta más tarde de lo habitual, y hubieron de ser advertidos en dos ocasiones del extenuador trabajo que los esperaba para el día siguiente.

Cuando Pan iba a acostarse, Mac New siguió entre la oscuridad.

-Smith, necesito hablar unas palabras contigo - dijo el proscrito en voz baja. Sus ojos brillaban intensamente sobre la oscuridad de su rostro.

-Estoy dispuesto a escucharte - replicó Pan, que se estremeció ligeramente.

-Puedo decir que soy uno de vosotros, ¿verdad? - preguntó Mac New.

-¡Claro que sí! No habría sido posible desear un trabajador mejor que, tú. Y si las cosas resultan del! modo que espero, me propongo doblar tu cantidad de dinero.

-Bien, no es ésa la razón por la cual he venido - añadió el otro apresuradamente -. Por otra parte, tampoco lo hago por propia iniciativa. Hardman ha oído hablar de tu proyecto de encerrar los caballos para apoderarte de ellos. Esto sucedió después de haberme despedido sin pagarme lo que me debía. Me mandó llamar y me ofreció oro- a cambio de que intentara trabajar a tu lado y de que le informase en el caso de que consiguieras atrapar una cantidad grande de caballos.

Al decirlo, el proscrito hizo tintinear las monedas de oro que tenía en el bolsillo.

-Acepté el oro y respondí que haría lo que me indicaba - continuó lentamente Mac New -. Pero jamás he pensado en hacerte traición. Es cierto que debería habértelo dicho antes. Pero la ocasión no ha llegado hasta esta noche...

-Gracias, Mac - replicó Pan al mismo tiempo que tendía su mano al proscrito -. No he tenido temor a confiar en ti... Por lo visto, Hardman se propone hacer una jugada de altura, ¿eh?

-Supongo que sí.

-Muy bien, Mac. Creo que eres sincero conmigo - contestó Pan.

Cuando el proscrito se hubo separado de él, Pan se sentó en su camastro y meditó sobre el último aspecto de la situación. La revelación de Mac New era lo que esperaba Pan de un personaje como él. Aun cuando fuese malo, parecía un hombre bueno si se lo comparaba con el codicioso y taimado Hardman. Aun reconociendo la gradual degeneración de Hardman, Pan no podía llegar a convencerse de que tal hombre pudiera ser capaz de cometer maldades de la naturaleza de la que se proponía ejecutar. Sin embargo, su intento de sobornar a Mac New ofrecía un aspecto muy poco dudoso. A Pan no le agradaba. Si no se hubiera hallado en vísperas del final de su empresa, habría enviado a Blinky a (Marco, o hubiese ido él mismo, para ver si era posible localizar a los caballistas de Hardman. Pero ya era demasiado tarde. Pan no quería aplazar el momento supremo de su aventura, sucediera lo que sucediese.

XIII

La frialdad de la noche recordó a Pan que aún no había desenvuelto sus mantas, lo que intentó hacer cuando llegó Mac New para ofrecerle la información que tan sombríos pensamientos suscitó en él. Se acostó; mas, a pesar de los grandes esfuerzos que había realizado durante el día, el sueño no quiso acudir a sus llamadas.

Estaba tumbado bajo el techó transparente de una pantalla de ramas a través de la cual brillaban intensamente las blancas estrellas. Por espacio de diez años, o quizá de más tiempo, había dormido casi todas las noches a cielo raso, entre el viento y bajo la lluvia o la nieve, o bajo la observación de las vigilantes estrellas. Desde los primeros días de su vida en las llanuras había tenido la costumbre de observar a su vez las estrellas y preguntarse cuál era el mensaje que parecían transmitirle. Aquella noche las estrellas le llenaron de inquietud. Más allá de las elevaciones de la tierra, a pocas millas de distancia, las mismas estrellas brillaban ante la ventana de la pequeña estancia de Luty, acaso iluminando su hermoso rostro. Las estrellas semejaban decirle que las cosas no marchaban del todo bien en la imaginación ni en el corazón de Luty. No podía desechar este vago temor que fe atormentaba, y anhelaba que llegase la hora del amanecer para que la luz del sol despejase las enfermizas dudas y las sombras que llegaban hasta él envueltas en el manto de, la noche.

Y continuó inmóvil y despierto por espacio de varias horas, absorto en sus pensamientos. La noche no era tan silenciosa como en otras ocasiones. Los caballos estaban inquietos, como si algún animal se arrastrase cerca de ellos. Pan oía el repentino golpear de sus patas cuando cierta cantidad de caballos cambiaban de lugar. Los coyotes ladraban a coro en el valle. Un viento frío estremecedor, agitaba las ramas de los árboles y le azotaba el rostro. Uno de sus compañeros, Blinky, según supuso, estaba roncando, sonoramente.

Pan experimentó un creciente temor a cosas desconocidas. Su sensible imaginación había aumentado la amenaza indicada por Mac New. Era una cuestión de, sentimientos que ningún razonamiento podría despejar. La medianoche llegó antes de que Pan consiguiera caer en brazos de un sueño lleno de inquietud.

Juan «el Embustero» llamó a los hombres a las cuatro de la mañana. El desayuno estaba casi completamente preparado. Los cazadores abandonaron el descanso entre lamentos y quejas, llenos de sueño, con las articulaciones embotadas, con la cabeza fatigada. Blinky necesitó que se le llamase dos veces.

Comieron bajo la luz gris del alba, silenciosos y sombríos. El caliente desayuno actuó favorablemente sobre sus cabezas y sus corazones, y unas rápidas acciones que hubieron de realizar para apoderarse de los caballos y ensillarlos los devolvieron a la normalidad.

El lucero de la mañana comenzaba a engolfarse en un cielo intensamente azul cuando los siete hombres se pusieron en marcha para realizar el duro trabajo que les esperaba. El valle era un hueco grande y oscuro, gris, silencioso, que no mostraba a los cazadores los tesoros que ocultaba. Cruzaron la hondonada al pie de, la cerca, donde había preparado un lugar para la entrada y la salida, y volvieron hacia el Oeste a vivo trote. El valle se aclaraba y la luz era opaca todavía. Como un mar ondulante se extendía hacia el Oeste y el Norte, partido por la línea oscura y fina de la hondonada y moteado por las manchas de los caballos salvajes.

En la parte oriental del cielo, sobre la abertura del valle, la luz rosada incrementó su color y se tornó primeramente rosa y luego roja. Un disco de dorado fuego contorneó la línea del horizonte. Toda la campiña parecía transformarse rápidamente, llenarse de vida. Había salido el sol de aquel día memorable para Pan Simth, para su padre, para Blinky Somers. ¡Nada de las negras dudas y de los temores de la noche! Pan podría haberse reído burlona y despectivamente de sí mismo. El sol había salido. ¡Qué hermoso era el valle! En él se

Librodot

encontraban millares de caballos salvajes pastando, acá, allá, por todas partes. El pensamiento de la maravillosa hazaña que se hallaban a punto de realizar, de aquella sorprendente persecución, llenó de encanto y fascinación el corazón de Pan. ¡Caballos! ¡Caballos! ¡Caballos! La hora, el paisaje, la cabalgada inmediata le atrajeron con más fuerza que ninguna otra cosa del mundo. La emocionante captura de 'caballos salvajes habría sido suficiente por sí sola para elevarlo a las mayores alturas del optimismo y del entusiasmo. Y todo esto era mucho más atractivo aún porque encerraba una esperanza de felicidad para los seres a quienes más quería.

Eran las siete de la mañana cuando Pan y sus acompañantes llegaron a la elevación occidental del valle, a unas doce millas de distancia de la cerca y de los encerraderos. Desde aquel punto de observación, Pan podía ver toda la campiña con solamente mover un poco los ojos. Y lo que vio en ella hizo que los ojos que lo observaron brillasen con más fulgor.

¡Caballos salvajes por todas partes, como las manchas de unas matitas en la pradera abierta y ondulante! -Compañeros, vamos a comenzar a recorrer el valle hasta encontrar el lugar en que habremos de separarnos para comenzar el acoso - dijo Pan.

-Me parece que los caballos que están allá abajo se mueven en esta dirección - observó Blinky, que tenía una mirada de águila.

Los ojos de Pan eran muy agudos también, pero no podían ser comparados en este aspecto con los de Blinky. Este vaquero tenía los instrumentos de visión humana más perfectos que existen: unos ojos claros, de un color gris, como los de un águila. Los ojos oscuros no pueden ver a tanta distancia en las llanuras o en el desierto como los azules o los grises. Y resultó que, efectivamente, tuvieron que avanzar una milla a lo largo del valle antes de que Pan pudiera observar que los caballos se movían hacia él.

Bien, es de suponer que eso no tenga importancia -indicó Blinky-. Pero también es posible que la tenga. Los caballos suelen ir y venir de un lado para otro, sin fin ni objeto. Si encontramos algunos grupos que vengan hacia aquí, los obligaremos a volverse. Y eso nos resultará útil.

Pan hizo que se hiciera un alto donde se hallaban y, después de haber paseado la mirada por todo el valle, añadió

-Nos separaremos aquí... Mac: tú y Brown id hacia la pendiente. Mac se detendrá a media milla de distancia, poco más o menos. Brown irá a la misma pendiente, donde encenderá una hoguera para que podamos ver el humo... Concédenos alrededor de cinco minutos, por ejemplo, para ver el humo, y luego comienza a avanzar. Supongo que habremos de continuar en nuestra formación hasta el momento en que los caballos empiecen a correr. Y cuando hayamos llegado junto a la entrada, cada hombre procederá con arreglo a su propio criterio. Estoy seguro de que habrá una desbandada de caballos salvajes.

Pan ordenó a Juan «el Embustero» que ocupase un puesto a la distancia de una milla de Mac. Gus y Blinky recibieron instrucciones de colocarse a distancias iguales entre sí y Juan. El padre de Pan se fue con ellos para colocarse sobre el borde de una pendiente a una milla de distancia. Pan permaneció en el mismo lugar en que detuvo su caballo.

-Es mucho trabajo para todos ellos, aun para papa -se dijo medio regocijado al observar su propia ansiedad infantil. Durante toda su vida había anhelado correr una aventura relacionada con caballos como aquélla que había iniciado.

Desde donde se hallaba podía ver aproximadamente la mitad del suelo del valle. La otra mitad estaba oculta por los desniveles del terreno y oscurecida por la neblina y las nubes de polvo amarillo que se elevaban acá y acullá. Aquellas nubes no se habían presentado hasta un cuarto de hora antes, sobre poco más o menos, y provocaron en Pan una curiosidad que casi se convirtió en ansiedad. Seguramente eran originadas por algunas caballadas que corrían.

Repentinamente, un disparo sonó a la izquierda de Pan. Su padre estaba elevando el sombrero y el revólver. Lejos, ante el oscuro fondo de la pendiente, se elevó una delgada columna de humo azul. ¡La señal de Brown! Unos momentos más tarde, la carrera y la persecución debían comenzar.

Librodot

Pan se apeó para apretar la cincha del caballo.

-Bien, Sorrel, viejo amigo, me parece que estás en buen estado para la carrera que nos espera - dijo en tanto que acariciaba el brillante cuello del animal -. Pero supongo que esta noche no te hallarás tan descansado ni tan gordo como ahora.

Cuando volvió a montar el caballo vio que su padre y otro caballista, el más próximo a él, dirigían sus caballos hacia el Sur. E hizo lo mismo con Sorrel. La carrera había comenzado, el acosó se iniciaba. Pan agitó el sombrero en el aire para que lo viera su padre. Y luego lo movió en dirección a su hogar, como si de este modo quisiera enviar algún mensaje a Luty.

Pan comenzó a correr al trote. No era fácil contener a Sorrel. El caballo quería correr. Seguramente venteaba los caballos salvajes. Pan sabía que el caballo había disfrutado de un descanso largo. Muy pronto se encontró corriendo sobre una de las depresiones del terreno, las depresiones que daban al valle el aspecto de un mar rizado. De este modo, perdió de vista el terreno del fondo. Cuando, media milla más allá, hubo llegado a una cresta del terreno, vio que grupos de caballos salvajes, en cantidad suficiente para constituir una línea quebrada que ocupase la mitad de la anchura del valle, corrían hacia él. Seguían

la dirección del Norte y avanzaban con cierta velocidad, a un par de millas de distancia. Más allá de ellos, otras caballadas diseminadas e indistintas, pero todas en movimiento, convencieron a Pan de que algo había puesto en movimiento a los caballos o que éstos habían intuido el próximo acoso.

-¡No importa! -gritó sonoramente Pan-. ¡Vamos a haceros correr de un modo terrible, y a cazar a muchos de: vosotros!

La ancha línea de caballos no se mantenía intacta. Se dividió en diversas secciones, luego en grupos menores, la mayoría de los cuales volvió hacia la izquierda. Pero un grupo de alrededor de veinte animales continuó avanzando hacia Pan que detuvo a Sorrel. Los caballos llegaron hasta un centenar de metros de él y se detuvieron súbitamente. ¡Qué rollizos y qué brillantes eran! Todos tenían erguidas las delgadas cabezas y estiradas las orejas.

Una yegua de color gris conducía aquella cabalgada. La yegua pareció silbar estridentemente, y un enorme caballo padre, ruano, salió de entre el grupo y se adelantó. El caballo saltó como si hubiera sido aguijoneado y, tomando la dirección del grupo, se dirigió a la izquierda de Pan, sin duda con el propósito de pasar junto a él. Mas para hacerlo habrían de correr cuesta arriba, en tanto que Pan se encontraba en terreno llano. Pan se volvió antes de que los caballos pudieran llegar a mitad del camino de un punto situado a la misma distancia del caballista más próximo. Y todos se alejaron después de volver grupas, en dirección contraria a la primitiva, a todo correr. El espectáculo era hermoso. El caballo y la yegua marchaban delante, como conductores, y tras ellos iban los demás, con las crines y las colas tendidas al viento. El polvo brotaba rápidamente bajo sus patas.

Pan se volvió de nuevo para regresar a su puesto en la línea de los jinetes. Desde aquel punto podía ver mejor. Vio a su padre, a Gus y a Blinky, que se acercaban unos a otros para obligar a emprender una carrera a varios caballos dispersos. Los conductores de estos caballos eran más rápidos que los caballos que montaban los acosadores y consiguieron cruzar la línea; pero la mayoría de las diversas caballadas volvieron grupas y huyeron. Unos disparos de revólver fueron útiles para apresurar su huida valle abajo.

Dos pequeñas caballadas aparecieron cerca de la hondonada y marcharon en dirección oeste. Pan apremió a Sorrel a correr con el fin de detenerlas. Todos aquellos caballos estaban sucios y eran diferentes, aun cuando habría entre ellos una veintena o más de los «rabos de escoba» que justificaban el empleo de este calificativo tan poco adulador. Eran tan salvajes como conejos silvestres, y al ver a Pan dieron vuelta y corrieron como el viento en dirección contraria. Pan vio que ante ellos se volvía otra caballada más numerosa. Había confiado en que se produciría este hecho. Muchos casos tan afortunados como aquél harían que el acoso resultase más fácil. Hasta una línea de caballos que corría por la derecha parecía tener intención de cruzar el valle, desde la hondonada a la pendiente. Pero todo esto parecía

Librodot

demasiado esperar, era mucho más que cuanto Pan podría haber supuesto que sucedería aun en los momentos de optimismo más exagerado.

Pan perdió otra vez de vista los caballos y a sus compañeros al cabalgar por una depresión del valle. La pendiente que tenía ante sí era suave y gradual y llegaba hasta bastante altura. Pan tenía interés en inspeccionar el campo desde aquel punto de vista. Sin embargo, no se apresuró. En cualquier momento podría disponer a sus lados del espacio suficiente para poder correr a la derecha o hacia la izquierda, según las circunstancias aconsejasen. Cuando los caballos llegaran a su mismo nivel, o muy cerca, sería imposible obligarlos a retroceder.

No obstante, hasta que no hubo, llegado a la elevación siguiente no vio más caballos salvajes. Entonces se encontró ante varias millas de terreno casi por completo llano, en el que solamente había una ligera inclinación hacia la izquierda. Por primera vez vio a todos los caballistas. Todos iban constituyendo una línea regular. Como Pan había previsto, el acoso se alejaba poco a poco de la hondonada y en dirección diagonal hacia la cuenca que constituía el fondo del valle. Unas cuantas caballadas corrían hacia el Sur, envueltas en pesadas nubes de polvo. No había ni un solo animal a menos de una milla de Pan. Los otros hombres, más allá del lugar que ocupaba el padre de Pan, pronto se verían forzados a correr a toda la velocidad que sus monturas lo permitiesen.

Mientras Pan continuaba marchando a un trote rápido vigilaba constantemente por todas partes con la esperanza de ver caballos que surgiesen de alguna hondonada o que apareciesen sobre el filo de las pendientes. Y también dirigió rápidas miradas de vez en cuando en las direcciones que se hallaban sus compañeros. Todos marchaban delante de él', cada vez mas hacia la izquierda. Por esta causa, un ancho espacio separaba a Pan de su padre.

Esta circunstancia le ocasionó alguna inquietud, porque muy pronto se hallarían todos a un mismo nivel, donde espesas cortinas de polvo amenazaban cerrar el valle e imposibilitar la visión a partir de cierta distancia. Si los caballos salvajes decidían volver grupas v correr valle arriba, el acoso produciría un espléndido resultado.

De repente, cerca de la hondonada, Pan vio una cantidad de caballos que surgía de entre la neblinosa cortina de polvo, y corrió hacia ellos con el fin de interceptarles el paso. Al acercarse más, se sorprendió descubriendo que corrían a una velocidad desesperada. Los caballos parecían haber sido asustados y decididos a arrollar a Pan en su loca carrera; Pan tuvo que recurrir a la utilización del revólver para obligarlos a retroceder. El revólver era un arma del calibre 45, y el sonido de su explosión era terrible. Luego, una vez que los caballos hubieron retrocedido, tuvo que correr hacia atrás durante cierto espacio para evitar que pudieran rodearle.

Finalmente retrocedieron hacia la zona oscura, de la que se elevaba el polvo y que constituía la parte honda del valle. Esta pequeña carrera había calentado a Sorrel y provocado en él el deseo de correr. Pan descubrió que su montura veía los caballos salvajes mucho antes que él y que deseaba lanzarse impetuosamente en su persecución.

Pan caminó una milla en dirección a la izquierda hacia lo alto de la pendiente, y también hacia delante. Desde allí pudo ver a su padre y a otros dos caballistas, que iban un poco delante de él y que disparaban unos tiros en dirección a la cortina de polvo que se elevaba ante ellos o detrás de ellos. El terreno en aquella Darte del valle era seco, y aun cuando aparecía cubierto de hierba y de salvia, tenía también muchas zonas sin vegetación, que era de las que se elevaba la pesada nube de polvo amarillento que ocultaba a los caballos.

Pan tenía que cuidarse de una línea da más de dos millas de ancho, y esta anchura crecía a medida que avanzaba. El acoso tomó la dirección de la izquierda, hacia el vértice en que se unían la cerca y la vertiente. Todo ello estaba todavía a varias millas de distancia. Pan pudo ver en la lejanía algunos puntos que le eran conocidos. Muchas caballadas se encontraban en movimiento, y podía vérselas corriendo de un lado para otro cuando cruzaban ante alguna de las zonas que no se hallaban inundadas por la nube de polvo. Pan quería quedarse en algún lugar claro desde el que le fuera posible ver distintamente lo que tenía ante

sí, pero ya se encontraba detrás de sus camaradas. Ya no llegaba ningún caballo procedente de la hondonada. Por esta causa, Pan se encaminó hacia el lugar en que había visto últimamente a su padre, y renunció a cualquier intento, ateniéndose así a las normas que él mismo había establecido para realizar el acoso.

Resultaba evidente que sus compañeros habían roto muy pronto la línea de ataque que formaron. Probablemente, esto se debía a que el número de caballos que corría era demasiada grande, lo que hacía imposible que se mantuviese tras ellos un frente uniforme. Pero Pan pensaba que podría haber hecho algo mejor. Vio grupos muy numerosos de caballos que pasaban junto a él en dirección a la izquierda. Habían roto la línea de ataque, cosa que no era inesperada. Sin duda, la masa mas compacta -de caballos corría a la desbandada en dirección al Sur.

Pan permitió que algunos caballos aislados o algunos grupos muy poco numerosos pasasen hasta situarse detrás de él. No pudo ver que hubiera caballadas más numerosas que corriesen en dirección contraria a la que le convenía. Corrió de un lado para otro, a un paso rápido, a través de la cuenca oscurecida por el polvo, y obligó a retroceder a cuantos caballos pasaron cerca de él. La mezcla de polvo y de animales se espesaba. Pan oía el retumbar de los cascos, aquí, allá, por todas partes, y la masa de sonido se dirigía hacia el fondo. En aquel momento le pareció encontrarse rodeado de polvo y de veloces caballos. Lo que le rodeaba semejaba un inmenso corral de caballos empavorecidos que corriesen a través de una cortina de polvo tan espesa, que no podían ser vistos a una distancia de cien pasos. Pan obligó a los caballos a volver grupas y correr en dirección contraria a la que anteriormente llevaban, pero no podía suponer cuánto tiempo tardarían en seguir de nuevo la dirección anterior y en eludir su persecución.

En una ocasión le pareció ver un jinete sobre un caballo blanco; pero no pudo tener la seguridad de haberlo visto. Finalmente, llegó a la conclusión de que se había engañado, puesto que ninguno de los caballos de Blinky era blanco.

Aquel revoltijo de animales asustados en la cuenca polvorienta era desagradable. El acoso se veía dificultado por la oscuridad. Todas las esperanzas de Pan se cifraban en su creencia de que el núcleo principal de caballos salvajes continuase corriendo en la misma dirección que anteriormente.

Después de haber recorrido una gran distancia entre el polvo y el calor de la parte baja del valle, Pan surgió en un lugar en que la atmósfera era más transparente.

Continuó avanzando. Había caballos por todas partes y resultaba ridícula la aspiración de perseguir a todos los que encontraba.

Finalmente, no hubo ningún caballo corriendo hacia el terreno que Pan dejaba tras de sí; todos corrían a través del valle hacia la derecha, hacia la izquierda o hacia la parte baja. Cuando Pan llegó al punto en que la hondonada terminaba, un magnífico espectáculo se ofreció a sus ojos.

Una masa larga y negra de caballos corría a toda velocidad hacia los encerraderos, hacia la cerca y a los huecos que les daban entrada. Unas columnas de polvo se rizaban desde detrás de ellos, como columnas de humo, y quedaban suspendidas en el aire inmóvil. Pan vio caballistas detrás de él y a su izquierda. Acaso había sido él el único que caminara por la parte baja del valle. Las muchísimas y dispersas caballadas, que se habían hundido en una sola masa, lo cruzaron sin duda. Se encontraban a una distancia de cuatro millas. Pan vio que debería cruzar el valle por la derecha para encauzarlas hacia el lugar en que la cerca se unía a la quebrada. En el caso de que los caballos se desviasen, como seguramente harían todos ellos, o por 1o menos una parte, le sería posible obligarlos a seguir la dirección deseada. Con este fin, dio rienda suelta a Sorrel y corrió espléndidamente por espació de varias millas, hasta llegar al punto medio situado entre la cerca y la quebrada.

Allí, desde una elevación del terreno, observó la rapidez del movimiento de las columnas de polvo y vio la negra masa de caballos que atravesaban el valle con la ruidosa velocidad de una tormenta. Aquel espectáculo valía por todo el trabajo que había ocasionado

y por todo el tiempo que su preparación requirió, aun cuando no fuese posible capturar ni un solo animal. Pero Pan, con el corazón inundado de gozo y con alegre mirada, adquirió la seguridad de que el éxito de su empresa sería muy superior a lo que había esperado. Habría alrededor de cinco mil caballos en aquella masa, diez veces más de lo que había visto antes de que comenzara el acoso. No podían todos ellos pasar a través de la estrecha entrada que daba acceso a los encerraderos. Pan se preguntó asombrado cómo la pequeña cantidad de caballistas que le acompañaban había podido conseguir un resultado tan satisfactorio. ¡Buena suerte l ¡La topografía del valle! Los caballos salvajes siguieron la línea de menor resistencia; y el terreno llano, o el otro ligeramente inclinado, favoreció su dirección hacia la cerca y la trampa que Pan y sus hombres imaginaron y construyeron.

«Me parece que papá y el resto de mis acompañantes han debida de girar en esta dirección», se dijo Pan mientras recorría el valle con la mirada.

Era muy conveniente, desde luego, pero Pan no podía comprender cómo habrían podido realizarlo. Acaso fueron lo suficientemente astutos para comprender que los caballos salvajes deberían de haber ido a lo largo de la cerca o pasado a través de su abertura.

Y observó ansiosamente. Como quiera que fuese, lo que habría de suceder se produciría muy pronto: tan pronto como aquellos rápidos caballos salvajes hubieran recorrido una milla más. Vio que se extendían y giraban al llegar al pie del risco, que lo rodeaban, que la masa negra de animales comenzaba a desintegrarse. Unas nuevas nubes de polvo se elevaron sobre un lugar. ¡Qué remolino más terrible de caballos furiosos debería de haber allí! Pan los perdió de vista durante unos momentos. Luego, de la cortina amarilla surgieron unas largas hebras negras que se dirigieron desde la cerca en dirección a Pan y recomenzaban en sentido contrario a recorrer el mismo camino que anteriormente habían seguido. Pan exhaló un -grito estentóreo de triunfo. Sabía que aquello significaba que los caballos se habían lanzado como una masa hacia el vértice situado entre el risco v la cerca.

-¡Hurra! - gritó Pan, emocionado-. Es seguro que hemos triunfado.

Y espoleó a Sorrel para dirigirse hacia los caballos que corrían a lo largo de la cerca y que llegaban en grupo, en líneas, atropelladamente a lo largo de la carrera de cedros.

Pan se enfrentó con ellos al mismo tiempo que lanzaba potentes gritos y exclamaciones. Los animales, frenéticos y enloquecidos, volvieron grupas. Pero algunos de ellos se alejaron del terreno un poco profundo a través del cual había sido construida la cerca. Pan los obligó a retroceder hacia el grupo principal, hacia la gran masa negra y polvorienta de caballos que corría entre la cortina amarilla.

Repentinamente, Pan pudo ver un caballo negro, grande, que corría hacia él. Recordaba bien a aquel caballo. Y el deseo de capturar el magnífico ejemplar se apoderó de modo imperioso de el. Todas las ventajas estaban de su parte.

En el momento que juzgó más favorable, Pan espoleó a Sorrel para interceptar el paso al caballo negro; pero éste, enloquecido por el terror y poseído del instinto de la carrera, no quiso apartarse del camino de Pan. Se acercaba a él tan rápidamente como el viento, con la cabeza, delgada y negra, surgiendo de la masa de polvo, con las crines agitadas por el viento. Era un animal al mismo tiempo hermoso y empavorecedor. Pan se vio forzado a apartar a Sorrel de su camino. Después, Pan, que tenía el caballo negro entre sí y la cerca, dejó a Sorrel en libertad. La carrera comenzó y Pan llevaba la ventaja. Pero no sucedió así durante mucho tiempo. El caballo negro pudo huir de Pan. Éste querría haber disparado, pero pensó que sería preferible no utilizar sus últimas municiones. ¡Qué paso más hermoso, qué manera más admirable de' correr l Era un caballo grande, fuerte, lleno de fortaleza y de agilidad, que maravilló a Pan; sabiendo que no podría apoderarse de él, el vaquero cruzó el terreno en dirección a la quebrada. Y entonces vio que el caballo negro, hallándose ante el abismo que se abría a sus pies, volvióse en dirección a la cerca, e incrementando la velocidad de su maravillosa carrera, dio un salto magnífico sobre la obstrucción que tenía ante sí. Con este salto salvó el obstáculo de los troncos y cayó entre la barrera de ramajes, camino de su libertad.

-¡Es maravilloso! - gritó Pan con admiración; y deteniendo a Sorrel observó cómo desaparecía el caballo negro.

Cubierto de polvo y de sudor, Pan se dirigió de nuevo hacia los encerraderos. Tanto él como su caballo estaban cansados. A lo lejos, hasta el lugar que su vista alcanzaba, los caballos salvajes corrían por el valle. Pan calculó que veía muchos millares, pero no constituían una masa negra y espesa como anteriormente, no eran unas nubes de caballos como las que había visto en aquel rincón del valle.

Estaba agotado, cansado, pero podría haber cantado para expresar su alegría. Por fortuna, sus pensamientos volvieron a posarse en Luty y en el porvenir. Pan elegiría una pareja de hermosas jaquitas para ella y las domaría pacientemente. Encontraría también algunos caballos ágiles y fuertes para sí. Entonces, como en otras muchísimas ocasiones, volvió a pensar en su primer caballo, Curly. Ninguno podría jamás ocupar en su aprecio el lugar que aquél había ocupado. Pero ¡cómo le habría entusiasmado poseer aquel negro caballo padre l

«Sin embargo, casi me alegro de que haya huido», se dijo Pan. .

La tarde, ya próxima a terminar, estaba oscura a causa de la gran cantidad de nubes de polvo que se habían elevado del valle. Cuando Pan llegó cerca del punto final de la barrera, que se hallaba todavía a gran distancia del boquete que constituía la entrada a los encerraderos, se sorprendió al no ver hombres ni caballos. Los anchos boquetes se hallaban cerrados, y tras ellos, y sobre el risco, se veían nubes de polvo que parecían de humo y que se elevaban lentamente, como si hubieran sido provocadas un momento antes.

-¡Caballos en los encerraderos! - murmuró -. Es seguro que estarán llenos... ¡Dios mío! Ahora se nos presenta un problema... No sé si podremos mantener a un millar de caballos aquí por espacio de una semana, acaso de diez días... Hay agua y hierba... De todos modos, me parece que intentaré hacer la venta mañana mismo. Habría deseado continuar corriendo, pero Sorrel comenzó a cojear. Pan recordó que había corrido sobre un espacio muy empinado y blando, en el cual su caballo tropezó y cayó al suelo. Por esta causa, desmontó y continuó recorriendo a pie el resto del camino. Mientras lo hacía pensó que era extraño que no viese a ninguno de sus compañeros. Sin duda, deberían de hallarse dando rienda suelta a su entusiasmo en los encerraderos llenos de caballos.

« ¡Ha sido un día magnífico! ¡Si pudiera enviar aviso a Luty!...»

Pan abrió un pequeño portillo y entró con Sorrel en uno de los encerraderos. Sin embargo, todavía no vio a ninguno de sus compañeros. Lo único que oyó fue el ruido que producían muchísimos caballos al correr en dirección al otro encerradero.

Al final de la pendiente, donde la línea de la cuesta se curvaba hacia abajo, Pan vio de repente cierta cantidad de caballos ensillados y sin jinetes.

El vaquero se detuvo violentamente sobresaltado. Había varios hombres, hombres extraños, desconocidos, reunidos en grupos, en pie o sentados sobre las rocas, en actitud de espera.

Un poco más hacia la izquierda de estos hombres, la rápida mirada de Pan sorprendió a otro grupo. ¡Sus hombres! No estaban descansando, no estaban conversando, sino separados unos de, otros, tristes y cabizbajos, todos silenciosos y todos inmóviles.

Aturdido, sorprendido, Pan clavó la mirada en los desconocidos.

-¡Hardman! ¡Purcell! - exclamó al mismo tiempo que daba un paso atrás, como si hubiera recibido un golpe violento.

Entonces comprendió lo sucedido. No necesitó para ello ver que Blinky se dirigía hacia él con rostro triste. Hardman y su equipo habían intervenido en el acoso de los caballos salvajes, sin duda, habían participado en él, y se proponían aprovecharse de esta circunstancia o, lo que era peor, intentarían reclamar como suya la garantía obtenida e imponer esta decisión por razón de su superioridad numérica.

Pan se vio poseído de un furor, de una cólera tan terrible, que tembló acaloradamente de pies a cabeza. Soltó las riendas de su caballo y dio unos pasos en dirección a Blinky; pero

su emoción era tan grande, que no pudo dominarse físicamente, y esperó. Después de esto, comprendió que lo que se hallaba próximo a suceder era lo que por instinto temió ya desde el primer momento. El Destino había tenido constantemente suspendida sobre él aquella amenaza, esperando para cumplirla el momento en que la fortuna le favorecía tan maravillosamente. Aquello había sido, sin duda, la causa de la desconfianza, de las dudas y las vacilaciones que se habían opuesto al optimismo, a las esperanzas, al amor de Pan. Una angustia opresiva y fría se apoderó de él durante un momento; pero no pudo vivir durante mucho tiempo entre el calor de su ira.

Blinky no continuó caminando con rapidez hasta llegar junto a Pan. Le dolía tener que aproximarse a su compañero. Su voluntad le forzaba a dar unos pasos, y estos pasos, como necesarios y odiosos, eran lentos.

-¡Blinky! ¡Blinky! - murmuró Pan roncamente -. ¡Ha sucedido...! ¡Se ha realizado lo que tanto temimos y no pudimos creer!

-¡Dios mío! ¡Ha sucedido! - replicó Blinky tan roncamente como su amigo-. Y no podía ser peor de lo que ha sido.

-Blinky, en ese caso, ¿hemos hecho una buena caza?

-Nunca oí hablar de una parecida. Podríamos haber estado cazando caballos a la luz de la luna por espacio de un millar de años, y jamás hubiéramos podido apoderarnos de tantos como ahora.

-¿Cuántos? -preguntó Pan, ansioso, con voz más firme y clara que anteriormente.

-No hemos podido ponernos de acuerdo. Yo digo que debe de haber alrededor de, mil quinientas cabezas. Tu padre, que está medio loco, supone que hay más de dos mil. Y nuestros compañeros dicen que un término medio.

¡Mil quinientos caballos! - exclamó con emoción Pan-. ¡Es hermoso!

-Pan, antes preferiría que no hubiéramos cazado ninguno -declaró Blinky con voz dura.

Estas palabras hicieron que Pan abandonase las nubes de sus sueños y volviese a clavar los pies en tierra.

-¿Qué es lo que se proponen? - preguntó Pan rápidamente.

-Sólo he cruzado unas cuantas palabras con Hardman. Tu padre se ha exaltado mucho y perdió la cabeza. Supongo que habría estrangulado a Hardman si Purcell no le hubiese tirado al suelo al darle un golpe con la culata de un rifle.

De nuevo se encrespó la sangre de Pan, que se estremeció violentamente.

-¡;Blinky 1 ¿Se ha atrevido ese animal... ? - preguntó Pan con voz ronca.

-Sí, se ha atrevido. Tu padre ha recibido un golpe muy malo encima de un ojo... No, no he tenido ocasión de hablar con Hardman. Pero sus propósitos son tan visibles como la gran narizota que tiene en la cara.

-¿Cuáles son esos propósitos? -preguntó Pan.

-Quiere llevarse nuestros caballos, o por lo menos, la mayor parte de ellos -contestó Blinky.

-¿Quieres decir que se propone robárnoslos?

-Exactamente, eso es. Pero lo peor de todo es que el equipo de Hardman ha contribuido a realizar el acoso.

-¡No!

-Es cierto. Eso es lo que me preocupa. No sé si estaban esperando que llegase este día, o si han caído sobre nosotros por pura coincidencia. Es probable que Mac New tenga algo que ver con esto.

--Blinky, no creo que nos haya traicionado - declaró Pan obstinadamente.

-Es un proscrito.

-No importa. De todos modos, no lo creo. Pero hemos de averiguarlo... ¿De modo que crees que Hardman pretenderá quedarse con la mayor parte de nuestros caballos, o quizá con todos?

-Lo creo.

-Blinky, para apoderarse de uno solo de nuestros caballos tendría que pasar sobre mi cadáver. Me parece que vosotros os habéis comportada de una manera cobarde..., puesto que le habéis permitido llegar hasta aquí sin lucha.

-¡Por Satanás! -exclamó Blinky con la misma indignación y la misma viveza que si hubiera recibido un aguijonazo-. ¿Qué has creído?... Ninguno de nosotros tenía ni un solo proyectil para nuestras armas.. Esto ha sido lo grave. Sin quererlo, hemos favorecido a Hardman y a sus malditos compañeros. Hemos malgastado muchísimas municiones para dominar a esos endemoniados escobones. ¿Cómo podríamos haber luchado?

-¡Ah! -exclamó dolorido Pan al ver la fatalidad que tan crudamente había favorecido a sus enemigos. -Pan, me parece que lo mejor que podrás hacer será aceptar la realidad de las circunstancias, por muy amarga que sea, y obtener de Hardman que nos conceda una cantidad de los caballos que hemos cazado.

-Oye, ¿estás loco o borracho? - preguntó con desdén Pan.

Una vez pronunciadas estas palabras, dio media vuelta y se encaminó hacia el lugar en que, un poco separados de los demás caballistas, se encontraban Hardman, Purcell y otros hombres.

Blinky siguió lentamente a Pan, y luego Mac New abandonó el grupo que se encontraba a la sombra de la cerca y salió a la luz del sol. Este acto lo realizó a la manera de un hombre enfurecido a quien fuese peligroso hacer frente.

Mientras recorría los cincuenta metros que le separaban de Hardman, Pan recobró por completo su antiguo espíritu bravía del Cimarrón. Aquel frío viento negro que en ocasiones le había asaltado el alma volvió a él con la comprobación del único recurso que podría ser utilizado en las actuales circunstancias. Cuando paseó lentamente por las calles de Marco en espera de que Matthews saliese o no a su encuentro, con lo que demostraría la firmeza del temple o de la cobardía que poseyera, Pan había confiado en la existencia de esta última cualidad. Mas en aquel instante, las circunstancias eran diferentes, y se haría preciso derramar sangre para detener a la cuadrilla que tenía ante sí.

Mientras Pan se acercaba, Purcell se volvió de frente a él con las manos colgantes a lo largo del cuerpo, actitud que era muy significativa. Hardman dio muestras de hallarse poseído de una extremada tensión nerviosa. El tercer hombre se separó de ellos. Y todos los demás cesaron repentinamente en su actitud de abandono.

-Hardman, ¿cuál es su juego? -preguntó Pan, agresivo, al mismo tiempo que se detenía.

Las palabras de Pan, evidentemente, constituyeron un aguijonazo para Hardman.

-¿Juego? -repitió hoscamente -. No es cosa de juego el acosar a un millón de caballos salvajes y conducirlos a través del polvo. Eso ha sido trabajo.

-No haga juegos de palabras ni pretenda eludir el significado de las mías - replicó Pan con enojo -. ¿Cuál es su juego? ¿Es un juego legal, a se trata, sencillamente, de un robo de caballos? ¿O pretende usted obtener por la fuerza un beneficia por haberse metido donde nadie le llamaba?

-Oye, joven, te advierto que no permitiré que me llames ladrón de caballos -gritó Hardman al mismo tiempo que enrojecía bajo su espesa barba.

-Se lo volveré a llamar muy pronto si no me dice en seguida cuál es su juego.

-Hemos hecho el acoso, Smith - replicó Hardman

Tú solo no habrías podido hacerlo sin nuestra ayuda. Y eso nos hace acreedores a la mayor parte de las ganancias obtenidas. Digamos dos tercios. Y te compraré el tercio que te concedo a diez dólares por cabeza.

-Hardman, esa es un trato inaceptable - exclamó Pan - ¿No tiene usted sentido común? Si consiguiera usted que su propósito triunfase, sería expulsado muy pronto de esta región. Los hombres no tolerarían esa acción. Es posible que sea usted fuerte en Marco, pero le advierto que no puede llegar demasiado lejos. Nosotros hemos proyectado esta caza, hemos trabajado como perros y hemos hecho el acoso. Es posible que usted haya hecho que el

número de caballos cazados sea mayor, pero eso no importa mucho. Aquí no tenía nada que hacer. Esta cuestión no era asunto suyo. Podemos demostrarlo.

-Bueno, si tengo los caballos no me importa un pepino lo que digas - contestó Hardman, que había comenzado a envalentonarse a medida que transcurría la discusión.

Era inútil intentar hacer un llamamiento al sentido de la justicia cuando se trataba con aquel hombre. Pan lo comprendió así, y su apasionada elocuencia se ahogó en su garganta. Pan miró fríamente a Hardman y luego al rostro sudoroso de Purcell. Y pudo ver que en los ojos fríos de aquel hombre sólo brillaba una expresión de traición y de mal. En ellos pudo leer que, si Hardman hubiera poseído el valor necesario para hacerlo, habría desenfundado el revólver para disparar contra Pan en el mismo momento que lo vio.

Entre tanto, Blinky se había colocado junto a Pan, y un momento más tarde lo hizo Mac New. Ninguno de los dos dijo ni una sola palabra, pero sus actitudes, y especialmente la de Mac New, no daban lugar a dudas. La situación se hizo tensa y peligrosa. Hardman mostró de repente síntomas de temor.

Sin embargo, la conducta de Pan podría haber parecido engañosa a cualquiera que no estuviera muy versado en la manera de conducirse en aquellas cuestiones.

-Jard Hardman, eres un malvado ladrón de caballos -afirmó Pan con calma.

El vilipendio, lanzado rectamente al rostro de Hardman, incrementó la tensión del momento. Hardman había perdido el rojizo color que tenía en la piel. Los ojos parecieron escapársele del rostro. Al fin reconoció que se hallaba en presencia de unas circunstancias que estaba lejos de sus facultades la posibilidad de aplacar o detener.

-Smith, reconozco que tienes motivos para enojarte -dijo roncamente-. Me quedaré la mitad de los caballos... y te compraré la otra mitad.

-¡No! ¡No tendrá usted ni uno solo de esos «rabos de escoba»! - replicó Pan con voz cortante -. Escuche, Hardman, puedo demostrar que usted ha tramado esta maquinación con el fin de robarme.

-Me gustaría saber cómo podrías demostrarlo. -Mac New puede hacerlo.

-¿Quién es Mac New?

-Éste: Hurd. Su verdadero nombre es Mac New. Usted lo ha sobornado para que me delatase..., para que informase a usted de todos mis movimientos y mis proyectos.

Hardman demostró de nuevo lo ruin de su condición. -Sí, lo he sobornado... y te ha hecho traición, lo mismo que a mí.

-¿Sí? Bien, demuéstremelo - gritó Pan, que leyó la furiosa falsedad que había en las palabras del hombre. -Mi amigo Purcell - contestó Hardman - ha acampado durante varios días cerca de vosotros. Hurd se reunía con él por la noche y le informaba de tu trabajo. Luego, cuando todo estaba preparado para el acoso, Purcell me avisó. Pregúntaselo tú mismo.

Pan no hizo caso de las sugerencias.

-Mac, ¿qué tienes que objetar a esto? -preguntó vehementemente; pero no separó la mirada de Purcell.

-Hardman, ¡eres un embustero! -rugió Mac New sonoramente. Pan no había oído nunca una voz que de un modo tan claro expresase una amenaza-. ¡Retira esas palabras ! -continuó el' proscrita de un modo que parecía un silbido-. Desmiéntete y descárgame de culpa ante Panhandle Smith.

-Mac, no es necesario que rectifique lo que ha dicho. Puede verse claramente que es un embustero - dijo Pan, burlón.

-Hurd, mandaré que te maten... o te mataré yo mismo -exclamó Hardman al mismo tiempo que se llevaba una mano en dirección a la cabeza junto a Pan sonó un estampido tronitoso, que casi le ensordeció. Hardman hizo una violenta aspiración de aire. Sus ojos giraron con rapidez... y adquirieron una terrible y pétrea expresión. Luego, como un saco súbitamente abandonado, cayó pesadamente al suelo.

-Te habías hecho acreedor a ello, Jard Hardman - declaró el proscrito-. Todavía me quedaba una bala. - Y arrojó con violencia el vacío revólver contra el postrado cuerpo.

El cuerpo largo y enjuto de Purcell saltó para entregarse a una rápida acción. Su revólver vomitó fuego al salir de la funda. Aun cuando era muy rápido para desenfundar y disparar, Pan no pudo llegar a tiempo de salvar a Mac New. Ambos hombres cayeron sin lanzar un grito, con las cabezas casi juntas.

- ¡Blinky! ¡Cógeles las armas! -gritó Pan agudamente; y saltando sobre los dos cuerpos, se enfrentó con el atemorizado grupo de hombres, al que apuntó con su revólver.

-¡Manos arriba! ¡Aprisa, malditos! -ordenó con fiereza.

Su rapidez, su terrible enojo, siguiendo la tragedia que tan rápidamente se había realizado, atemorizaron a los hombres de Hardman. Todos levantaron las manos.

Y entonces Blinky corrió hacia ellos con un revólver en cada mano, y su espantable aspecto incrementó el efecto producido por la furiosa energía y por la amenaza de Pan.

-¡Coged vuestros caballos, bandidos! - gritó Blinky. La amenaza de la muerte se cernía sobre la mayoría de ellos. Los jinetes de Hardman, como un solo hombre, corrieron entre un resonar de espuelas y de duras pisadas, para montar sus caballos. Algunos de ellos no esperaron a recibir nuevas órdenes, sino que se lanzaron por el pasillo en dirección a la salida -. ¡Aprisa, cuatreros 1 - añadió Blinky con su habitual lentitud, que hacía que su voz tuviera un acento más amenazador que nunca. El vaquero, con pasos rápidos y largos, se había colocado detrás de la mayoría de los caballistas -. ¡Fuera de aquí

La orden fue obedecida inmediatamente. Los caballistas desaparecieron muy pronto tras el saliente del risco.

Librodot

XIV

Los dos caballos que restaban, pertenecientes a Hardman y Purcell, relincharon sonoramente al ver correr a sus compañeros, y se dispusieron a seguirlos.

La rápida mirada de Pan descubrió que en la silla de uno de ellos había un rifle. Quiso correr para apoderarse de él, pero hubo de detenerse y de aproximarse cansadamente al caballo. Sin embargo, consiguió agarrar el rifle, un Winchester, que estaba por completo cargado.

Blinky, viendo el acta de Pan, lo repitió con el otro caballo.

-Compañero, no creo que esos fugitivos se decidan a acometernos, ni siquiera desde algún lugar oculto-dijo Blinky -. ¡Por Satanás! Este caballo debe de ser el de Purcell. Es seguro. Tiene los estribos demasiado largos para Hardman. Y la mochila está llena de municiones.

-Corre a lo largo de la cerca para ver la dirección que han tomado esos hombres - ordenó Pan.

-Ahora podría combatir yo solo contra todo el equipo -declaró fieramente Blinky.

-Procura mantenerte alejado de su vista - le ordenó Pan.

Después de oír estas palabras, Blinky, murmurando en voz baja, atravesó el montón de hojarasca y desapareció muy pronto.

Pan enfundó presuroso el revólver v, con el rifle en la mano, corrió hacia el risco, por el cual comenzó a trepar. Le era preciso en aquellos momentos moverse con rapidez y energía. No escatimó esfuerzo alguno. Por atraparte, esperaba que se produjera algún ataque de cierta especie procedente de los hombres que habían sido alejados de allí. Muy pronto llegó hasta un punto desde el que le fue posible dar vuelta en torno al picacho. Cuando miró a la parte baja del valle vio que los hombres de Hardman se encontraban a dos millas de distancia, más allá de la cerca de troncos, y que habían prendido fuego a los árboles. Una columna de humo amarillo se extendió sobre el valle.

-¡Ah! Huyen aprisa... exactamente - se dijo Pan-. ¿Qué clase... de historia... contarán? Me parece que lo mejor que podrían hacer... sería alejarse de Marca.»

Una suerte de reacción se adueñó de Pan, que se dirigió hacia la sombra de la enramada y se estiró para relajar los músculos. La terrible tragedia que había sucedido separó las negruras que dominaban su imaginación y su corazón. Se sintió como enfermo, y hubo de luchar entonadamente contra sí mismo hasta une desapareció este acceso.

Cuando llegó junto a sus hombres, Blinky acababa de regresar.

-¿Los has visto agitar el polvo? -preguntó Blinky.

-Sí, se han ido. Creo que ya no tenemos nada que temer de ellos.

-¡Hum! Nunca hemos tenido nada que temer. Es una cuadrilla de cobardes. Han prendido fuego a nuestra cerca, los muy...

Pan tuvo que hacer un esfuerzo para acercarse a su padre. Era inexplicable el sentimiento que se había apoderado de él. Había de tenerse en cuenta que, hasta aquel momento, jamás había estado a su lado en el momento siguiente al de una pelea.

-¿Cómo estás, papá? - preguntó cariñoso.

-Un poco deprimido, hijo mío-replicó roncamente. Pero Smith se enderezó y se retiró la mano que tenía puesta sobre la herida de la frente. Esta herida era más una contusión que un corte, pero la carne estaba magullada e hinchada.

-Es un mal golpe, padre. Supongo que la cabeza le va a doler mucho. Vaya al campamento y lávese con agua fría. Luego diga a Juan que le vende la herida. - Perfectamente- replicó el padre, Y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mirar a su hijo. En sus ojos se reflejaban las sombras oscuras del horror v del dolor-. Hijo, he... me he

ofuscado y estremecido cuando... cuando tú... cuando surgió el tiroteo... Oí los disparos, pero no vi nada... ¿Fuiste tú quien... quien mató a Jard Hardman?

-No, padre - replicó Pan poniendo con firmeza la mano sobre el hombro de Smith -. Pero me proponía hacerlo.

-Entonces, ¿quién... quién?... -preguntó Smith.

-Lo mató Mac New -contestó Pan presurosamente-. Hardman acusó a Mac de haberme traicionado. Mac lo negó. Creo que Hardman intentaba disparar. Pero Mac lo mató... Yo maté a Purcell demasiado tarde para que con ello pudiera salvar a Mac.

-Es horroroso -comentó Smith roncamente.

-Pan, yo vi los ojos de Purcell-dijo Blinky-. Estoy seguro de que se proponía mataros, a Mac y a ti, con dos disparos. Pero no tuvo rapidez suficiente para hacerlo.

-Yo también... fui demasiado lento - murmuró Pan -. Mac New era un proscrito, pero era un hombre honrado si se le comparaba con Hardman.

-Bueno, todo ha concluido. Volvamos de nuevo a nuestros caballos -dijo Blinky -. ,Qué haremos con esos cadáveres?

-La verdad es que no lo sé-contestó Pan al mismo tiempo que e sentaba a la sombra.

-¡Hum! Supongo que no creerás que debemos llevarlos a Marco para hacerles un buen funeral-dijo Blinky, disgustado-. Eran solamente una pareja de ladrones de baja estofa.

-Es probable que alguien venga en busca de sus cuerpos.

-Es posible que lo haga algún otro, pero no ese hambre, -declaró Blinky-. Estoy seguro de que la cuadrilla de Hardman no dirá la verdad de lo sucedido. Veamos lo que ocurre.

Bueno, en ese caso, esperemos - contestó Pan -. Envolved los cadáveres en unas lonas y dejadlos ahí, en la sombra.

Los caballos salvajes atrapados, que coceaban y se movían tumultuosamente y relinchaban en los enormes encerraderos, no atrajeron, por el momento, la atención de Pan ni le hicieron olvidar la tormentosa situación de su espíritu. Cuando atravesaba el encerradero camino del campamento, los caballos se movieron de un modo tronitoso. Este confuso ruido le ayudó a recobrar el dominio sobre sí mismo.

Era la hora anterior al crepúsculo y el calor del día había pasado ya. Una brisa leve y fresca producía dulces sonidos entre las ramas de los árboles.

Pan encontró a su padre sentado en el campamento, junto a la hoguera, con la cabeza vendada y aparentemente comenzando a reponerse de su ofuscación.

-¿Has echado un vistazo a nuestros caballos? - preguntó.

-No, todavía no - contestó Pan -. Quiero hacerlo antes de que anochezca.

-Nos espera un trabajo muy grande.

-Eso depende de varias cosas, padre. Si pudiéramos venderlos aquí, no tendríamos ningún trabajo del que valga la pena hablar. ¿Qué opinas tú, Blinky?

-¿Acerca de qué?-preguntó el vaquero, que llegaba en aquel momento.

-Mi padre está preocupado por lo que supone que va a ser un trabajo muy grande. Se refiere al transporte de los caballos que hemos cazado.

-Tienes razón. Eso depende de muchas cosas. Si pudiéramos venderlos aquí, todo resultaría muy fácil. El comprador sería el que tendría un trabajo de todos los diablos. De todos modos, tendremos que escoger algunos de los caballos más hermosos para nosotros mismos. Y eso resulta muy difícil cuando se tiene una caballada tan grande. Ha sido una gran suerte que construyéramos ese encerradero de una milla de longitud, porque en él hay agua y hierba suficientes para alimentar a esos escobones durante toda una semana, o acaso durante más tiempo si hay necesidad.

En tanto que estaban hablando, Cus y Charley Brown volvieron al campamento conduciendo los caballos que habían pertenecido a Hardman y Purcell.

-Dejadlos en libertad, muchachos - dijo Pan, como respuesta a la mirada interrogadora que sus compañeros le habían dirigido.

Gus entregó a Pan una gruesa cartera de cuero y un voluminoso fajo de billetes.

-Purcell tenía la cartera; y el fajo, Hardman -dijo Gus.

-Iban bien provistos los dos-comentó Blinky. Pero, ¿qué vamos a hacer con todo esto? -preguntó Pan dubitativamente.

-Pan, como pareces olvidar, Hardman debía a tu padre mucho dinero. ¿Querrías ir en busca de Dick Hardman y entregarle estos billetes? Ove, Dick quedará ahora como propietario de «La Mina de Oro». ¡Qué tontería! Si le entregases este dinero lo gastaría en francachelas en unión de sus amigos.

-Padre, no me has dicho cuánto dinero te robó Hardman.

-Diez mil dólares en efectivo y sólo Dios sabe cuántas reses.

-¿Tanto? Había creído... Oye, papá, ¿quieres coger este dinero?

-Sí, si es honrado y legal que lo haga - replicó obstinadamente Smith.

-¿Legal? En Marco no hay leyes. Nosotros mismos hemos de hacer las que han de regirnos. Solamente podemos guiarnos por nuestra conciencia. Muchachos, ese hombre, Hardman, arruinó a mi padre. Lo averigüé por una fuente digna de confianza, -en Littleton, antes de venir aquí. ¿Creéis que es justo que mi padre se quede con este dinero?

-Es mucho más que honrado y legal-contestó Blinky-. Yo lo llamaría justicia. Si devolvierais ese dinero con arreglo a las leyes que parecen regir en Marco, iría a parar a manos de Matthews. Y podéis tener la seguridad de que ese hombre se quedaría con ello.

La opinión de los demás no difirió materialmente de la que Blinky había expuesto.

-Padre, todo llega en este mundo - dijo Pan, en tanto que entregaba la cartera y el fajo a su padre-. ¡Aquí está -tu rancho de Arizona!

Juan «el Embustero» los llamó al cabo de muy poco tiempo para la cena, la cual no fue la comida alegre y jovial que acostumbraba ser, aun cuando Juan contó una terrible mentira, excepcional por su volumen, y aun cuando Blinky intentó en varias ocasiones decir cosas regocijantes. La repentina y terrible catástrofe del día no consiguió disipar las sombras de la inquietud de aquellos hombres.

Sin embargo, después de la cena esta inquietud pareció amortiguarse en cierto modo cuando la conversación siguió los derroteros que conducían a los encerraderos llenos de caballos.

-Bueno, vamos a verlos - propuso Blinky.

Pan se alegró al ver que su padre se mostraba deseoso de acompañarle y que su estado físico se lo permitía; pero él no fue.

-Ven con nosotros, cazador de caballos salvajes-le animó Blinky-. Queremos saber con seguridad cuán ricos somos.

-Iré dentro de unos momentos -contestó Pan.

No marcho unido a ellos, sino que recorrió su camino a lo largo de la pendiente meridional hasta llegar a un alto punto desde el que le fue posible tender la mirada sobre el segundo encerradero. Este encerradero ofrecía un espectáculo que le regocijó el corazón: aquel ancho terreno, de una milla en cuadro, cubierto de pastos y de hierbas, contenía grandes cantidades de caballos salvajes, entre los cuales predominaban los negros, pero entre los que había también innumerables caballos blancos, rojos, bayos, grises y pintos. Pan vio un caballo ruano que parecía brillar entre los de color más oscuro que le rodeaban; estaba demasiado lejano para que Pan pudiera juzgar respecto a sus restantes cualidades. Pan miró de un lado para otro con serenidad e intentó hacer un cálculo del número de caballos.

-Hay más de mil quinientos - monologó finalmente-. ¡Demasiado bueno para que pueda ser verdad! Sin embargo, ahí están... Si ese... bueno, no importa. Yo no he forzado los acontecimientos. No tengo culpa de lo sucedido... Es posible que podamos ocultárselo a mamá y a Luty.

Pan no regresó al campamento hasta después de la caída de la noche, cuando oyó la llamada de Blinky. -¡Eres capaz de poner nervioso al hombre más tranquilo! -declaró Blinky, tranquilizado, al ver que Pan se acercaba a la brillante hoguera -. ¿Has visto los caballos?

-Sí. Hay una gran cantidad - contestó Pan -. Yo diría que tenemos entre mil quinientos y mil seiscientos caballos.

-¡Ah! Me parece que estás tan loco como cualquiera de nosotros.

E inmediatamente surgió una discusión respecto al número de caballos; y aun cuando Pan tomó poca parte en ella, llegó gradualmente al convencimiento de que sus cálculos estaban muy por debajo de la realidad.

-Oídme, compañeros - dijo rompiendo la discusión -. Si la cuadrilla de Hardman arma un alboroto en Marco, mañana lo sabremos.

-Exactamente; pero yo tengo seguridad de que no lo harán - contestó Blinky, obstinado.

-De todos modos, debemos esperar algunos contratiempos. Entre tanto, continuaremos realizando nuestro trabajo, que consistirá en echar el lazo y amarrar los caballos que queremos conservar. Luego, los soltaremos aquí o construiremos un nuevo encerradero. ¿Te parece bien, Blinky?... Vamos a reservar una yeguada para tu rancho de Arizona.

-¡Hurra! - gritó el vaquero.

Pan había oído a Blinky gritar en muchas ocasiones anteriores del mismo modo. Se tapó los oídos can las manos, porque sabía que ningún ser humano podía producir un sonido tan potente como aquel estentóreo grito de Blinky que se elevaba hasta las alturas de los cielos. Cuando Pan se retiró las manos de los oídos, oyó los tronitosos ecos, que resonaban, que se prolongaban, que iban desde el risco hasta la montaña., que se repetían y retorcían, para suavizarse y fundirse en una hermosa amalgama que llegaba hasta las cumbres más elevadas de las montañas.

Pan permaneció despierto entre las mantas. Se había retirado temprano dejando que sus compañeros continuasen sus discusiones, sus especulaciones y sus conjeturas. La hoguera del campamento: resplandecía o se amortiguaba según se le añadiese o no nuevo combustible. La luz iluminaba las ramas de los árboles y trazaba entre ellos unas sombras fantásticas. Al final, solamente quedó un rojo resplandor, y la quietud reinó en el campamento. Los hombres habían ido en busca de sus lechos.

¡Entonces, el silencio de la noche se cerró sobre Pan y le aportó la soledad! que tanto amaba. Pero aquella noche había unas pesadas cargas sobre su conciencia. No pudo dormir, no pudo tener los ojos cerrados. ¿Qué pregunta parecía brillar en las implacables estrellas? Un algo extraño e incomprensible gravitaba sobre él. ¿Era una resurrección de sus antiguos estados de ánimo, cuando se convirtió, por primera vez en víctima esclava de la violencia de las llanuras? ¿O era el nacimiento de una nueva conciencia, suscitada por su retorno junto a su padre, por su amor a Luty? Pan creía hallarse víctima de una obsesión. La razón le decía que había obrado rectamente al luchar en defensa de su padre, que no podía ser censurado por las maquinaciones de los hombres malos. No experimentó ningún remordimiento, no se lamentó. Empero, había algo que no pudo comprender. Era como una sensación física que le producía un estremecimiento que se apoderaba de toda su carne. Era, también, un naufragio espiritual, una retirada de no sabía qué. Y tuvo que sucumbir al poder de lo desconocido.

También había sentido en otras ocasiones la presión de aquella insidiosa sensación, pero de un modo más vago y menos intenso. El whisky había sido una buena cura contra ello. La necesidad de buscar a sus compañeros y de embotarse la imaginación con bebidas fuertes constituyó una tentación enérgica para él. Pero no podía hacerlo. No podía hacerlo en aquel momento en que el rostro de Luty parecía flotar vagamente entre la luz de las estrellas. Le parecía haber crecido de repente, haberse desarrollado, haberse convertido en un ser más completo que anteriormente. Había aceptado responsabilidades que no mucho tiempo antes no fue capaz de cargar sobre sí. Soñaba con el amor, con el hogar, con unos hijos. Sin embargo, aun cuando aquel sueño fuese tan hermoso, no podría realizarse en aquellos días en que se hallaba bajo el espíritu y la violencia mortales a cuyo influjo había respondido recientemente. Esto constituía una anomalía inexplicable y amarga.

A la mañana siguiente, entre el aire suavemente aromado de flores silvestres y de cedros, entre el dorado rosa del amanecer, Pan volvió a ser otra vez el hombre sereno que esperaba con impaciencia los trabajos propios del día,

-Compañero, sé el primero en elegir los caballos salvajes que desees -le dijo Blinky.

-No,, nos los repartiremos por partes iguales - declaró Pan.

-Oye, compañero, me parece que si no hubiera sido por ti, esta mañana no tendríamos ningún caballo -replicó su amigo-. Y la mayoría de nosotros no estaríamos tan animados ni tan llenos de alegría. ¡Mira a tu padre! Al verle no podría pensarse que ayer mismo tenía rota la cabeza, y también el corazón. ¿No lo has visto?

-Ahora que me, llamas, la atención respecto a ello, observo que mi padre parece un chiquillo - dijo Pan con calma. Pero experimentó una fuerte alegría por aquella circunstancia que tan livianamente había mencionado. Blinky se inclinó para hablarle al oído.

-Ha sido el dinero lo que le ha hecho revivir - murmuró el vaquero.

Pan reflexionó que las pérdidas y la continuada pobreza de -su padre le habían debilitado, le habían acoquinado.

-Escucha, Blinky - dijo Pan con vehemencia -. No quiero matar las alegrías de nadie. Las cosas presentan un aspecto maravilloso para nosotros, pero todavía no me he entregado por completo al regocijo. Tú eres un diablo revoltoso y feliz, y para mi padre han pasado los años de la lucha y de los tiros. Estas cosas no pueden presentarse a su imaginación. Pero yo percibo, siento la lucha. Y no puedo estar alegre, porque hay algo que me dice que la lucha no ha concluido todavía.

-Mira, compañero- replicó con calma Blinky, con su rara y burlona sonrisa-, el concepto que yo tengo de la lucha es que no hay necesidad ninguna de preocuparse por ella mientras tú estés cerca de nosotros... De todos modos, viejo amigo, voy a seguir tus sugerencias, y puedes tener seguridad de que no dejaré de vigilar como un halcón hasta que me haya sacudido de la ropa este asqueroso polvo de Marco.

-Eso será muy útil para mí. Los dos hemos de tener los ojos bien abiertos para evitar que nadie pueda sorprendemos.

El padre de Pan se acercó vivamente, con el rostro resplandeciente de alegría. Era, en realidad, un hombre distinto al del día anterior.

-Muchachos, ¿vamos a estar haraganeando durante todo el día en los alrededores del campamento?

-No, padre, vamos a echar el lazo a los mejores ejemplares de esos «rabos de escoban. Así tendré ocasión de ver cómo lo haces.

-Estoy seguro de que todavía conservo muy bien esa habilidad.

-Blinky, el echar el lazo a esos caballos salvajes y el manejarlos luego son dos cosas completamente diferentes -observó pensativo Pan-. Me parece que voy a cargar la responsabilidad de esas labores sobre ti.

--Me alegro mucho, compañero. Separemos todos los caballos que, queramos y los llevaremos al encerradero grande. Luego los iremos escogiendo uno a uno, y si no podemos enlazarlos sin atemorizar a los demás, los llevaremos al encerradero pequeño.

-¡Ah! Perfectamente. Pero creo que no me engaño mucho si os digo que vamos a tener un día tan lleno de trabajo, de polvo y de calor como los de nuestros viejos tiempos - replicó Pan.

-¡Compañeros! - gritó Blinky - Venid inmediatamente y no olvidéis los revólveres.

-¿Tenemos trabas? -preguntó Pan.

-Tenemos muchas cuerdas blandas y algunos trozos de arpillera.

Gus y Brown llevaron los caballos de silla, y al cabo de muy poco tiempo los hombres se hallaban cabalgando en dirección a los encerraderos. El trabajo fue altamente satisfactorio para todos los interesados, y no hubo ninguno que no se regocijase y llenase de entusiasmo al ver los caballos salvajes y al escogerlos.

Cuando entraron en el primer encerradero, que era el más pequeño de los dos, un grupo de caballos mesteños, de ojos vivos, huyó ruidosamente en dirección al otro encerradero.

-Ha comenzado la función, muchachos. Señor Smith, usted y Charley ocuparán sus puestos junto al portillo para abrirlo cuando nos, vean acercarnos junto a un «rabo de escoban al que queremos echar el lazo; y tú, Pan, Gus y yo cabalgaremos junto al cierre del encerradero, con calma para no alborotar a nuestras presas. Los caballos comenzarán a dar vueltas y a correr de un lado criara otro, hasta que estén cansados.. Y entonces se agruparán. Cuando veamos uno de ellos del que queramos apoderarnos, lo separaremos de los demás y le echaremos el lazo si nos encontramos a una distancia que nos permita hacerlo. Pero creo que sería preferible conducir el que queramos hasta el encerradero pequeño, donde lo enlazaremos, le trabaremos las patas y lo dejaremos en libertad.

El corral más grande no era redondo ni llano, y era tan grande, que la masa de caballos que se encontraba en el lejano rincón no parecía ocupar ni siquiera una centésima parte de su extensión. Había caballos por todo el encerradero, al pie de la cerca especialmente, pero el grupo principal se había, alejado tanto como pudo de sus captares, y todos sus componentes miraban rectamente ante sí, expectantes y desasosegados.

Era un espectáculo magnífico. Lo mismo si había que si no había muchos animales de pura raza entre los que se hallaban encerrados, era evidente el hecho de que centenares de caballos salvajes se hallaban reunidos en un enorme grupo, cautivos y sabedores de ello. Su intensa vitalidad, su vívido colorido, los hermosos movimientos y la estatuaria movilidad de la mayoría eran cosas emocionantes y satisfactorias para los corazones de los raptores.

Pan, Blinky y Gus se separaron para correr con sus caballos a través del espacio que los separaba de sus presas. Los caballos salvajes se separaron de la cerca y se detuvieron para mirar nuevamente a los intrusos. Con esto, permitieron que los jinetes se aproximaran hasta un centenar de metros, y entonces con un estrépito sordo y prolongado, se entregaron a la acción. Narices agudas, orejas, cabezas, crines, cascos y rabos parecieron extenderse y brotar de una masa compacta y oscura.

Los caballos corrieron hacia el otro lado del encerradero, hasta donde los jinetes los persiguieron lentamente. Los caballos se entregaron de nuevo a una acción que parecía concertada y produjeran un nuevo trueno de pisadas. Esta maniobra fue realizada diferentes veces antes de que los jinetes consiguieran obligarlos a extenderse sobre todo el terreno. Después, cuando los caballos salvajes corrían, trotaban, paseaban a se detenían por todas partes, fue fácil distinguir unos de otros.

-Es un buen surtido de escobones - dijo Blinky a Pan-. Todavía no he visto ninguno que valga dos peniques. Supongo que, como siempre, los caballos buenos han huido.

Pero Pan sostenía la opinión de que entre los que veía debía de haber muchísimos animales hermosos. Y así resultó ser. La primera elección -de Pan fue un animal ruano, rápido y de buena constitución. Este animal era una yegua de cabeza hermosa, que tenía una marca en el flanco izquierdo. Pan corrió tras ella, de acapara allá, por todo el encerradero, pero no fue capaz de conducirla sin ayuda hasta el lugar que deseaba.

Debía observarla desde muy cerca para evitar el perderla de vista entre tantos caballos movientes, y esperaba que en cualquier momento los muchachos acudirían a ayudarle. Pero no lo hicieron. Por esta causa se dirigió hacia otro lugar, en el momento preciso para ver que un animal de aspecto maravilloso pasaba como un disparo a través del abierto portillo y se introducía en el encerradero pequeño. Blinky y Gus iban tras él.

El portillo fue cerrado y comenzó una caza por todo el encerradero. El caballo salvaje se encontraba en situación desventajosa. No pudo atravesar la sólida masa de la cerca ni saltar sobre ella, e inmediatamente dos lazos cayeron sobre él al mismo tiempo, uno en tomo al cuello; el otro, a los pies. Cuando cayó al suelo, Pan oyó su penetrante relincho. Los dos vaqueros desmontaron en un abrir y cerrar de ajos, y en tanto que Gus mantenía inmóvil al caballo, Blinky le trabó las patas delanteras; luego lo soltaron. Charley Brown corrió a abrir otro portillo, que conducía hacia el terreno de pastos que no estaba cercado. Aquel caballo era

un animal grande, castaño, de crines tostadas, y saltaba prodigiosamente aunque tuviera trabadas las manos. Luego cayó con las patas en alto. Se enderezó e intentó huir nuevamente. Tenía un aspecto salvaje, grotesco, desmañado. Los muchachos lo condujeron a través del portillo.

-¡Hurra! - El, grito de Blinky se extendió por todas partes.

«Me parece que esos muchachos conocen bien su oficio», monologó Pan; y lanzó un grito para llamarlos con el fin de que acudiesen en su ayuda.

Pan tardó cierto tiempo en encontrar a su yegua ruana; pero cuando pudo verla y hubo indicado a Blinky y Gus cuál era, comenzó la caza, que no fue de muy difícil realización. Pan no impulsó a Sorrel a correr ni una sola vez. Entre los tres hombres obligaron a la yegua a separarse del grupo, la llevaron hasta un rincón, la forzaron a separarse de los caballos y la guiaron hacia el abierto portillo. Cuando la yegua vio esté punto de escape, lo atravesó velozmente.

Pan, que era el que se encontraba más lejos del portillo, fue el último en seguirla. Y cuando entró; para perseguir al furioso animal, Gus hizo una hermosa exhibición con su lazo, un lazo en el que se abría un ancho y silbante círculo que pareció dispararse perpendicularmente ante el animal. La yegua fue apresada, y el violento tirón le obligó a caer. Blinky estaba casi esperando arrodillarse sobre su cabeza. Y Gus, desmontando con rapidez, le ató las patas delanteras. El animal; rugiendo alocadamente, se puso en: pie e intentó salar, pero cayó de nuevo al suelo. Los vaqueros volvieron a atarla y la condujeron hacia el prado..

-¡Ah! No lo sabía - dijo Blinky alegremente-. ¡Dos caballos en dos minutos! No, lo hacemos muy mal para ser vaqueros sin trabajo.

Reanudando de nuevo la tarea, volvieron a acercarse al grupo de los caballos, que continuaban girando incansablemente. Pero tardaron más de una hora en conseguir apartar el siguiente animal elegido, un caballa bayo oscuro que, confundido con tantos otros, parecía uno más de ellos, pero que, inspeccionado con detenimiento y desde cerca, resultó ser el mejor de todos. Gus fue quien tuvo la suerte de ser el primero en, verle.

Después de esto, la elección de caballos se hizo con más rapidez, hasta el punto de que al llegar la hora del mediodía había diez animales trabados en el abierto prado. Dos de ellos pertenecían a Pan, que había sido muy difícil de complacer:

-Bueno, dejemos descansar a los caballos y vamos en busca de la comida-sugirió Blinky.

Las primeras horas de la tarde los sorprendieron entregados de nuevo a su trabajo. Los caballos salvajes no sólo se habían cansado de correr interminablemente, sino que además se habían habituado a la vista de los jinetes, lo que hizo que la elección, el apartado y el trabajo de los caballos se realizasen con mayor facilidad. Pan ayudó a sus compañeros a cazar los animales elegidos, pero tuvo mala suerte en lo relacionado con sus propias elecciones. Había visto varios caballos hermosos, pero los perdió en la barahúnda de los movientes animales. En ocasiones, entre el numeroso grupo de caballos galopantes, el polvo dificultaba la misión. Pero al fin, más a causa de su buena suerte que de su habilidad, Pan encontró uno de aquellos caballos que tanto ansiaba poseer. Era negro, de mediano tamaño, con la cabeza blanca y de espléndidas proporciones. Lo persiguió incansablemente y tuvo que realizar grandes esfuerzos para no perderlo de vista. ¡No podía dudarse de su ligereza!

-¡Estoy harto de tragar polvo! - gritó indignado Blinky.

Inmediatamente, tanto Pan como Gus, siguiendo las indicaciones de Blinky, consiguieron acorralar al caballo, lo arrinconaron, y luego, cuando saltó para pasar entre Gus y Pan, Blinky dio vuelta a su caballo y, realizando un esfuerzo formidable, consiguió arrojarle el lazo. En esta ocasión, tanto el caballo salvaje como el jinete rodaron por el polvo. Gus se acercó rápidamente y cuando el animal se enderezó para ponerse en pie, fue rodeado por un nuevo lazo. Después, los incansables vaqueros le trabaron las patas.

-Oye, oye, ¡ojos de fuego!..., ¡coceante!..., ¡salvaje!..., ¡no seas tan bruto! -dijo ahogadamente Blinky. Cuando los cazadores se hubieron apoderado de otros tres animales; lo

que fue más el resultado del empleo de la paciencia que de la violencia, la caballada estaba mas cansada que anteriormente y se había habituado más a la vista de los cazadores. Todos se congregaron en un grupo y se movieron como una sola masa. Fue preciso trabajar activamente y con grandes peligros, y estaban muy separados: unos de otros.

-Dejémoslo por ahora - gritó Pan -. Por mi parte, estoy satisfecho.

-Cacemos otro más, compañero - imploró Blinky -. Me he entusiasmado con una yegua baya que tiene blancos los cuatro pies. Tiene la marca del Bar W y parece más tímida que los demás animales.

Tuvieron que romper el grupo una docena de veces hasta poder descubrir el animal que Blinky deseaba poseer. Y cuando Pan vio la yegua baya, no censuró a Blinky, y desde aquel momento, a medida que la caza prosiguió, se hizo más y más ansioso de poseer aquel animal. ¡Qué yegua más hermosa para Luty! Pan había estado satisfecho al destinar el ruano para ella, vera después de ver la yegua baya, cambió de opinión.

El animalito era astuto. Confiaba más en reunirse con los demás caballos que en correr alocadamente; y por esta causa fue muy difícil aislarlo de los demás. El caballo de Blinky cojeaba. El de Gus estaba tan cansado, que apenas podía tenerse en pie. Pero Sorrel, el caballo de Pan, demostró poseer unas maravillosas, cualidades de resistencia. En realidad, era el que mejor se había comportado durante todo el tiempo. Pan comenzó a comprender en aquel instante la importancia del tesoro que poseía en Sorrel.

¡Dejad en paz a ese bicho tan astuto! - exclamó Blinky, renunciando a sus esperanzas-. Nunca me ha interesado ese animal.

-Vaquero, esa yegua ha conquistado todas mis simpatías desde el momento en que me la mostraste -con-testó Pan.

-¡Cuatrero! ¡Ladrón de caballos! ¡Despojador de los amagos! -exclamó Blinky alegremente-. Bueno, si quieres ese animal, vamos a perseguirlo hasta que tenga las patas destrozadas a fuerza de correr.

Por fin consiguieron apoderarse de Bayita, como Pan la había bautizado ya, y llevarla al otro encerradero en unión` de daos caballos más que siguieron tras ella. Y allí, Pan la llevó hasta un rincón y le arrojó un lazo que le rodeó el cuello. La yegua retrocedió y resopló, pero no saltó.

-Oye, compañero -dijo Blinky, que estaba próximo a él -. Tan seguro como que he nacido, esa yegua sabe lo que es una cuerda. ¡Mira! No lucha contra ella. Apuesto la camisa a que no está en libertad desde hace mucho tiempo. Y esa marca, esa W... es nueva para mí. Apéate y acércate a ella.

Pan no necesitó que se- le hiciera nuevamente la invitación. Estaba embelesado con la belleza del animalito, que era brillante a pesar de las largas crines, del sudor y del polvo. Tenía las aletas de la nariz distendidas, los, ojos llenos de furor, pero a Pan no le dio la impresión de que estuviese dispuesta a acometerle. Pan tomó las cosas con calma, habló a la yegua y se acercó a ella pulgada a pulgada. Y al final le puso una mano sobre el cuello. La yegua pareció disponerse a saltar, a retroceder, pero la mano suave de Pan y su voz aplacadora la tranquilizaron. La marca que tenía en el flanco era antigua. Pan no disponía de medios para calcular cuánto tiempo habría estado en libertad, pero supuso que no habría sido por espacio muy largo, porque el animal no tenía aspecto de salvaje. El vaquero aflojó el nudo del lazo que rodeaba el cuello del animal. Para maniatarlo fue necesario el empleo de una gran cantidad de paciencia y de habilidad.

-Oye, compañero, esta yegua es para tu novia, ¿eh? -preguntó Blinky, inclinándose en su silla.

-Has acertado, Blinky - contestó Pan -. Bayita, éste es su nombre.

-Bien, ahora que has satisfecha este deseo, monta tu caballo y mira hacia allá - añadió Blinky.

Librodot

El tono de su voz, el modo en que señaló en dirección a la pendiente, sobre la cerca de cedros, hicieron que Pan saltase hasta su silla. Un momento después su mirada sorprendió un grupo de jinetes y de caballos de carga que recorría el zigzag del' camino.

-Si es la cuadrilla de Hardman, ¡por satanás!, demuestran mucho valor al venir - dijo Blinky.

Pan lanzó unas maldiciones en voz baja. ¡Qué enloquecedor era que sus pensamientos de felicidad se quebrasen de una manera tan brusca! Con la rapidez de un relámpago su rostro se cubrió de dureza y severidad.

-¡Vamos, Blinky! -ordenó con rapidez.

Llamaron a los demás jinetes y salieron presurosamente del encerradero al campo abierto.

-Me parece que el campo es el mejor sitio para hacer frente a esa cuadrilla, en el caso de que deseen encontrarse con nosotros - declaró Blinky.

El padre de Pan estalló furioso.

-¡Cálmate, padre! - recomendó Pan -. Las maldiciones no valen de nada. Estamos ante unas circunstancias imprevistas. Y cualesquiera que sean, preparémonos para enfrentarnos con ellas.

Todos caminaron en dirección al campamento, sin dejar de mirar el zigzagueante camino, donde, a través de las aberturas de los cedros, podía verse, a intervalos, a los jinetes.

-Deben de venir muchos - murmuró Pan.

-Sí, pera vienen muy extendidos -añadió Gus-. Yo creo que si se propusieran atacarnos por algún .medio, no vendrían por ese camino.

-Eso depende de la cantidad de hombres que haya en ese equipo y de lo que sepan - dijo Pan -. Los hombres de Hardman saben con seguridad que no tenemos municiones para una refriega a tiros.

-¿Vas a permitirles que lleguen hasta el campamento, compañero? -preguntó Blinky con gesto duro.

-Me parece que no-contestó seco Pan-. No les permitiré acercarse a menor distancia de un tiro de rifle. Podrían fingir que venían en son de paz hasta llegar junto a nosotros; pero seguramente conseguiremos engañarlos.

No se habló mucho más hasta que los jinetes surgieron de entre los cedros al pie de la pendiente y avanzaron rectamente hacia el campamento.

-¿Cuántos hay? - preguntó Pan-. Yo he contado seis.

-Yo he contado siete, y otros tantos caballos de carga... ¡Maldición! ¡Creo que no hay más!

-Es posible que haya otro grupo en lo alto de la pendiente - sugirió Charley Brown.

Después de un largo intervalo lleno de ansiedad y de intriga, durante el cual los jinetes continuaron aproximándose hasta hacerse más visibles, Blinky exclamó repentinamente

-¡Compañeros, tan seguro como que ahora estamos aquí, aquél es Wiggate!

-¿El negociante en caballos en San Luis? -exclamó Pan, casi tranquilizado-. Blinky, creo que tienes razón. Nunca he visto antes de ahora a ninguno de esos hombres ni ninguno de esos caballos.

-Es Wiggate, hijo - corroboró el padre de Pan -. Hablé con él una vez.

-¡Demonios! - exclamó apesadumbrado Blinky -Ahora resulta que no va a haber refriega de ninguna clase. Los jinetes que se aproximaban se detuvieron a una distancia desde la cual pudieran ser oídas sus voces.

-¡Eh, oíd! -gritó el jefe, cuyo aspecto armonizaba con la descripción que Smith había hecho de Wiggate. -¡Buenos días! - replicó Pan, adelantándose a sus compañeros.

¿Quién es, vuestro jefe? -Me parece que yo.

-Soy Wiggate -gritó sonoramente el otro.

-¡Muy bien, señor Wiggate! - contestó Pan con voz tan sonora como la del otro-. ¿Qué quiere usted?

Librodot

-Vengo como amigo. Palabra de honor. Quiero que hablemos de caballos.

-Entonces, acérquese.

El grupo de jinetes se adelantó inmediatamente y se situó bajo los árboles del campamento. El que marchaba delante de ellos era un hombre alto, de ojos profundos y barba gris. Su piel, enrojecida, en lugar de tostada por el sol, no denotaba al hombre como uno de los típicos representantes del Oeste.

-¿Es usted el joven Smith? - preguntó mirando nervioso a Pan.

-Sí, señor.

-Y ¿es usted el jefe de este grupo?

Pan asintió con un movimiento de cabeza. Le parecía que al fin había cierta expresión de antagonismo en aquel hombre, pero no de animosidad.

-He recibido aviso esta mañana de que había cazado usted una gran cantidad' de caballos salvajes - continuó Wiggate-. Veo que es cierto. ¡Qué espectáculo más hermoso! Naturalmente, supongo, que quiere usted venderlos.

-Sí, pero no quiero tratos; solamente. Quiero dinero contante y sonante. Estos caballos son mejores que la generalidad de los que usted ha comprado en las inmediaciones de, Marco. Aquí hay mejor hierba que allí, y los caballos no están delgados.

¿Cuántos hay?

-No lo sé. No estamos de acuerdo en cuanto a la cantidad. Pero debe de haber alrededor de mil quinientas cabezas.

-¡Dios mío! -dijo radiante el hombre grueso-. Es una gran proeza... Le pagaré el precio corriente, doce dólares.

-No, gracias -contestó Pan.

-Trece.

Pan negó con un movimiento de cabeza.

-Pero, ¡hombre de Dios!, ésta es la mejor oferta que se ha hecho hasta ahora. ¿Cuántos quiere usted?

-Los venderé a diez dólares por cabeza, en dinero contante y sonante, y los entregaré aquí mismo mañana por la mañana.

-Acepto - contestó Wiggate -. Puedo pagarle ma ñapa por la -mañana, pero necesitaré un día más para venir aquí con mis hombres.

-Muchas gracias..., señor Wiggate - replicó Pan, que de repente encontró dificultades para continuar hablando-. Me parece muy bien.

-¿Podemos instalar aquí nuestro campamento?

-Sí. Apéense y vengan con nosotros. Aquí hay mucha agua y mucha madera. Dejen los caballos en libertad. No pueden escaparse.

Pan tuvo que separarse durante unos momentos de su padre y del radiante Blinky. ¿Cómo podrían olvidarse de los hombres muertos que permanecían aún sin enterrar? Pan comprendió' por la expresión y por las palabras de Wiggate y por los rostros -de sus hombres que habían oído hablar de las muertes, y seguramente de forma calumniosa para Pan y sus compañeros. Pan se propuso informar a Wiggate de lo sucedido con toda exactitud, y se entregó a la realización de algunos trabajos, mientras intentaba comprender lo sucedido. La fortuna había dirigido su sonrisa a él y a Blinky. Ambos se habían hecho ricos casi repentinamente... Casi en un momento. ¡Era increíble! El recobramiento de la fortuna de su padre, los nuevos ranchos en la soleada Arizona, 1a felicidad y la comodidad para su madre, Bobby y Alice..., y para Luty todo lo que cualquier mujer razonable podría desear... Todos estos sueños hermosos y dulces se convertían en próximas realidades. La soledad y las privaciones de su dura vida de vaquero en las llanuras habían quedado interrumpidas definitivamente en el espacio de pocos días. La visión de Pan se oscureció, y por espacio de varios instantes el vaquero no estuvo seguro de sí mismo.

Más tarde se mezcló de nuevo con los hombres que rodeaban la hoguera del campamento; había desaparecido una parte de la tirantez anterior, por lo menos en lo que se

Librodot

refería a Wiggate, y sus hombres respecto a todos, con excepción de Pan. Esta circunstancia le atormentó y en el momento oportuno se dirigió al comprador de caballos.

-¿Cómo ha adquirido usted noticias del acoso que hemos: realizado?-preguntó brevemente.

-Los hombres de Hardman llegaron a Marco esta mañana -contestó Wiggate con frialdad.

-¡Ah! Y han contado una historia tejida de mentiras y falsedades respecto a lo que ha sucedido aquí, ¿verdad? dijo Pan todo agitado.

-Le han puesto a usted en un mal lugar, joven.

-Lo supongo. Bien, si usted' o alguna de los hombres de su equipo, o cualquiera otra persona me llama ladrón de caballos, tendrá que hacerlo con el revólver en la ma- no. ¿Lo comprende usted?

-Lo comprendo. No puede hablarse el inglés con más claridad-contestó Wiggate, manifiestamente interesado.

-Y he de decirle algo más: Jard Hardman era un ladrón de caballos - continuó Pan con creciente cólera-. Era un malvado ladrón de caballos y un cobarde. Contrató a varios hombres para que robasen para él. Pero, ¡por Satanás!, el proscrito que lo mató demostró no ser tan cobarde.

-¿Proscrito? Confieso... que nosotros..., yo... ¿Quiere decir que usted es un...? - preguntó desconcertado Wiggate -. Según hemos entendido, fue usted quien mató a Hardman.

-¡No, diablos! -gritó Blinky, inflamado por el furor-. Todos estábamos allí. Todos vimos...

-Blinky, no te metas en esta cuestión hasta que yo te pida que hables-ordenó Pan.

-Smith, me gustaría oír lo que este hombre tenga que; decirme.

-Escúcheme primero-continuó Pan con la misma intensidad y vehemencia que anteriormente- Hay tres hombres muertos en el campo, todavía sin enterrar: Hardman, su lugarteniente Purcell y el proscrito Mac New. Mac New se hacía llamar Hurd. Era uno de los carceleros de Hardman en Marco. Pero yo conocí a Hurd bajo su nombre de Mac New, en Montana. Y le salvé de ser ahorcado.

Pan se humedeció los labios, que se hallaban demasiado secos y ardientes para aquella rápida explicación, y contó con severa brevedad los verdaderos detalles de aquella triple muerte. Después de haber concluido, con el rostro pálido y con gesto imperativo, indicó a sus hombres que corroborasen sus explicaciones.

-Señor Wiggate, ésa es la verdad de Dios.-dijo el padre de Pan con energía-. Ha habido una justa retribución. Hardman me robó hace muchos años.

-Bien, señor Wiggate; lo única que puedo añadir es que sería poco saludable para cualquiera el no creer lo que ha dicho mi compañero - añadió Blinky en tono sombrío y amenazador.

Gus avanzó unos pasos sin ofrecer muestras de la excitación ni el apasionamiento que se habían apoderado de los demás.

-Si necesitase usted alguna prueba más fuerte que nuestras palabras, sería muy fácil obtenerla -dijo-. El revólver de Mac New no era del mismo calibre que el de Pan. Y como quiera que la bala que mató a Hardman está todavía en su cuerno, sería posible encontrarla fácilmente.

-No es necesario, caballero - replicó Wiggate al mismo tiempo que se estremecía- Al menos, no lo es para mí. Pero mis hombres podrán comprobar la exactitud de esas manifestaciones. Sería muy conveniente para deshacer los errores que han corrido por Marco. Pues yo creo que vuestro joven jefe, Panhandle Smith, no es tan negro como me lo han pintado.

Librodot

XV

Ala mañana siguiente, mientras Pan se encontraba ausente por espacio de varias horas para cazar ciervos, los hombres de Wiggate, acompañados de Blinky, realizaban la macabra tarea de enterrar a los hombres muertos.

A su regreso, Pan fue informado de lo que se había hecho y experimentó cierto consuelo al ver que Wiggate aceptaba la responsabilidad de aquel acto. Wiggate se había dirigido a él en diferentes ocasiones con amabilidad y cortesía; pero había en él cierta reserva que Pan encontraba con frecuencia cuando se reunía con algunos hombres. Estos hombres solían ser de la clase de los que no comprenden a los occidentales corno Pan.

Wiggate tenía a todos sus hombres, con excepción del que había enviado a Marco, con varios de los compañeros de Pan, entregados a la tarea de contar los caballos cazados. Era una labor difícil que no podría ser realizada con exactitud en corto tiempo.

-¿Está usted ansioso por regresar a Marco? - preguntó Wiggate, no sin amabilidad, al ver la inquietud de Pan.

-Sí, lo estoy, ahora, cuando nuestro trabajo ha concluida -contestó cordialmente Pan.

-Si yo fuera usted, no tendría tanta prisa -dijo el comprador de caballos en un tono seco.

-¿Qué quiere usted decir? - preguntó Pan.

-Que no debemos olvidar al joven Hardman.

-¡Bah! -exclamó Pan, despectivo-. Ese cerdo de ojos salientes, ¿qué me importa?

-Excúseme, pero no he querido darle consejos - replicó resentido Wiggate.

-¡Ah! Le suplico que me perdone, señor Wiggate -dijo excusándose Pan-. Comprendo que 1'o ha dicho usted con buena intención. Y le quedo muy agradecido.

Wiggate no respondió, pero sacó un objeto del bolsillo de su chaleco. Era una bala de plomo ligeramente aplastada.

-¿Me permite usted que vea su revólver? - preguntó.

Pan entregó el arma a su colocutor, cogiéndola por el cañón y presentándole la culata. Wiggate tomó el revólver con rapidez e intentó encajar el proyectil en la cámara del cilindro, y después en el cañón. La bala era demasiado grande para que pudiera entrar.

-Ésta es la bala que mató a Hardman -dijo gravemente Wiggate -. No ha podido salir del revólver de usted. Haré todo lo posible por divulgarlo en Marco.

-No creo que tenga mucha importancia, pero, no obstante, le quedo muy agradecido - replicó cordialmente Pan.

-Lo haré, de todos modos. He sido engañado por Hardman y, si le interesa saberlo, le diré que también robado. Por eso es por lo que rompí con él.

-Espero que no habrá usted tenido otras relaciones con él... que no sean las, relativas a este negocio de compra y venta de caballos.

-No, he tenido la suerte de no tenerlas.

-Hardman estaba metido en muchísimos negocios en Marco. No sé quién se hará cargo de algunos de ellos en la actualidad, como, por ejemplo, de alguna de las minas de oro que robó.

-¡Oh! Sabía que Hardman estaba relacionado con asuntos de minería, pero creí que todos serían legítimos. Es un asunto muy complicado ese negocio de descubrir, explotar y vender filones de oro. No quiero nada con esas cuestiones.

-Los hombres de Hardman, bien por instigación suya o por instigación de Dick, arrojaron violentamente a dos de mis hombres de sus posesiones. Ellos mismos podrán decirlo.

-Estoy sorprendido. Verdaderamente, estoy sorprendido - afirmó Wiggate; y su actitud lo demostraba. -Marco es una de las ciudades más rudas que he conocido - declaró Pan -. Había creído que eran malas algunas de! las poblaciones de la pradera. Pero ahora comprendo

que unos cuantos vaqueros alocados que realicen alguna hazaña, que disparen en alguna taberna o que se maten en ocasiones unos a otros, resultan cosas pacíficas si se las compara con Marco.

-Es cierto. Marca es una mala ciudad, que cada día se va haciendo peor. Hay mucha cantidad de oro, que atrae a los hombres sin ley y a las mujeres de lugares que están comenzando a despertar. Y estos hombres y estas mujeres explotan a los, hombres honrados.

-¿Pertenecía «La Mina de Oro» a Hardman? - preguntó Pan con curiosidad.

A Hardman y a Matthews. El joven Hardman lo afirma. Por lo que he oído decir, ya ha tenido un choque con Matthews.

Y tendrá algo más que un choque con Matthews, si no tiene mucho cuidado; tendrá que pagar-declaró Pan sombríamente-. Matthews es un sheriff fanfarrón, incapaz de enfrentarse con un hombre peligroso; pero terminaría muy pronto con Dick Hardman.

-Perdóneme la curiosidad, pero... ¿querría usted decirme si se propone hacer frente a Matthews y al joven Hardman? -preguntó dubitativamente Wiggate.

-Lo evitaré mientras sea posible - replicó Pan -. Papá y yo nos iremos de Marco muy pronto. Queremos ir a Arizona.

-Es muy razonable. Tendrán ustedes dinero suficiente para instalar un rancho. Les deseo mucha suerte. Éste de ahora será mi' último negocio de caballos en esta región. Es un negocio provechoso, pero Marco es un poco demasiado... demasiado crudo para mis años.

De acuerdo con las cifras en que convinieron los hombres que, los habían contado, en los encerraderos había mil cuatrocientos ochenta y seis caballos.

Wiggate pagó en dinero contante y sonante. Tenía en su poder algunos. billetes de alto valor, pero la mayor parte del dinero fue pagada en billetes pequeños. Pan se apresuró a deshacerse de todos ellos, excepto de los que le pertenecían, y dobló los sueldos de aquellos a quienes había contratado para trabajar con él. Luego dividió con Blinky lo que restaba.

-¡Dios mío...! - dijo ahogadamente Blinky mientras miraba con ojos distendidos el enorme fajo de billetes-. ¡Dios mío...! ¿Cuánto hay aquí?

-Cuéntalo, ordeñador de vacas - respondió alegremente Pan-. Ésa es tu mitad.

-Pero, ¡es demasiado, compañero! -exclamó Blinky-. Esto es, tanto como... como robarte. El acoso ha sido idea tuya.

-Sí, y lo realizasteis tú y tu equipo -replicó Pan-. Tú proporcionaste los abastecimientos, los caballos, la ocasión, y yo proporcioné la ejecución del proyecto. Me parece que es justo que nos repartamos por mitades iguales lo ganado.

-Perfectamente, compañero - dijo Blinky en tono ahogado -, si ésa es tu opinión..., pero ¿quieres hacerme el favor de, guardarme estos billetes?

-¡Guárdalos tú mismo, india del demonio!

-Pero..., compañero, me emborracharé y armaré algún jaleo... y ya sabes cómo pierdo la cabeza en cuanto bebo un poco.

-Blinky, no beberás ni una sola gota, no siendo con ocasión de lo que anteriormente te he insinuado-dijo Pan significativamente -. Espero que podamos conseguirla.

-¡Ah! ¿Quieres decir que vamos a volver una, nueva hoja? -preguntó el vaquero con voz extraña en él. -Tú sí que vas a volverla - contestó Pan con una sonrisa seria y sincera-. Yo he sido un vaquero sobrio y respetable durante cierto tiempo. Tú has sido terriblemente malo.

-¿Quién lo ha dicho? - preguntó Blinky, agresivo. -Lo he oído decir en «La Mina de Oro».

Este nombre y lo que con él se relacionaba hicieron que Blinky inclinase la cabeza. Pero su sombrío avergonzamiento desapareció en seguida.

Bien, compañero; no beberé mientras tú no lo hagas. Queda acordado.

Pan tomó la resolución de partir a la mañana siguiente, tan pronto como los caballos salvajes que habían trabado pudieran ser puestos en condiciones de emprender el viaje. Wiggate esperaba que los caballistas a quienes había mandado llamar llegarían antes del

mediodía siguiente. Y suponía que podría llevarse todos los caballos que había comprado en el plazo de una semana. Pan y Blinky no compartían su opinión.

Wiggate y sus hombres fueron invitados a probar una de las cenas de Juan «el Embustero», cena tan buena, que Juan recibió la oferta de un nuevo empleo. Cuando Pan le hubo recomendado que lo aceptase, su cocinero así, lo hizo.

-Puedo recomendar a Juan «el Embustero como el mejor cocinero y el hombre más veraz qué jamás he conocido - observó Pan.

Blinky se, revolcó por el suelo.

-¡Ja, ja, ja! Esperad hasta que Juan os cuente algunas de sus mentiras.

-¡Juan «el Embustero»! Me estaba preguntando el porqué de un nombre tan raro para un hombre tan honrado-contestó Wiggate-. Sé que es un hombre muy bueno, y supongo que puedo aceptar el riesgo que suponen sus restantes cualidades.

Después de la cena, Pan y Blinky trabajaron activamente para cortar y arreglar las cuerdas con que se proponían: atar a los caballos salvajes que habían de llevarse consigo.

-Bueno, ahora que hemos concluido, creo que debería escribir a mi novia; pero no sé que escribirle-dijo Blinky.

-Acuéstate - le ordenó Pan-. Tenemos que levantarnos y preparar los caballos tan pronto como aparezca la luz del día. Debes saber que el, atar los pies de los caballos salvajes representa un trabajo bastante pesado.

No había brotado aún la luz del día cuando, a la mañana siguiente, Blinky dijo con su acostumbrada lentitud:

-Compañeros, hemos, dormido, hemos atado los caballos, hemos tomado un poco de comida, y ahora nos espera el infierno.

Entre la luz gris del amanecer, cuando el resplandor que brotaba del Este había comenzado a apagar la gloria del lucero matutino, los vaqueros condujeron a los caballos que estaban trabados hasta un encerradero más pequeño. Anteriormente habían cerrado con cuerdas un rincón del encerradero y colgada sobre ellas una lona blanca. Esto constituía un improvisado corral donde debían ir introduciendo los caballos uno a uno, a medida que les hubiesen atado los pies.

Blinky y Gus constituyeron un equipo para trabajar conjuntamente; y Pan, su padre y Brown formaron el otro. Blinky, como de costumbre, fue el primero en arrojar el lazo, que rodeó los pies delanteros del caballo ruano; éste quedó en pie durante un momento, cayó sobre un costado y luchó vanamente por levantarse; pero se hallaba entre las manos de unos hombres duchos en el manejo de los, caballos. En cada ocasión en que el ruano medio se levan= taba, Blinky volvía a obligarlo a caer. Gus se colgó de su cabeza, y, mientras el caballo descansaba un momento, Blinky corrió el' nudo que le sujetaba una de las patas y ató la otra. Entonces permitieron que el caballa se levantase. Cuando estuvo en pie, el animal hizo una maravillosa exhibición de saltos y corvetas. Cuando se apaciguó lo condujeron hasta el improvisado encerradero.

-La noche ha transcurrido, el día ha llegado, el trabajo comienza - cantó Blinky -. ¡Tragad! polvo, esclavos! Pan decidió atar en primer lugar a la jaquita baya. Pero después de hacerlo y ponerse el animalito en pie, no juzgó existiese razón alguna que justificase tan severa medida. Bayita estaba atemorizada y era fogosa, pero no levantisca.

-Voy a correr el riesgo - dijo Pan; y la condujo hasta el encerradero de cuerdas.

El sol era muy cálido y lo mismo sucedía con el polvo. Los vaqueros no disminuyeron el ardor de su trabajo. Necesitaron dos horas de labor agotadora Dará atar todos los caballos salvajes. Cada caballo había ofrecido un medio diferente de lucha y resistencia. Después se realizó rápidamente la labor de cargar sus equipos, que Juan había reunido. Todos los hombres fueron empujados, derribados, y se hallaban tan cubiertos de polvo y de sudar, que parecían verdaderos negros. Tenían las manos hinchadas por el resbalar de las cuerdas cuando los caballos saltaban. A las nueve en punto de la mañana ya estaban preparados para la importante marcha de treinta y cinco millas en dirección a Marco.

Librodot

-¡Todo está preparado para el desfile! - gritó Blinky -. Id delante, compañeros. Abrid el portillo y dejadme que lo cierre yo.

Pan y los demás debían marchar al frente de la cabalgata, en tanto que Blinky condujese los caballos. Se necesitaba que hubiera hombres delante, no detrás de éste. Cuando descendieron para abrir la salida, los caballos salvajes comenzaron a saltar, a cocear, a retroceder, a caer al suelo. Algunos de ellos mordieron las cuerdas que les ataban las patas. Pero, poco a poco, Blinky los obligó a salir al terreno abierto. Pan y su padre se rezagaron para situarse al costado de los animales y mantenerlos unidos en un cerrado grupo. De este modo, Gus y Brown quedaron delante de todos para forzar a retroceder a los animales que intentasen huir. El caballo de pies blancos fue el primero que intentó hacerlo. Corría casi tan bien solamente con tres pies como con los cuatro, y fue muy fácil la labor de alcanzarle, obligarle a volver y unirlo de nuevo al grupo. A continuación, el ruano de Pan hizo lo mismo, y originó grandes trabajos.

-¡Ja, ja! Ése es el caballo de Pan. ¡Matadlo! Me parece que Pan ha hecho una mala elección.

Cuando los caballos salvajes salieron del estrecho paso qué formaban la parte inferior del risco y la pendiente, intentaron esparcirse. Los jinetes hubieron de trabajar duramente. Corriendo, disparando, gritando, agitando las cuerdas, consiguieron que los caballos avanzasen y se reuniesen. Los animales comenzaban a aprender a correr sólo con tres pies e intentaban huir. Cuando la situación se había hecho más crítica, llegaron a la cerca de cedros, la mitad de la cual había sido quemada por los resentidos compinches de Hardman, y esta obstrucción constituyó una ayuda para los caballistas. Una vez que estuvieron reunidos nuevamente en un grupo compacto, los caballos salvajes fueron más fáciles de manejar.

Cuando Pan llegó a fa altura de la pendiente que conducía al! exterior del valle, volvió la cabeza para mirar por última vez el memorable lugar; y con gran sorpresa y mayor deleite vio casi tantos caballos salvajes como había antes del acoso.

-Me estoy volviendo muy avaricioso -murmuró-. Aun cuando he tenido mucha suerte, querría quedarme aquí para realizar un nuevo acoso.

-Me parece que estoy leyendo lo que se halla escrito en tu cerebro -dijo Blinky -. No te entristezcas. Si intentáramos hacer un acoso, únicamente obtendríamos algunos caballos. No es posible engañar por dos veces a esos «rabos de escoba» por el mismo procedimiento.

Una nueva dificultad se presentó al cabo de unos momentos: algunos de los caballos salvajes no aprendieron a caminar bien sólo con tres patas.

-Han sufrido una prueba muy dura. Será preferible que los dejemos en libertad-aconsejó Blinky.

-Y entonces podremos: estar seguros de perderlos -dijo quejosamente Pan.

-Es posible. Pero no podemos hacer otra cosa. Es muy extraña la diferencia que hay entre unos caballos y otros. Ocurre lo mismo que, con las personas. Algunos caballos aprenden con mucha rapidez, y de vez en cuando es posible encontrar alguno tan inteligente como ese tuyo, que puede correr con una rapidez de todos los diablos. La mayoría de :los caballos salvajes luchan desesperadamente y se atormentan hasta que aprenden a caminar sólo con tres pies. Otros necesitan ser dejados en libertad. En realidad, compañero, hemos reunido una hermosa caballa da, consiguiendo conducirla con más facilidad de lo que me esperaba... Prepara un lazo, vaquero, porque estoy seguro de que vamos a necesitarlo.

No hubo, necesidad de insistir en lo conveniente que sería hacer lo que Blinky indicaba, puesto que en el mismo instante que Gus y Blinky destrabaron a uno de los caballos que más' torpemente caminaba, el animal se lanzó a ciegas en busca de la libertad. Pero cayó presa del odioso lazo y lanzó un relincho penetrante.

Los jinetes llevaban la caballada hacia la región llana situada entre las colinas cubiertas de maleza. Con toda evidencia, este paso conducía a un valle más ancho. El recorrido se efectuó principalmente sobre terreno llano, lo que, hizo que, la marcha fuera más rápida.

Fueron necesarios dos hombres para enlazar un caballo, sujetarle las orejas, cortar la cuerda que le trababa tos patas, soltar el lazo que tenía al cuello y dejarlo en libertad. No les era posible perder ni un solo segundo; en su labor. El tiempo les era muy necesario.

El desfile, como Blinky lo había denominado, recorrió solamente una pequeña cantidad de millas por hora, y en algunas ocasiones este avance no se efectuaba en la dirección precisa. Sin embargo, las horas parecían volar. No hubo descanso para los hombres ni para los caballos:, La tarde había comenzado a desvanecerse antes de que los caballos hubieran podido convencerse de que el luchar y el defenderse resultaban inútiles. Cansados, sudorosos, quebrantados, doloridos por las ataduras de las patas, al fin se rindieron. Y entonces Blinky y Gus les cortaron las trabas. En algunas ocasiones tordo el grupo hubo de detenerse por causa de algún caballo que, al ser destrabado, no podía hacer uso de las patas. Pan llegó a la conclusión de que los caballos no querían que aquel procedimiento fuese utilizado dos veces con ellos. Los caballos demostraban poseer inteligencia. Este método no servía para acostumbrar a los caballos a la silla o a la brida, que era el fin a que se los destinaba, pero, ciertamente, servía para apaciguarlos. De todos modos, resultaba demasiado cruel para que a Pan pudiera agradarle.

-Tendremos mucha suerte si conseguimos llegar a los prados de Snyder esta noche - observó Blinky -. No podemos confiar en llegar a Marco.

Pan no lo había esperado en ninguna ocasión, por lo que no se sintió decepcionado. Tenía el corazón tan satisfecho y tan lleno de regocijo, que no le habría importado que el retraso fuese mayor. En realidad, más que en un caballo, parecía cabalgar en una nube.

El recorrido resultó mucho más largo de lo que parecía, pero, al fin, el desfile de caballos llegó a la ancha y plana llanura que se dirigía al Oeste. Y el camino se convirtió en una carretera. La luz del crepúsculo enmanteló el valle, que semejaba una pradera, y muy pronto llegó la noche, fría y ventosa. Los caballos salvajes redujeron la velocidad de su marcha hasta convertirla en un reposado caminar. Pan pensaba que compartían la sed' que atormentaba a los animales.

Cuando, a las ocho de la noche, Blinky vio a través de la oscuridad los mojones que indicaban la proximidad del pasto que buscaba, Pan experimentó una contrariedad.

-Hay hierba y agua en abundancia, pero no tenemos leña-anunció Blinky mientras los caballos entraban en el prado-. Un hombre llamado Snyder instaló aquí un rancho, que no resultó productivo. Es una suerte para nosotros que haya un poco de hierba. Estuve aquí no hace mucho tiempo. Hay una buena cerca, y nos será posible reunir a los caballos con facilidad cuando llegue la mañana.

Los cansados caballistas desembalaron sus equipos, tomaron unos largos sorbos de agua fresca y, desenrollando las lonas, se acostaron sin cenar. Los ojos de Pan se cerraron como si hubieran sido pegados con alguna goma fuerte, y sus pensamientos se debilitaron y se desvanecieron.

El padre de Pan fue el primero en levantarse, pero el sol 1o había hecho antes que él. Pan le vio ir de un lado para otro, salir del prado y regresar con una brazada de leña.

-¡Arriba! -gritó-. ¡Estamos en Siccane, Arizona Uno a uno, los muchachos fueron levantándose. Pan fue el único que se puso las botas. Alguno encontró jabón y una toalla, lo que originó una batalla por apoderarse de estos objetos. La toalla no estaba limpia antes de ser utilizada. Después, resultaba completamente imposible averiguar lo que podría ser. Gus preparó el desayuno de un modo que, si se juzga por la manera que los restantes hombres lo atacaron, constituía un éxito para él.

-Aquí están nuestros caballos - dijo Blinky alegremente-. He tenido miedo a que pudieran saltar la verja y escapar. Habría sido un incidente muy desagradable.

-Blinky, ¿no vamos a atarles los pies de nuevo? - preguntó Pan con ansiedad.

-No. Ya los han tenido atados bastante tiempo. Es posible que lo primero que hagan sea intentar huir. Pero también nuestros caballos están descansados. Estoy seguro de que

podremos tener a los caballos salvajes en el corral de tu padre antes de que hayan pasado tres horas. -Entonces ¿no vamos a cruzar por Marco?

-No. Estamos en la carretera principal que conduce a casa de tu padre. Debemos de estar a unas ocho millas de distancia aproximadamente.

-Oye, Blinky, ¿hemos de seguir este mismo camino cuando vayamos a Siccane?

-Sí. Es la única carretera. Tú viniste por ella en la diligencia. Corre hacia el Norte y hacia el Sur. No es muy buena cuando se aleja de Marco.

-En ese caso, ¡por Satanás!, podemos dejar aquí nuestros caballos -exclamó can alegría Pan.

-¡Claro que sí! ¿Dónde demonios tengo la cabeza? ¡Claro que podemos! Este prado es muy bueno y dispone de mucha agua y mucha hierba. Pero yo tengo que ir al pueblo..., tú lo sabes. Y no podemos dejar a los caballos aquí, sin protección.

-Gus, ¿quieres quedarte aquí con Brown? Os dejaremos comida y equipo.

Brown se negó a hacerlo y explicó que estaba deseoso de volver a su terreno aurífero, donde creía que le- sería posible trabajar.

Yo me quedaré - decidió Gus -. Es una buena idea. El trabajar con esos caballos durante uno o dos días los preparará bien para el viaje que han de realizar. Y, por otra parte, confieso que me agradaría trabajar contigo, aun cuando sea en Siccane o en otro lugar más lejano.

-Perfectamente. Tuyo es el empleo. Trabajarás conmigo en Siccane, si así lo deseas - contestó Pan rápidamente.

El acuerdo fue tomado con satisfacción por ambas partes.

-¿Qué haremos de nuestros caballos de carga? - preguntó Blinky-. Naturalmente, Charley querrá llevarse el suyo; pero ¿necesitaremos los nuestros? Quiera decir que si tendremos que llevárnoslos de aquí.

-No. Sus cargas podrán ser transportadas en los carros -contestó Pan-. Tendremos necesidad de tres carros, y es posible que de alguno más. Padre, ¿es muy grande el! equipaje que tiene usted en casa?

-Tú lo viste, hijo - dijo Smith riendo -. Podría caber perfectamente en un saquito de mano. Pero supongo que el de las mujeres debe ser muchísimo más voluminoso.

-Vámonos pronto, estoy impaciente por llegar a casa -gritó Pan al mismo tiempo que caminaba con rapidez en dirección al lugar en que se hallaba su caballo. En la exaltación de aquel momento, a Pan le habría satisfecho poder hacer una prueba con el caballo de blancos pies, o con el ruano, pero no podía permitirse el lujo de perder tiempo. Condujo a Sorrel al campamento y lo ensilló y embridó. Blinky y el padre de Pan estaban también ensillando sus monturas.

-Lo tomaré con calma -declaró Charley Brown, que no se había movido-. Mi terreno está en aquella colina, no muy lejos de aquí.

-Brown, lamento mucho que no quieras ir al Sur con nosotros -dijo Pan cordialmente mientras daba un apretón de manos al minero-. Has constituido una buena ayuda para nosotros. Y me alegro mucho de que nosotros... ¡Hum! Bien, de que nosotros hayamos tenido algo que ver con la desaparición de los ladrones de filones de oro.

Cuando Pan montó aquella mañana su caballo, para dirigirse en dirección norte por la carretera de Marco, descubrió que le era muy difícil contener su júbilo. Aquella hora era la primera en la cual le era dable pensar en el glorioso cumplimiento de sus sueños.

Su padre estaba demasiado quebrantado para que pudiera cabalgar con rapidez, y Pan, aun cuando anhelaba llegar pronto a su casa, no quiso dejarle detrás de sí. Pero resultó por completo imposible para Pan tomar parte en la conversación que, sostenían Blinky y su padre, que iban hablando de carros, caballos, grano, colonias y otras muchas cosas más. Pan continuó cabalgando solo, un poco delante de ellos.

Casi le agradaba aquella tierra áspera y bravía. Pero esto era un producto del éxtasis de aquel instante. Aquella férrea región estaba demasiado cortada por montañas, tenía unos valles demasiado secos y áridos para que pudiera convenirle; y todo esto, sin tener en cuenta

el, elemento de violencia y de ilegalidad constituido por los hombres atraídos por el' brillo del oro.

Sin embargo, en aquella brillante mañana otoñal había un poderoso encanto que se tendía sobre el] valle y sobre la pendiente, sobre la negra montaña y la nevada cumbre y sobre las oscuras y distantes llanuras. El cielo era de un profundo color azul; una luz hermosa, clara y dorada, brillaba sobre el lienzo de rocas que brotaba audazmente de la montaña. Y la ancha extensión de terreno cubierto de salvia se perdía en la púrpura del horizonte. Los cuervos y las urracas cruzaban ante la alegre mirada de Pan. Los conejos saltaban entre los matorrales. Muy lejos, en la llanura, vio un antílope que se alejaba con su oscilante movimiento de aneas. El aire era dulce, estaba saturado de 1'a fragancia de los cedros y del' aliento frío de las alturas.

En tanto que veía y sentía todo esto, en su imaginación se atropellaban los pensamientos referentes a Luty Blake. Muy pronto podría verla, muy pronto podría tener la alegría de sorprenderla y de hacerle nuevas protestas de amor. Pan recordó el cambiante color azul oscuro de sus ojos y la rápida llama de escarlata que tan frecuentemente manchaba su cuello y sus mejillas.

Pan le hablaría de la gran suerte que había tenido; y de Bayita, la hermosa yegua, que había capturado para ella; y después podrían hablar y hablar sin descanso durante todo el recorrido hasta Siccane.

¿Cuándo se casaría Luty con él? Era una pregunta desconcertante. El corazón de Pan parecía reventar de gozo. ¿Tendría el valor preciso para preguntársela tan pronto como la viera? Pan intentó examinar la cuestión desde el punto de vista de Luty, pero no 'lo consiguió por completo.

Soñando de este modo, Pan continuó cabalgando sin darse cuenta del! tiempo ni de la distancia.

-¡Eh, compañero! -gritó sonoramente Blinky -. ¿Quieres ir hasta más allá de donde vive tu novia? Pan dio vuelta al caballo y se sobresaltó violentamente. Vio que era cierto que había cabalgado hasta más allá de la entrada de una granja que sólo pudo ser reconocida por él después de haberla mirado de nuevo. De todos modos, había de tenerse en cuenta que no estaba familiarizado con aquel lugar. Los encerraderos, el granero y la casa estaban ocultos por los árboles.

-Tienes razón, estoy loco-contesté, riendo.

Los tres jinetes corrieron a través del portillo y del patio delantero y se dirigieron al granero que se encontraba a corta distancia de la casa. Pan saltó del caballo y echó a correr.

Con una exaltación que casi era dolorosa, Pan dio vuelta al llegar a la esquina de la casa y- se encaminó hacia el pórtico cubierto por la parra.

La puerta estaba cerrada. Pan recorrió de puntillas el pórtico y llamó. No recibió respuesta. Empujó la puerta. ¡Estaba cerrada! Un estremecimiento se apoderó de él.

-Es extraño - murmuró - que no baya nadie a estas horas.

Miró a través de la ventana y vio sobre el suelo y sobre la mesa indicios de que recientemente se habían estado haciendo paquetes y preparando equipajes en aquella habitación. Pan se encontró de súbito ofuscado, aturdido. El joven miró el lecho de su madre, que estaba desarreglado, como si hubiera sido utilizada aquella noche y no hubiese sido ordenado después. Y pensó que sería posible que su madre y Luty hubieran ido a Marco con el fin de comprar algunas cosas que les fuesen necesarias.

«Pero, ¿no le dije a Luty que no fuera?», se preguntó. Pan decidió rechazar de modo resuelto todas las dudas y sospechas. No era posible que pudiera haber sucedido nada desgraciado. Y se dirigió presuroso a la cuadra.

-Le -digo - estaba diciendo Blinky apasionadamente - que este modo de vivir, siempre de un lado para otro, sin un hogar, sin mujer, no es conveniente... Ya estoy cansada. Voy a...

-No hay nadie en casa -le interrumpió Pan.

Librodot

-Bien, no creo que sea motivo suficiente para que te quedes tan blanco como un papel - replicó su padre -. Es probable que las mujeres hayan ido al pueblo. Tenían que comprar muchas cosas.

-Pero le dije a Luty que no saliese de aquí.

-¿Y qué? - añadió Blinky -. Eso no tiene importancia. Supongo que no creerás que esa muchacha va a hacer caso de lo que tú le digas.

No es ocasión de bromear, Blinky - le interrumpió secamente Parí-. No me parece natural que no estén en casa las mujeres. Tengo que encontrar pronto a Luty. Pero ¿dónde puedo buscarla?

Dio un solo paso, elevó el pie hasta el estribo y se sentó en la silla del caballo.

-Pan, Luty y tu madre deben de estar en alguna de las tiendas de Marco. No te preocupes por ellas. Recuerda que habían de comprar todo lo que necesitamos.

-Le digo que no me gusta el aspecto de la cuestión - afirmó otra vez Pan -. No son mis pensamientos los que me inquietan, sino mis presentimientos... De todos modas, el hecho de que se encuentren en este o en otro sitio no alterará nuestros proyectos. Las encontraré muy pronto..., estoy seguro de ello..., y les diré que estamos preparando las cosas para marcharnos inmediatamente de aquí... Tú, padre, compra tres carros y sus equipos, caballerías, grano, comida y todo lo que sea necesario para un viaje de dos semanas de duración, o acaso algo mas, por carretera. Tan pronto como haya encontrado a madre y a Luty, iré en busca tuya para ayudarte a terminar de hacer las compras.

-Debería hablar con tu madre antes de comprar la comida - respondió su padre con perplejidad en tanto que se rascaba fa cabeza-. Quisiera que estuviera en casa.

-¡Ven conmigo, Blinky! -dijo Pan al mismo tiempo que se ponía en marcha.

Blinky lo, alcanzó en la carretera.

-Compañero, no comprendo qué es lo que temes; pero veo que, estás inquieto y disgustado.

-Estoy loco... Eso es todo. Ha sido una... decepción tan grande para mí... el no verla - contestó Pan- Me he puesto nervioso. Pienso que es posible que haya sucedido algo... Nunca tuve confianza en Jim Blake. Y Luty es todavía una niña...

-¡Ah! - exclamó Blinky -. Creo que comprendo lo que quieres decir... No albergarías esos pensamientos tan tristes si no tuvieras motivos.

-Me alegro mucho de que te encuentres a mi lado, Blinky -añadió cordialmente Pan, al mismo tiempo que se volvía para mirar frente a frente a su compañero-. Sería inútil intentar engañarte, o darte motivos de temor... Bien sabe el, Cielo que quisiera poder hablarte de otro modo; pero temo mucho que haya acontecido algo malo.

-Comprendo. Pronto lo averiguaremos - replicó Blinky con su acostumbrada frialdad-. Y si es cierto lo que supones, no hay duda de que tardaremos muy poco tiempo en arreglar la cuestión.

Continuaron cabalgando rápidos hasta que llegaron a las afueras de la población. Entonces Blinky pidió a Pan que se detuviera.

-Me parece que sería conveniente que no cruzases la calle Mayor -dijo de un modo significativo.

Ataron los caballos tras un grupo de árboles, entre dos cabañas abandonadas. Pan se quitó los zahones, más a causa de lo que le dificultaban los movimientos que de lo destrozados que estaban.

-Ahora, Blinky, muy pronto veremos si la ciudad simpatiza con nosotros-dijo con seriedad.

-¡Hum! No me importa un rábano, pero te digo que podríamos ser los amos de Marco. Ese demonio de Hardman, con su aspecto de seriedad y sus fingidos negocios de minería y de ranchería, era un bandido de lo peor que ha existido. ¿Vas a negar que lo mataste? Es seguro que sus hombres habrán dicho que así fue.

Librodot

-No. Wiggate se encargará de decirlo. Lo único que deseo es encontrar a Luty y enviarla a casa. Luego, comprar los equipos y abandonar en seguida estas tierras.

-Me parece muy bien. Yo también comienzo a tener corazonadas... Creo que deberíamos tomar unas copitas, Pan.

-No beberemos nada, vaquero -replicó Pan.

-¿No? Perdóname. Había supuesto que un poco de bebida fuerte nos sentaría muy bien. Ya te he dicho que he comenzado a tener presentimientos.

-¿De qué clase?

-De ninguna. Me ha parecido sentir que las cosas no marchan del modo que deseamos. Pero es por culpa tuya. Es a causa de esa expresión que tienes. Me, duele verte alicaído y triste, compañero.

Pasaron ante el taller de carros en que había estado empleado el padre de, Pan, y luego ante el solar que formaba uno de los lados de la calle y de las tiendas que componían el otro. Desde aquel punto pudieron ver la totalidad! de la calle principal, en la que imperaban el' ambiente y el movimiento habituales en las horas matinales, aun cuando a Pan le pareció advertir que había más actividad que de costumbre, lo que Podría ser debido a que tanto la diligencia que llegaba al pueblo como la que salía del él podían ser vistas en la parte alta y lejana de la calle.

Pan miró con atención a las personas: que se hallaban más o menos próximas, con el deseo de encontrar a Luty o a alguien a quien pudiera preguntar por ella. Se hallaba ya muy cerca de la primera tienda. Pero, antes de que llegase a ella, vio a su madre que salía arrastrando a Bobby, que, evidentemente, deseaba quedarse en el interior del establecimiento. El corazón de Pan se preparó para saltar de nuevo lleno de alegría y de emoción, con la esperanza de que Luty apareciese también ante la vista del joven. Pero Luty no se presentó.

-¡Ahí está tu familia, compañero..., a juzgar por lo que se parecen a ti esas personas! -exclamó Blinky-. ¡Vaya un chiquillo guapo!... ¡Mira, mira!

Pan se adelantó a Blinky y vio que su madre palidecía y se tambaleaba, como si se hallase a punto de desmayarse. Pan pudo llegar junto a ella a tiempo.

-¡Madre! ¿Qué te sucede, madre? -exclamó con ansiedad Pan-. ¡Soy yo, madre! ¡Estoy bien! ¿Qué creías?... ¡Hola, Bobby, cara sucia! ... ¡No me mires de ese modo, Alice! Estoy aquí en carne y hueso.

Su madre se agarró a él con manos que parecieron de acero. Tanto su rostro como sus ojos fueron una, cosa al mismo tiempo terrible y maravillosa de ver.

-¡Pan! ¡Pan! ¿Estas vivo? ¡Oh, gracias a Dios! Nos dijeron que te habían matado a tiros.

-¿A mí? Bien, me parece que no es cierto... Estoy mejor y más, vivo que nunca, y tengo muchas y muy buenas noticias... -continuó Pan apresuradamente-. ¡Anímate, madre! Nos están mirando... Tenemos muchísimo que hacer. ¿Dónde está Luty?

-¡Oh Dios mío! ¡Hijo mío, hijo mío! - exclamó la señora Smith, con los ojos llenos de dolor.

-¡Oh! -dijo Pan al mismo tiempo que se estremecía como si una hoja de acero le hubiera atravesado el corazón. Y agito a, su madre bruscamente -. ¿Dónde está Luty?

La madre pareció verse aguijoneada por el espíritu del hijo y se volvió con rapidez para señalar calle arriba. -¡ Luty! ¡Allí! ¡Se marcha de Marco! ¡En aquella diligencia!

-¡Por amor... de Dios! -murmuró ahogadamente Pan-. ¿Qué es esto? ¡Luty! ¿Adónde va? -¡Pregúntaselo a ella! - dijo apasionadamente la mujer.

Un algo terrible pareció estallar en el interior de Pan. ¡Catástrofe! En los ojos de su madre había piedad, amor y enojo. Este último sentimiento no era para él.

-¡Madre, vete a casa inmediatamente! -dijo Pan con rapidez-. Di a padre que compre en seguida los carros. Tú y Alice, preparad lo que haya de llevarse. Vamos a sacudirnos: el polvo de esta maldita ciudad. No te inquietes, Luty irá con nosotros.

A continuación, Pan dio unos largos pasos, que casi se convirtieron en una carrera. Blinky tuvo que correr para alcanzarlo.

Librodot

-¿Qué te dije, compañero? -dijo roncamente su amigo-. ¡Vaya una situación comprometida! ... ¡Maldita suerte!

Pan sólo tenía un pensamiento consciente: el deseo de ver a Luty. Todo lo demás parecía borrarse de su imaginación, como si hubiera sido arrastrado por las aguas impetuosas de un torrente.

La gente corría para apartarse del paso de los dos vaqueros. Otras personas se detenían para mirarlos y hacer gestos. Unos hombres, de pesadas botas que se encontraban a la puerta de «La Mina de Oro» se dirigieron atropellada y ruidosamente a su interior. Por todas partes sonaron voces de alarma y de alegría. Pan dirigió una mirada fugaz a la abierta puerta del establecimiento. No vio nada, o pensó que no había visto nada. Su paso se hizo aún más rápido cuando hubo pasado de la tienda de Black, donde unos nuevos hombres se atropellaron para penetrar en ella.

-No malgastes todo el aliento, compañero-le recomendó Blinky -. Es probable que lo necesites después. Llegaron al final de la calle y cruzaron la ancha explanada que se abría ante la oficina de las diligencias. La que acababa de llegar estaba detenida. El asiento del conductor se encontraba vacío. Smith, el agente, salía del interior del despacho cargado con unas sacas de correo.

-¡No corras tanto, compañero! -le advirtió Blinky. Pan hizo lo que se le ordenaba, aun cuando su paso continuó siendo muy rápido. ¡Imposible marchar con más lentitud 1 Había varios pasajeros en la diligencia. Cuando Pan llegó al centro de la anchura de la calle vio el resplandor del cabello dorado que tan bien conocía.

¡Luty! La joven estaba vuelta de espaldas a él. Y al identificarla, al comprobar que la había encontrado, en el, cerebro de Pan estalló una tormenta de revueltas interrogaciones.

Luty volvió el rostro. Era un rostro extraño, un rostro desconocido de él. Pero Pan sabía bien cómo eran sus ojos y vio la rápida transición que en ellos se operaba, el modo como se ensanchaban y oscurecían. ¡Cómo palideció la joven! ¿Qué era aquello? ¿Se angustiaba y conturbaba Luty al reconocerle? Lo que sólo fue una expresión de repentina alegría se convirtió bruscamente en otra de terror. Pan vio que su nombre parecía formarse en los labios de Luty; pero ningún sonido brotó de ellos.

-¡Luty!-gritó-. ¿Qué significa esto? ¿Adónde vas? Luty no pudo hablar. Pero bajo su palidez comenzó a arder la roja llama de la vergüenza. Pan lo vio y lo comprendió. Y miró mudo a la muchacha, que inclinaba la cabeza sobres el pecho.

¿Qué significaba esto? - repitió roncamente. -Compañero, echa una mirada por aquí - dijo lentamente Blinky con voz que parecía cargada de amenazas. Pan se volvió. Y sufrió la conmoción más terrible de toda su vida. La sufrió antes de que sus arremolinados pensamientos comprendiesen la razón y la causa. Tuvo que mirar dos veces para cerciorarse de que era cierto lo que veía. ¡Dick Hardman! ¡Elegante, llamativamente vestido...! Pan sólo acertó a ver su chaqué, el complicado chaleco, la flotante corbata, el alto sombrero... Y entonces, por espacio de un segundo, quedó ciego.

Cuando, el velo rojo se disipó de su vista, vio que Hardman pasaba junto a él, vio la palidez de sus mejillas, el temblor de sus músculos, los desorbitados ojos.

Había puesto ya un pie en el estribo de la diligencia cuando Pan pudo recobrar el uso de su habla.

- ¡Hardman!

El joven se detuvo al oírlo, como si la palabra hubiera sida una cuerda que lo inmovilizase; pero no volvió la cabeza. El sonido que producían los pies de las personas que se hallaban en el interior de la diligencia ofreció pruebas de algo más que inquietud. Los hombres se desperdigaron a espaldas de Pan.

Pan saltó hacia Hardman y lo obligó a volverse.

-¿Adónde vas?

-A Frisco..., si es que te importa -contestó incoherentemente Hardman.

Librodot

-Me parece que sí me importa -replicó Pan en tono amenazador. No le fue posible mostrarse frío, como habitualmente. La sorpresa había sido demasiado grande. Su imaginación parecía haberse embotado.

-Hardman, ¿quieres decir..., crees... que te la llevarás... de aquí? -preguntó Pan ahogadamente. -¡Ja, ja! - contestó Hardman levantando la cabeza, arrogante, vano, a pesar de su temor -. Sé que me la llevaré... ¡Luty es mi esposa!

Librodot

XVI

El aniquilamiento, la muerte misma, parecieron destruir la intensidad! vital de Panhandle Smith, que se tambaleó y vaciló. Durante un momento, todo se presentó opacamente ante su vista y las imágenes se borraron. Un ¡chac, chac, chac! golpeó repetidamente en sus oídos.

Pan no supo cuánto tiempo duró aquella terrible angustia, aquella impresión de vacío y de olvido. Mas cuando Hardman se movía para subir a la diligencia, volvió a recobrar la vida, con una intensidad millones de veces mayor que la normal, poseído de todos los demonios.

Se abalanzó sobre él, lo agarró con una mano que pareció de hierro, tiró de él y lo arrojó al suelo.

-¡Toma! ¡Otra vez más! - exclamó Pan, congestionado -. ¿Recuerdas... nuestra escuela? ¿Recuerdas aquella pelea a causa de Luty Blake? ¡Maldita sea tu alma cochina!... ¡Levántate... si tienes revólver! Hardman se apoyó en una mano. Su sombrero de copa había rodado por el polvo. Tenía el elegante traje manchado. Pero, en su degradación, no se dio cuenta de ello. Como un insecto acobardado que hubiera sido hipnotizado por una serpiente, tenía los ojos fijos en Pan. Y su rostro era insoportable de ver.

-¡Levántate... si tienes revólver - volvió a ordenarle Pan.

-No tengo... ningún revólver - replicó Hardman con ronco acento.

-Entonces, habla. Es posible que así pueda abstenerme de matarte.

-¡Por amor de Dios...! ¡No me mates! ¡Te diré todo!

-Hardman, ¿dices que te has... casado con mi... con esa joven? - preguntó ásperamente Pan, de un modo que parecía como si las palabras se ahogasen en su garganta, lo mismo que si fueran un veneno. Era incapaz de hablar de Luty del mismo modo que en ella había pensado durante toda su vida.

-Sí... Me he casado con ella.

-¿Quién os ha casado?

-Un párroco de Salt Lake. Mathews lo trajo aquí.

-¡Ah! ¿Matthews?... ¿Cómo la forzaste a casarse contigo?

-Juro que lo hizo por propia voluntad. Su padre quiso que lo hiciera - continuó Dick.

-¿Cómo...? ¿Jim Blake? Jim Blake se marchó a Arizona. Yo lo envié allá.

-Pero no fue... Yo... yo,.., quiero decir que lo cogieron..., que lo llevaron a la cárcel otra vez. Matthews mandó llamar a las autoridades. Vinieron... Y dijeron que llevarían a Jim a la cárcel por diez años... Yo lo puse en libertad... Y entonces Luty quiso casarse conmigo... y lo hizo. Ya no tiene remedio... Es demasiado tarde...

-¡Embustero! -gritó Pan-. ¡Tú la asustaste..., la amenazaste..., la torturaste...!

-¡No! No... hice nada de eso. Fue su padre quien la persuadió...

Quien la forzó a hacerlo. Eso es lo que quieres decir... Y tú le pagaste para que lo hiciera. Reconócelo, o... - el movimiento de Pan fue inconfundiblemente amenazador.

-Sí... sí... Es cierto - replicó Hardman con voz más baja y más ronca que anteriormente. Había algo en el gesto del enemigo de toda su vida, que le sobrecogía y amilanaba. Se mostró acobardado y abyecto. No era precisa confesión alguna de su culpabilidad.

-¡Busca un revólver! ¡Habrías de matarme si quisieras iniciar tu viaje de bodas! No quiero que vayas más que a un lugar: ¡el infierno...! ¡Ponte en pie!... Busca un revólver Hardman se puso en pie temerosamente y comenzó a sacudirse el polvo que le, manchaba las ropas en tanto que miraba acobardado a Pan.

-¡Dios mío! ¡No puedo luchar contigo! -dijo-. Y no serás capaz de asesinarme a sangre fría... Smith, soy el esposa de Luty… Luty es mi esposa...

-¿Y qué es para ti: Louise Mellis? - replicó Pan gritando -. ¿Qué dice ella acerca de. tu boda? Tú la llevaste por el mal camino. La trajiste aquí, a Marco, te cansaste de ella, la abandonaste, la llevaste a aquel establecimiento infernal que era propiedad de tu padre. Tu padre obtuvo su merecido y tú vas a encontrar también el tuyo...

Hardman no contestó. Como un perro bajo los golpes del látigo, se encogió al oír las palabras de Pan. -¡Vete de mi vista! - gritó Pan, que ya no podía soportar por más tiempo aquella situación-. Y recuerda que en la primera ocasión que te vea comenzaré a disparar sin más aviso.

Pan lo golpeó, lo empujó en dirección a la calle. Hardman se tambaleó en los primeros momentos y comenzó a alejarse despacio, olvidado del sombrero alto, que yacía entre el polvo; luego, sus movimientos se hicieron más rápidos, hasta convertirse en una media carrera. Y continuó alejándose por el centro de la calle hasta que llegó ante «La Mina de Oro», donde subió con celeridad laS escaleras y desapareció.

Pan se retiró lentamente, paso a paso. Comenzaba a salir del opresivo estado de tensión en que se había hallado. Sus movimientos no eran los de un hombre aprisionado por el terror. En realidad, Pan podría haber hecho frente a cualquier peligro, a cualquier horror, a cualquier dolor físico más desgarrador que a aquella muchacha que le había, destrozado la vida.

Luty había abandonado la diligencia y estaba sola. Y pronunció el nombre de él. En aquella sola palabra, Pan adivinó el temor que la dominaba. ¿Desde cuándo era la esposa de aquel asqueroso perro? ¿Cuándo se había casado con él? ¿El' día anterior, el precedente..., hacía una semana? ¿Qué importaba?

-¡Tú... tú! - exclamó Pan presa de la angustia y del odio. Y la odió en aquel momento. Y odió su belleza, hasta la inconsciente manifestación de amor por él que se reflejó en sus ojos. ¿Qué era ya la vida para él? i Oh, qué insoportable amargura!

- ¡Vete junto a mi madre

- ordenó con voz rota mientras volvía el rostro en otra dirección.

Y en aquel mismo, instante pareció olvidarla. Vio que Blinky se encontraba a su lado, profundamente estremecido, aunque ceñudo y sereno. Pan oyó el ruido que produjeron muchos pies al moverse, el cocear de unos caballos...

-¡Al coche los viajeros que vayan a Salt Lake! - conminó el conductor de la diligencia. Smith, el agente, pasó junto a Pan con nuevas sacas de correspondencia.

-Compañero - dijo Pan poniendo una mano sobre el hombro de Blinky -, vete con ella..., llévala junto a mi madre... Y déjame a solas.

-¡No, por Dios! - replicó Blinky, hosco- Olvidas que todo esto es una cuestión que me interesa personalmente... Acuérdate de Louise... Y Luty ha cogido su saco de viaje y se ha marchado a toda prisa... Mira, mira: allá va corriendo, más allá de «La Mina de Oro».

-Blinky, ¿oyó lo que dije a Hardman acerca de Louise? - preguntó con tristeza Pan.

-Creo que no. Se habría desmayado si lo hubiera oído. No he dejado ni un solo momento de mirarla. Y te digo, compañero...

-¡No me importa! -le interrumpió Pan- ¿Qué más da? ¡Fuegos del infierno! Vamos a beber. Quiero tomar whisky.

-¡Claro! Ya te lo dije hace unos momentos... ¡Vamos, compañero!

Cruzaron la calle, llegaron a la taberna de la esquina y entraron en ella. Era un garito de bajá categoría, propiedad de un chino y frecuentado por mejicanos e indios. Todos los clientes abrieron paso hasta el mostrador a los dos amigos. El equipo de Jard Hardman, que llegó a la población antes que ellos, había preparado el terreno para aquella temerosa recepción.

-¡Hola! -dijo Blinky dirigiéndose a la botella negra que se hallaba sobre el mostrador- Pareces muy buena... ¡Voy a brindar por Panhandle Smith!

Pan bebió. El fuerte alcohol le quemó en la garganta, y su fuego le llegó hasta el torturante mordisqueo que parecía torturarle las entrañas. Y el fuego calmó e incrementó su dolor al mismo tiempo. Le exaltó, pero no le ofuscó.

Librodot

-Compañero, brindemos por el viejo Cimarrón - invitó Blinky mientras bebían otra vez.

Pan no respondió. El recuerdo del Cimarrón condujo a su imaginación hacia las llanuras de Las Animas. Bebieron y bebieron. A Blinky se le desató la lengua. -¡Deja en paz a-la lengua, condenado! - dijo Pan. -¡Imposible! Tomemos otra copa.

-Bebamos, pues. Estás borracho, vaquero.

-¿Yo? ¿Borracho yo? No, señor, compañero... Lo que me sucede es que se me traba la lengua... Ahora, ¡brindemos por Louise Mellis!

-Brindo por ella - dijo Pan mientras vaciaba el vaso. La tarde se había desvanecido. Matthews yacía muerto en medro de la calle. Estaba ante «La Mina de Oro», de donde había sido obligado a salir por unos hombres que ya no podían soportar la violencia de la tensión del instante.

La calle estaba desierta. Sólo se hallaba en ella aquella figura negra que estaba caída de bruces y con un revólver en la mano derecha. El negro sombrero se hallaba a su lado. El viento había arrastrado calle abajo un sombrero de copa, que se había detenido cerca del rancho del sheriff. Los que miraban desde detrás de las puertas o desde las ventanas de las casas pudieron ver aquellos dos siniestros objetos.

Pan había montado guardia en la calle. Había hecho investigaciones de casa en casa en busca de Jim Blake. Había entrado en todos los lugares, excepto en «La Mina de Ora», puesto que reservaba esta visita para realizarla en último lugar. Pero no halló a Blake. Solamente pudo hallar a un hombre pálido, vestido con ropas negras.

-¿Es usted el ministro que Matthews trajo a Marco? - le preguntó con dureza Pan.

-Sí, señor - respondió el interrogado.

-¿Ha casado usted a Dick Hardman con... con...? - Pan no pudo terminar la pregunta.

El ministro encontró también difícil el hablar; pero no era necesaria su respuesta afirmativa.

-Es posible que no haya tenido usted intención de hacer ningún mal, hombre. Pero ha arruinado usted la vida de mi novia... y la mía. ¡Me ha condenado usted a los tormentos del infierno! ¡Debería matarle!

-Oye, compañero, creo que no es conveniente matar a este caballero... todavía. Es probable que nos sea de alguna utilidad más adelante - dijo Blinky con voz espesa y lenta.

-¡Ah!, tienes razón, Blinky - contestó Pan fingiendo torpemente una alegría que no sentía- Espere usted aquí hasta que vengamos a buscarle... Es posible que pueda usted todavía reparar algo del mal que ha hecho a una mujer.

Los hombres que se hallaban en «La Mina de Oro» detuvieron los vasos cuando se los acercaban a los labios y los jugadores interrumpieron el juego.

Pan entró por la puerta del salón de baile. Blinky, tambaleante, llegó por la puerta de la calle. Después de un momento preñado de tensión y de temor, los jugadores de póquer continuaron sus partidas y los bebedores vaciaron sus vasos. Pero todos hablaron en voz baja y dirigieron miradas furtivas a los recién llegados.

Pan había visto a todos los hombres antes de que éstos le vieran. Solamente le interesaba uno de ellos: Jim Blake. Qué hacer con aquel hombre era una cosa difícil de decidir para Pan. Blake había, en realidad, caído muy bajo. Pero el vaquero quiso concederle el beneficio de la duda de que si había descendido tanto era debido a la influencia y a la dominación que sobre él ejerció Hardman. Sin embargo, todavía quedaba una cuestión muy desagradable: que hubiera aceptado dinero como pago de sus oficios para convencer a Luty a que se casase con Dick.

La parte más próxima del mostrador del establecimiento había sido abandonada calmosamente por los bebedores, que se agruparon al otro extremo. Pan ocupó un lugar en aquel desierto espacio que se abría ante el mostrador y pidió una bebida. Tan pronto la ingirió, los efectos del alcohol se desvanecieron. Cada nueva copa que tomaba le servía sólo para sostener el forzado estímulo.

Librodot

Pan hizo una seña a Blinky. Blinky causó cierta agitación, a la que siguió el silencio, cuando caminó en torno a las mesas para no interponerse en ningún momento entre Pan y los hombres que se hallaban sentados ante ellas.

Blinky, ¿sabes dónde está la habitación de Louise? -le preguntó Pan.

-Sí. Encima de este local... Es la tercera puerta de la izquierda.

-Bien, ve a decir a Blake que necesito hablar con él. Luego, vete a la habitación de Louise. Yo te seguiré en seguida.

Blake recibió el mensaje, pero no obró con rapidez. Pan vio que su mirada era recelosa, temerosa. Era posible que aquel hombre fuese algo más que un hombre débil. Dejó al cabo de unos momentos la partida de póquer que estaba presenciando, y se dirigió con lentitud hacia Pan:

Parecía hallarse bajo la influencia del alcohol solamente lo preciso para atreverse a mirar de soslayo a Pan.

-¡Hola! - dijo.

-Blake, hoy he sabido por Hardman la verdad respecto al modo de proceder de usted para Luty y conmigo - replicó Pan, y en tono frío y con meditada calma dirigió al hombre los insultos más infamantes que se conocían en los ranchos y en las llanuras. Bajo aquel estallido, Blake se hundió en lo que pareció ser una vergonzosa humillación -. Supongo que creerá usted - concluyó Pan - que porque sea el padre de Luty no me será posible matarlo a tiros. No se engañe. Usted ha matado el alma de ella... v la mía. Entonces, ¿por qué no habría de matarlo...? No hay ninguna razón que se oponga a ello, no siendo ésta: que espero que al verse libre de la influencia de Hardman, acaso le sea posible regenerarse. Quiero concederle ocasión de hacerlo. Su vida en Marco ha terminado ya. Jard Hardman está muerto, y Dick tiene muy pocas probabilidades de ver la próxima salida del sol... Ahora, salga inmediatamente por esa puerta y váyase de Marco. Cuando se haya convertido en un hombre, vaya a buscarnos a Siccane, Arizona.

Blake se enderezó e hizo frente a la mirada de Pan con ojos llenos de aturdimiento y de sorpresa; después dio vuelta y salió del' establecimiento.

Pan se dirigió al pasillo que conducía al hotel que formaba parte del edificio, y pronto encontró a Blinky, que se hallaba recostado en la pared.

-¿No está Louise en su habitación, Blinky? - le preguntó Pan en voz baja y llena de ansiedad.

-Sí; pero no quiere abrir la puerta - contestó Blinky, abatido.

Pan descargó unos golpes en la puerta y dijo en voz baja

-¡Déjanos entrar, Louise!

Se produjo un largo silencio. La espera fue rota por una sola palabra que llegó del interior de la habitación -No.

-¡Por favor! Se trata de un asunto muy importante.

-¿Quién es usted?

-Soy Panhandle Smith - contestó Pan.

-Ese vaquero está borracho, y... ¡No...! ¡No! Lo siento mucho.

-Louise, no estoy borracho; pero estoy de mal humor. Te lo nido como amigo. No me hagas ese desaire. No olvides que puedo derribar la puerta.

Oyó pasos leves, una exclamación de sorpresa y el ruido que produjo la llave al girar en la cerradura. La puerta se abrió. La luz de la lámpara no estaba brillante. Louise se hallaba en la estancia, medio vestida, con los brazos desnudos y el escote resplandeciente. Pan entró arrastrando a Blinky consigo, y cerró la puerta.

-Louise, no has sido amable al hacer lo que has hecho -dijo Pan, regañándola -. ¿Tienes mejores amigos que Blinky o yo?

-¡Dios sabe... que no los tengo! -tartamudeó la joven- Pero he estado enferma..., acostada..., y me estaba levantando... He oído... hablar acerca de ti..., de lo que ha sucedido hoy... y que Blinky estaba contigo... -borracho...

Pan se adelantó hacia la lámpara, que se hallaba cubierta por una pantalla, de la mesita y aumentó la intensidad de la luz. La estancia era más limpia y cómoda que la mayoría de las que Pan había visto hacía mucho tiempo.

A continuación dirigió la mirada en dirección a la joven. Evidentemente, tenía aspecto de enferma. Estaba pálida, con unas profundas y moradas ojeras; pero, de todos modos, parecía hermosa. ¡Qué trágico era su rostro con aquella ausencia de pinturas y coloretes! Pan no la había visto jamás de aquel modo. Si lo hubiera necesitado, aquella visión habría sido suficiente para que su corazón se enterneciese por ella y se llenase de compasión.

-¿Qué queréis de mí? -preguntó ella, con un nervioso temblor de manos que intentó ocultar.

Pan cogió entre las suyas las manos de ella y la acercó a sí.

-Louise, ¿no es cierto que me quieres como a un amigo o hermano? -preguntó con dulzura.

-Sí, cuando estoy serena -replicó ella débilmente.

-Y, ¿también quieres a nuestro Blinky? Lo quieres mucho, ¿verdad?

-Lo quise. No pude evitarlo. ¡Maldito vaquero fiel...! -contestó Louise-. Pero le odio cuando está borracho. Y él me odia cuando yo lo estoy.

-Blinky, vete a buscar una botella ahora mismo. Vamos a emborracharnos todos.

El vaquero le miró con ojos solemnes, como los de un búho, y salió con toda calma.

-Louise, ponte algo sobre los hombros. Podrías coger un enfriamiento. Toma. - Pan cogió una prenda de abrigo que se hallaba en la cama y se la colocó sobre los hombros-. No me había dado cuenta de que eras tan hermosa. No es extraño que el pobre Blinky te adore tanto.

Louise se separó de él y se sentó en el lecho. En sus ojos había una interrogación y una sospecha. Sin embargo, parecía hallarse fascinada. Pan observó que se estremecía ligeramente. ¿Dónde estaban la audacia, la decisión de aquella joven? Pero Pan no la conocía, y sabía por ella misma que sólo el alcohol la ayudaba a sostenerse. Y él la había sorprendido. Sin embargo..., ¿podría todo esto servir para explicar alguna otra circunstancia, algo que se hallaba más allá de la facultad de comprensión de Pan? Era seguro que aquella joven no podía temer nada de é1. De repente recordó que Hardman había corrido hacia aquella casa..., que probablemente estaría escondido allí en aquel mismo instante. Los nervios de Pan se atirantaron.

-Louise-comenzó diciendo mientras cogía otra vez entre la suya la mano de ella y se lanzaba directamente á explicar los motivos de aquella entrevista-: hemos realizado un acoso de mucha importancia. Blinky y yo hemos tenido mucha suerte. ¡Oh, qué suerte más grande

Hemos vendido más de mil quinientos caballos... Bien; nos vamos a Arizona, a una región abierta y bañada por el sol, no como ésta... Y Blinky y yo queremos que vayas con nosotros.

-¡Cómo! ¿Ir con vosotros? ¿Cómo? - murmuró ella, dominada por la sorpresa y el asombro.

-Como esposa de Blinky, naturalmente. Y yo seré tu hermano mayor -contestó Pan, no sin agitación.

Fue un momento emocionante. La muchacha le miró por un momento, pálida e inmóvil, con los ojos totalmente abiertos y llenos de interrogaciones. Pan se encontró extrañamente embarazado, y, no obstante, se sintió contento de haberse atrevido a exponer su proposición.

De modo inesperado, Louise le besó, se asió a él y hundió el rostro en su hombro. Y Pan la oyó murmurar incoherentemente algo acerca de «los hombres honrados». -¿Qué me dices, chiquilla? - continuó Pan -. Es una ocasión que se te presenta de poder volver a ser buena. Y servirá para salvar a ese alocado vaquero que jamás tuvo ninguna ambición basta que te conoció. Te quiere. Te adora. Le duele que hayas de sufrir del modo que sufres aquí. Y...

-¿Eso es, Panhandle Smith? - le interrumpió Louise levantando la mirada de unos ojos que parecían dos estrellas-. ¡No! ¡No! ¡No! No quiero degradar ni siquiera a un indigno vaquero.

-Te engañas. No sería indigno si correspondieses a su fe, Louise. No vuelvas la espalda a la esperanza, al hogar al amor.

-¡No! -replicó ella con pasión. -¿Por qué? -preguntó Pan, suplicante.

-Porque es un hombre demasiado bueno para mí. Porque no soy digna de tu amistad. Pero, ¡bien lo sabe Dios!, os querré a los dos durante todo el resto de mi vida desgraciada..., que no será muy larga.

Pan la acogió entre los brazos, como si de este modo intentara dar más fuerza a sus razones.

-Este no es un lugar propio para ti, pobre criatura. Sólo te serviría para ir de cabeza al infierno, para que te suicidases... o para que murieras en alguna batalla a tiros promovida por matones borrachos.

-Y es posible que tuviera algún fin todavía peor, Panhandle Smith -replicó ella con acento amargo y burlón -; podría casarme con Dick Hardman. Me lo ha propuesto algunas veces... estando borracho.

Pan la soltó y se inclinó hacia atrás para mirarla al rostro.

-¡Casarte! ¡Casarte con Dick Hardman! ¿Te ha hablado de ello? -exclamó con incredulidad.

-Sí. Me habla algunas veces de esa cuestión. Y yo podría conseguir que lo hiciera cuando se hallase borracho. Entonces podría conseguir todo lo que se me antojara.

La puerta se abrió en aquel instante ruidosamente y Blinky entró trayendo una botella y varios vasos.

-Bien, Blinky, viejo amigo -dijo Pan-. Louise y yo hemos decidido emborracharnos juntos. Blinky, tú continuarás sereno.

-No puedo continuar sereno cuando no lo estoy -replicó Blinky -. Y tampoco quiero permanecer aquí y verla beber. Entonces, la desprecio.

Louise llenó los vasos del rojo alcohol.

-Quiero que me desprecies, muchacho. Haré que me desprecies... Brindo por Panhandle Smith.

Mientras ella bebía, Blinky retrocedió hacia la puerta sin dejar de mirar a Pan y desapareció.

En el estado de ánimo en que se hallaba Pan, el alcohol no le producía otro efecto que el de un fuego estimulante para el cuerpo y para la imaginación. La muchacha, por el contrario, se transformó en un ser diferente. Unas manchas rojas se encendieron en sus mejillas, sus ojos se movieron con rapidez y se dilataron; todo su cuerpo respondió al estímulo. Un vaso dio paso a otro. Louise no pudo resistir a la apetencia creada de este modo. No vio si Pan bebía o no. Se alegró, se colocó en actitud sentimental y, finalmente, se perdió en un abandono irrazonable, para conseguir el cual, según confesaba cuando se hallaba serena, solía beber.

Pan decidió que ya le sería posible envolverla en una manta y llevársela afuera. Blinky apagaría a tiros las luces de la taberna, y el resto resultaría de fácil ejecución. Si Louise sabía que Hardman estaba en la casa, como sospechaba Pan, ya no lo recordaba.

-¡Demonio de vaquero guapo! -dijo la joven a Pan-. Ya te advertí... que te alejases de mí.

-Louise, no me hagas el amor-contestó Pan.

-Por qué no? Todos los hombres son iguales.

-No, te equivocas. Olvidas lo que dijiste hace unos momentos. He perdido a mi novia y tengo destrozado el corazón.

La joven le miró de reojo y le ofreció un nuevo vaso. Pan cogió el vaso. No quería excederse.

-De modo que ¿es probable que te cases con el joven Hardman?-preguntó con calma.

La pregunta y el nombre que contenía produjeron en ella una suspensión en su actitud, como si todo ello hubiera originado una conmoción de sus recuerdos.

-Así es.

-Pero, Louise, ¿cómo podrías casarte con Dick Hardman, si ya tiene esposa? -preguntó Pan.

Ella pareció comprender lentamente, de manera gradual, lo que esta afirmación significaba.

-¡Mientes, vaquero y pistolero! -exclamó.

-No, Louise. Él mismo me lo ha dicho.

-¡Él mismo! ¿Cuándo? - murmuró ella en voz baja. -Hoy. Estaba en la oficina de la - diligencia. Iba a marcharse hoy. Estaba vestido elegantemente, con chaqué y sombrero de copa... ¡Oh, Louise! ... Lo sé bien porque... porque... fue... mi novia... quien... se casó... con él.

Pan terminó ahogadamente. ¡Qué dolor le producía el tener que pronunciar aquellas palabras, que su propia alma las oyese!

-¿Tu novia?... ¿La pequeña Luty de tu infancia..., de quien me hablaste?

Pan se encontró ante un algo terrible. Había intentado obligar a aquella muchacha a descubrirse... en el caso de que ocultase algo; pero ¡aquel rostro de Medusa, aquellos ojos tan abiertos...

-Sí, Luty; la mujer de quien te hablé. La ha obligado a casarse con él-continuó Pan al mismo tiempo que se inclinaba hacia ella -. Antes, habían encarcelado a su padre. Dick lo puso en libertad. ¡Oh, todo fue una maquinación para hacer presión sobre la pobre muchacha! Ella creyó que de ese modo podría salvar a su padre... No fue así: el propio Dick pagó a su padre para que influyera sobre ella. Le he obligado a confesarlo... ¡Sí, a Dick Hardman, con su chaqué y su sombrero de copa...! Pero cuando le obligué a que se marchara en busca de su revólver, se olvidó del sombrero.

-¡Ah! ¡Su sombrero de copa

-Sí, en la calle está ahora. El viento lo ha arrastrado hasta el lugar en que maté a Matthews. ¡Es pintoresco! ... Y, Louise, también voy a matar a Dick Hardman.

-¡Qué diablos vas a matarlo! -silbó ella, y saltó rápida para coger algo que se hallaba bajo la almohada. Pan retrocedió creyendo que Louise se proponía atacarle. ¡De qué modo más felino saltó ella! Su brazo, blanco y desnudo, descorrió una cortina roja. Tras esta cortina se ocultaba un hueco de la pared, que era utilizado como guardarropa. La blanca figura de la joven pareció relampaguear. Un duro y ahogado ¡ay!, ¿pudo provenir de ella? Pan no vio que sus labios se hubieran movido. Un objeto pesado cayó al suelo con un ruido metálico.

La puerta de la estancia se abrió. Blinky, con los ojos desorbitados, se hallaba tras ella. Y un instante más tarde, Dick Hardman se tambaleó al salir del armario con ambas manos apretadas contra el pecho. La sangre brotaba de entre ellas con un largo reguero. Pan oyó unos sonidos extraños y llorosos. Hardman terminó de salir a la habitación. Estaba sollozando. Se movió a lo largo de la pared, apoyado en ella, y Pan pudo verlo caer sobre un charco de sangre.

Fue un momento paralizador. Pan se recobró antes que las otras dos personas. La muchacha se tambaleó y cayó con los brazos abiertos contra la pared. En la muñeca izquierda tenía una mancha carmesí. Pan no quiso mirar más. Arrancó de la cama una manta, la arrojó sobre Louise, la envolvió en ella y la cogió en brazos.

-¡Vete delante, Blinky! -murmuró en tanto que salía al vestíbulo-. ¡Aprisa! ¡Apaga las luces! ¡Vete por el salón de baile!

El vaquero pareció entregarse a la acción del mismo modo que si hubiera sido impulsado por un resorte. Saltó sobre el cuerpo de Hardman, laxo y encogido, y descendió con un arma en cada mano.

Librodot

Pan dio un rodeo para no saltar sobre el cuerpo que yacía en el suelo. Vio un rostro horroroso, unos ojos salientes y desorbitados... Y en aquel instante, con la rapidez de un relámpago, le llegó el pensamiento de que Luty era libre. Casi inmediatamente, el trueno de unos disparos inundó la casa. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Las luces se apagaron, la oscuridad se adueñó de las habitaciones. Gritos, arrastrar de sillas, mesas volcadas, vasos rotos, sonido de pisadas...todo ello se mezcló en un solo estruendo.

Pan cruzó con rapidez el salón de baile, donde a través de las ventanas penetraba una ligera claridad opaca, descubrió la puerta y llegó a la entrada lateral del establecimiento. Blinky le estaba esperando, con las humeantes armas en las manos.

-¡Eh! ... Por... ahí... - dijo ahogadamente mientras enfundaba los revólveres y se ponía en marcha ante Pan. Este le siguió entre las sombras que proyectaban las casas.

Librodot

XVII

La calle estaba oscura en aquella dirección; solamente brillaban unas pocas luces. Blinky no cesó de mirar hacia atrás, hacia el lugar de donde procedía el alboroto, que se iba desvaneciendo poco apoco. Pan transportó a Louise a un paso rápido, como si la ¡oven no pesase absolutamente nada. Al llegar al centro de la manzana inmediata de edificios, Blinky avanzó lentamente con el fin de inspeccionar las entradas a todas las casas. Llegaron a un sitio abierto y ligeramente iluminado. Pan leyó un letrero que recordó. Era la de la casa de huéspedes.

-Entra, Blinky -dijo inmediatamente-. Si encuentras a nuestro sacerdote, expulsa a todas las personas, menos a él, y llámame.

Blinky corrió a la casa. Pan puso a Louise en pie. No podía sostenerse sola.

-¡Vaquero..., desembózame! - dijo la muchacha mientras hacía un esfuerzo por quitarse la manta de la cara.

Pan volvió a colocarle la manta sobre los desnudos hombros y envolvió a la joven en ella, como si la prenda fuese un gabán. Temía que Louise se desvaneciese antes de que se hubieran realizado sus propósitos. La situación en que se hallaba Louise le dolía en el corazón.

-¿Qué haces, vaquero? ¿Qué esperamos? - preguntó ella-. ¿Nos sigue alguien?

-¡Chist, Louise! -murmuró Pan-. Muy pronto nos seguirá toda una cuadrilla.

-¡Al diablo las cuadrillas!... Oye, Pan, ¿qué ha sido de Dick?

Estaba tan embriagada, que no lo recordaba. Pan dio gracias a Dios por ello. ¡Que pálido estaba su trágico rostro! Sus grandes y dilatados ojos semejaban dos insondables abismos. El alborotado cabello se extendía con desorden en torno a su cabeza.

Un leve silbido hizo que Pan saltase. Blinky se hallaba en el interior de la casa bajo el resplandor que salía de una puerta abierta, y le hizo una seña. Pan levantó a la muchacha y entró con ella.

Salieron cinco minutos más tarde, uno a cada lado de Louise, intentando tranquilizarla. Louise estaba alegre, alborotada. Mas, una vez fuera, el aire frío de la montaña los ayudó. Corrieron a través de la oscura calle, casi llevando a rastras a la muchacha. Muy pocas personas pasaron, por fortuna, junto a ellos. Estos peatones se dirigían presurosamente en dirección contraria. « ¡Hay excitación en la ciudad! », pensó Pan amargamente. Muy pronto llegaron a las afueras de Marco y al campo abierto. Pan se desprendió entonces de lo que le parecía el peso de una gran responsabilidad por causa de Blinky y de Louise. Una vez que se encontrasen alejados de la población, podían considerarse seguros.

De repente, Blinky se rezagó un poquito y dio un golpe a Pan. Al volverse, Pan vio que su compañero señalaba hacia atrás. Un rojizo resplandor se elevaba hacia el cielo. ¡Fuego! A Pan le dio un. vuelco el corazón. «La Mina de Oro» estaba ardiendo. La multitud de bebedores y jugadores había huido ante los revólveres de Blinky. Pan esperaba que sólo él y Blinky pudieran saber jamás quién había matado a Dick Hardman.

Pan volvía la cabeza de vez en cuando para mirar hacia atrás. El resplandor de la luz roja se hacía a cada momento más intenso y llegaba a mayor altura. Toda una manzana de casas de Marco desaparecería, seguramente.

La carretera trazaba una curva. Al cabo de POCO tiempo, la oscura mancha de los árboles y una luz parpadeante indicaron a Pan que habían llegado a la casa de sus padres, de quienes se había olvidado. Entraron en el prado y lo cruzaron pisando sobre la húmeda hierba de la huerta hasta llegar a la cuadra. Pan pudo ver el brillo apagado de unos carros cubiertos de lonas.

Librodot

-¡Bien! Seguramente papá se ha dado buena prisa -dijo con satisfacción Pan-. Si también ha conseguido los caballos, podremos marcharnos mañana.

-¡Claro que podremos marcharnos mañana! - replicó Blinky, que se encontraba sobrio y serio.

Vieron que había tres grandes carros y otro más pequeño con un techo de lona.

Blinky, sosténla hasta que encuentre un poco de heno -dijo Pan.

Y se dirigió hacia el lado abierto del granero. La oscuridad era muy grande; pero Pan conocía el lugar a que se dirigía; oyó que los caballos mascaban el grano, y esto significaba que su padre había comprado las bestias necesarias para el viaje. Pan cogió una brazada de heno y, llevándola hacia el carro, la arrojó en el interior y la extendió para formar con ella una especie de lecho.

-Me parece que sería conveniente que instaláramos aquí a Louise - dijo Pan mientras descendía de la rueda -. Buscaré algunas, de las mantas de mi padre.

Blinky estaba bajo la luz de las estrellas y sosteniendo a la muchacha entre los brazos, con la cabeza inclinada sobre el pálido rostro de ella.

Entre los dos levantaron a Louise, la transportaron al carro y la tumbaron sobre el heno.

-¿Ez alguno de uztedez... mi ezpozo? - preguntó Louise con voz espesa.

Pan rió al oírlo, pero Blinky continuó mirando atentamente aquel pálido rostro. Pan le abandonó y se dirigió a la casa. Aun cuando la distancia que hubo de recorrer fue muy corta, sufrió el asalto de innumerables emociones antes de detenerse al pie de una ventana iluminada, donde oyó la voz de su padre.

-Padre - dijo al mismo tiempo que golpeaba la ventana. Luego vio a su madre y Alice. Todos ellos habían comenzado a empaquetar los objetos necesarios para el viaje. Una sola mirada dirigida al rostro dolorido de su madre fue suficiente para tranquilizar a Pan. La puerta se abrió con rapidez.

-¿Eres tú Pan? -preguntó su padre.

-El mismo, padre-contestó Pan intentando calmar la agitación que había en su voz-. Di a madre que estoy sano y salvo.

Su madre le oyó y contestó con una exclamación de alegría y de consuelo.

-Padre, sal..., cierra la puerta - continuó con viveza Pan.

Una vez que estuvo en el exterior, el padre vio la enorme llamarada roja que se elevaba sobre la ciudad. -Mira, ¿qué es eso? ¡Debe de ser fuego! - exclamó.

-Sí, debe de ser fuego - contestó Pan concisamente-. Blinky apagó a tiros las luces de «La Mina de Oro». Ésta debe de haber sido la causa del incendio.

-¡«La Mina de Oro» I - repitió Smith con estupefacción.

Pan le puso una mano sobre el hombro.. Fue un acto involuntario, una expresión de una súbita emoción que le atenazaba. Tenía que hacer una pregunta que no se atrevía a formular.

-¡Luty!... ¿Ha venido..., a casa? - acertó a decir.

-Sí. ¿No lo sabías? Estaba aquí cuando yo vine, a mediodía. He adquirido todos nuestros bagajes en muy poco tiempo.

-¿Qué te ha dicho Luty?

-Muy poco-replicó su padre con sorpresa y ansiedad- Se hallaba en un estado horroroso. Dijo que no podía irse porque tú no estabas muerto... ¡Pobre muchacha! Ha sufrido unos ataques nerviosos. Pero tu madre había conseguido tranquilizarla a la hora de la comida.

-¿Dónde está ahora?

-Creo que en la cama. Por lo menos, está en su habitación.

-Padre, ¿sabe ella que...? Pero, naturalmente, no puede saberlo..., ni tú tampoco.

-Sé muchas cosas, hijo mío-contestó su padre solemnemente -. Luty ha dicho a madre que al ver que te aproximabas a la diligencia creyó morir de angustia y de sorpresa. Todos creían que estabas muerto. Lo creía tu madre, y también Luty... Luty dijo que tiraste de Dick cuando subía a la diligencia y que le arrojaste al suelo como a un guiñapo. Dice que ella

estuvo a punto de desmayarse en aquel momento. Pero pudo reponerse a tiempo de ver cómo le dabas una patada... y le obligabas a alejarse.

-¿Es eso todo lo que sabes? -preguntó Pan. -Creo que eso es todo. Yo sé más, pero no se lo he dicho - contestó Smith bajando la voz hasta convertirla en un susurro-. He oído referir cómo los hombres de «La Mina de Oro» forzaron a Matthews a salir para enfrentarse contigo... McCormick me dijo que no habías perdido ningún amigo.

-¡Ah! -exclamó sombrío Pan-. Bien, será mejor que se lo digamos a - Luty inmediatamente... Creo que es lo mejor que podremos hacer. Cuanto antes, tanto mejor.

-Decir a Luty ¿qué? - preguntó Smith, ansioso.

-Se ha quedado viuda.

-¿Está... está Dick Hardman muerto... también? - preguntó Smith.

-Sí.

-¡Dios mío! Hijo... ¿Fuiste tú... tú... quien...?

-Padre, yo no lo maté -le interrumpió Pan-. Dick Hardman fue... murió... unos momentos antes de que Blinky apagase las luces. Creo que nadie lo sabrá jamás. Seguramente se ha abrasado en el incendio.

-¿Vivo? - susurró Smith.

-Podría estar vivo todavía, pero hacía mucho que se hallaba inconsciente. Así estaba cuando pasé junto a él en el vestíbulo. No es preciso que se lo digas a Luty. Limítate a decirle que Hardman ha muerto y que yo no lo maté.

-Muy bien, voy a hacerlo ahora mismo - contestó su padre sombríamente.

-Antes de hacerlo, ve a buscarme unas mantas. No tenemos camas. La esposa de Blinky está con nosotros.

-¿Esposa? No sabía que Blinky estuviera casado. Tráela a casa. Haremos sitio para ella en cualquier habitación.

-No. Ya hemos, encontrado un dormitorio para ella en el carro que tiene el techo cuadrado -continuó Pan-. Ha estado enferma. Corre, padre. Tráeme las mantas.

-Las tengo aquí mismo. He comprado varias nuevas -dijo Smith mientras abría la puerta y entraba corriendo en la habitación.

-¡Madre...! -gritó Pan-. Todo marcha bien. Nos marcharemos mañana por la mañana temprano.

Su padre reapareció con un montón de mantas. Pan encontró a Blinky exactamente del mismo modo que le había dejado, inclinado ante el carro.

-Blinky, cúbrela con un par de estas mantas - indicó Pan a su amigo.

-Acaba de dormirse, tan profundamente como si estuviera muerta -susurró el vaquero; y cogió las mantas y se subió al cubo de la rueda para dejar caer las prendas con suavidad sobre la tranquila forma que Pan sólo pudo ver de un modo borroso a la luz de las estrellas.

-Ven aquí, vaquero-dijo Pan.

Y cuando Blinky bajó de la rueda y se acercó a él, Pan le agarró con fuerte mano.

-Escucha, compañero - comenzó diciendo en voz baja -: estamos jugando una partida muy importante y, ¡por Satanás!, es una partida honrada, aun cuando nos veamos obligados a mentir... Louise no recordará jamás que ella atravesó el corazón de aquel traidor. Estaba mareada, demasiado mareada. Si acaso comenzase a recordar algo, habremos de mentir, ¿comprendes?, mentir... Nadie sabrá jamás quién mató a Hardman, estoy seguro. Yo me propuse hacerlo, y todo Marco debe de saberlo. Pero si se ha abrasado, nadie podrá tener la seguridad de lo que haya sucedido. De todos modos, eso no nos importa. En lo que tenemos que pensar es en nuestras mujeres. He dicho a mi padre que has traído a tu esposa, que ha estado enferma. Mi padre se lo dirá a mi madre y a Luty. No saben ni deben saber jamás la clase de mujer que ha sido Louise... ¿Comprendes, compañero?

-Claro que sí-contestó Blinky con acento ronco y tembloroso-. Pero ¿no tendremos una complicación de todos los diablos con Louise cuando despierte serena?

-Puedes estar seguro de que la tendremos-contestó Pan, sombrío-. Pero ya nos hallaremos lejos de aquí cuando despierte. Tú podrás guiar este carro. Ambos la vigilaremos continuamente. Y, bien..., déjame encargarme del resto, Blinky.

-Pan, ¿son los mismos nuestros sentimientos respecto a Louise? No quiero decir con esto que estés enamorado de ella; me resulta muy difícil encontrar las palabras necesarias para expresarlo...

-Lo comprendo, Blinky -contestó Pan con vehemencia y con la esperanza de desvanecer las dudas que nacían en el alma de su compañero-. Para ti y para mí, el pasado de Louise ha muerto. Únicamente nos importa su porvenir. Y de cualquier modo que quieras expresarte, sea cual fuere lo que el porvenir nos traiga, siempre seremos más dignos por lo que hemos hecho esta noche.

Pan se alejó a través del terreno iluminado por las estrellas, a través de la huerta, en dirección al arroyuelo murmurador, junto al que había un banco al pie de un algodonero.

Era inútil para él el intento de dormir. Pasó de un lado para otro, a solas, bajo la luz de las estrellas. La soledad y los recientes acontecimientos le llevaron de nuevo al amargo y torturador estado de ánimo introspectivo que le obsesionaba en ocasiones.

Sin embargo, aquella vez, la siniestra presión que experimentaba en el alma, aquella extraña y fría garra que le oprimía los sentidos, el instintivo sedimento de horror que seguía a la muerte de un hombre ocasionada por su mano, todo esto se desvaneció ante el! estallido de una pasión y de una ira que solamente habían esperado la ocasión de manifestarse.

Esta pasión no le cogió desprevenido, como un enemigo que le hubiese tendido una emboscada. Se hacía a cada momento más grande a medida que paseaba, a medida que sus arremolinados pensamientos se concentraban en un solo haz que señalaba hacia... Luty. Luty le había traicionado, le había roto el corazón. ¿Qué importaba que ella hubiese creído que él estaba muerto..., que se hubiese sacrificado por salvar a su padre...? Se había entregado a aquel puerco de Hardman. El pensamiento era insoportable. «La desprecio - murmuró -. Me ha obligado a despreciarla.»

Las horas pasaron, las estrellas siguieron su curso en la lejanía del cielo, el viento de la noche cesó, los grillos enmudecieron y el murmurante arroyuelo continuó deslizándose a los pies de Pan, que, cansado y consumido, se sentó en el banco. Su amor por Luty no había muerto. Vivía aún, había aumentado, era tremendo..., y tanto la razón como la piedad pregonaban que él, Pan, era un hombre superior a los celos y al odio. En medio de todo, existía una justificación para los actos de Luty, que era joven, que había sido inducida por el dolor de su supuesta muerte y por el temor que experimentaba por su, padre. Pero ¡cuán penoso era todo ello! ... ¡Qué dura era aquella verdad ante la dulzura y la pureza de los sueños de Pan! La vida y el amor no eran como él creyera que serían cuando cabalgaba a través de las solitarias praderas. Y Pan debía sufrir, porque había abandonado a Luty y dejado que luchase a solas con sus propias batallas.

-«Intentará, olvidar- murmuró roncamente- Tengo que intentarlo. Pero todavía no. No puedo hacerlo todavía... Dejaremos esta región a nuestras espaldas. Y más adelante llegará un día en que podamos realizar... lo que habíamos proyectado.

Pan regresó al granero y se arrojó sobre el heno, donde, con el cerebro atormentado y el cuerpo abatido, se dejó caer para dormir y descansar. Le pareció que una voz y una mano rudas le separaban del anhelado olvido.

-¡Compañero! ¿Estás muerto? - La voz de Blinky parecía poseer una entonación nueva -. Ha salido el sol, y es hora de ponernos en marcha. Tu padre está aquí, y dice que el desayuno nos espera.

Pan se levantó y se estiró. Todos los músculos le dolían como si hubiera sido apaleado. ¡Cuán brillante era el sol! La noche había muerto y con ella un algo horroroso.

-Pan, tienes una expresión muy desagradable esta mañana -dijo Blinky-. Lávate y aféitate, como yo he hecho. Aquí tienes mi navaja. Bajo el pórtico de la cocina tienes una jofaina y agua.

-¡Buenos días, recién casado! -contestó Pan poniendo una mirada cariñosa en el resplandeciente rostro de Blinky y en su brillante cabello- ¿Cómo está tu esposa?

-Muerta para el mundo-murmuró Blinky enrojeciendo de repente-. Acabo de mirarla. Oye, compañero, espero que seguirá dormida durante todo el día y quizá durante toda la noche. Te aseguro que tengo miedo a que despierte

-Lo comprendo, vaquero. Será una cosa curiosa el ver su actitud cuando descubra que tiene un amo.

-Si estuviera lejos de esta maldita ciudad, te juro que sería feliz. ¿No te sucedería lo mismo? - preguntó Blinky con timidez.

-Creo que sí, Blinky -dijo Pan, y se alejó en dirección a la casa.

Pan se aseó y puso presentable antes de que nadie le viera. Luego esperó a su padre y a Blinky, a quienes oía hablar. Cuando los vio acercarse, se unió a ellos. Ni siquiera los caballos salvajes habrían podido arrastrarle a él solo al interior de la casa. Cuando los tres hombres entraron en la cocina, Bobby lanzó un grito y se acercó a ellos. La presencia del niño le tranquilizó; y cuando se encontró ante su madre, tenía una expresión de serenidad que contradecía el estado de su ánimo. La mujer parecía hallarse muy excitada, y Pan comprendió inmediatamente que todo lo que ella necesitaba era adquirir aquella seguridad de que él había regresado sano y salvo. Después oyó la voz de Alice y la de Luty. Cuando dejaba a Bobby en el suelo, las dos muchachas entraron en la cocina. La respuesta de Alice a su saludo fue a un tiempo tímida y alegre. Luty se detuvo junto a la puerta y se llevó una mano al pecho. Su sonrisa, pálida y desvanecida, pareció borrar las huellas de la tristeza que había en su rostro. Pero sus ojos tenían una oscura tonalidad purpúrea, delatora de una intensa emoción. La ligera inclinación de Pan, que no fue acompañada por ninguna palabra de saludo, constituyó una hipocresía tan grande como la mayor de que Pan pudiera ser responsable. Al verla, se sintió atormentado totalmente por una dolorosa, amarga y burlona alegría. Pero no dio muestras de ello. Y durante la comida no volvió a mirar a Luty.

-Padre, ¿tienes toda 1o que necesitaremos? - preguntó Pan.

-Creo que sí - contestó Smith -. Puedes comenzar a cargar los carros. Y cuando dos de ellos estén cargados por completo, habremos terminado de empaquetar lo demás.

-Blinky conducirá un carro, tú otro y yo el tercero hasta que hayamos pasado más allá de la posesión de Snyder. Entonces necesitaremos otro conductor, puesto que será preciso que dos de nosotros nos ocupemos en guiar a los caballos salvajes.

-No, no lo necesitaremos -contestó su padre-. Tu madre y Luty saben conducir un carro tan bien como yo. Creo, hijo mío, que no necesitaremos a nadie para que nos ayude.

-Es cierto -reconoció Pan pensativamente-. Si tienes caballos buenos y mansos, entonces madre y Luty podrán guiar los carros por turnos. De todos modos, lo intentaremos.

-Voy a ayudarte a enganchar los caballos - dijo Smith siguiendo a Pan -. Hijo mío, ¿esperas algún contratiempo esta mañana?

-¡No, diablos! No quiero que tengamos contratiempos -contestó Pan-. ¡Ya he tenido bastantes

-¡Hum! -exclamó Blinky -. Lo que quiere decir tu padre es si crees que se producirá alguna reacción en Marco. Estoy seguro de que no será así, y de que nadie vendrá a buscarnos. De todos modos, me gustaría que nos marchásemos pronto.

-Querría saber lo que sucedió después de nuestra salida de la ciudad -dijo Pan.

-Ya nos lo dirán-contestó Smith.

Se hallaban al final de la parte exterior de la cuadra, cuando sonó la voz de Luty.

-¡Pan! ¡Haz el favor de esperar un momento!

Pan se volvió y vio que la joven se aproximaba y que al hacerlo se retorcía nerviosamente el delantal. El padre de Pan y Blinky entraron en la cuadra. Luty llegó presurosa, alterada, pálida, con la boca entreabierta y los ojos llenos de tristeza.

-Madre dijo que tú lo sabías..., pero debo decírtelo... yo misma - explicó con voz rota al mismo tiempo que se detenía junto a él-. Anteayer... esos hombres nos trajeron aviso de que

habías muerto... en una pelea a causa de los caballos salvajes. La noticia me destrozó el corazón... Habría sido capaz de suicidarme... si no hubiera sido por mi padre. No me importó lo que pudiera suceder... Dick me presionaba con insistencia... Mi padre me suplicaba que lo librase de la cárcel... Y por eso... me casé con Dick.

-Sí, lo sé. Así supuse que habría sucedido -contestó Pan con voz extraña y áspera-. No había necesidad de que me lo dijeras.

-Pero, Pan, pareces... pareces otro, pareces diferente al que eras - dijo ella, aturdida -. Tu expresión..., tu voz... ¡Oh, querido!... Sé que el día de ayer ha sido horroroso. Sin duda, te ha trastornado...

-¡No hay duda de que así ha sido! -murmuró en voz baja Pan.

-Pero... pero..., ¿me perdonas? -tartamudeó ella al mismo tiempo que intentaba poner sobre su brazo una temblorosa mano. El gesto, tan suplicante, tan lleno de ternura; la opaca ansiedad que se reflejaba en sus ojos; la bondad de toda ella, provocaron un tumulto de emociones en el interior de Pan. ¿Cómo se atrevía a mirarle de aquel modo? ¿Cómo se atrevía a mostrar aquella luz de amor en los ojos?

-Perdonarte... ¿Por...? -exclamó Pan con fiero enojo. Pero no pudo expresar con palabras lo que ella había hecho-. Me proponía matar a se puerco, Dick Hardman... Pero no lo hice... Perdonarte... - Y se interrumpió, incapaz de continuar hablando.

Ella no comprendió al punto lo que él pretendía expresar, pero sí comprendió su indignación. De repente, sus ojos se dilataron por el horror. Luego, una oleada de coloración escarlata le cubrió el cuello v las mejillas. Pan vio en ella la imagen de su vergüenza. Y con una angustia terrible en el corazón, dio la vuelta y se alejó de ella.

Se entregó al trabajo que debía realizar y, durante las dos horas inmediatas pudo recobrarse de la conmoción sufrida al negarse a escuchar la súplica de Luty. Y se despreció a sí mismo por no acertar a aplacar aquel enojo que le dominaba. No obstante, cuando el enojo comenzó a desvanecerse, Pan comenzó a maravillarse ante la inocencia y la simplicidad de Luty. Y no acertó a comprenderla; no podía comprenderla.

Al cabo de unos momentos llegaron su padre y Blinky. Ambos demostraban con su expresión que eran portadores de muchas noticias.

-Hijo, todo Marco está de tu parte como un solo hombre.

-Compañero, ¿es posible que no haya acertado a suponer cuál sería la actitud de esos hombres?

-¿Qué sucedió? ¡Decídmelo pronto!- suplicó Pan.

-Evans ha venido para traerme algunas de las cosas que le había comprado - contestó el padre -. Tenía muchas novedades que comunicarme. Por un verdadero milagro, solamente se ha quemado la casa de «La Mina de Oro». La brigada de salvamento consiguió que el incendio no se propagase a las inmediatas... El cuerpo de Hardman ha sido encontrado, completamente carbonizado. Ha sido identificado por un anillo que llevaba. Y también se ha hallado muerta, tan carbonizada como él, a su novia, la del salón de baile... Según dice Evans, casi todos los habitantes de Marco quieren estrechar la mano a Panhandle Smith.

Los carros cubiertos recorrían lentamente la pendiente que conducía hacia los prados de Snyder. Pan, conduciendo el caballo de Blinky, marchaba en retaguardia. El día, en ciertos aspectos, había sido para él tan torturante como el anterior. Pero, teniendo tras de sí a Marco y delante la carretera abierta, atrayente, la tensión de su espíritu comenzó a relajarse.

Al llegar al portillo que daba entrada a los terrenos de pastos, los carros hicieron alto para esperar la llegada de Pan. Gus había abierto el ancho portillo, y se encontraba a su lado, con una expresión de alegría y de satisfacción.

-¡Entrad! -gritó Pan desde lejos-. Vamos a acampar aquí esta noche.

-¡Hola, viejo cuatrero! -gritó Blinky a Gus.

-¡Hola! -contestó el otro-. Puedes tener la seguridad de que no esperaba volver a verte en toda mi vida. ¿Qué habéis hecho en Marco?

Librodot

Entraron y caminaron a lo largo de la cerca occidental, donde un grupo de árboles aplacaba con su sombra los rigores del todavía cálido sol.

-Veo que nuestros caballos salvajes continúan haciéndote compañía, Gus -observó Pan mientras desataba la cincha del suyo.

-¡Claro! Pero ya no son tan salvajes como antes. He estado dos días enteros cuidándome de ellos para hacerlos mas sumisos - contestó Gus.

Pan palmoteó sobre el flanco de Sorrel.

-¡Anda! Vete a echar una mirada a tu rival, a Pies Blancos.

Pero el caballo no se alejó. Esperaba, como de costumbre, en los últimos tiempos, que de entregaran una cebadera llena de grano. Pan ayudó en los diversos trabajos que debían realizarse, y observó que Blinky apenas se separaba de su carro. Pan miró sobre uno de los costados del vehículo. Louise estaba tumbada de costado, con el rostro descubierto. Estaba pálida y tenía cerrados los ojos. Descuidada en el seno del sueño, podía verse por sus facciones el modo como la vida la había tratado.

-Reconozco que obras con prudencia al dejar tu carro separado de los demás-dijo Pan-. Porque es probable que cuando tu esposa despierte se arme un escándalo de todos los diablos. Llámame pronto.

-Me parece, compañero, que está en un estado de estupor o algo parecido, ¿no es cierto? -preguntó temerosamente Blinky.

-Olvidas, compañero, que ha estado enferma por espacio de diez días. Luego, bebió muchísimo. Supongo que ha perdido el conocimiento. Pero no hay motivos para angustiarse, no siendo por la actitud que adoptará cuando vuelva en sí.

-¿Te refieres a lo que hará cuando descubra que yo... y ella... nos hemos casado?

-Eso es, amigo. Me gustaría que no tuvieras que decírselo.

-¿Yo? ¡Dios mío! No puedo decírselo-replicó consternado-. Eres tú quien ha de hacerlo. -Perfectamente, Blinky. De ese modo, podré conseguir que conserves la poca cantidad de cabello que te queda - afirmó burlón Pan.

Se alejó para ver los caballos, que se hallaban diseminados por la parte más lejana del prado. No era posible acercarse hasta una corta distancia de ellos; y, sin embargo, no se hallaban ya en un estado tan salvaje como podría haberse esperado. Los caballos de silla o de carga pastaban entre ellos. El ruano ofrecía un aspecto, mucho más hermoso que antes después del descanso de dos días. Pies Blancos tenía una noble estampa. La vista de Bayíta produjo un agudo dolor moral a Pan. ¡Qué insondable diferencia había en su estado de ánimo en los momentos en que dio caza a la yegua y en aquellos otros momentos en que la volvía a ver!

Pan rehizo sus pasos para dirigirse hacia la hoguera del campamento. La cena estaba en marcha; la activa señora Smith se atrafagaba por hacerla. Luty y Alice la ayudaban. Pan dirigió una mirada furtiva a Luty. Tenía el rostro enrojecido por el sol y el viento. Llevaba puesto un delantal blanco. Las enrolladas mangas de su blusa descubrían la redondez y la firmeza de sus brazos. Bobby y sus dos cachorritos vagaban de un Ido para otro.

-Pan, ¿cómo está la señora Somers? -le preguntó su madre solícitamente.

-¿Quién? -preguntó intrigado Pan. -La esposa de tu compañero.

-¡Ah, Blinky! ... Había olvidado por completo su verdadero nombre - contestó Pan riendo -. Todavía está profundamente dormida. He dicho a Blinky que no la despierte. Está muy pálida y tiene aspecto de hallarse muy cansada.

-Pero... ¡se morirá de hambre! -comentó Luty mirando interrogativamente a Pan. En realidad aquella mirada no tenía relación de ninguna clase con sus palabras. -Los hombres no sabéis nada... ¿Me permitiréis que la despierte yo?

-Gracias. Será preferible que la dejemos dormir hasta mañana -contestó con sequedad Pan.

Al cabo de un momento se produjo la llamada para la cena, que había sido colocada sobre una lona extendida en el suelo. Los hombres se sentaron a su alrededor con las piernas

Librodot

cruzadas. Unos la devoraron en silencio y otros no dejaron de hacer elogios de la liberal comida.

-¡Sombras de mis tiempos de vaquero vagabundo! -exclamó Blinky-. ¿Estoy comiendo, o estoy soñando?

-Madre, esto es el paraíso para un vaquero. Y ¡pensar que hemos de permanecer tres semanas enteras en la carretera

-Pero, hijo mío, las cosas buenas que tenemos para comer no durarán tanto tiempo - replicó su madre, que se hallaba halagada por los elogios a sus habilidades culinarias.

-¡Oh! El buen Dios se apiadó, sin duda, de mí cuando me unió a este equipo -declaró Gus con su acostumbrada reticencia.

Pan observó que tanto su madre como Alice evitaban cuidadosamente servirle lo que había de ser llevado muy caliente desde la hoguera. Dejaban que Luty lo hiciera. Pan no levantó la cabeza para virarla, y murmuró gracias por medio de una sola palabra. Una vez, la mano de la muchacha rozó la suya; y el contacto le produjo la misma impresión que una corriente eléctrica. Por unos instantes no le fue posible continuar comiendo.

Durante la hora del crepúsculo, Pan ayudó a engrasar las ruedas del carro, trabajo que había olvidado anteriormente y que había constituido una dificultad para la marcha. Diferentes labores más ocuparon su actividad hasta la llegada de la noche. Bobby obtuvo la recompensa de unos azotes por haberse caído del carro después de haber sido acostado.

La oscuridad era casi completa cuando Pan oyó la llamada de Blinky. Se apresuró a dirigirse hacia el carro, donde encontró a su compañero en un estado de gran nerviosidad.

-¡Ha despertado, compañero! -susurró Blinky.

Pan dio unos pasos en dirección al carro. Había aún luz suficiente para que pudiera ver a la joven sentada y con la cabeza oprimida por ambas manos.

-¡Hola, Louisel -dijo Pan con dulzura.

-¿Dónde diablos estoy? - replicó ella roncamente; y separó las manos del rostro para mirarle.

-Camino de Arizona.

-¡Ah! ¿No son ésos el guapo Panhandle... y Blinky?

-¡Hola, Louise! -dijo temerosamente Blinky.

-¿He estado borracha? -preguntó Louise.

-Me parece que sí... Un poquito -contestó Pan. -Y vosotros, vaqueros, ¿me habéis secuestrado?.- continuó ella.

--Creo que no hay duda de -fue así es, Louise.

-Traedme algo de beber. ¡Agua, no! Me estalla la cabeza. Y ayudadme a salir de este granero.

Retiró las mantas que la cubrían en parte y se puso de rodillas. Pan la ayudó a salir del carro. Luego, corrió en dirección al campamento para recoger un frasco. Cuando regresó, encontró a Blinky intentando arrojar una manta sobre los desnudos hombros de la joven. Ella la tiró al suelo.

-Esperad hasta que me enfríe -dijo-. Panhandle, ¿lo has traído?... Estoy temblando... Gracias. Es probable que cualquier día tome mi última bebida.

-Louise, espero que suceda muy pronto - contestó Pan.

-Sabes que odio el whisky... ¡Ay, mi cabeza...! ¡Tengo las piernas ateridas l Dejadme dar unos pasos.

Pan se retiró unos pasos con Blinky.

-Todavía no ha comenzado a pensar. Sería preferible que te alejases de ella. Dejémosla que vuelva al carro.

-Compañero, parece que ha tomado de buen grado la cuestión de su secuestro - murmuró esperanzado Blinky. -Blinky, apostaría un millón de dólares a que se alegrará por todo lo sucedido... cuando lo descubra -respondió Pan.

Louise interrumpió en aquel momento el diálogo que sostenían en voz baja.

Librodot

-Ayudadme a subir... Estoy enferma... y débil.

La levantaron para volver a colocarla en el carro y la cubrieron de nuevo con las mantas. Bajo la pálida luz de las estrellas, sus ojos parecían desmesuradamente grandes y negros.

-Es inútil... mentir -dijo Louise adormilada y por completo mareada- Me alegro de dejar a Marco... Llevadme donde queráis.

Sus ojos se cerraron. Pan volvió a alejarse con Blinky.

-Ha sucedido lo que suponía que habría de suceder - susurró Pan-. Jamás recordará nada de lo que ha pasado.

-¡Demos gracias a Dios por ello! -replicó Blinky. Solamente se encontraban junto a la hoguera el padre de Pan y Gus. Con toda evidencia, la llegada de los dos vaqueros interrumpió un relato que debía ser del agrado de Gus.

-Hijo, estaba... estaba diciéndole... todo lo que sé respecto a lo sucedido ayer-se apresuró a decir francamente Smith -. Pero hay algunos puntos oscuros que me gustaría que fueran aclarados para mi conocimiento.

Pan esperaba aquellas palabras y se había preparado para hacer frente a lo que le parecía inevitable.

-Bien, dime en seguida qué es lo que deseas saber -respondió de un modo muy poco cortés.

-Llegaste casi en el momento preciso para interrumpir la boda -exclamó Smith mientras pensaba en la interesante escena que se había perdido de presenciar.

-¡Cóooomo!

Pan estaba vuelto de espaldas a la hoguera y giró de repente como si' lo hiciera sobre un eje.

-¿Eh? -preguntó. Y entonces, pareció producirse una interrupción en el funcionamiento de todas sus facultades.

-¡No tienes motivos para estremecerte de ese modo, hijo! -replicó su padre- Luty se casó con Hardman en la oficina de la diligencia un momento antes de tu llegada. En realidad, acababa de salir del despacho para subir a la diligencia cuando tú llegaste... ¿Comprendes lo gracioso que habría sido que hubieras llegado un instante más pronto?

-¿Quién... te... lo ha... dicho?

-Luty. La propia Luty. Y esta noche ha añadido que creía que no lo sabías - añadió el padre.

Se produjo un largo silencio. Pan se volvió despacio. -No. Creí que... se había casado... días antes - aclaró con voz quebrada Pan.

-Deberías haber hecho algunas preguntas -dijo Smith con sequedad-. Ha sido una cuestión endemoniadamente desgraciada, pero se hace preciso evitar que las cosas sean más graves y tristes para Luty... Era la esposa de Dick Hardman desde cinco minutos antes de tu llegada.

Sin contestar ni una sola palabra, Pan comenzó a alejarse entre la oscuridad. Oyó que su padre decía.

-Apostaría la cabeza a que eso es lo que le estaba torturando... ¡Condenado idiota!

Pan llegó a la cerca que se hallaba al pie de los árboles y se asió fuertemente a ella, como si los cimientos de su vida hubieran sido arruinados. La conmoción, producida por la tremenda sorpresa pasó muy pronto y le dejó en un estado de alegría, de remordimiento y de gratitud. ¡Qué diferente a la anterior fue aquella su vigilia bajo la luz de las estrellas!

XVIII

Fue Pan quien despertó a todos a la mañana siguiente, cuando la primera coloración del alba enrojeció la afilada línea del horizonte.

Había recogido leña y llevado los caballos a pastar antes de que llegase Blinky. El vaquero tenía una mirada fiera.

-Compañero, el ciclón ha estallado -dijo roncamente después de haberse separado con Pan unos pasos.

-¿Sí? -preguntó Pan, tanto con regocijo como con interés.

-Sí. Estaba poniéndome las botas cuando Louise asomó la cabeza por encima del carro y me dijo: «¡Eh, patas torcidas, secuestrador de mujeres! ¿Dónde están mis ropas?» «¿Qué ropas?», pregunté. Y ella contestó: «Las mías. ¿No las has traído?» «Louise-dije-, nos olvidamos de recogerlas, y seguramente se han quemado con todo el resto de «La Mina de Oro». Y quiero que sepas, querida, que me alegro mucho de que así haya sucedido.» Entonces, Pan, comenzó a maldecirme, y yo a perder la cabeza; pero me serené pronto y dije con dignidad: «Señora Somers, le ruego que cese de utilizar ese lenguaje.» «Señora Somers?», murmuró ella; y los ojos parecían querer salírsele del rostro. «Estás loco?» Y le dije que estaba seguro de que no estaba loco y de que tampoco estaba borracho. Y añadí que mi nombre no es Moran, sino Somers. Ella lanzó una exclamación y cayó de espaldas en el carro. Y he corrido a buscarte. Ahora, compañero, ¡por amor de Dios!, ¿qué vamos a hacer? -terminó Blinky; y estalló en un sollozo.

-Te has portado de un modo estupendo, vaquero - replicó Pan, satisfecho.

-¿Eeeeh?... Oye, Pan, ¿qué te sucede esta mañana? Parece que tienes los ojos más brillantes y los pies más ligeros. Creo que estás loco o borracho. ¿Qué te sucede?

-Blinky, estoy tan loco como tú - respondió Pan al mismo tiempo que abrazaba con fuerza a su compañero -. Pero no nos preocupemos ni perdamos un solo minuto más. Te juro que estoy seguro de arreglar esa cuestión de Louise: Estoy seguro de que podré arreglar todas las cuestiones de este mundo.

Y, tras pronunciar estas palabras, Pan corrió a través de la húmeda hierba en dirección a los árboles bajo los cuales se hallaba el carro de Blinky. No se veía a la muchacha por ninguna parte. Pan se asomó sobre el costado del carro para mirar a su interior. Allí estaba, con los ojos del todo abiertos, con los brazos cruzados bajo la cabeza, mirando las hojas coloreadas de los árboles.

-Buenos días, Louise, ¿cómo estás? -preguntó alegremente Pan, mientras bajaba la vista hacia ella.

-No lo sé -contestó Louise.

-Pero tienes mejor aspecto; no hay duda.

-Pan, ¿soy la esposa de ese vaquero? - preguntó Louise con gran seriedad.

-Sí -contestó Pan, con igual seriedad.

-¿Me obligó a casarme con él cuando estaba embriagada?

-No. Blinky es inocente de todo..., excepto del delito de quererte, Louise - contestó Pan calmoso y escogiendo las palabras con cuidado. Había pensado antes todo lo que había de decir. La noche anterior, bajo los árboles, habían llegado hasta él muchas verdades -. Fui yo quien te obligó a casarte con él.

La joven se cubrió el rostro con las manos y las apretó con fuerza, como si de este modo pretendiera aclarar lo sorprendente y desconcertante de sus pensamientos.

-¡Oh, oh! Ahora no puedo recordar...

-No te disgustes, Louise-dijo en tono conciliador Pan-. Puedes tener la seguridad de que yo puedo recordar y de que te diré lo que necesites saber.

-Espera. Quiero levantarme. Pero... ¡habéis olvidado mis ropas! No puedo ir de un lado para otro constantemente envuelta en una manta.

-¡Diablos! No lo había pensado. Pero tampoco dispusimos de mucho tiempo... Oye, Louise, creo que podré solucionar ese problema. Tienes la misma estatura que Luty. Le pediré que me preste algunas ropas para ti.

-¿Luty? - preguntó ella, mirándole fijamente.

-Sí, Luty - contestó Pan con calma-. Y puesto que he de ir a recogerlas, te traeré también una herrada de agua caliente... y todo lo demás.

Y se dirigió hacia la hoguera, donde halló a la señora Smith afanada y alegre.

-¿Se ha levantado Luty? -preguntó Pan vivamente.

-Sí, Pan - contestó ella con una alegre sonrisa -. Está peinándose allí, junto al carro.

Pan se acercó a Luty, que se hallaba al pie del carro, con una masa de dorados cabellos extendida sobre el cuello y la espalda.

-Hola, Luty -dijo casi con indiferencia Pan.

-¡Oh.... me has asustado! - exclamó Luty al mismo tiempo que volvía la cabeza y se ruborizaba.

-Oye, ¿querrás hacernos un favor? -continuó Pan, ahora con menos indiferencia-. La otra noche, en la excitación del momento, olvidamos recoger las ropas de Louise... En realidad, lo sucedido fue que la sacamos de la cama, donde se hallaba enferma, vestida sólo con un camisón y envuelta en una manta. ¿No querrás prestar-nos algunas ropas, zapatos, medias y... y... lo que sea preciso?

-Lo haré con mucho gusto - respondió Luty con presteza. Y subió al carro cubierto.

Pan esperó. Al cabo de unos momentos comenzó a pasearse de acá para allá. Estaba inquieto, nervioso, animado. No podía permanecer quieto. Los pensamientos se agolpaban tumultuosamente en su imaginación, iban de Luty a Louise, volvían a Luty y a la esplendidez de la gloria que le había sido restituida.

-Toma, Pan-dijo Luty, reapareciendo con un gran montón de ropas-. Creo que aquí hay de todo lo que esa señora puede necesitar. Es una suerte que yo comprase tantas cosas nuevas. Alice y yo podemos arreglarnos las dos con un solo espejo, un cepillo y un peine.

-Gracias - dijo Pan-. Sí, ha sido una suerte... Es seguro que la nuestra ha cambiado.

-No olvides llevarte agua caliente - añadió Luty con espíritu práctico.

Así cargado, Pan regresó al carro de Louise y dejó el cubo de agua sobre el asiento y das ropas junto a la muchacha.

-Ahí está todo, joven aventurera - dijo Pan con jovialidad. Y con manos ágiles, cerró las lonas del carro y dejó a Louise en su interior.

-Ven conmigo, Blinky - añadió dirigiéndose al vaquero, que le estaba observando desde cierta distancia -. Vamos a recoger los caballos.

-Ahí vienen Gus y tu padre con ellos -contestó Blinky, uniéndose a él; y tan pronto como se hubieron alejado del carro añadió en voz baja-: ¿Cómo marchan las cosas?

-Todo marcha a las mil maravillas, Blinky -declaró radiante Pan-. Louise sabe que es tu esposa, que yo la emborraché para obligarla a casarse contigo. No recuerda nada. Espero que no recordará nada, pero si recordara, yo arreglaré la cuestión.

-¡Claro! ... Tú eres Panhandle Smith..., no hay duda -replicó con inquietud Blinky.

En aquel momento fueron llamados para tomar el desayuno. Pan sólo necesitó dirigir una mirada a su padre, a su madre y a Luty para comprender que las preocupaciones y las angustias se habían desvanecido. Los tres supieron entonces que él lo sabía. A Pan le parecía que el brillante sol había transformado el mundo de la oscuridad en otro diferente. Y sin embargo, continuó jugando con su felicidad como el gato juega con el ratón.

-Señora Smith - dijo Blinky-, tenga la bondad de preparar un poco de desayuno para Louise. Se encuentra mejor esta mañana, y creo que dentro de uno o dos días se hallará en condiciones de ayudar a usted y a Luty.

Librodot

Pan se dedicó a realizar algunos trabajos propios del campamento y provocó el ligero enojo de su madre y de Luty al efectuar algunas labores que las mujeres suponían que eran propias de ellas.

-Madre, ¿no habéis comprendido Luty y tú que va mis a una región muy lejana de ésta? -preguntó-. Es preciso que nos demos prisa... El camino está abierto... ¡Vamos a Siccane, a las soleadas tierras de Arizona!

Cuando se presentó ante Louise, apenas pudo reconocerla con el cambio sorprendente que se había operado en su vestimenta. El ambiente de «La Mina de Oro» se había desvanecido. Louise aceptó tomar una pequeña cantidad de alimentos. Blinky pudo encontrar una ocupación que le permitió alejarse discretamente.

-Ahora disponemos de un poco de tiempo para hablar, Louise -dijo Pan-. Todos los demás están preparando los carros y sus cargas para el viaje.

La condujo hacia el algodonero, junto a la cerca, donde halló un asiento para ella.

-Pan, ¿por qué has hecho lo que has hecho? -preguntó ella.

Era exactamente la misma pregunta que Pan esperaba que Louise formulase en primer lugar.

-Porque mi amigo me confesó que te quería y porque tú me dijiste que hacías todo lo posible por alejarlo de ti para evitar que terminases por enamorarte de él - contestó Pan -. Blinky no ha conocido la felicidad en el pasado. Era solamente un vaquero alocado, bebedor, inquieto. Pero tiene un gran corazón. Y tú caminabas rectamente en dirección al infierno. Lo más probable sería que murieras a tiros, o acuchillada en alguna refriega, o que te hubieras matado tú misma a fuerza de beber. Unos pocos meses más en «La Mina de Oro», y tu final habría llegado... Bien, pensé que había llegado la ocasión de regenerar a mi amigo y convertirle en un hombre, y de salvar el alma de una muchacha que no había tenido posibilidades de hacerlo por sí misma. Jamás dudé en hacerlo. Lo que he realizado ha sido solamente el medio para llegar al fin que me había propuesto... Y lo hice tal como lo pensé.

-Pero, Pan... ¡es imposible! - replicó ella emocionada.

-¿Por qué? Me gustaría saberlo. -Porque soy una mujer... degradada.

--No. Pienso de un modo completamente diferente. No lo has sido nunca más que cuando has estado turbada por el alcohol. Pero todo, aun eso, pertenece ya al pasado.

-Es posible que Blinky haya sido como tú dices, pero de todos modos... no soy una esposa digna de él.

-Puedes serlo -continuó Pan con vehemencia-. Borremos el pasado. Empieza de nuevo. Blinky será un hombre bueno, un ranchero trabajador y triunfante. Tiene el dinero suficiente para emprender esas actividades. No volverá a beber jamás. Sin tener en cuenta para nada lo que tú misma has dicho que eres, eres la única mujer a quien mi amigo ha querido, la única que ha podido despertar en él un ansia de regeneración. Blinky ha visto, lo mismo, que yo, que era una lástima que tu vida se malgastase desgraciada y estérilmente en aquel garito del infierno.

-Pan, hablas... como... ¡Oh, me haces pensar en lo que podría haber sido! -exclamó-. Pero no lo apruebo. No quiero conceder a los hombres el derecho a señalar a Blinky con el dedo...; me escaparé... o... me mataré.

-¡No digas tonterías, Louise! - la censuró Pan agriamente-. No me hagas lamentar el interés y el afecto que he puesto en ti. Estás juzgando respecto a las circunstancias con la imaginación puesta en el pasado. No has prestado atención a la vida áspera, dura y libertina que solemos vivir los vaqueros, que hemos de abrir el camina para los colonizadores y convertirnos en colonizadores nosotros mismos. Dentro de cincuenta años, cuando el Oeste se haya sosegado, ¿quién se acordará de unas personas como tú y como Blinky? Vivimos en tiempos difíciles. ¡Tú puedes hacer por el porvenir del Oeste tanto como cualquier otra mujer, Louise Mellis!

-Te comprendo, Pan. Podría..., sé que podría hacerlo, si me atreviera a enterrar por completo el pasado. Pero quiero jugar con lealtad.

Librodot

-¿No puedes llegar a querer a mi amigo..., más adelante..., quiero decir? Esto es lo más importante de todo.

-Creo que le quiero ya -murmuró ella- Por eso no puedo correr el riesgo que me propones. Cualquier persona que me conociera, me desenmascararía. Y con esto labraría la desgracia de mi esposo y... de nuestros hijos... si los tuviéramos.

-No hay ni siquiera una probabilidad de que eso suceda contra un millón-dijo rápidamente Pan, que comprendía que ella no podría oponerse a su voluntad. Vamos a ir muy lejos,.., a otra región... Además, todo el mundo cree en Marco que has muerto abrasada en el fuego.

-¿Qué fuego...?

-«La Mina de Oro» se incendió. El incendio debió de provocarse cuando nosotros apagamos las lámparas a tiros... Dick Hardman murió quemado y también una muchacha que todos creen que eras tú.

Louise se enderezó de repente.

-Ahora recuerdo... Blinky fue a mi habitación -dijo en tono ronco-. No quise dejarle entrar. Entonces llegaste tú... ¡Oh, ahora lo recuerdo! Te dejé entrar y durante todo el tiempo que duró nuestra conversación, Dick Hardman estuvo escondido en el armario de mi dormitorio.

-Sabía que le habías escondido - aclaró Pan.

-¡Tú te proponías matarle! ¡Aquel puerco indecente...! Fue a buscarme cuando estaba enferma en el lecho, y me pidió que lo escondiese; y lo hice... Luego llegaste tú y me hablaste del mismo modo que me hablas ahora... Blinky llegó con el whisky... ¡Oh, ahora lo veo todo perfectamente!

-Dime, Louise, ¿qué me dices acerca de Hardman? -preguntó Pan completamente seguro del terreno que pisaba.

-No lo recuerdo.

-Me dijiste que Hardman te había prometido casarse contigo, y que algún día, cuando estuvieras borracha, lo harías.

-Sí, eso me había dicho, y es posible que yo hubiera accedido a hacerlo; pero no recuerdo habértelo dicho.

-Sin embargo, es cierto que me lo dijiste. Y entonces yo te conté que Hardman había obligado a mi novia a casarse con él.

-¿Cómo? ¿Eso hizo?

-Así es. Llegué demasiado tarde. Pero le obligué a alejarse para ir en busca de un revólver. Y en lugar de recogerlo, se escondió contigo en tu habitación.

-Entonces, ¿ésa fue la causa? - preguntó ella, pensativa como si estuviera realizando un esfuerzo para disipar las nieblas que enturbiaban su cerebro -. Todo lo recuerdo como si fuera un sueño horroroso.

-Permíteme que continúe recordando nuestra entrevista -se apresuró a añadir Par i- Te dije que Hardman no podría casarse contigo porque ya tenía una esposa. Y tú te enfureciste y me dijiste dónde estaba escondido Dick... Dick salió atropelladamente del armario con una expresión de enojo y de venganza... Bien, lo dejé tumbado en el vestíbulo. Te cogí..., te envolví en una manta, y corrí al exterior. Blinky nos esperaba, y apagó a tiros las luces del salón de baile. Huimos. La casa se incendió, y en el incendio perecieron una muchacha que se supone que eras tú, y Hardman...

-¡Dios mío! ¿Se quemó vivo?

-No -replicó Pan roncamente.

-Pan..., tú... me has vengado..., y a tu Luty..., ¿verdad? - murmuró ella apretándose con fuerza contra él.

-¡Chist! No lo digas. ¡No vuelvas a pensarlo nunca! -dijo Pan, severo- Éste es nuestro secreto. Los rumores de la población afirman que Dick huyó de mí para esconderse contigo, y que ambos moristeis abrasados en el incendio.

-Pero Luty... y tu madre... -replicó ella.

-No saben nada, excepto que eres la esposa de mi amigo..., que has estado enferma- contestó Pan-. Son unas mujeres llenas de amabilidad y de compasión. Mi padre jamás te había visto y Gus no abrirá la boca. Desempeña tu papel, Louise. Tú y Blinky debéis rectificar vuestro pasado. Sólo son necesarias unas pequeñas explicaciones... para enterrar el pasado para siempre.

-¡Oh..., me estoy mareando..., desmayando...! - murmuró ella al tiempo que rompía en lágrimas-. Ayúdame... a volver a subir al carro.

Louise caminó unos cuantos metros con la ayuda de Pan. Y entonces se desmayó. Pan tuvo que transportarla en brazos hasta el carro, donde la depositó tras las cortinas de lona. El joven se compadeció de ella con todo su corazón; sin embargo, se alegró mucho al ver su debilidad. Todo había sucedido de una manera mucho menos dificultosa de lo que supusiera.

Entonces vio que Blinky se acercaba con manifiesta curiosidad.

-Compañero -le dijo Pan en voz baja-: tienes en la mano unas cartas magníficas. ¡Juégalas con todo tu corazón!

Los carros avanzaban por la larga y serpenteante carretera abierta.

Durante las ocho horas más cortas y más plenas de toda su vida, Pan pensó que se estaba emparejando con los caballos salvajes en cuanto se refería a astucia y habilidad. La carretera descendía gradualmente, y los carros avanzaron treinta millas antes de que Pan pudiera encontrar un lugar adecuado para acampar junto a la entrada de un pequeño y herboso desfiladero en el que los caballos salvajes podrían ser encerrados. Los conejos, los ciervos y los coyotes huyeron presurosamente ante la ruidosa invasión de su soledad. Era un terreno agreste. Marco se hallaba a cuarenta millas de distancia de las encumbradas lomas..., muy lejos..., perdido ya en el pasado.

Cuando los carros hubieron llegado, uno a uno, al lugar elegido para el campamento, Pan observó que Blinky era el último en llegar, y que ocupaba su asiento de conductor, yendo acompañado de alguien que se sentaba a su lado. Pan agitó alegremente la mano en el aire. Fue Louise quien movió 1a suya como correspondencia al saludo. El viento y el sol habían borrado la palidez de su rostro.

¡Solamente faltaban cuatro días para llegar a Siccane! Los caballos salvajes ya no eran salvajes. Los viajeros que habían hecho tan largo recorrido para llegar a la lejana región, se habían convertido en una extensa familia. Todos y cada uno de sus miembros tenían un trabajo que realizar. Hasta el mismo Bobby se sentaba sobre las rodillas de su padre y dirigía el tiro de caballos a través, de la abierta carretera en dirección hacia el punto en que había de convertirse en un joven colonizador.

Hasta aquel momento, Pan había continuado fingiendo indiferencia hacia Luty y mostrándose en apariencia ciego a las interrogantes súplicas que brillaban en los, ojos de la joven. Hacía mucho tiempo que la había perdonado. Sin embargo, esperó, adivinando con seguridad que cualquier día o cualquier noche, cuando llegase el momento oportuno, ella misma daría expresión verbal a las preguntas que se leían en sus miradas. Además, pensaba que podría sostenerse en aquella posición durante más tiempo que ella.

Aquel mismo atardecer, cuando Pan iba en busca de agua, Luty lo acechó y le salió al paso.

-Panhandle Smith, ¡me estás matando! -dijo al mismo tiempo que le dirigía una mirada acusadora. -¿Cómo es eso?-preguntó él suavemente.

-Tú lo sabes -replicó ella-. Y no puedo soportarlo ni un momento más.

-¿Qué es lo que no puedes soportar? -ironizó Pan. Pero, repentinamente, Luty se abatió.

-¡No! ¡No continúes en esa actitud! -exclamó con desesperación-. Reconozco que fue terrible lo que hice. Pero va te dije por qué... No podría haberme marchado con él... después de haberte visto.

-Me alegro de oírtelo decir. Me enloquecía la idea de que podrías... de que podrías tener algún interés por él.

Librodot

-Pan, solamente te quiero a ti. No he querido a nadie más que a ti en toda mi vida.
-¡Luty!... Mañana llegaremos a Gran River. ¿Querrás casarte conmigo allí?
-Sí..., si tú... me quieres - murmuró ella acercándose a él.
Pan dejó caer al suelo los dos cubos, y el agua se derramó por doquier...

FIN